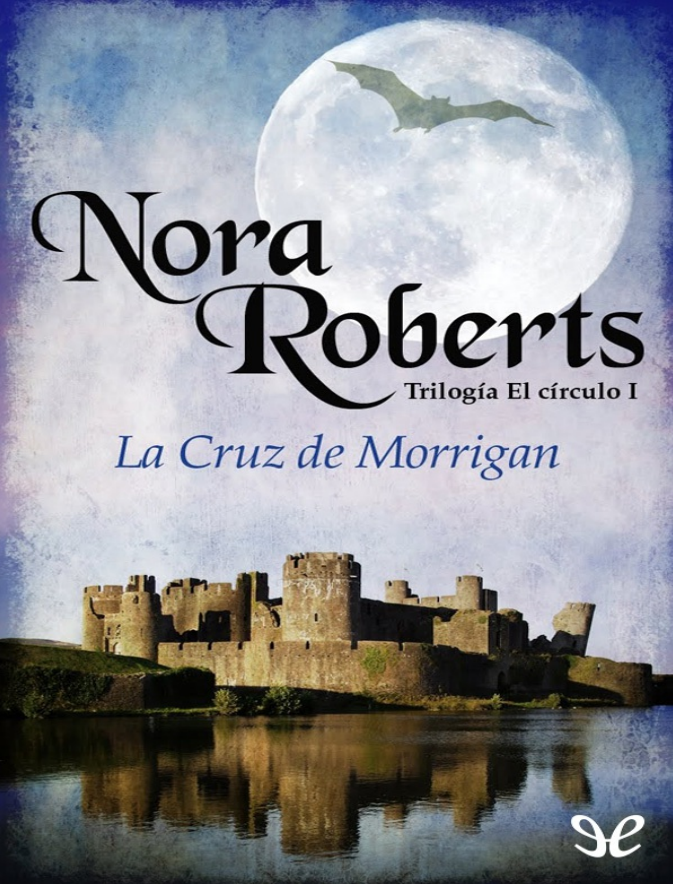




Nora Roberts

Trilogía El círculo I

La Cruz de Morrigan



En los últimos días del verano irlandés del s. XII, cuando el cielo se oscureció y se llenó de relámpagos, el hechicero contemplaba el rugiente mar encima del acantilado.

Elevando su grito de pena hacia la tormenta, Hoyt Mac Cionaoith clama contra el ser demoníaco que se ha llevado a su hermano gemelo, separándolo de su familia. Ese cruel ser es Lilith. Durante miles de aos, ha atraído con sus engaños a incontables hombres condenándolos a la inmortalidad con su beso y robándoles el alma. Pero ahora, esta poderosa vampiresa hará lo que sea para gobernar el mundo.

Y ese día, aunque Hoyt no encuentra a la oscura sirena que buscaba, recibirá la ayuda de la diosa Morrigan que le otorgará los poderes necesarios para cumplir su ansiada venganza. A cambio, debe encontrar otros cinco compañeros para formar un círculo lo suficientemente poderoso como para destruir a Lilith y a su batallón del mal. Un círculo con seis miembros: él mismo, la bruja, el guerrero, el sabio, el que adopta varias formas, y aquél al que perdió.

Ahora, ha viajado al Nueva York de nuestros días, donde se topará con su gemelo, ahora vampiro, Cian, y Glenna, una bella bruja. Dos guerreros más, Moira y Larkin, se unirán en su lucha.

Y mientras la pasión surge entre Hoyt y Glenna, los enemigos resurgirán de entre las sombras y el Círculo de Seis, deberá prepararse para el momento decisivo de su confrontación con Lilith.



Nora Roberts

La Cruz de Morrigan

Trilogía el Círculo I

ePub r1.0

sleepwithghosts 250714

Título original: *Morrigan's Cross*

Nora Roberts, 2006

Traducción: J. G. Monforte

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.0



*Para mis hermanos
Jim, Buz, Don y Bill*

Sólo los valientes merecen lo justo.

DRYDEN

*Acabemos, señora; el luminoso día ha terminado,
y estamos destinados a la oscuridad.*

SHAKESPEARE

Prólogo

La lluvia fue lo que le hizo pensar en la historia. Sus ráfagas batían las ventanas, tomaban por asalto los tejados y soplaban su aliento amargo por debajo de las puertas.

La humedad le dolía en los huesos a pesar de estar sentado junto al fuego. La edad se dejaba sentir pesadamente sobre su cuerpo en las largas y lluviosas noches del otoño, y sabía que la notaría aún más cuando llegase el oscuro invierno.

Los niños estaban allí con él, acurrucados en el suelo, o apiñados dos o tres juntos en los sillones. Lo miraban expectantes porque les había prometido contarles una historia que les ayudase a combatir el aburrimiento de un día tormentoso.

No había tenido intención de contarles esa historia, todavía no, porque algunos de ellos eran muy pequeños, y la historia distaba mucho de ser tierna. Pero la lluvia le hablaba al oído, susurrándole las palabras que aún no había pronunciado.

Incluso un narrador de cuentos, sobre todo quizá un narrador de cuentos, tenía que escuchar.

—Conozco una historia —comenzó a decir, y varios de los niños se agitaron ligeramente, anticipando lo que vendría a continuación—. Es una historia que habla de valor y cobardía, de sangre y muerte, y de la vida. De amor y de pérdida.

—¿Hay monstruos? —preguntó uno de los más pequeños, con sus ojos azules muy abiertos con una mezcla de alegría y temor.

—Siempre hay monstruos —contestó el hombre mayor—. Del mismo modo que siempre hay hombres que se unirán a ellos, y hombres que lucharán contra ellos.

—¡Y mujeres! —exclamó una de las niñas mayores, provocándole una sonrisa.

—Y mujeres. Valientes y fieles, tortuosas y mortíferas. He conocido a ambos tipos en mi época. Ahora bien, esta historia que os voy a contar ocurrió hace mucho tiempo. Tiene muchos comienzos, pero un solo final.

Mientras el viento aullaba fuera de la casa, el viejo bebió un poco de té para aclararse la garganta. Los leños crepitaban en el hogar y el brillo del fuego iluminó su rostro con un resplandor como de sangre dorada.

—Éste es uno de los comienzos. En los últimos días del verano, con los relámpagos arrancando destellos azules en un cielo negro, el hechicero se encontraba en lo alto de un acantilado, contemplando el mar turbulento a sus pies.

Eire, región de Chiarrai, 1128

Había una tormenta en su interior, tan negra y salvaje como la que se abatía en ese momento sobre el mar. Restallaba en el caudal de su sangre, en el aire que lo rodeaba, luchando dentro y fuera mientras él permanecía de pie sobre aquella roca bañada por la lluvia.

El nombre de su tormenta era aflicción.

Era ese sentimiento lo que se veía en sus ojos, tan azules e intrépidos como los relámpagos que iluminaban el cielo, mientras la rabia escapaba de las puntas de sus dedos, lenguas rojas que separaban el aire con truenos que resonaban como los disparos de mil cañones.

Alzó su bastón hacia el cielo y pronunció a gritos las palabras mágicas. Los relámpagos rojos de su furia y el azul amargo de la lluvia chocaron por encima de su cabeza en una guerra que hizo que corrieran a refugiarse en cabañas y cuevas aquellos que podían verla, cerrando a cal y canto puertas y ventanas, abrazando a sus hijos, temblorosos y aterrados, mientras elevaban sus plegarias a los dioses de su elección.

Y, en sus lugares sagrados, hasta las hadas se estremecieron.

La roca retumbó y el agua del mar se volvió negra como la boca del infierno, mientras él seguía sintiendo la misma furia y la misma aflicción. La lluvia que brotaba torrencialmente del cielo herido caía roja como la sangre... y chisporroteaba, ardiendo sobre la tierra, sobre el mar, de modo que el aire olía a su hervor.

Desde aquel momento y para siempre se la llamaría la Noche de los Lamentos, y todos aquellos que se atrevían a hablar de ella se referían al hechicero que estaba de pie en lo alto del acantilado, con la lluvia sangrienta empapándole la capa, deslizándose por su rostro delgado, como las lágrimas de la muerte, mientras desafiaba al cielo y al infierno.

Su nombre era Hoyt, y su familia los Mac Cionaoith, de quienes se decía que eran descendientes de Morrigan, diosa y reina de las hadas. Su poder era muy grande, pero todavía joven, como lo era él mismo. Y ahora lo ejercía con una pasión que no dejaba lugar a la prudencia, la obediencia, la luz. Era su espada y su lanza.

Lo que invocaba durante esa terrible noche era la muerte.

Se volvió de espaldas al mar tumultuoso mientras el viento continuaba aullando. Lo que él había conjurado se encontraba allí, en una elevación. Ella —porque una vez había sido una mujer— sonrió. Su belleza era indescriptible y helada como el invierno. Sus ojos eran azules y tiernos, sus labios, aterciopelados como pétalos de rosa, su piel, blanca como la leche. Cuando habló, su voz era melodía pura, la voz de una sirena que ya había atraído a incontables hombres a su fatal destino.

—Eres muy temerario al buscarme. ¿Acaso estás impaciente por recibir mi beso, Mac Cionaoith?

—¿Eres tú quien mató a mi hermano?

—La muerte es... —Indiferente a la lluvia, echó su capucha hacia atrás— ...compleja. Eres demasiado joven para entender su gloria. Lo que yo le di fue un regalo. Precioso y poderoso.

—Lo condenaste.

—Oh. —Agitó ligeramente una mano en el aire—. Un precio muy pequeño por la recompensa de la eternidad. Ahora el mundo es suyo y coge de él todo aquello que le apetece. Sabe más cosas de las

que tú podrías soñar. Ahora me pertenece mucho más de lo que nunca te perteneció a ti.

—Demonio, su sangre está en tus manos y juro que te destruiré.

Ella se echó a reír alegremente, como una niña a quien le han prometido un regalo especial.

—En mis manos, en mi garganta. Igual que mi sangre está en la suya. Él es ahora como yo, un hijo de la noche y de las sombras. ¿También tratarás de destruir a tu propio hermano? ¿A tu gemelo?

La niebla que cubría el suelo se tornó negra, apartándose como seda cuando ella la atravesó.

—Puedo oler tu poder, tu aflicción y tu asombro. Ahora, en este lugar, te ofrezco este regalo. Volveré a convertirte en su hermano gemelo, Hoyt de los Mac Cionaoith. Te daré la muerte que es la vida eterna.

Él bajó su bastón y la miró a través de la cortina de lluvia.

—Dime cómo te llamas.

Ella se deslizó ahora a través de la neblina, su larga capa roja ondulándose a su espalda. Hoyt vio la blanca turgencia de los pechos que tensaban la ceñida tela de su vestido. Sintió una terrible excitación al tiempo que percibía el aroma de su poder.

—Tengo muchos nombres —contestó tocándole el brazo con la punta del dedo. ¿Cómo había conseguido acercarse tanto a él?—. ¿Quieres pronunciar mi nombre mientras nos unimos? ¿Probarlo en tus labios mientras yo te saboreo?

Él tenía la garganta seca, ardiendo. Aquellos ojos, azules y tiernos, lo atraían hacia ella para ahogarlo.

—Sí. Quiero saber lo que sabe mi hermano.

Ella se echó a reír otra vez, pero en esta ocasión su risa era gutural. Un sonido que proclamaba un deseo, el de un animal. Los ojos azules y tiernos comenzaron a bordearse de rojo.

—¿Estás celoso?

Ella le rozó los labios con los suyos; estaban amargos y fríos. Pero aun así, eran muy tentadores. El corazón de él comenzó a latir de prisa y con fuerza en su pecho.

—Quiero ver todo lo que mi hermano puede ver.

Apoyó la mano sobre aquel encantador pecho blanco y no sintió que nada se agitase debajo de él.

—Dime tu nombre.

Ella sonrió, y ahora el blanco de sus colmillos brilló en la horrible noche.

—Es Lilith quien te toma. Es Lilith quien te hace. El poder de tu sangre se mezclará con el mío y ambos dominaremos este mundo y todos los demás.

Ella echó la cabeza hacia atrás, preparándose para atacar. Y en ese momento, con toda su aflicción, con toda su furia, Hoyt le clavó el bastón en el corazón.

El sonido que surgió de ella perforó la noche, penetró a través de la tormenta y se unió a ella. No era un sonido humano, ni siquiera el aullido de una bestia. Allí estaba el demonio que se había llevado a su hermano, que ocultaba su maldad debajo de una belleza gélida, cuyo corazón sangraba —pudo verlo mientras la sangre manaba de la herida— sin un solo latido.

Lilith se elevó en el aire, girando y lanzando alaridos, mientras un rayo desgarraba el cielo. Las palabras que él debía pronunciar se habían perdido en ese horror al tiempo que ella se retorció en el aire y la sangre que perdía se evaporaba en una neblina pestilente.

—¿Cómo te atreves? —Su voz rezumaba ira, dolor—. ¿Pretendes usar conmigo tu magia patética e insignificante? Hace *mil* años que estoy recorriendo este mundo. —Se llevó la mano a la herida y

luego la agitó hacia él. Cuando las gotas alcanzaron el brazo de Hoyt, le cortaron como cuchillos.

—¡Lilith! ¡Estás exorcizada! ¡Lilith, quedas desterrada de este lugar! Por mi sangre. —Sacó un puñal de debajo de su capa y se hizo un corte en la mano—. Por la sangre de los dioses que corre por mis venas, por el poder de mi nacimiento, te destierro de aquí...

Lo que llegó hasta él pareció salir volando del suelo y lo golpeó con la fuerza de una furia salvaje. Entrelazados, ambos se precipitaron por el borde del acantilado y cayeron en el saliente dentado que había un poco más abajo. A través de oleadas de miedo y dolor, él vio que el rostro de aquella cosa reflejaba fielmente el suyo. El rostro que alguna vez había sido el de su hermano.

Hoyt pudo oler la muerte en él, y la sangre, y también pudo ver en aquellos ojos rojos al animal en que su hermano se había convertido. Aun así, una pequeña llama de esperanza titilaba en el corazón de Hoyt.

—Cian. Ayúdame a detenerla. Aún tenemos una posibilidad.

—¿Puedes sentir lo fuerte que soy? —Cian cerró la mano alrededor del cuello de Hoyt y comenzó a apretar—. Y esto es sólo el principio. —Se inclinó y lamió la sangre del rostro de Hoyt casi juguetón—. Ella te quiere para sí, pero yo tengo hambre. Estoy realmente hambriento. Y, después de todo, la sangre que corre por tus venas es la mía.

Mientras descubría los colmillos y los acercaba a la garganta de su hermano, Hoyt le clavó el puñal.

Cian lanzó un aullido y se apartó de él. En su rostro se dibujaron la conmoción y el dolor. Cayó al suelo, aferrándose la herida. Por un instante, Hoyt creyó ver a su hermano, a su auténtico hermano. Luego no quedó nada más que los aullidos de la tormenta y el azote de la lluvia.

Se arrastró hacia la cima del acantilado. Sus manos, resbaladizas por la sangre, la lluvia y el sudor, buscaban desesperadamente un punto de apoyo. Los relámpagos iluminaban su rostro, contraído por el sufrimiento, mientras ascendía lentamente por las rocas, desgarrándose la piel de los dedos en el intento. El cuello, en el lugar donde le habían arañado los colmillos, le ardía como si lo hubiesen marcado con un hierro candente. Llegó arriba casi sin aliento.

Si ella le estaba esperando, era hombre muerto. Su poder estaba casi agotado, se había debilitado con los estragos causados por la conmoción y el dolor. No tenía nada más que su puñal, aún rojo de la sangre de su hermano.

Pero cuando llegó al borde de la cima y rodó sobre su espalda, con la lluvia amarga cayendo sobre su rostro, vio que estaba solo.

Tal vez había sido suficiente, quizá había conseguido enviar al demonio de vuelta al infierno. Lo mismo que, seguramente, había mandado su propia carne y su propia sangre a la condenación.

Giró sobre la tierra empapada y se apoyó en manos y rodillas. Se sentía terriblemente enfermo. La magia era un puñado de cenizas en su boca.

Se arrastró hasta donde estaba su bastón y lo usó para ayudarse a ponerse en pie. Respirando de manera agitada, se alejó tambaleante de los acantilados a lo largo de un sendero que hubiese podido encontrar aun estando ciego. El poder de la tormenta había desaparecido del mismo modo que había desaparecido el suyo, y ahora no era más que una lluvia que calaba hasta los huesos.

Podía oler su hogar: caballos y heno, las hierbas que utilizaba para protegerse, el humo del fuego que había dejado encendido. Pero no sentía ninguna alegría, ningún triunfo.

Mientras avanzaba cojeando hacia su cabaña, su aliento escapaba en leves silbidos, siseos de

dolor que se perdían en el viento. Él sabía muy bien que si esa cosa que se había llevado a su hermano decidía venir a por él estaría perdido. Cada sombra, cada forma que proyectaban los árboles agitados por la tormenta podían significar su muerte. Algo peor que la muerte. El terror a que eso sucediera se deslizaba por su piel como un trozo de hielo sucio, de modo que reunió todas las fuerzas que le quedaban para susurrar conjuros, más parecidos a plegarias a quien fuera, a cualquier cosa capaz de escucharlos.

Su caballo se agitó en el cobertizo dejando escapar un soprido al percibir su olor. Pero Hoyt continuó avanzando tambaleante hacia la pequeña cabaña, arrastrando los pies hasta la puerta para entrar en su casa.

Dentro se estaba caliente y aún resonaban los ecos de los conjuros que había pronunciado antes de alejarse hacia los acantilados. Acto seguido atrancó la puerta, dejando en la madera manchas de su sangre y de la de Cian. ¿Sería suficiente para que Lilith no pudiera entrar?, se preguntó. Si lo que había leído era cierto, ella no podía entrar sin una invitación. Lo único que Hoyt podía hacer era tener fe en eso, y en el conjuro protector que rodeaba su casa.

Dejó caer su capa mojada y sucia, que se quedó empapada en el suelo, y le costó un gran esfuerzo no unirse a ella. Prepararía unas pociones para curarse, para recuperar la fuerza. Y luego se sentaría junto al hogar, cuidando el fuego. Esperando el amanecer.

Había hecho todo lo posible por sus padres, sus hermanas y sus familias. Tenía que confiar en que hubiese sido suficiente.

Cian estaba muerto y esa cosa que había regresado con su rostro y su forma había sido destruida. Su hermano ya no podía hacerles daño, pero esa cosa sí podía.

Hoyt encontraría algo más poderoso para protegerlos. Y volvería a cazar al demonio. Su vida, lo juró en ese momento, estaría dedicada a su destrucción.

Sus manos, de dedos largos y palmas anchas, no podían dejar de temblar mientras elegía sus botellas y marmitas. Los ojos del hombre, de un azul borrascoso, brillaban de dolor... el dolor de su cuerpo, el de su corazón. La culpa pesaba sobre él como una mortaja de plomo, y todo ello se agitaba en su interior.

No había podido salvar a su hermano. En cambio, lo había condenado y destruido, lo había exorcizado y desterrado. ¿Cómo había conseguido esa terrible victoria? Cian siempre había sido más fuerte que él. Y aquello en lo que su hermano se había convertido era algo brutalmente poderoso.

Su magia había servido para derrotar lo que una vez había amado: la mitad de ellos que era brillante e impulsiva. A menudo, Hoyt era aburrido y juicioso, más interesado en sus estudios y en sus habilidades que en la sociedad.

Cian en cambio era el que jugaba y frecuentaba las tabernas, a quien le gustaban los deportes y las muchachas.

—Su amor por la vida fue lo que lo mató —murmuró Hoyt mientras trabajaba en sus pócimas—. Yo sólo destruí la bestia que lo había atrapado.

Tenía que creer en ello.

Notó el dolor entumeciendo sus costillas al quitarse la túnica. Las magulladuras ya comenzaban a extenderse, reptando negras sobre su piel del mismo modo que la culpa y la aflicción reptaban sobre su corazón. Era hora de dedicarse a las cuestiones prácticas, se dijo, al tiempo que se aplicaba el bálsamo. Se movió torpemente y maldijo con violencia mientras procedía a vendarse el torso. Tenía

dos costillas rotas, lo sabía, del mismo modo que sabía lo difícil que sería cabalgar de regreso a casa a la mañana siguiente.

Cogió una poción y se acercó cojeando al fuego que crepitaba en el hogar. Añadió un poco de turba y las llamas ardieron con un rojo intenso. Sobre ellas, calentó un recipiente con la infusión. Luego se envolvió en una manta para sentarse, beber y meditar.

Había nacido con un don y, desde temprana edad, había buscado ennoblecirlo de manera sobria y meticulosa. Se había dedicado a estudiar, a menudo en completa soledad, practicando su arte, aprendiendo su alcance.

Los poderes de Cian habían sido menores, pero —Hoyt lo recordaba muy bien— Cian nunca había practicado tan concienzudamente y tampoco había estudiado con tanto ahínco. Cian sólo había jugado con la magia, como una diversión para él y los demás.

En ocasiones, Cian le había arrastrado en sus juegos, doblegando la resistencia de Hoyt hasta que ambos hacían juntos algo estúpido. Una vez habían convertido en un asno de largas orejas al chico que había empujado a su hermana pequeña a una charca de barro.

¡Cómo se había reído Cian en aquel momento! A Hoyt le había llevado tres días de trabajo, sudor y pánico invertir el conjuro, pero a Cian el asunto no le había preocupado en absoluto.

«Después de todo, nació siendo un burro. Nosotros no hemos hecho más que darle su verdadera forma».

Desde que cumplieron los doce años, Cian se había mostrado mucho más interesado en las espadas que en los conjuros. Daba lo mismo, pensó Hoyt mientras se bebía la amarga infusión. Cian había sido un irresponsable en cuanto a la magia y un verdadero mago con la espada.

Pero al final el acero no había servido para salvarle, ni tampoco la magia.

Hoyt se apoyó en el respaldo de la silla, helado hasta los huesos a pesar de la turba que ardía en el hogar. Podía oír los restos de la tormenta soplando afuera, cayendo sobre el techo, aullando a través del bosque que rodeaba la cabaña.

Pero no alcanzó a oír nada más, ni bestia, ni amenaza. De modo que estaba solo con sus recuerdos y sus remordimientos.

Aquella noche debió haber acompañado a Cian al pueblo. Pero estaba trabajando y no le apetecía ir a la taberna a beber cerveza.

No deseaba tampoco la compañía de una mujer y Cian siempre quería una.

Sin embargo, si hubiese ido al pueblo, si hubiera dejado a un lado el trabajo por una maldita noche, ahora Cian estaría vivo. El demonio no habría podido contra los dos. Su don seguramente le habría permitido percibir lo que era aquella criatura, a pesar de su belleza, de su fascinación.

Cian jamás se habría ido con aquella mujer si su hermano hubiese estado con él. Y su madre ahora no estaría sufriendo. Aquella tumba jamás habría sido cavada y, por los dioses, lo que enterraron jamás se habría levantado de allí.

Si sus poderes pudiesen hacer que el tiempo retrocediera, renunciaría a ellos, abjuraría de ellos sólo para volver a aquella noche y poder revivir ese único momento cuando había elegido el trabajo en lugar de la compañía de su hermano.

—¿Qué bien me hacen? ¿Qué bien representan ahora? Haber recibido poderes mágicos y no ser capaz de usarlos para salvar aquello que más importa. Malditos sean entonces. —Lanzó la taza contra la pared de la pequeña habitación—. Malditos sean todos ellos, dioses y hadas. Él era la luz de

todos nosotros y lo han arrojado a las tinieblas.

Durante toda su vida, Hoyt había hecho aquello para lo que había nacido, lo que se esperaba de él. Le había dado la espalda a cientos de pequeños placeres para dedicarse por entero a su arte. Ahora los que le habían concedido ese don, ese poder, se habían quedado al margen mientras se llevaban a su hermano.

No en una batalla, ni siquiera limpiamente con la magia, sino mediante un mal que superaba todo lo imaginable. ¿Era éste su pago, era ésta su recompensa por todo lo que había hecho?

Agitó una mano hacia el fuego y las llamas se elevaron y rugieron en el hogar. Alzó los brazos y fuera la tormenta redobló su fuerza y el viento aulló como una mujer a la que estuvieran torturando. La cabaña se estremeció bajo su furia y las pieles se tensaron sobre las maderas de las ventanas. Ráfagas heladas se colaron en la cabaña, volcando botellas y agitando las hojas de los libros. Y en ese viento pudo oír la risa ahogada de la maldad.

Jamás en toda su vida se había desviado de su propósito. Nunca había utilizado su don para hacer el mal, o tratado siquiera por encima la magia negra.

Ahora pensó, quizá, pudiese encontrar en ella las respuestas que necesitaba. Encontrar nuevamente a su hermano. Combatir a la bestia, el mal enfrentado al mal.

Se levantó con dificultad, ignorando el intenso dolor en el costado. Se volvió hacia su catre y extendió ambas manos al baúl que había cerrado valiéndose de su magia. Cuando éste se abrió, caminó hasta él y sacó el libro que había guardado hacía años.

Allí había conjuros, hechizos oscuros y peligrosos. Conjuros que utilizaban sangre humana, dolor humano. Conjuros de venganza y avaricia que hablaban de un poder que ignoraba todos los juramentos, todos los votos.

Sintió el libro caliente y pesado en sus manos, y la seducción que ejercía sobre él; unos dedos curvados que acariciaban el alma. ¿Acaso no somos más que el resto? ¿Dioses vivientes que toman todo aquello que desean?

¡Tenemos el derecho! Estamos más allá de reglas y razones.

Su respiración se agitó porque sabía muy bien lo que podía ser suyo si lo aceptaba, si cogía con ambas manos aquello que había jurado que jamás tocaría. Riquezas indescriptibles, mujeres, poderes extraordinarios, la vida eterna. Venganza.

Sólo tenía que pronunciar las palabras, rechazar el blanco y abrazar el negro. Viscosas serpientes de sudor se deslizaron por su espalda mientras escuchaba los susurros de voces de hacía miles de años. «Tómalo. Tómalo. Tómalo».

Su visión brilló tenuemente y, a través de ella, vio a su hermano tal como lo había encontrado tendido en el lodo, a un lado del camino. La sangre manaba de las heridas que tenía en el cuello y manchaba sus labios. «Qué pálido», pensó Hoyt débilmente. ¡Su rostro se veía tan pálido en contraste con toda aquella sangre roja y húmeda!

Los ojos de Cian —vividlos y azules— se abrieron. En ellos se percibía un terrible dolor, un inmenso horror. Su mirada imploró al encontrarse con la de Hoyt.

—Sálvame. Sólo tú puedes hacerlo. No es a la muerte a lo que estoy condenado. Esto está más allá del infierno, más allá de cualquier tormento. Llévame de regreso. Por una vez no pienses en el precio. ¿Quieres que arda por toda la eternidad? En nombre de tu propia sangre, Hoyt, ayúdame.

Se estremeció. Y no por el frío que soplaba a través de las pieles abiertas, o de la humedad del

aire, sino a causa del borde helado sobre el que estaba parado.

—Daría mi vida por ti. Lo juro por todo lo que soy, por todo lo que fuimos. Aceptaría tu destino, Cian, si ésa fuese la opción que tuviese ante mí. Pero esto no puedo hacerlo. Ni siquiera por ti.

La visión quedó de repente envuelta en llamas y los gritos de su hermano no eran humanos. Con un alarido de aflicción, Hoyt lanzó el libro nuevamente dentro del baúl. Utilizó la fuerza que aún le quedaba para encantar el cerrojo antes de desplomarse en el suelo, y allí se encogió como un niño incapaz de encontrar consuelo.

Tal vez se durmió. Tal vez soñó. Pero al despertar, la tormenta había pasado. La luz se filtraba en la habitación y se iba volviendo más densa, brillante y blanca, hiriéndole los ojos. Parpadeó para protegerse de ella y lanzó un gemido cuando sus costillas protestaron al tratar de levantarse.

Había haces de color rosa y dorado brillando sobre la luz blanca y un calor irradiaba de aquella luminosidad. Se dio cuenta de que olía a tierra, un olor rico y fecundo, y al humo del fuego de turba que aún ardía en el hogar.

Pudo ver una forma femenina, e intuyó una asombrosa belleza.

Ése no era un demonio en busca de sangre.

Apretando los dientes, consiguió arrodillarse. Aunque su voz aún estaba teñida de ira y tristeza, inclinó la cabeza.

—Mi Señora.

—Hijo.

La luz parecía surgir de ella. Tenía el pelo rojo intenso de una guerrera y caía sobre sus hombros en sedosas ondas. Los ojos eran verdes como el musgo del bosque, y suavizados ahora por lo que podía ser una mirada compasiva. Iba vestida de blanco con ribetes dorados, como era su derecho por rango. Aunque era la diosa de la batalla no usaba armadura, y tampoco llevaba espada.

Se llamaba Morrigan.

—Has luchado bien.

—He perdido. He perdido a mi hermano.

—¿Has perdido? —Ella avanzó y le ofreció la mano para que pudiese levantarse—. Permaneciste fiel a tu juramento, aunque la tentación era muy grande.

—De no ser así quizá podría haberle salvado.

—No. —Ella tocó el rostro de Hoyt y él pudo sentir su calor—. Lo habrías perdido igualmente, y también a ti. Te lo aseguro. Entregarías tu vida por la suya, pero no podrías entregar tu alma, o las almas de otros. Tienes un gran don, Hoyt.

—¿Y de qué me sirve si no puedo proteger a los de mi propia sangre? ¿Es que acaso los dioses exigen ese sacrificio, condenar a un inocente a ese tormento?

—No fueron los dioses quienes le condenaron. Y tampoco te correspondía a ti salvarle. Pero hay un sacrificio que hacer y batallas que librar. Sangre, inocente o no, que debe derramarse. Has sido elegido para una importante tarea.

—¿Pedirás algo de mí ahora, Señora?

—Sí. Se te pedirán muchas cosas, y también a otros. Hay una batalla que librar, la mayor batalla que jamás se haya dado. El bien contra el mal. Debes reunir las fuerzas.

—No soy capaz de hacerlo. No estoy dispuesto a hacerlo. Estoy... Dios, estoy cansado.

Se dejó caer en el borde del catre y se cubrió la cabeza con las manos.

—Debo ir a ver a mi madre. Debo decirle que fracasé, que no conseguí salvar a su hijo.

—Tú no fracasaste, porque resististe las fuerzas del mal. Ahora debes llevar ese estandarte, usar el don que has recibido para enfrentar y derrotar aquello que quiere destruir mundos enteros. ¡Deja ya de compadecerte de ti mismo!

Él alzó la cabeza al oír su tono cortante.

—Hasta los dioses sienten pena, Señora. Y yo esta noche he matado a mi hermano.

—Tu hermano fue asesinado por la bestia hace una semana. Lo que cayó por ese acantilado no era Cian. Tú lo sabes. Pero él... sigue existiendo.

Hoyt se puso de pie con esfuerzo.

—Él vive.

—Eso no es vida —replicó ella—. Es algo sin aliento, sin alma, sin corazón. Tiene un nombre que todavía no ha sido pronunciado en este mundo. Es un vampiro y se alimenta de sangre. —Se acercó a él—. Caza a seres humanos, les quita la vida, o peor, mucho peor, se apodera de aquello que caza y lo mata dentro de sí mismo. Se multiplica, Hoyt, como una pestilencia. No tiene rostro y debe esconderse de la luz del sol. Es contra eso contra lo que debes combatir; contra eso y otros demonios que han comenzado a reunirse. Debes enfrentarte a esta fuerza en combate durante la celebración de Samhain. Y debes salir victorioso, o el mundo que conoces, los mundos que aún te quedan por conocer, serán destruidos.

—¿Y cómo haré para encontrarlos? ¿Cómo lucharé contra ellos? De nosotros dos, Cian era el guerrero.

—Debes abandonar este lugar e ir a otro, y a otro más. Algunos vendrán a ti, y a algunos tendrás que buscarlos. La bruja, el guerrero, el sabio, el que adopta muchas formas y aquel a quien has perdido.

—¿Sólo cinco más? ¿Seis contra un ejército de demonios? Mi Señora...

—Un círculo de seis, tan fuerte y puro como el brazo de un dios. Cuando ese círculo se haya formado, otros también se formarán. Pero los seis serán mi ejército, los seis formarán el anillo. Enseñaréis y aprenderéis, y seréis más grandes que la suma de vosotros. Un mes para reuniros, un mes para aprender y uno para comprender. Tú, hijo, eres mi primero.

—¿Me pedirás que abandone a la familia que he dejado cuando esa cosa que se llevó a mi hermano puede venir a buscarlos a ellos también?

—Esa cosa que se llevó a tu hermano dirige esa fuerza.

—Yo conseguí herirla... a ella. Le causé una herida.

Y ese recuerdo bullía en él como la venganza.

—Lo hiciste, sí, lo hiciste. Y éste es sólo otro paso más hacia ese momento y esa batalla. Ella ahora lleva tu marca y, llegado el momento, vendrá a por ti.

—¿Y si la persigo y la destruyo ahora?

—No puedes hacerlo. Está más allá de ti en este momento, y tú, hijo mío, no estás preparado aún para enfrentarte a ella. Entre estos tiempos y mundos, su sed se volverá insaciable hasta que sólo la destrucción de toda la humanidad podrá satisfacerla. Tendrás tu venganza, Hoyt —dijo Morrigan mientras él se ponía de pie—, si consigues derrotarla. Viajarás a lugares remotos y sufrirás. Y yo sufriré al conocer tu dolor, porque eres mío. ¿Crees acaso que tu destino, tu felicidad, no significan

nada para mí? Eres mi hijo tanto como lo eres de tu madre.

—¿Y qué hay de mi madre, Señora? ¿De mi padre, de mis hermanas, de sus familias? Si no estoy allí para protegerlos, ellos pueden ser los primeros en morir si se libra la batalla de la que hablas.

—Esa batalla se librará. Pero estarán lejos de ella. —Extendió las manos—. Tu amor por los de tu sangre forma parte de tu poder y no te pediré que reniegues de ello. No podrás pensar con claridad hasta que no estés seguro de que todos ellos están a salvo.

Echó la cabeza hacia atrás y levantó los brazos con las palmas ahuecadas. La tierra se estremeció ligeramente bajo sus pies y, cuando Hoyt alzó la vista, vio unas estrellas atravesando el cielo nocturno. Esos puntos de luz cayeron en las manos de ella y allí ardieron como llamas.

El corazón de Hoyt golpeó contra sus costillas lastimadas cuando ella habló, mientras su cabellera enmarcaba su rostro iluminado.

—Forjado por los dioses, por la luz y por la noche. Símbolo y escudo, simple y verdadero. Por fe, por lealtad, estos dones para ti. Su magia vive a través de la sangre derramada, la tuya y la mía.

Un dolor le atravesó la palma de la mano. Vio que la sangre manaba en la suya y en la de ella mientras el fuego ardía.

—Y así vivirá por toda la eternidad. Benditos sean aquellos que lleven la Cruz de Morrigan.

El fuego se extinguió y en las manos de la diosa aparecieron brillantes cruces de plata.

—Estas cruces los protegerán. Deben llevarlas puestas siempre, noche y día, desde el nacimiento hasta la muerte. Cuando partas, sabrás que todos ellos están a salvo.

—Si hago esto, ¿tendrás piedad de mi hermano?

—¿Pretendes negociar con los dioses?

—Sí.

Ella sonrió como lo haría una madre que se divierte con su hijo pequeño.

—Has sido elegido porque te crees capaz de algo así. Abandonarás este lugar y reunirás a todos aquellos que son necesarios para esta tarea. Te prepararás y luego emprenderás viaje. La batalla que te espera se librará con lanza y espada, con dientes y colmillos, con ingenio y traición. Si consigues salir victorioso de este lance, los mundos estarán en equilibrio y tú tendrás todo aquello que desees.

—¿Cómo haré para luchar contra un vampiro? Ya he fracasado una vez al enfrentarme a ella.

—Estudia y aprende —contestó Morrigan—. Y aprende de uno de los suyos. De uno a quien ella haya creado. Uno que era tuyo antes de que ella se lo llevase. Debes encontrar a tu hermano.

—¿Dónde?

—No sólo dónde, sino cuándo. Mira en el fuego.

Hoyt se percató de que se encontraban nuevamente en su cabaña y él estaba de pie delante del hogar encendido. Las llamas se alzaron como torres de fuego convirtiéndose en una gran ciudad. Allí había voces y sonidos que jamás había oído. Miles de personas se apresuraban a través de calles hechas con alguna clase de piedra. Y había máquinas que se movían velozmente entre ellas.

—¿Qué es este lugar? —Apenas si podía pronunciar las palabras—. ¿Qué mundo es éste?

—Este lugar se llama Nueva York, y la época es aproximadamente dentro de mil años. El mal aún recorre la Tierra, Hoyt, igual que lo hacen la inocencia y el bien. Tu hermano lleva ya mucho tiempo vagando por el mundo. Para él han pasado siglos. Harías bien en recordarlo.

—¿Es un dios ahora?

—No, es un vampiro. Él debe enseñarte, y también debe luchar a tu lado. La victoria no será

posible sin su ayuda.

Una ciudad de semejante tamaño, pensó. Edificios de piedra y plata más altos que cualquier catedral.

—¿La guerra se librará en este lugar, en esta Nueva York?

—En su momento se te dirá dónde y cómo se librará la guerra. Ya lo sabrás. Ahora debes marcharte y llevar lo que necesites. Ve a ver a tu familia y entrégales su protección. Debes dejarlos en seguida y acudir al Baile de los Dioses. Necesitarás tu habilidad y mi poder para poder pasar. Encuentra a tu hermano, Hoyt. Es hora de reunirse.

Despertó junto al fuego, envuelto en la manta. Pero se dio cuenta de que no había sido un sueño. Tenía sangre aún líquida en la palma de la mano y las cruces de plata que descansaban sobre su regazo.

Aún no había amanecido, pero preparó su equipaje con libros y pociones, tortas de harina de avena y miel. Y con las preciosas cruces. Ensilló su caballo y luego, a modo de precaución, trazó otro círculo protector alrededor de la cabaña.

Un día regresaría, se prometió. Encontraría a su hermano y, esa vez, le salvaría. No importaba lo que costase.

Cuando el sol proyectó sus primeros rayos, Hoyt emprendió el largo viaje hacia An Clar y el hogar familiar.

Viajó en dirección norte a través de caminos que la tormenta había convertido en auténticos lodazales. Los horrores y los prodigios de la noche revoloteaban en su mente mientras se encorbaba sobre su caballo para atenuar el dolor de sus costillas.

Juró que, si vivía el tiempo suficiente, practicaría más a menudo la magia de la curación, y prestándole más atención.

Durante el viaje pasó junto a campos donde los hombres trabajaban y el ganado pastoreaba bajo el suave sol de la mañana. Y lagos que reflejaban el azul del cielo de finales del verano. Atravesó espesos bosques en los que rugían las cascadas y las sombras, y los musgos eran el reino de las historias de duendes y hadas.

Allí lo conocían, y los hombres se descubrían al paso de Hoyt el Hechicero. Pero no se detuvo para aceptar la hospitalidad que le ofrecían en cabañas y tabernas. Tampoco buscó la comodidad de las grandes casas ni solaz en las conversaciones de los monjes que vivían en sus abadías o torres redondas.

En ese viaje estaba solo y, por encima de las batallas y las órdenes de los dioses, lo primero que haría sería buscar a su familia. Les ofrecería lo máximo posible antes de dejarles para hacer aquello que le habían encomendado.

A medida que avanzaba se esforzaba por erguirse en su cabalgadura cuando llegaba a las aldeas o los puestos de vigilancia. Su dignidad le acarreaba una considerable incomodidad, y acababa obligándolo a descansar a orillas de ríos donde el agua gorgoteaba entre las rocas.

En una época, pensó, había disfrutado plenamente de ese viaje desde su cabaña hasta la casa de su familia, a través de campos y colinas, o a lo largo de la costa del mar. Solo, o en compañía de su hermano, había cabalgado por aquellos mismos caminos y senderos, sentido el mismo sol calentándole el rostro. Se había detenido a comer y a darle un descanso a su caballo en ese mismo lugar.

Pero ahora el sol le lastimaba los ojos y el aroma de la tierra y la hierba no penetraba en sus sentidos adormecidos.

El sudor de la fiebre suavizaba su piel y los ángulos de su rostro eran más agudos bajo el incesante dolor.

Aunque no tenía hambre, decidió comer un trozo de una de las tortas de avena y tomar un poco más de la medicina que llevaba en el equipaje. A pesar de la infusión y la comida, las costillas seguían doliéndole como un diente podrido.

¿Qué podría hacer él en la batalla?, se preguntó. Si en este momento tuviese que levantar la espada para salvar su vida, sin duda moriría sin defenderse.

«Vampiro», pensó. La palabra era adecuada. Era erótica, exótica y, de alguna manera, horrible. Cuando tuviese tiempo y energía para hacerlo, escribiría más acerca de lo que sabía. Aunque muy lejos de estar convencido de que estaba a punto de salvar aquel mundo o cualquier otro de ninguna invasión demoníaca, siempre era mejor adquirir conocimientos.

Cerró los ojos durante un momento, intentando mitigar el dolor de cabeza que latía detrás de ellos. Una bruja, le habían dicho. No le gustaba nada tratar con brujas. Siempre estaban revolviendo extrañas pócimas en grandes calderos y repitiendo sus conjuros.

Luego un sabio. Al menos ése podría resultarle útil.

¿Era Cian el Guerrero? Eso esperaba. Cian sosteniendo el escudo y empuñando la espada otra vez, luchando a su lado. Casi era capaz de creer que podría cumplir con la tarea que le habían encomendado si su hermano estaba a su lado.

Aquel que adopta muchas formas. Qué extraño. Una hada, quizá; los dioses sabían cuán fiables eran esas criaturas. ¿Y se suponía que, de alguna manera, ésta sería la primera línea en la batalla por los mundos?

Examinó la mano que se había vendado aquella mañana.

—Sería mejor para todos que sólo hubiese sido un sueño. Estoy enfermo y cansado y no soy un soldado en su mejor forma.

«Regresa». La voz era apenas un susurro. Hoyt se puso en pie y buscó su puñal.

En el bosque nada se movía, excepto las alas negras de un cuervo posado entre las sombras de una roca, junto al agua.

«Regresa a tus libros y hierbas, Hoyt el Hechicero. ¿Crees por ventura que puedes derrotar a la Reina de los Demonios? Regresa, regresa y vive tu miserable vida, y ella se apiadará de ti. Sigue adelante y ella se deleitará con tu carne y beberá tu sangre».

—¿Acaso teme decírmelo personalmente? Pues hace bien, porque pienso perseguirla a través de esta vida y de la siguiente, si es necesario. Vengaré a mi hermano. Y en la batalla que vendrá, le arrancaré el corazón y luego lo quemaré.

«Morirás gritando y ella te convertirá en su esclavo por toda la eternidad».

—Eres un verdadero fastidio.

Hoyt se cambió de posición el puñal en la mano. Cuando el cuervo alzó el vuelo, lanzó el cuchillo a través del aire. Falló, pero el rayo de fuego que despidió con la mano libre sí dio en el blanco. El animal lanzó un chillido, y lo que cayó a tierra era sólo un montón de cenizas.

Hoyt miró el puñal con una expresión de disgusto. Le había faltado poco y probablemente habría podido realizar el trabajo sólo con el puñal de no haber estado herido. Al menos Cian le había enseñado eso.

Pero ahora tenía que ir a buscar esa maldita cosa.

Antes de hacerlo, cogió un puñado de sal de sus alforjas y la esparció sobre las cenizas del heraldo. Luego recuperó el arma, se acercó a su caballo y montó con los dientes apretados.

—Esclavo para toda la eternidad —musitó—. Eso ya lo veremos, ¿no?

Reanudó la marcha rodeado de campos verdes y las laderas de las colinas cubiertas por las sombras de las nubes bajo la leve luz del alba. Sabedor de que el galope le haría retorcerse de dolor, mantuvo el caballo al paso. Al poco rato se adormeció, y soñó que estaba de regreso en los acantilados, luchando con Cian. Pero en esa ocasión era él quien se precipitaba al vacío, cayendo en medio de la oscuridad para estrellarse contra las implacables rocas.

Se despertó sobresaltado y con una gran aflicción. Una pena así de grande significaba sin duda la muerte.

Su caballo hizo un alto en el camino para comer la hierba que crecía a ambos lados. En ese lugar había un hombre que llevaba la cabeza cubierta y que estaba levantando una pared con una pila de piedras grises. Su barba era puntiaguda, amarilla como los tojos que crecían en la base de la colina, sus muñecas anchas como ramas.

—Buenos días tengáis, señor, ahora que os habéis despertado para verlo. —El hombre se llevó la mano a la cabeza a modo de saludo y luego se agachó para levantar otra piedra—. Habéis viajado mucho en esta jornada.

—Sí, así es. —Aunque no estaba completamente seguro de dónde se encontraba. La fiebre seguía presente y podía sentir su pegajoso calor—. Me dirijo a An Clar y a las tierras de los Mac Cionaoith. ¿Qué lugar es éste?

—El lugar donde estáis —contestó el hombre con tono jovial—. No acabaréis vuestro viaje hasta el anoecer.

—No. —Hoyt fijó la vista en el camino que parecía extenderse hasta el infinito—. No, no llegaré antes del anoecer.

—Encontraréis una cabaña con fuego en el hogar más allá de esos campos, pero no tenéis tiempo para deteneros allí. No cuando aún os queda tanto camino por recorrer. Y el tiempo se acorta mientras estamos hablando. Estáis cansado —prosiguió el hombre compasivamente—, pero aún lo estaréis más antes de acabar el viaje.

—¿Quién sois?

—Sólo un guía en vuestro camino. Cuando lleguéis a la segunda bifurcación debéis ir hacia el oeste. Cuando oigáis el río, seguid su curso. Encontraréis un pozo sagrado cerca de un serbal, el Pozo de Bridget, a quien algunos llaman santa. Allí podréis dar descanso a vuestros doloridos huesos durante la noche. Trazad en ese lugar vuestro círculo, Hoyt el Hechicero, porque ellos saldrán de caza. Sólo esperan a que el sol se oculte tras el horizonte. Debéis estar en el pozo, dentro de vuestro círculo, antes de que ello ocurra.

—Si ellos me siguen, si me dan caza, los estaré llevando directamente a donde está mi familia.

—Ellos no son desconocidos para los vuestros. Lleváis la Cruz de Morrigan. La dejaréis detrás con los de vuestra sangre. Eso y vuestra fe. —Los ojos del hombre eran grises y claros y, por un instante, pareció que varios mundos residían en ellos—. Si fracasáis, en Samhain se perderá algo más que vuestra estirpe. Ahora debéis marcharos. El sol se encuentra ya en el oeste.

¿Qué alternativa tenía? Todo le parecía un sueño, mientras ardía presa de la fiebre. La muerte de su hermano, luego su destrucción. Aquella cosa de los acantilados que se llamaba a sí misma Lilith. ¿Había sido visitado realmente por la diosa o sólo estaba atrapado en algún sueño?

Quizá ya estaba muerto y aquello no era más que un viaje a la otra vida.

Pero al llegar a la bifurcación tomó la dirección hacia el oeste y, cuando oyó las aguas del río, guió su caballo hacia allí. Ahora sentía escalofríos a causa de la fiebre y la visión de la luz que menguaba en el cielo.

Más que desmontar se cayó del caballo, apoyándose luego sin aliento contra el cuello del animal. La herida de la mano se le abrió y manchó de rojo la venda que la cubría. En el oeste, el sol se veía como una bola de fuego declinante.

El pozo sagrado era un cuadrado de piedras de escasa altura protegido por el serbal. Otras personas que habían llegado allí para descansar o rezar habían ido atando cintas, amuletos y recuerdos a las ramas del árbol. Hoyt ató el caballo, luego se arrodilló para coger el pequeño cucharón de madera del pozo y beber un trago de agua fresca. Derramó unas gotas en la tierra para el dios y murmuró unas palabras de agradecimiento. Dejó un penique de cobre sobre la piedra, manchándola con la sangre que brotaba de su herida.

Sus piernas parecían estar hechas más de agua que de hueso, pero cuando la penumbra se hizo más densa, se obligó a concentrarse y comenzó a trazar su círculo.

Era un acto de magia simple, uno de los primeros que se aprendían. Pero ahora el poder se le escapaba a borbotones, convirtiendo la tarea en un sufrimiento. Su propio sudor le helaba la piel mientras luchaba con las palabras, con los pensamientos y con el propio poder, que parecía una anguila que resbalara entre sus manos.

Oyó que algo vagaba por el bosque, moviéndose en las sombras más profundas. Esas sombras se volvieron más densas cuando los últimos rayos de sol se filtraron a través de las copas de los árboles.

Ellos venían a por él, esperando que ese último resplandor desapareciera y lo dejase en la más absoluta oscuridad. Moriría allí, solo, dejando a su familia desprotegida. Y todo por el capricho de los dioses.

—Pero eso no sucederá.

Se levantó. Tenía una oportunidad más, lo sabía. Una. De modo que se arrancó la venda de la mano y, con su propia sangre, selló el círculo.

—Dentro de este círculo, la luz permanece. Arde a través de la noche según mi voluntad. Esta magia es blanca y sólo aquello que es puro podrá permanecer aquí. El fuego se enciende, el fuego asciende y quema con un brillo poderoso.

Las llamas brotaron en el centro de su círculo, débiles, pero allí estaban. El sol desapareció detrás del horizonte cuando el fuego comenzó a crecer. Y aquello que había acechado en las sombras se hizo súbitamente presente. Apareció como un lobo, piel negra y ojos inyectados en sangre. Cuando la bestia saltó en el aire, Hoyt sacó su puñal. Pero la bestia chocó contra la fuerza que emanaba del círculo y fue rechazada.

El lobo aulló, gruñó, lanzó dentelladas al aire. Sus colmillos blancos refulgían mientras iba de un lado a otro, como si buscase un punto vulnerable en el escudo.

Otro lobo se unió al primero, saliendo de entre los árboles, luego otro, y otro más, hasta que Hoyt pudo contar seis de ellos. Las bestias atacaban juntas y retrocedían juntas. Recorrían unidas el perímetro de fuego, como si fuesen soldados en formación.

Cada vez que atacaban, el caballo relinchaba y retrocedía. Hoyt se acercó a él sin apartar la vista de los lobos mientras apoyaba las manos sobre el animal. Eso era algo que al menos podía hacer. Tranquilizó al animal hasta dejarlo en estado de trance. Luego sacó la espada y la hundió en la tierra, junto al fuego.

Cogió la comida que le quedaba, extrajo agua del pozo sagrado y echó hierbas en ella, aunque los dioses sabían que su automedicación no estaba haciendo efecto. Se inclinó junto al fuego, el puñal a un lado y el bastón sobre las piernas.

Se arrebujó en su capa, temblando de frío, y después de haber puesto miel en una torta de harina de avena, se obligó a tragarla. Los lobos se sentaron sobre sus cuartos traseros, echaron las cabezas hacia atrás y aullaron a la vez a la luna que ascendía en el cielo.

—Estáis hambrientos, ¿verdad? —musitó Hoyt a través del castañeteo de los dientes—. Pues aquí no hay nada para vosotros. Oh, lo que daría en este momento por una cama y una taza de té decente.

Se sentó y el fuego bailó ante sus ojos hasta que comenzaron a cerrársele. Cuando el mentón cayó sobre su pecho, nunca se había sentido tan solo. O tan inseguro del camino que debía seguir.

Pensó que era Morrigan quien se acercaba a él, porque era hermosa y su pelo tan rojo como el fuego. Caía suave como la lluvia, las puntas rozándole los hombros. Llevaba un vestido negro, extraño, y lo bastante atrevido como para dejar sus brazos al descubierto y permitir que la prominencia de sus pechos se elevase por encima del corsé. Alrededor del cuello llevaba un collar con una piedra en el centro.

—Esto no servirá —dijo ella con un tono de voz que era a la vez extraño e impaciente. Arrodillándose a su lado, le apoyó una mano en la frente; su contacto fue tan fresco y balsámico como la lluvia de primavera. Olía a bosque, una fragancia terrenal y secreta.

Por un momento demencial Hoyt sólo deseó apoyar la cabeza sobre sus pechos y dormir con ese perfume llenando sus sentidos.

—Estás ardiendo. Bien, veamos qué llevas aquí y lo usaremos para curarte.

Ella se tornó momentáneamente borrosa ante sus ojos, luego volvió a concretarse. Sus ojos eran verdes, como los de la diosa, pero su tacto era humano.

—¿Quién eres? ¿Cómo has conseguido entrar en el círculo?

—Saúco, milenrama. ¿No tienes pimienta de Cayena? Bien, dije que te curaría.

Él la observó mientras ella ponía manos a la obra, a la manera de las mujeres, sacando agua del pozo y calentándola en el fuego.

—Lobos —murmuró y se estremeció levemente. Y en ese temblor de su cuerpo, él pudo percibir su miedo—. A veces sueño con los lobos negros, o con cuervos. Y a veces con la mujer. Ella es la peor de todos. Pero ésta es la primera vez que he soñado contigo. —Hizo una pausa y lo miró durante un momento muy largo con sus ojos de un verde profundo y secreto—. Y, sin embargo, conozco tu cara.

—Éste es mi sueño.

Ella se echó a reír brevemente y luego arrojó unas hierbas en el agua caliente.

—Como quieras. Veamos si podemos ayudarte a despertar de él.

La muchacha pasó la mano por encima de la copa.

—Poder de la curación, hierbas y agua, cocido esta noche por la hija de Hécate.^[1] Enfía su fiebre, mitiga su dolor para que la fuerza y la visión no se aparten de él. Revuelve la magia en esta simple infusión. Al igual que lo haré yo, que así sea.

—Los dioses me salvan. —Consiguió incorporarse apoyándose sobre un codo—. Eres una bruja.

Ella sonrió mientras se acercaba con la taza en la mano. Y sentándose a su lado, le rodeó la espalda con un brazo.

—En efecto, lo soy. ¿Acaso no lo eres tú también?

—No, yo no. —Apenas tenía energía suficiente para responder—. Yo sólo soy un maldito hechicero. Aparta ese brebaje. Incluso el olor es repugnante.

—Es posible, pero curará el mal que te aqueja. —Ella sujetó la cabeza de Hoyt contra su hombro. Y, aunque él trató de librarse de su abrazo, le apretó la nariz y vertió líquido a través de su garganta—. Los hombres son todos unos niños pequeños cuando están enfermos. ¡Y mira tu mano! ¡Sucia y cubierta de sangre! Tengo algo para eso.

—Aléjate de mí —dijo él débilmente, aunque el perfume, el contacto de ella eran a la vez seductores y reconfortantes—. Déjame morir en paz.

—No vas a morir. —Sin embargo, lanzó una mirada cautelosa a los lobos—. ¿Cuán fuerte es tu

círculo?

—Lo bastante fuerte.

—Espero que tengas razón.

El agotamiento —y las hojas de valeriana que ella había mezclado en la infusión— hizo que su mentón volviese a caer sobre su pecho. Ella cambió de postura para poder apoyar la cabeza de Hoyt en su regazo y le acarició el pelo mientras contemplaba el fuego.

—Ya no estás solo —dijo, con voz suave—. Y supongo que yo tampoco.

—El sol... ¿Cuánto falta para el amanecer?

—Ojalá lo supiera. Ahora deberías dormir.

—¿Quién eres?

Pero si ella le contestó, él no pudo oírla.

Cuando despertó, la mujer había desaparecido, y también la fiebre. El amanecer era un brillo brumoso que permitía que finos rayos de sol se filtrasen a través del follaje estival.

De los seis lobos sólo quedaba uno, y yacía apuñalado en un charco de sangre, fuera del círculo. Lo habían degollado, comprobó Hoyt, y le habían abierto el vientre. Cuando se puso de pie para acercarse al animal muerto, el sol brilló con luz blanca a través de las hojas e iluminó al lobo.

En ese momento, la bestia ardió en llamas dejando sólo un puñado de cenizas sobre la tierra ennegrecida.

—Que vayan al infierno contigo todos los que son como tú.

Hoyt se apartó de allí y se dedicó a alimentar a su caballo y preparar un poco de infusión. Ya casi había acabado cuando advirtió que la palma de su mano estaba curada. Sólo quedaba en ella una cicatriz apenas visible. Flexionó los dedos y alzó la mano hacia la luz.

Curioso, se levantó la túnica. Aún tenía las magulladuras en el costado, pero estaban palideciendo. Y, cuando lo intentó, se dio cuenta de que podía moverse sin sentir dolor.

Si lo que lo había visitado durante la noche había sido una visión y no el producto de un sueño febril, suponía que debía sentirse agradecido.

Sin embargo, jamás había tenido una visión tan vívida y real. Tampoco ninguna que hubiese dejado tantas cosas detrás. Juraría que aún podía olerla, y oír la cadencia y el flujo de su voz.

Ella le había dicho que conocía su cara. Qué extraño era que, en alguna parte de su interior, también él sintiese que había reconocido a aquella mujer.

Se lavó y, pese a que su apetito había regresado con fuerza, tuvo que conformarse con bayas y un trozo de pan duro.

Luego borró el círculo y roció con sal la tierra ennegrecida que lo rodeaba. Una vez que estuvo instalado en la montura, se alejó al galope.

Con un poco de suerte, llegaría a su casa al mediodía.

Durante el resto del viaje no hubo más señales, ni heraldos ni hermosas brujas. Sólo campos que se extendían ondulados y verdes hacia las sombras de las montañas y las profundidades secretas del bosque. Ahora conocía su camino, lo habría conocido aunque hubiesen pasado cien años. De modo que azuzó a su cabalgadura para que salvase un pequeño muro de piedra y se lanzó al galope a través del último campo en dirección a su hogar.

Podía ver el humo de la chimenea. Imaginó a su madre sentada en el salón, quizá tejiendo un encaje o trabajando en uno de sus tapices. Esperando, anhelando recibir noticias de sus hijos. Deseó

poder llevarle mejores nuevas.

Su padre debía de estar con su capataz, recorriendo sus tierras, y sus hermanas casadas en sus propias cabañas, con la joven Nola en el establo, jugando con los cachorros de la nueva camada.

La casa estaba escondida en el bosque porque su abuela —quien le había pasado el poder a él y, en menor medida, a Cian— así lo había querido. Se alzaba cerca de un arroyo y tenía una torre de piedra con ventanas de auténtico cristal. Sus jardines eran el orgullo de su madre, con rosas que florecían tumultuosamente en ellos.

Uno de los criados corrió para encargarse del caballo. Hoyt se limitó a menear la cabeza ante la pregunta en los ojos del hombre. Se dirigió hacia la puerta de la que aún colgaba la bandera negra del duelo.

En el interior de la casa le esperaba otro de los criados para recoger su capa. Allí, en el vestíbulo, las paredes lucían los tapices de su madre, y de la madre de su madre; uno de los galgos de su padre corrió a darle la bienvenida.

En el aire podía oler la cera de abeja y el aroma de las rosas recién cortadas del jardín, así como del fuego de turba que ardía en el hogar. Subió la escalera que conducía al salón de su madre.

Ella le estaba esperando, como él sabía que haría. Sentada en su sillón, con las manos entrelazadas sobre el regazo, tan apretadas que los nudillos se le veían blancos. En su rostro se advertía claramente todo el peso de su aflicción, y ese peso se hizo más ostensible cuando vio la expresión en los ojos de su hijo.

—Madre...

—Estás vivo. Estás bien. —Se levantó y extendió los brazos hacia él—. He perdido a mi hijo pequeño, pero aquí está mi primogénito, nuevamente en casa. Querrás comer y beber después de tu largo viaje.

—Tengo mucho que contarte.

—Y lo harás.

—A todos vosotros, por favor, madre. No puedo quedarme mucho. Lo siento. —La besó en la frente—. Lamento tener que dejaros tan pronto.

Había comida y había bebida, y toda la familia —excepto Cian— estaba sentada alrededor de la mesa. Pero no era una comida como tantas otras, con risas y discusiones a gritos, con alegría o insignificantes desacuerdos. Hoyt estudió sus rostros, su belleza, su fuerza y su pena mientras desgranaba el relato de lo que había ocurrido.

—Si tiene que librarse una batalla, yo iré contigo. Lucharé a tu lado.

Hoyt miró a Fearghus, su cuñado. Sus hombros eran anchos y sus puños estaban preparados para pelear.

—Allí adonde voy, no puedes seguirme. A ti no te han encargado que luches. Eoin y tú, junto con mi padre, debéis quedaros aquí para proteger a la familia y la tierra. Me marcharía con un mayor peso en el corazón si no supiera que ocuparéis mi lugar. Debéis llevar esto.

Hoyt sacó las pequeñas cruces de plata.

—Cada uno de vosotros y todos los niños que nazcan después. Día y noche, noche y día. Ésta —dijo, al tiempo que alzaba una— es la Cruz de Morrigan, forjada por los dioses en el fuego mágico. Un vampiro no puede convertir a nadie que la lleve puesta. Esta cruz debe pasar a aquellos que vengan después de vosotros, y su significado debe recogerse en canciones e historias. Debéis jurar

que no os la quitaréis nunca, que la llevaréis siempre puesta hasta la muerte.

Se levantó, colocando una cruz alrededor de cada cuello, esperando que hicieran el juramento antes de continuar.

Luego se arrodilló delante de su padre. Las manos de éste eran viejas, advirtió Hoyt con un sobresalto. Era más un granjero que un guerrero y, en aquel instante, supo que la de su padre sería la primera muerte, y que sucedería antes de la Navidad. Del mismo modo, supo que jamás volvería a mirar a los ojos del hombre que le había dado la vida.

Y su corazón se desgarró.

—Me despido de vos, señor. Y ahora os suplico vuestra bendición.

—Venga la muerte de tu hermano y regresa a casa con nosotros.

—Lo haré. —Hoyt se levantó—. Debo reunir todo lo que necesito.

Subió a la habitación que conservaba en la torre más elevada de la casa y, una vez allí, comenzó a empaquetar hierbas y pociones sin tener una idea muy clara de qué era lo que realmente iba a necesitar.

—¿Dónde está tu cruz?

Hoyt miró hacia la puerta de la habitación y vio a Nola, con su pelo negro que le colgaba hasta la cintura. Sólo tenía ocho años y ocupaba el lugar más tierno en su corazón.

—Ella no hizo una cruz para mí —le contestó—. Yo tengo otra clase de escudo para protegerme, no debes preocuparte por nada. Sé lo que hago.

—Cuando te marches no lloraré.

—¿Por qué habrías de hacerlo? Ya me he marchado antes y he regresado sin problemas, ¿verdad?

—Esta vez también regresarás. A la torre. Y ella vendrá contigo.

Hoyt acomodó con cuidado las pequeñas botellas en su caja y luego hizo una pausa para estudiar a su hermana.

—¿Quién vendrá conmigo?

—La mujer del pelo rojo. No la diosa, sino una mujer mortal, una que lleva la señal de las brujas. No puedo ver a Cian y tampoco puedo ver si conseguirás la victoria, pero sí puedo verte a ti aquí, con la bruja. Y también veo que tienes miedo.

—¿Acaso un hombre debería entrar en combate sin sentir miedo? ¿No es el miedo algo que ayuda a seguir con vida?

—No sé nada de batallas. Me gustaría ser un hombre y un guerrero. —Su boca, tan joven, tan suave, se torció en un gesto sombrío—. Si lo fuese, no podrías impedir que fuese contigo como has hecho con Fearghus.

—¿Cómo podría atreverme a hacer tal cosa? —Cerró los ojos y se acercó a su hermana pequeña—. Es verdad, tengo miedo. Pero no se lo digas a los demás.

—No lo haré.

Sí, el lugar más tierno de su corazón, pensó, y cogiendo la cruz de Nola utilizó su magia para trazar su nombre en el reverso en el alfabeto ogham.^[2]

—Esto hace que la cruz te pertenezca sólo a ti —le dijo.

—A mí y a quienes reciban mi nombre después de mí. —Sus ojos brillaban, pero no derramó una sola lágrima—. Volverás a verme.

—Por supuesto que sí.

—Cuando lo hagas, el círculo se habrá completado. No sé cómo ni por qué.

—¿Qué más eres capaz de ver, Nola?

Ella meneó la cabeza.

—Está oscuro. No puedo ver nada. Encenderé una vela por ti todas las noches hasta que hayas vuelto a casa.

—Cabalgaré de regreso siguiendo esa luz. —Se agachó para abrazarla—. Te echaré de menos. —La besó suavemente en la frente y luego la apartó—. Cuidate.

—Tendré hijas —dijo ella.

Esas palabras hicieron que Hoyt se volviese y sonriera. Tan pequeña, tan ligera y tan ardiente.

—¿Lo sabes?

—Es mi destino —respondió ella con una resignación que hizo que él torciera los labios—. Pero no serán débiles. Ellas no se sentarán y darán vueltas a la rueda y amasarán y cocinarán todo el maldito día.

Ahora él sonrió abiertamente y supo que ése era un recuerdo que llevaría felizmente en su memoria.

—¿Oh, no lo harán? Y entonces, joven madre, ¿qué harán tus hijas?

—Serán guerreras. Y ese vampiro que se imagina que es una mujer temblará como una hoja ante ellas. —Nola enlazó las manos del modo en que su madre solía hacerlo, aunque sin nada de su docilidad ni paciencia—. Ve con los dioses, hermano.

—Que la luz te acompañe, hermana.

Todos lo miraron marcharse: tres hermanas, los hombres que las amaban, los hijos que ya habían tenido. Sus padres, incluso los criados y los mozos de cuadra. Hoyt echó una última y larga mirada a la casa que su abuelo, y el padre de éste antes que él, había construido en piedra en aquel claro del bosque, junto a las aguas del arroyo, en aquella tierra que él amaba con todo su corazón.

Luego alzó la mano en señal de adiós y se alejó de ellos al galope hacia el Baile de los Dioses.

Se alzaba en una elevación de hierba áspera cubierta por el amarillo brillante de los ranúnculos. Las nubes se habían ido espesando en el cielo, de modo que la luz se abría paso con dificultad a través de ellas en finos rayos. El mundo estaba tan silencioso, tan quieto, que tuvo la sensación de estar viajando a través de una pintura. El gris del cielo, el verde de la hierba, las flores amarillas y el antiguo círculo de piedras que estaba allí desde la noche de los tiempos.

Hoyt sintió su poder, su murmullo en el aire, sobre su piel. Llevó su caballo al paso alrededor de ellas, haciendo un alto para leer las inscripciones en ogham grabadas en la piedra mayor.

—Los mundos esperan —tradujo—. El tiempo fluye. Los dioses vigilan.

Había comenzado a desmontar cuando le llamó la atención un reflejo dorado en el campo. Allí, en la linde del mismo, había una campesina. El verde de sus ojos brillaba como el collar que llevaba. Caminó hacia él con porte real y cambió a la forma femenina de la diosa.

—Has partido temprano, Hoyt.

—Ha sido muy doloroso despedirme de mi familia. Era mejor hacerlo de prisa.

Bajó del caballo e inclinó la cabeza.

—Mi Señora.

—Hijo. Has estado enfermo.

—Unas fiebres, pero ya han pasado. ¿Fuiste tú quien me envió a la bruja?

—No hay necesidad de enviar aquello que vendrá solo. Volverás a encontrarla, y también a los demás.

—¿A mi hermano?

—Él es el primero. Pronto oscurecerá. Aquí tienes la llave del portal. —Abrió la mano y le dio una pequeña varilla de cristal—. Debes llevarla contigo, y mantenerla entera y a buen recaudo. —Cuando él hizo ademán de volver a montar su caballo, ella negó con la cabeza y sujetó las riendas—. No, debes ir andando. Tu caballo regresará a casa sin peligro.

Resignado al capricho de los dioses, Hoyt cogió su alforja y la caja con sus hierbas y pócimas. Se ajustó la espada y levantó su bastón.

—¿Cómo haré para encontrarle?

—A través del portal, en el mundo que aún no ha llegado. En el interior del Baile, levanta la llave y pronuncia las palabras. Tu destino se encuentra más allá. De ahora en adelante, la humanidad está en tus manos. A través del portal —repitió ella— en el mundo que aún no ha llegado. En el interior del Baile, levanta la llave y pronuncia las palabras. A través del portal...

Su voz lo siguió mientras avanzaba entre las grandes piedras. Reprimió el miedo en su interior. Si había nacido para aquello, que así fuera. La vida era larga, lo sabía. Simplemente, llegaba en breves ráfagas.

Levantó la vara de cristal. Un único rayo de luz se filtró a través del espeso manto de nubes para alcanzar su punta. El poder recorrió su brazo como una flecha.

—Los mundos esperan. El tiempo fluye. Los dioses vigilan.

—Repítelo —le dijo Morrigan, y se unió a él, de modo que las palabras se convirtieron en un canto.

—Los mundos esperan. El tiempo fluye. Los dioses vigilan.

El aire se agitó alrededor de Hoyt, se convirtió en viento, en luz, en sonido. El cristal que sostenía en su mano alzada brillaba como el sol y cantaba como una sirena.

Oyó que su propia voz surgía en forma de rugido, gritando ahora las palabras como si se tratase de un desafío.

Y echó a volar. A través del viento, la luz y el sonido. Más allá de estrellas, lunas y planetas. Sobre extensiones de agua que hicieron que su vientre de hechicero se revolviere de náusea. Cada vez más de prisa, hasta que la luz se tornó cegadora, los sonidos ensordecedores y el viento tan violento que se preguntó si no le estaba arrancando la piel de los huesos.

Luego la intensidad de la luz se atenuó, el viento desapareció y el mundo quedó en silencio.

Se apoyó en el bastón para recuperar el aliento, esperando a que sus ojos se adaptasen al cambio de luz. Olía algo... a cuero, pensó, y a rosas.

Se dio cuenta de que estaba en una habitación de alguna clase, pero no se parecía a nada que hubiese visto nunca. Se veía fantásticamente amueblada, con sillones largos y bajos de intensos colores, y el suelo era de tela. Había pinturas colgadas en algunas de las paredes y otras estaban cubiertas de libros. Docenas de libros encuadernados en piel.

Había dado un par de pasos, fascinado, cuando un movimiento a su izquierda le frenó en seco.

Su hermano estaba sentado detrás de una especie de mesa, donde la lámpara que iluminaba la habitación brillaba de una manera extraña. Llevaba el pelo más corto que antes y sus ojos tenían una expresión que parecía ser de diversión.

En la mano sostenía alguna clase de herramienta de metal que el instinto de Hoyt le dijo que era una arma.

Cian apuntó con ella al corazón de su hermano y se reclinó en su sillón, apoyando los pies sobre la mesa. En sus labios se dibujó una amplia sonrisa y dijo:

—Vaya, vaya, mira lo que ha traído el gato.

Hoyt frunció el cejo con cierta confusión y recorrió la habitación con la mirada en busca del gato.

—¿Me conoces? —Hoyt avanzó unos pasos hacia la luz—. Soy Hoyt, tu hermano. He venido para...

—¿Matarme? Demasiado tarde. Ya llevo muerto mucho tiempo. ¿Por qué no te quedas donde estás por el momento? Puedo ver muy bien cuando la luz es escasa. Tienes un aspecto... bueno, bastante ridículo en realidad. Pero no obstante, estoy impresionado. ¿Cuánto tiempo te ha llevado perfeccionar el viaje en el tiempo?

—Yo... —El paso a través del portal debía de haber ofuscado sus sentidos, pensó. O quizá se debiera simplemente al hecho de ver que su hermano muerto parecía estar muy vivo—. Cian.

—Ya no uso ese nombre en estos días. Ahora me llamo Caín. Quitate la capa, Hoyt, y echemos un vistazo a lo que llevas debajo.

—Eres un vampiro.

—Sí, lo soy, sin duda. La capa, Hoyt.

Él soltó el broche que la sujetaba y dejó que cayera al suelo.

—Espada y puñal. Son muchas armas para un hechicero.

—Habrás una batalla.

—¿Eso es lo que crees? —La expresión divertida volvió a dibujarse en su rostro con frialdad—. Puedo prometerte que perderás. Lo que tengo en la mano se llama pistola. Es una arma realmente muy buena. Dispara un proyectil más de prisa de lo que tardas en parpadear. Caerás muerto donde estás antes de que puedas desenvainar la espada.

—No he venido a luchar contigo.

—¿En serio? La última vez que nos encontramos... deja que refresque mi memoria. Ah, sí, me empujaste por un acantilado.

—Tú me empujaste primero —dijo Hoyt con cierta exasperación—. Y me rompiste las malditas costillas al hacerlo. Pensé que habías muerto. Oh, dioses misericordiosos, creía que estabas muerto.

—Pues no lo estoy, como puedes ver. Regresa al lugar de donde has venido, Hoyt. He tenido mil años, más o menos, para superar mi enfado contigo.

—Para mí tú moriste hace una semana. —Se levantó la túnica—. Me hiciste estas magulladuras.

Cian recorrió las magulladuras con la mirada y luego sus ojos volvieron a fijarse en Hoyt.

—Curarán muy pronto.

—He venido con un encargo de Morrigan.

—Morrigan, ¿verdad? —En esta ocasión, su expresión divertida estalló en carcajadas—. Aquí no hay dioses. Ningún dios. Ni hadas. Tu magia no tiene cabida en esta época, y tú tampoco.

—Pero tú sí.

—La adaptación es supervivencia. Aquí dios es el dinero y el poder es su socio. Y yo tengo ambos. Me he librado de las personas como tú hace mucho tiempo.

—Este mundo desaparecerá, todo desaparecerá, en Samhain, a menos que me ayudes a detenerla.

—¿Detener a quién?

—A quien te hizo a ti. A esa cosa llamada Lilith.

Lilith. Ese nombre le traía a Cian destellos de recuerdos de centenares de vidas pasadas. Todavía era capaz de verla, de olerla, de sentir la súbita y horrenda excitación experimentada en el momento en que ella se había llevado su vida.

Aún era capaz de saborear su sangre y lo que ésta llevaba incorporado. El oscuro, oscuro don.

Su mundo había cambiado. Y se le había concedido el privilegio —o la maldición— de ver cómo cambiaban los sucesivos mundos a lo largo de innumerables décadas.

¿Acaso no había percibido que algo se acercaba? ¿Por qué otra razón había permanecido sentado, solo, en plena noche, esperando?

¿Qué horrible giro del destino había enviado a su hermano —o al hermano del hombre que él había sido una vez— a través del tiempo para que pronunciara su nombre?

—Bien, tienes toda mi atención.

—Debes regresar conmigo, prepararte para la batalla.

—¿Regresar? ¿Al siglo doce? —Cian se echó a reír mientras se reclinaba en su sillón—. Te aseguro que nada podría tentarme a hacer eso. Me gustan mucho las comodidades de esta época. Aquí el agua brota caliente, Hoyt, y también las mujeres. No tengo ningún interés en vuestras políticas y vuestras guerras y, por supuesto, tampoco en vuestros dioses.

—La batalla se librará contigo o sin ti, Cian.

—Sin mí suena perfectamente bien.

—Nunca has dado la espalda a una batalla, nunca te escondiste ante una pelea.

—«Esconderse» no sería el término que yo emplearía —replicó Cian—. Y los tiempos cambian, créeme.

—Si Lilith te derrota, todos vosotros estaréis perdidos para siempre. La humanidad desaparecerá.

Cian ladeó la cabeza.

—Yo no soy humano.

—¿Es ésa tu respuesta? —Hoyt avanzó unos pasos—. ¿Te quedarás sentado sin hacer nada mientras ella lo destruye todo? ¿Te quedarás al margen mientras les hace a otras personas lo mismo que te hizo a ti? ¿Mientras mata a tu madre y a tus hermanas? ¿Te quedarás ahí, de brazos cruzados, mientras convierte a Nola en lo que tú eres?

—Todos ellos están muertos. Llevan muertos mucho tiempo. Son polvo.

¿Acaso no había visto él sus tumbas? No se había resistido a regresar y detenerse ante sus lápidas, y las lápidas de aquellos que habían vivido después que ellos.

—¿Es que has olvidado todo lo que te enseñaron? —preguntó Hoyt interrumpiendo los pensamientos de su hermano—. Los tiempos cambian, has dicho. Sin embargo es algo más que cambio. ¿Podría estar ahora aquí si el tiempo fuese sólido? El destino de ellos no está sellado, y el tuyo tampoco. En estos mismos momentos nuestro padre está muriendo y, sin embargo, lo dejé. Nunca volveré a verle con vida.

Cian se levantó lentamente.

—No tienes idea de lo que ella es, de lo que es capaz. Tenía ya cientos de años cuando me tomó.

¿Acaso piensas detenerla con espadas y rayos? Eres más estúpido de lo que recordaba.

—Pienso detenerla contigo. Ayúdame. Si no lo haces por la humanidad, hazlo al menos por ti. ¿O

acaso te unirás a ella? Si dentro de ti no queda nada de aquel que fue mi hermano, entonces acabemos esto entre nosotros ahora mismo y de una vez por todas.

Hoyt sacó su espada.

Durante un largo momento, Cian estudió la hoja, consideró la pistola que sostenía en la mano y luego volvió a guardarla en el bolsillo.

—Aparta esa espada. Por Dios, Hoyt, si no eras capaz de vencerme cuando estaba vivo.

El desafío, y la pura irritación, brillaron en los ojos de Hoyt.

—No lo hiciste muy bien la última vez que luchamos.

—Eso es verdad. Me llevó varias semanas recuperarme. Ocultándome en cuevas durante el día, medio muerto de hambre. Entonces la busqué a ella, a Lilith, quien me engendró. La busqué durante la noche, mientras me esforzaba para cazar suficientes presas como para alimentarme. Sin embargo, me abandonó. De modo que tengo una deuda pendiente con ella. Aparta ya esa maldita espada.

Cuando Hoyt dudó, Cian sólo tuvo que dar un pequeño salto. En un abrir y cerrar de ojos planeó por encima de la cabeza de Hoyt y aterrizó suavemente a su espalda. Un momento después, desarmó a su hermano con un casi imperceptible giro de muñeca.

Hoyt se volvió lentamente. La punta de la espada apuntaba a su garganta.

—Buen trabajo —dijo.

—Somos más rápidos y más fuertes. No tenemos una conciencia que pueda reprimarnos. Estamos obligados a matar, a alimentarnos. A sobrevivir.

—Entonces, ¿por qué no estoy muerto?

Cian se encogió de hombros.

—Digamos que por curiosidad, y también un poco por los viejos tiempos. —Lanzó la espada al otro lado de la habitación—. Bien, bebamos una copa.

Cian se dirigió a un pequeño armario y lo abrió. Con el rabillo del ojo, pudo ver cómo la espada volaba a través de la habitación hasta la mano de Hoyt.

—Eso ha estado muy bien —dijo con ligereza, y sacó una botella de vino—. No puedes matarme con acero, pero sí podrías, si fueses lo bastante afortunado, arrancar una parte de mí. No somos capaces de regenerar los miembros perdidos.

—Dejaré mis armas a un lado y tú haz lo mismo.

—Me parece bastante justo. —Cian sacó la pistola del bolsillo y la dejó encima de la mesa—. Aunque un vampiro siempre lleva su arma consigo. —Exhibió sus colmillos brevemente ante Hoyt—. No puedo hacer nada respecto a esto. —Sirvió dos copas de vino mientras Hoyt dejaba la espada y el puñal—. Siéntate y dime por qué debería participar en la salvación del mundo. Ahora soy un hombre muy ocupado. Tengo empresas que atender.

Hoyt cogió el vaso de vino, lo estudió y olfateó su contenido.

—¿Qué es esto?

—Un vino tinto italiano muy bueno. No tengo ninguna necesidad de envenenarte. —Para confirmar sus palabras, bebió de su copa—. Podría romperte el cuello como si fuese una rama. —Cian se sentó y estiró las piernas. Luego agitó una mano en dirección a Hoyt—. En los mundos de hoy, lo que estamos haciendo aquí se llamaría una reunión, y tú estás a punto de llevar a cabo tu intervención. De modo que... ilústrame.

—Tenemos que reunir nuestras fuerzas, comenzando por unos cuantos. Debe haber un sabio, una

bruja, uno que adopta numerosas formas y un guerrero. Ése debes ser tú.

—No. Yo no soy ningún guerrero. Soy un hombre de negocios. —Cian continuó cómodamente sentado y sonrió a Hoyt con indolencia—. De modo que los dioses, como de costumbre, te han dado muy poco con lo que trabajar, y te han encomendado una tarea prácticamente imposible. Con tu puñado de escogidos, y quienquiera que sea lo bastante estúpido como para unirse a vosotros, esperas derrotar a un ejército dirigido por un poderoso vampiro, probablemente con tropas de su clase, y otras formas de demonios si ella se toma la molestia de pedir que la ayuden. De otro modo, el mundo será destruido.

—Mundos —le corrigió Hoyt—. Hay más de uno.

—En eso tienes razón. —Cian bebió un trago con expresión reflexiva. En su encarnación actual prácticamente se había quedado sin retos. Y aquello al menos era interesante.

—¿Y cuál te dijeron los dioses que era mi papel en todo esto?

—Debes venir conmigo, enseñarme todo lo que sepas acerca de ella y cómo podemos derrotarles. Cuáles son sus puntos débiles. Cuáles son sus poderes. Qué clase de armas y de magia serán eficaces contra ellos. Tenemos hasta la celebración de Samhain para dominar estos conocimientos y reunir el primer círculo.

—¿Tanto tiempo? —El sarcasmo en su voz era evidente—. ¿Y qué ganaré yo con todo eso? Soy un hombre rico, con muchos intereses que proteger aquí y ahora.

—¿Y crees que si ella gobierna, te permitirá conservar esa riqueza y esos intereses?

Cian frunció los labios, reflexivo.

—Posiblemente no —respondió—. Pero es más que probable que, si te ayudo, esté arriesgando todo eso, además de mi propia existencia. Cuando se es joven como tú...

—Soy el mayor.

—No durante los últimos novecientos años, y la cuenta continúa. En cualquier caso, cuando se es joven uno cree que vivirá para siempre, de modo que se corren toda clase de estúpidos riesgos. Pero cuando se ha vivido tanto tiempo como yo, uno se vuelve mucho más prudente. Porque la existencia es imperativa. Mi prioridad es sobrevivir, Hoyt. Los seres humanos y los vampiros tienen ese rasgo en común.

—¿Sobrevives sentado solo en la oscuridad, en esta pequeña casa?

—No es una casa —contestó Cian con expresión ausente—. Es una oficina. Un lugar donde se hacen negocios. Da la casualidad de que poseo muchas casas. Eso también es supervivencia. Hay impuestos y documentos y toda clase de cosas de las que debo ocuparme. Como la mayoría de los que son como yo, raramente permanezco en el mismo lugar durante mucho tiempo. Somos nómadas por naturaleza y necesidad.

Cian se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas. Había tan poco a los que pudiera hablarles de lo que era. Se trataba de su elección, ésa era la vida que había construido.

—Hoyt, he visto guerras, incontables guerras como nunca podrías imaginarte. Y en ellas nadie gana. Si haces lo que me has explicado, morirás. O te convertirás. Convertir a un hechicero de tu poder sería para Lilith lo máximo.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad?

—Oh, sí. —Volvió a apoyarse en el respaldo del sillón—. Siempre hay una posibilidad. Yo he tenido muchas en mis vidas. —Cerró los ojos e hizo girar morosamente el vino en la copa—. Algo se

acerca. Ha estado habiendo movimiento en el mundo que hay debajo de éste. En los lugares oscuros. Si se trata de lo que dices, es más grande de lo que suponía. Debería prestarle más atención. Por regla general, no suelo mantener contacto con los vampiros.

Desconcertado, y a que Cian siempre había sido muy sociable, Hoyt frunció el cejo.

—¿Por qué no?

—Porque, en general, los vampiros son embusteros y asesinos y llaman demasiado la atención sobre sí mismos. Y los humanos que se relacionan con ellos están habitualmente chiflados o condenados. Yo pago mis impuestos, archivo mis documentos y mantengo un perfil bajo. Y aproximadamente cada década, me mudo, me cambio el nombre y me mantengo alejado del radar.

—No entiendo ni la mitad de lo que estás diciendo.

—Imagino que no —contestó Cian—. Ella lo joderá todo para todo el mundo. Los baños de sangre siempre consiguen esas cosas, y esos demonios que van por ahí pensando que quieren destruir el mundo son ridículamente miopes. Tenemos que vivir en él, ¿no es así?

Permaneció sentado en silencio. Era capaz de concentrarse y oír cada latido del corazón de su hermano, oír el suave zumbido eléctrico de los controles ambientales de la habitación, el sonido de la lámpara que estaba encendida sobre el escritorio al otro lado de la habitación. O podía bloquearlos, como hacía a menudo con los ruidos de fondo.

Había aprendido a hacerlo con el correr de los años.

Una alternativa. Volvió a pensar. ¿Por qué no?

—Se trata de sangre —dijo Cian sin abrir los ojos—. En primer y último lugar, se trata de sangre. Ambos necesitamos la sangre para vivir, los de tu clase y los de la mía. Es lo que sacrificamos; por los dioses, por los países, por las mujeres. Y la derramamos siempre por las mismas razones. Aunque los que somos como yo no nos preocupamos por las razones.

Ahora Cian abrió los ojos y Hoyt se los vio encendidos de un color rojo intenso.

—Nosotros simplemente la cogemos. Tenemos hambre de ella, la deseamos con vehemencia. Sin sangre, dejamos de existir. Está en nuestra naturaleza cazar, matar, alimentarnos. Algunos de nosotros disfrutan más que otros, lo mismo que los seres humanos. A algunos de nosotros les gusta causar dolor, provocar miedo, atormentar y torturar a su presa. Igual que los seres humanos. No somos todos iguales, Hoyt.

—Tú asesinas.

—Cuando cazas al ciervo en el bosque y le quitas la vida, ¿es un asesinato? Vosotros no sois más que eso, incluso menos, a menudo menos, para nosotros.

—Vi tu muerte.

—La caída desde el acantilado no fue...

—No. Vi cómo ella te mataba. Al principio creí que no era más que un sueño. Te vi salir de la taberna y subir con ella a su carruaje. Y copular con ella mientras el carruaje se alejaba del pueblo. Y vi cómo cambiaban sus ojos y cómo brillaban sus colmillos en la oscuridad antes de que los clavase en tu cuello. Vi tu rostro. El dolor, la sorpresa y...

—La excitación —acabó Cian la frase—. El éxtasis. Es un momento de enorme intensidad.

—Intentaste luchar, pero ella era como un animal que se hubiese abalanzado sobre ti. Creí que estabas muerto, pero no lo estabas. No del todo.

—No, para alimentarte simplemente puedes dejar seca a tu presa si te apetece. Pero para

transformar a un ser humano, éste debe beber la sangre de su creador.

—Ella se hizo un corte en el propio pecho y presionó tu boca contra él, y aun así trataste de resistirte hasta que comenzaste a chupar como si fueses un bebé.

—La tentación es muy poderosa, como lo es el impulso de sobrevivir. Se trataba de beber o morir.

—Cuando ella hubo acabado, te lanzó al camino desde el carruaje y allí te dejó. Fue donde yo te encontré. —Hoyt bebió ávidamente, mientras todo su interior se estremecía—. Te encontré cubierto de sangre y lodo. ¿Es eso lo que haces tú también para sobrevivir? Al ciervo se lo respeta mucho más.

—¿Quieres echarme un sermón? —preguntó Cian mientras se levantaba para servirse más vino—. ¿O quieres saber?

—Necesito saber.

—Algunos cazan en manadas, otros lo hacen en solitario. Al amanecer es cuando somos más vulnerables: desde el principio, despertamos en la tumba cada anochecer y dormimos durante el día. Somos criaturas nocturnas. El sol es la muerte.

—Su luz os quema.

—Veo que sabes algunas cosas.

—Lo he visto. Me persiguieron en forma de lobos y trataron de atraparme cuando viajaba hacia nuestra casa.

—Sólo los vampiros de cierta edad y poder, o aquellos que se encuentran bajo la protección de un poderoso señor, son capaces de cambiar de forma. La mayoría debe conformarse con la que tenían cuando murieron. No obstante, no envejecemos físicamente. Una agradable bonificación.

—Tú pareces tener el mismo aspecto que al morir —dijo Hoyt—. Sin embargo, no es así. Es algo más que la ropa que llevas, o el pelo. Te mueves de forma diferente.

—Ya no soy lo que era y eso es algo que no deberías olvidar. Nuestros sentidos están intensificados, más cuanto más tiempo logramos sobrevivir. El fuego, al igual que sucede con el sol, puede destruirnos. El agua bendita, si ha sido fielmente bendecida, también nos quema, lo mismo que el símbolo de la cruz si se lleva con fe. Somos repelidos por los símbolos.

«Cruces», pensó Hoyt. Morrigan le había dado cruces. Parte del peso se aligeró sobre sus hombros.

—El metal es absolutamente inútil con nosotros —continuó explicando Cian—, a menos que se consiga cortarnos la cabeza. Eso resolvería el problema. Pero si no es así...

Cian se levantó nuevamente de su sillón, avanzó unos pasos y cogió el puñal de Hoyt. Lo hizo girar en el aire, lo cogió por el mango y luego se lo clavó en el pecho.

La sangre brotó de la herida y manchó la camisa blanca de Cian mientras Hoyt se ponía en pie de un salto.

—Había olvidado cuánto duele. —Con un respingo, Cian extrajo la hoja de su pecho—. Esto me pasa por alardear. Haz lo mismo con un trozo de madera y nos convertimos en polvo. Pero debe perforar el corazón. Nuestro final es realmente terrible, o al menos eso es lo que me han contado.

Cian sacó un pañuelo y limpió la hoja del puñal. Luego se quitó la camisa. La herida ya había comenzado a cerrarse.

—Ya hemos muerto una vez, y no es fácil deshacerse de nosotros una segunda. Lucharemos

fieramente contra cualquiera que lo intente. Lilith es el vampiro más viejo que he conocido. Ella luchará con mayor brutalidad que cualquier otro. —Hizo una pausa, meditando con la copa de vino en la mano—. ¿Cómo dejaste a nuestra madre?

—Con el corazón destrozado. Tú eras su hijo favorito. —Hoyt se encogió de hombros cuando Cian le miró a los ojos—. Ambos lo sabemos. Ella me pidió que lo intentase, que encontrase una manera. En su dolor, no era capaz de pensar en ninguna otra cosa.

—Creo que ni siquiera tus poderes como hechicero pueden resucitar a los muertos. O a los que no lo están.

—Aquella noche fui a visitar tu tumba, a pedirle a los dioses que llevasen un poco de paz al corazón de nuestra madre. Te encontré cubierto de tierra.

—Salir de una tumba cavando con las manos es un asunto muy sucio.

—Estabas devorando un conejo.

—Probablemente fue lo mejor que pude encontrar. No puedo decir que lo recuerde. Las primeras horas que siguen al Despertar son incoherentes. Sólo tienes hambre.

—Huiste de mí. Vi lo que eras, ya había habido rumores antes acerca de esas cosas, y echaste a correr. La noche en que volví a verte fui a los acantilados, a petición de nuestra madre. Ella me imploró que encontrase algún modo de romper el conjuro.

—No es un conjuro.

—Yo pensaba, esperaba, que si destruía a esa cosa que te había convertido en lo que eras... o, si la debilitaba, mataría eso en lo que te habías convertido.

—Y no hiciste ninguna de las dos cosas —le recordó Cian—. Lo que te demuestra a lo que debes enfrentarte. Yo era novato y apenas sabía qué era lo que podía hacer. Créeme, ella tendrá a compañeros mucho más experimentados a su lado.

—¿Y tú de qué bando estarás?

—No tienes ninguna oportunidad de ganar esta batalla.

—Me subestimas. Tengo mucho más que eso. Ya pase un año o un milenio, tú sigues siendo mi hermano. Mi gemelo. Mi sangre. Tú mismo lo has dicho: el fondo del asunto es la sangre.

Cian pasó un dedo por el borde de su copa de vino.

—Iré contigo. —Luego prosiguió antes de que Hoyt pudiese decir nada—. Porque siento curiosidad y estoy un poco aburrido. Ya llevo diez años en este lugar, de modo que, en cualquier caso, ha llegado el momento de moverme. No te prometo nada. No depende de mí, debes entenderlo, Hoyt. Yo atenderé a mi satisfacción en primer lugar.

—No puedes cazar seres humanos.

—¿Ya me estás dando órdenes? —Los labios de Cian se curvaron ligeramente—. Típico. Pero como ya te he dicho, mi satisfacción es lo primero. Sin embargo, hace ochocientos años que no me he alimentado de sangre humana. Bueno, setecientos cincuenta, ya que tuve cierto desliz.

—¿Por qué ya no lo haces?

—Para demostrar que soy capaz de resistir. Y porque existe otra manera de sobrevivir, y bien, por cierto, en el mundo de los humanos, con sus leyes. Si ellos son la presa, resulta imposible considerarlos otra cosa más que comida, lo cual complica mucho hacer negocios con ellos. Y, por otra parte, la muerte tiende a dejar pistas. Amanecerá dentro de poco.

Hoyt miró con expresión distraída en torno a la habitación sin ventanas.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo siento. Y además ya estoy cansado de preguntas. Por ahora deberás quedarte conmigo. No es seguro que vayas así por la ciudad. Tal vez no seamos idénticos, pero te pareces mucho a mí. Tienes que deshacerte de esas ropas.

—Acaso esperas que lleve... ¿qué es eso?

—Se llaman pantalones —contestó Cian secamente, y atravesó la habitación hacia un ascensor privado—. Tengo un apartamento en este edificio, es más sencillo.

—Recogerás lo que necesites y nos marcharemos.

—Yo no viajo de día, y no acepto órdenes. Ahora soy yo quien las da, y lo haré durante algún tiempo. Tengo que encargarme de algunas cosas antes de poderme marchar. Tienes que entrar aquí.

—¿Qué es esto?

Hoyt tocó las paredes del ascensor con su bastón.

—Un medio de transporte. Nos llevará a mi apartamento.

—¿Cómo?

Cian se pasó una mano por el pelo.

—Mira, tengo libros allí y algún otro material educativo. Puedes dedicar las próximas horas a empaparte de la cultura, la moda y la tecnología del siglo veintiuno.

—¿Qué es tecnología?

Cian hizo entrar a su hermano en el ascensor y pulsó el botón del siguiente piso.

—Es otro dios.

Aquel mundo, aquella época, estaban llenos de maravillas. Hoyt deseó tener tiempo de aprenderlo todo, de absorberlo todo. La habitación no se iluminaba con antorchas, sino con algo que Cian llamaba electricidad. La comida se guardaba dentro de una caja tan alta como un hombre y que la mantenía fresca y fría, y había otra caja que se usaba para calentarla y cocinarla. El agua brotaba de una especie de varilla y caía dentro de un gran cuenco, de donde desaparecía a través de un agujero.

La casa donde vivía Cian estaba construida a gran altura sobre la ciudad... ¡y qué ciudad! La breve descripción que le había hecho Morrigan no había sido nada comparada con lo que él podía contemplar a través de unas paredes de cristal que había en las habitaciones de Cian.

Hoyt pensó que incluso los dioses se quedarían asombrados ante el tamaño y el alcance de aquella Nueva York. Quiso echar otro vistazo a la ciudad, pero Cian le había hecho prometer que mantendría cubiertas las paredes de cristal y que no se aventuraría fuera de la casa.

Apartamento, se corrigió Hoyt. Cian la había llamado un apartamento.

Su hermano tenía libros, una gran cantidad de ellos, y una caja mágica que Cian había llamado televisor. Las visiones dentro de esa caja mágica eran innumerables: de personas y lugares, de cosas, de animales. Pero aunque sólo estuvo una hora jugando con ella, acabó por aburrirse de la incesante cháchara.

De modo que se rodeó de libros y leyó, y siguió leyendo hasta que los ojos le ardieron y tuvo la cabeza demasiado llena como para que le cupieran más palabras o imágenes.

Se quedó dormido en lo que Cian llamaba un sofá, rodeado de libros.

Sonó con la bruja y la vio en medio de un círculo de luz. No llevaba puesto más que el colgante y su piel brillaba con una palidez lechosa a la luz de las velas.

Su belleza simplemente refulgía.

La bruja alzaba una bola de cristal con ambas manos. Podía oír el susurro de su voz, pero no las palabras pronunciadas. Aun así, sabía que se trataba de un conjuro, podía sentir todo su poder, el poder de ella a través del sueño. Y supo también que ella lo estaba buscando.

Incluso en el sueño pudo sentir su atracción, y esa misma impaciencia que había percibido en ella dentro de su círculo estando él herido, en su propio tiempo.

Por un instante, tuvo la sensación de que sus ojos se encontraban a través de la niebla. Y era el deseo tanto como el poder lo que atravesaba su cuerpo. En ese momento, los labios de ella se curvaron, se abrieron como si quisiera hablarle.

—¿Qué coño es esa ropa?

Se despertó de golpe y se encontró de frente con el rostro de un gigante. La criatura era tan alta como un árbol y casi tan gruesa. Tenía una cara que hubiese hecho llorar a una madre, negra como la noche y con una cicatriz en la mejilla; y la cabeza llena de rollos de pelo enredado.

Tenía un ojo negro y el otro gris. Ambos entrecerrados mientras exhibía una fuerte dentadura blanca.

—Tú no eres Caín.

Antes de que Hoyt tuviese tiempo de reaccionar, fue alzado por el cogote y sacudido como un ratón por un gato muy grande y muy enfadado.

—Bájale, King, antes de que él te convierta en un pequeño hombre blanco.

Cian salió de su dormitorio y se dirigió perezosamente hacia la cocina.

—¿Cómo es que tiene tu cara?

—Él tiene su propia cara —replicó Cian—. No nos parecemos tanto si te fijas bien. Antes era mi hermano.

—¿Es eso cierto? ¡Hijo de puta! —King dejó caer a Hoyt sobre el sofá sin ningún miramiento—. ¿Cómo coño ha llegado aquí?

—Magia. —Mientras hablaba, Cian sacó una bolsa de sangre de una pequeña nevera—. Dioses y batallas, el fin del mundo, bla, bla, bla.

King miró a Hoyt con una sonrisa.

—Quién lo hubiera creído. Siempre pensé que la mayor parte de toda esa basura que me contaste era, bueno, basura. No está muy hablador antes de haberse metido su chute nocturno —le dijo a Hoyt—. ¿Tienes algún nombre, hermano?

—Soy Hoyt, de los Mac Cionaoith. Y tú no volverás a ponerme las manos encima.

—Muy bien dicho.

—¿Él es como tú? —preguntaron Hoyt y King al mismo tiempo.

Cian vertió la sangre en un vaso alto y grueso y luego lo metió en el microondas.

—No, a los dos. King lleva mi club, el que está en la planta baja. Es un amigo.

Hoyt hizo una mueca de disgusto.

—Tu criado humano.

—Yo no soy el criado de nadie.

—Veo que has estado leyendo. —Cian sacó el vaso del microondas y bebió—. Algunos vampiros importantes tienen criados humanos, pero yo prefiero tener empleados. Hoyt ha venido para alistarme en el ejército que espera formar para luchar contra el gran mal.

—¿EL IRS?^[3]

Cian, ya de mejor humor, sonrió. Hoyt vio que algo pasaba entre ellos, algo que alguna vez sólo había pasado entre su hermano y él.

—¡Ojalá fuese eso! No, te dije que había oído movimiento, ruidos sordos. Evidentemente había una razón para ello. Según las habladurías de los dioses, Lilith de los Vampiros está reuniendo su propio ejército y planea destruir a toda la humanidad, conquistar los mundos. Guerra, peste, plagas.

—¿Eres capaz de bromear con eso? —preguntó Hoyt con una furia apenas contenida.

—Por Dios, Hoyt, estamos hablando de ejércitos de vampiros y de viajes a través del tiempo. Tengo el jodido derecho de bromear con ello. Si te acompaño es probable que acabe muerto.

—¿Adónde pensáis ir?

Cian se encogió de hombros.

—Hacia atrás, a mi pasado, supongo, para actuar allí como asesor de la Sensatez General.

—No sé si debemos ir hacia atrás, hacia adelante o hacia el costado —Hoyt empujó unos libros encima de la mesa—, pero regresaremos a Irlanda. Allí nos dirán adónde debemos viajar después.

—¿Tienes cerveza? —preguntó King.

Cian abrió la nevera, sacó un botellín y se lo lanzó a King.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó éste.

—Tú no vienes. Ya te lo había dicho; cuando llegase el momento de marcharme, te cedería el control del club. Al parecer ese momento ha llegado.

King se volvió hacia Hoyt.

—¿Estás reuniendo un ejército, general?

—Hoyt. Sí, así es.

—Pues acabas de reclutar a tu primer soldado.

—Basta. —Cian rodeó el mostrador que separaba la cocina—. Esto no es para ti. No sabes absolutamente nada de esta historia.

—Pero sé cosas acerca de ti —replicó King—. Sé que me gusta una buena pelea, y hace mucho tiempo que no he tenido una. Estáis hablando de una batalla importante, el bien contra el mal. Me gustaría escoger mi bando desde el principio.

—Si él es un rey, ^[4] ¿por qué debería aceptar órdenes de ti? —preguntó Hoyt, y el gigante negro se echó a reír de tal manera que tuvo que sentarse en el sofá.

—La lealtad mal entendida hará que te maten.

—Es mi elección, hermano. —King alzó la botella en dirección a Cian. Una vez más, algo fuerte y silencioso pasó entre ellos con apenas una mirada—. Y no creo que mi lealtad sea lealtad mal entendida.

—Hoyt, por favor, vete a otra parte. —Cian señaló su dormitorio con el pulgar—. Entra ahí. Quiero tener unas palabras en privado con este idiota.

Cian estaba preocupado, pensó Hoyt mientras obedecía. A su hermano le preocupaba aquel hombre, un rasgo humano. Nada de lo que había leído indicaba que los vampiros pudieran tener auténticos sentimientos hacia los seres humanos.

Frunció al cejo mientras examinaba el dormitorio. ¿Dónde estaba el ataúd? Los libros decían que los vampiros dormían en la tierra de sus tumbas metidos dentro de un ataúd, durante el día. Pero él sólo veía una enorme cama, una blanda como las nubes y cubierta de una tela muy suave.

Oyó voces destempladas al otro lado de la puerta, pero se dedicó a explorar la habitación

personal de su hermano. Decidió abrir el armario: había ropa suficiente como para vestir a diez hombres. Bueno, Cian siempre había sido vanidoso.

Pero no había ningún espejo. Los libros decían que los vampiros no se reflejaban en ellos.

Entró en el cuarto de baño y se quedó boquiabierto. El amplio retrete que Cian le había enseñado antes de retirarse era asombroso, pero nada comparado con aquello. La bañera era lo bastante grande como para que cupieran seis personas, y había también una caja alta de cristal verde claro.

Las paredes eran de mármol, igual que el suelo.

Fascinado, entró en la caja verde y comenzó a jugar con los tiradores plateados que sobresalían de la pared de mármol. Lanzó un grito cuando un chorro de agua fría brotó de un montón de agujeritos de una cosa achatada.

—Aquí acostumbramos a quitarnos la ropa antes de meternos en la ducha. —Cian había entrado en el cuarto de baño y cerró el chorro de agua con un enérgico giro de la muñeca. Luego olfateó el aire —. Aunque pensándolo bien, ya sea vestido o desnudo, no cabe duda de que deberías ducharte. Estás jodidamente sucio. Lávate —ordenó—. Luego ponte la ropa que te he dejado encima de la cama. Me voy a trabajar.

Cian salió del cuarto de baño y dejó que Hoyt se las arreglase solo con la ducha.

Después de unos minutos y algunos escalofríos, descubrió que podía regular la temperatura del agua. Se quemó, luego se congeló y, finalmente, consiguió el afortunado punto intermedio.

Su hermano debía de estar diciéndole la verdad cuando le habló de su riqueza, ya que allí había un lujo que él jamás habría imaginado. La fragancia del jabón se le antojó un tanto femenina, pero no había nada más con que lavarse.

A Hoyt le encantó su primera ducha del siglo veintiuno, y se preguntó si podría encontrar alguna manera de reproducirla por medio de la ciencia o la magia una vez que regresara a casa.

Los tejidos que colgaban cerca de la ducha eran tan suaves como la cama. Se sintió decadente al usar uno de ellos para secarse el cuerpo.

La ropa no le importaba especialmente, pero la suya estaba empapada. Dudó si debía salir y coger la túnica de repuesto que tenía en su baúl, pero le pareció mejor seguir el consejo de Cian en cuanto al vestuario.

Vestirse le llevó un montón de tiempo. Los extraños broches estuvieron a punto de derrotarle. Los zapatos carecían de cordones y simplemente había que deslizar los pies en su interior. Tuvo que reconocer que eran muy cómodos.

Sin embargo, le hubiese gustado tener un maldito espejo donde poder mirarse. Salió de su habitación y se frenó en seco. El rey negro aún estaba en el sofá, bebiendo de la botella de vidrio.

—Eso está mejor —observó King—. Probablemente podrías pasar si mantuvieras la boca cerrada.

—¿Qué es este cierre de aquí?

—Es una cremallera. Y será mejor que mantengas eso cerrado, amigo. —Se levantó—. Caín ha bajado al club. El sol ya se ha puesto. Me ha despedido.

—¿Estás quemado?^[5] Tengo ungüento.

—No. Mierda. Caín me ha dejado sin mi trabajo. Ya se le pasará. Él se va, yo me voy. No tiene por qué gustarle.

—Él cree que todos moriremos.

—Tiene razón... más tarde o más temprano. ¿Has visto alguna vez lo que un vampiro es capaz

de hacerle a un ser humano?

—Vi lo que uno de ellos le hizo a mi hermano.

Los extraños ojos de King se ensombrecieron.

—Sí, claro, es verdad. Bien, eso es lo que ocurre. Y yo no pienso quedarme sentado a esperar que uno de ellos haga eso conmigo. Cian tiene razón, se ha oído movimiento, ruidos extraños. Habrá una lucha y yo estaré en ella.

«Un verdadero gigante —pensó Hoyt—, con un rostro temible y una enorme fuerza».

—Tú eres un guerrero.

—Puedes apostar lo que quieras. Puedes crearme, les patearé el culo a esos vampiros. Pero no esta noche. ¿Por qué no bajamos y vemos cómo está el ambiente? Eso le cabreará.

—¿A su... —¿cómo lo había llamado Cian?—... su club?

—Eso es. Lo llama Eternity. Creo que él sabe algo acerca de eso.

Ella le encontraría. Si un hombre la arrastraba dentro de sus sueños, le hacía vivir experiencias extracorporales y, en general, rondaba sus pensamientos, ella le seguiría el rastro y descubriría la razón.

Ya hacía varios días que se sentía como si estuviese de pie en el borde de un alto acantilado azotado por el viento. A un lado había algo brillante y hermoso y al otro, un vacío frío y aterrador. Pero el acantilado en sí, aunque un tanto inestable, era lo conocido.

Fuera lo que fuese lo que estuviese gestando en su interior, él formaba parte de ello, eso lo sabía sin ninguna duda. Aunque no pertenecía a aquel tiempo ni a aquel lugar. Por lo general, los tíos no se dedicaban a pasear a caballo por Nueva York en pleno siglo veintiuno luciendo capas y túnicas.

Pero él era real; un hombre de carne y hueso tan real como ella. Las manos se le habían manchado con su sangre, ¿verdad? Ella había enfriado su piel y lo había contemplado mientras dormía y la fiebre desaparecía. Su rostro, pensó, le había resultado tan familiar. Como algo que recordara o que había alcanzado a vislumbrar fugazmente en sueños.

Guapo, incluso en medio de su sufrimiento, reflexionaba ella al tiempo que lo dibujaba. Delgado y anguloso, aristocrático. Nariz larga y fina, boca fuerte y bien modelada. Pómulos marcados, atractivos.

Su imagen se fue haciendo realidad en el papel mientras trabajaba, primero con trazos amplios, luego con cuidados detalles. Ojos hundidos, recordaba, de un azul intenso y con un arco de cejas marcado encima de ellos. Y el contraste de aquel pelo y cejas oscuros con aquellos ojos azules sólo le añadía más misterio.

Sí, pensó, podía verle, podía dibujarle, pero hasta que no lo encontrase no sabría si debía saltar desde el borde del acantilado o apartarse de él.

Glenna Ward era una mujer a la que le gustaba el conocimiento.

De modo que conocía su rostro, la forma y el tacto de su cuerpo, incluso el sonido de su voz. Ella sabía, fuera de toda duda, que él tenía poder. Y creía también que él tenía las respuestas.

Fuera lo que fuese lo que se estaba acercando y todos los augurios la advertían de que se trataba de algo muy grande, él tenía que ver con ello. Glenna tenía un papel que jugar; lo había sabido casi desde su primer aliento. Tenía la sensación de que estaba a punto de asumir su destino, y aquel hombre atractivo, herido, envuelto en magia y problemas, estaba destinado a compartirlo con ella.

Él había hablado en gaélico, gaélico irlandés. Glenna conocía un poco de esa lengua, la había utilizado ocasionalmente en los conjuros, e incluso era capaz de leerlo de una manera bastante rudimentaria.

Pero extrañamente, en el sueño —experiencia, visión, lo que fuese—, ella no sólo había podido entender todo lo que él había dicho, sino que también había sido capaz de hablar su idioma como si fuese una nativa.

De modo que, en algún lugar en el pasado... el buen y largo pasado, resolvió. Y, posiblemente, en algún lugar de Irlanda.

Al despertar, Glenna había realizado conjuros con cristales y conjuros de localización delante de un espejo, usando para ello la venda cubierta de sangre que había traído con ella de aquella extraña e intensa visita a... dondequiera que hubiese estado. Aquella sangre y su propio talento la guiarían

nuevamente hacia él.

Ella había esperado que esa tarea le supusiera un trabajo y un esfuerzo muy grandes. Añadidos al trabajo y el esfuerzo que implicaría transportarse —al menos en esencia— hasta su tiempo y lugar.

Estaba preparada para ello o al menos para intentarlo. Se sentó dentro de su círculo, con las velas encendidas y las hierbas flotando en el agua del recipiente. Lo buscó una vez más, concentrándose en el dibujo de su rostro y sosteniendo la venda que había traído de regreso con ella.

—Busco al hombre que tiene este rostro, mi búsqueda se dirige a encontrar su tiempo, su lugar. Sostengo su sangre en mi mano y con su poder reclamo. Buscad y encontrad y mostradme. Como yo lo haré, que así sea.

Lo vio en su mente, con el cejo fruncido, rodeado por un montón de libros. Se concentró y retrocedió, vio toda la habitación. ¿Apartamento? Luz tenue iluminando su rostro, sus manos.

—¿Dónde estás? —preguntó suavemente—. Enséñame.

Y entonces pudo ver el edificio, la calle.

La excitación del éxito se mezcló con un desconcierto absoluto.

Lo último que esperaba era que él se encontrara en Nueva York, a unas sesenta manzanas de distancia y en el presente.

Los hados, decidió Glenna, estaban haciendo horas extras para poner las cosas en marcha. ¿Quién era ella para cuestionarles?

Deshizo el círculo, lo recogió todo y guardó el dibujo en uno de los cajones de su escritorio. Luego se vistió, dudando un momento acerca de lo que debía ponerse. ¿Qué tenía que llevar exactamente una mujer cuando iba a encontrarse con su destino? ¿Algo llamativo, discreto, práctico? ¿Algo exótico?

Finalmente se decidió por un vestido negro con el que sentía que podía manejar cualquier situación.

Viajó en metro hacia la parte alta de la ciudad, dejando que su mente se despejara. El corazón le latía con fuerza; una anticipación que había estado creciendo en su interior durante las últimas semanas. Ése, pensó, era el paso siguiente hacia lo que la estuviese esperando.

Y fuera lo que fuese lo que la esperase; fuera lo que fuese lo que se acercaba; fuera lo que fuese lo que sucediera a continuación, quería estar abierta a ello.

Entonces tomaría sus decisiones.

El metro iba lleno, de modo que viajó de pie, sosteniéndose de la agarradera que tenía encima de la cabeza y meciéndose ligeramente con el movimiento del vagón. Le gustaba el ritmo de la ciudad, su paso rápido, sus músicas eclécticas. Todos los tonos y matices de Nueva York.

Había crecido en Nueva York, pero no en la ciudad, sino al norte del estado. Sin embargo, su pequeña ciudad siempre le había parecido demasiado limitada, demasiado encerrada. Siempre había querido más. Más color, más sonido, más gente. Llevaba en la ciudad los últimos cuatro de sus veintiséis años.

Y toda su vida explorando su arte.

Ahora algo estaba zumbando en su sangre, como si supiese —alguna parte de ella sabía— que, durante toda su existencia, se había preparado para aquellas próximas horas.

En la siguiente estación subieron unos pasajeros y otros se bajaron. Dejó que ese sonido fluyera sobre ella mientras volvía a evocar la imagen del hombre que estaba buscando.

No tenía el rostro de un mártir, pensó. En él había demasiado poder como para ser un mártir. Y demasiada ira también. Había descubierto, debía admitirlo, que se trataba de una combinación muy interesante.

El poder del círculo que él había creado era muy fuerte, y también lo que fuese que lo estuviera persiguiendo. Ellos también se hicieron presentes en los sueños de ella; esos lobos negros que no eran animales y tampoco humanos, sino una horrible mezcla de ambos.

Acarició ociosamente el colgante que llevaba al cuello. Bueno, ella también era fuerte. Sabía protegerse.

—Ella se alimentará de ti.

La voz era un siseo que se deslizaba por detrás de su cuello y le helaba la piel. Entonces, lo que había hablado se movió, pareció planear y flotar describiendo un círculo a su alrededor, y el frío que desprendía hizo que su aliento escapase temblando de entre sus labios congelando el aire.

Los otros pasajeros continuaban sentados o de pie, leyendo o hablando. Imperturbables. Ajenos a esa cosa que se deslizaba alrededor de sus cuerpos como una serpiente.

Sus ojos eran rojos, sus colmillos largos y afilados. La sangre los manchaba, goteaba de su boca de un modo casi obscuro. Dentro de su pecho, el corazón de Glenna se cerró como un puño y comenzó a latir, latir, latir con fuerza contra sus costillas.

Aquella cosa tenía forma humana, peor aún, llevaba un traje de calle. Rayas finas azules, advirtió casi sin darse cuenta, camisa blanca y corbata de lana de vistosos colores.

—Somos inmortales.

Pasó una mano ensangrentada por la mejilla de una mujer que estaba sentada y leía una novela de bolsillo. Con el color rojo manchándole la mejilla, la mujer dio vuelta la página y continuó con su lectura.

—Os conduciremos como a ganado, os montaremos como a caballos, os atraparemos como a ratas. Vuestros poderes son insignificantes y patéticos, y cuando hayamos acabado con vosotros, bailaremos sobre vuestras tumbas.

—Entonces, ¿por qué tienes miedo?

La cosa echó los labios hacia atrás con un gruñido y saltó.

Glenna ahogó un grito y retrocedió tambaleándose.

Cuando el tren pasó de prisa por el interior de un túnel, la cosa se desvaneció.

—Cuidado, señora.

Recibió el codazo impaciente y las palabras masculladas por el hombre sobre el que había caído.

—Lo siento.

Volvió a cogerse de la agarradera que oscilaba en la barra de encima de su cabeza con la mano pringosa de sudor.

Aún podía oler la sangre mientras recorría las últimas manzanas hacia la parte alta de la ciudad.

Por primera vez en su vida, Glenna tenía miedo de la oscuridad, de lo que la rodeaba, de la gente que tenía a su lado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echar a correr cuando el tren se detuvo. Tuvo que reprimir el impulso de empujar a los demás pasajeros para abrirse paso entre ellos y correr a través del andén hacia la escalera que llevaba a la calle.

Caminó de prisa, e incluso entre los ruidos propios de la ciudad, podía oír el sonido de sus tacones sobre la acera y el jadeo aprensivo de su propia respiración.

Había una cola que se movía sinuosamente a la entrada del club llamado Eternity. Parejas y personas solas se apiñaban a la espera de la señal que les permitiese entrar en el local. Ella, en lugar de esperar, se acercó decidida al hombre que estaba en la puerta. Sonrió y practicó un pequeño conjuro.

Pasó junto a él sin que comprobase la lista o echara un vistazo a su identificación.

En el interior había música, luces azules y el latido de la excitación. Pero por una vez, la presión de la gente, el ritmo y la música no la excitaron.

Demasiados rostros, pensó. Demasiados latidos. Ella sólo quería uno y, de pronto, la perspectiva de encontrarle entre tanta gente se le antojó imposible. Cada tropiezo y empujón mientras se abría paso hacia el interior del club hacían que se estremeciera. Y su propio miedo la avergonzaba.

Ella no estaba indefensa; no era una mujer débil. Pero en esos momentos así se sentía. Aquella cosa en el tren resumía todas las pesadillas. Y había sido enviada para ella.

Para ella.

Aquella cosa, pensó ahora, había reconocido su miedo y había jugado con él; se había burlado de ella hasta que sus rodillas parecieron licuarse y los gritos que lanzaba en su interior habían herido su mente como cuchillas de afeitar.

Se había quedado demasiado conmocionada, demasiado asustada como para recurrir a la única arma que llevaba consigo: la magia.

Ahora la ira comenzaba a filtrarse a través del terror.

Se recordó a sí misma que era una investigadora, una mujer que corría riesgos, que valoraba el conocimiento. Una mujer que poseía defensas y capacidades que la mayoría eran incapaces de imaginar. Y, sin embargo, allí estaba, temblando ante el primer soplo real de peligro. Irguió la columna vertebral, controló la respiración y luego se dirigió hacia la enorme barra circular del club.

A mitad de camino de la pista lo vio.

La sensación de alivio llegó primero, luego el orgullo de saber que había tenido éxito tan de prisa en su tarea. Una punzada de interés se abrió paso en su interior mientras se dirigía hacia el hombre.

Se había recuperado muy bien.

Llevaba el pelo estudiadamente despeinado en lugar de sucio y alborotado; de un negro brillante y más corto de lo que recordaba de su primer encuentro. En aquella ocasión estaba herido, agitado y en un grave aprieto. Ahora iba vestido de negro, y le sentaba muy bien, lo hacía muy atractivo. Igual que la mirada vigilante y ligeramente irritada de sus ojos brillantes.

Con gran parte de su seguridad recuperada, Glenna sonrió y se cruzó en su camino.

—Te he estado buscando.

Cian se detuvo. Estaba acostumbrado a que las mujeres se acercaran a él, y no era que no pudiese obtener cierto placer de ello, especialmente cuando se trataba de una mujer excepcional, como la que tenía delante. Sus ojos verde esmeralda chispeaban con una pizca coqueta de diversión. Sus labios eran carnosos, sensuales y bien dibujados; la voz suave y grave.

Tenía un buen cuerpo, ataviada con un vestido negro, corto y ceñido, que mostraba una generosa porción de piel lechosa y un fuerte tono muscular. Podría haberse entretenido con ella unos minutos de no ser por el colgante que llevaba al cuello.

Las brujas, y peor aún, las que practicaban la hechicería, podían ser un problema.

—Me gusta que me miren las mujeres hermosas cuando tengo tiempo para ser encontrado.

Se hubiese marchado en ese momento, continuando su camino, pero ella le tocó el brazo.

Cian sintió algo. Y, al parecer, ella también, porque sus ojos se entrecerraron y su sonrisa desapareció.

—Tú no eres él. Sólo te pareces a él. —Su mano aumentó la presión sobre su brazo y él sintió que buscaba poder—. Pero eso tampoco es completamente cierto. Maldita sea. —Dejó caer la mano y se echó el pelo hacia atrás—. Debí haber sabido que no sería tan sencillo.

Esta vez fue él quien la cogió del brazo.

—Buscaremos una mesa.

«En un rincón oscuro y tranquilo», pensó Cian. Hasta que supiera quién o qué era aquella mujer.

—Necesito información. Tengo que encontrar a alguien.

—Lo que necesitas es una copa —dijo Cian amablemente y la guió con rapidez a través de la multitud.

—Mira, soy capaz de conseguir mi propia bebida si deseo una.

Glenna consideró la posibilidad de montar una escena, pero decidió que eso sólo conseguiría que la echasen del club. Consideró también un arranque de poder, pero sabía por experiencia que depender de la magia cuando estaba irritada la metía en problemas.

Echó un vistazo a su alrededor evaluando la situación. El lugar estaba lleno de gente en todos sus niveles. La música era una pulsación, apoyada en el bajo, y con una cantante que desgranaba la letra con voz sensual y felina.

Un club muy concurrido, muy activo, decidió Glenna, con mucho cromo y luces azules, barnizando el sexo con clase. ¿Qué podía hacerle ese tío en esas circunstancias?

—Estoy buscando a alguien.

«Conversación —se dijo—. Debes mantenerte amigable y conversadora».

—Pensé que eras el hombre que estoy buscando. Aquí la luz no es muy buena, y tú te pareces lo bastante como para ser su hermano. Es muy importante que lo encuentre.

—¿Cómo se llama? Tal vez pueda ayudarte.

—No sé su nombre. —Y el hecho de que lo ignorase hizo que se sintiera como una completa imbécil—. Vale, vale, sé bien cómo suena eso, pero me dijeron que estaba aquí. Creo que tiene problemas. Si tú...

Ella fue a tocar su mano y la encontró dura como una piedra. ¿Qué podía hacerle aquel hombre en aquellas circunstancias?, volvió a pensar. Prácticamente cualquier jodida cosa. Con el primer atisbo de pánico atenazándole la garganta, cerró los ojos y buscó el poder.

La mano de Cian se cerró alrededor de su brazo y aumentó la presión.

—De modo que eres una de las auténticas —musitó, y fijó los ojos, tan acerados como sus dedos, en su brazo—. Creo que continuaremos esta conversación arriba.

—No pienso ir contigo a ninguna parte. —Algo parecido al miedo que había sentido en el vagón del metro se abrió paso en su interior—. Eso ha sido un voltaje bajo. Créeme, no te gustaría que aumentase los amperios.

—Créeme —remedó él con voz suave—, no te gustaría verme cabreado.

La llevó detrás de la curva que describía la escalera de caracol abierta. Ella apoyó los pies con fuerza en el suelo, preparada para defenderse con todos los medios a su alcance. Luego levantó un pie y clavó su tacón aguja de ocho centímetros en el empeine, al tiempo que Cian la abofeteaba con el

dorso de la mano. En lugar de desperdiciar su aliento en un grito, Glenna comenzó a practicar un conjuro.

Pero el aire abandonó sus pulmones cuando él la levantó del suelo como si no pesara nada y se la cargó sobre el hombro. Su única satisfacción procedía del hecho de que, al cabo de treinta segundos, cuando hubiese acabado el conjuro, él estaría sentado sobre su culo.

Eso no le impidió seguir debatiéndose. Aspiró todo el aire que pudo para soltar un grito, después de todo.

En ese momento se abrieron las puertas de lo que parecía un ascensor privado. Y allí estaba él, en carne y hueso. Y tan parecido al hombre que la llevaba cargada sobre su hombro que decidió que podía odiarle también a él.

—Bájame, hijo de puta, o convertiré este lugar en un cráter lunar.

Cuando las puertas de la caja transportadora se abrieron, Hoyt se vio asaltado por una mezcla de ruido, olores y luces. Todo ello embistió con fuerza contra su sistema, entumeciendo sus sentidos. A través de sus ojos deslumbrados vio a su hermano con una mujer que se debatía furiosamente en sus brazos.

Su mujer, descubrió con otro sobresalto. La bruja de su sueño estaba medio desnuda y empleaba un lenguaje que él raramente había oído ni siquiera en la taberna más baja.

—¿Es así como le pagas a alguien por haberte ayudado?

Se apartó del rostro la cortina de pelo y miró fijamente a Hoyt con aquellos grandes ojos verdes. Luego desvió la mirada y examinó a King de arriba abajo.

—Puedo encargarme de los tres —dijo finalmente.

Como ella se encontraba tendida sobre el hombro de Cian como si fuese un saco de patatas, Hoyt no estaba seguro de cómo pensaba llevar adelante su amenaza, pero las brujas tenían sus recursos.

—Entonces eres real —dijo Hoyt suavemente—. ¿Me has seguido?

—No te hagas ilusiones, gilipollas.

Cian la cambió de posición sin esfuerzo aparente.

—¿Es tuya? —le preguntó a Hoyt.

—No sabría decirlo.

—Pues encárgate tú de ella. —Cian dejó a Glenna en el suelo y detuvo el puño dirigido a su cara un segundo antes de que llegase a destino—. Haz lo que tengas que hacer —le dijo—. En silencio. Luego lárgate de aquí. Y mantened la magia tapada. Los dos. King.

Cian se marchó. Después de sonreír y encogerse de hombros, King le siguió.

Glenna se alisó el vestido y se echó el pelo hacia atrás.

—¿Qué coño pasa contigo?

—Aún me duelen un poco las costillas, pero estoy casi curado. Gracias por tu ayuda.

Ella lo miró un momento y luego dejó escapar el aire con irritación.

—Esto es lo que haremos. Vamos a sentarnos y me invitarás a una copa. Necesito una.

—Yo... no llevo monedas en estos pantalones.

—Típico. Yo pagaré.

Enlazó un brazo alrededor del suyo para asegurarse de que no volvería a perderlo y luego comenzaron a abrirse paso entre la multitud.

—¿Mi hermano te hizo daño?

—¿Qué?

Hoyt tuvo que gritar. ¿Cómo podía alguien mantener una conversación con semejante ruido? En aquel lugar había demasiada gente. ¿Era alguna clase de festival?

Había mujeres contoneándose en lo que debía de ser alguna suerte de danza ritual, y llevando menos ropa incluso que la bruja. Otras estaban sentadas a mesas plateadas y, observadas o ignoradas, bebían de jarras y copas transparentes.

La música, pensó, llegaba desde todas partes al mismo tiempo.

—Te preguntaba si mi hermano te ha hecho daño.

—¿Hermano? Eso encaja. Ha herido mi orgullo principalmente.

Ella se decidió por la escalera y subió al nivel superior, donde el sonido no era tan horrendo. Sin soltarse de su brazo miró a derecha e izquierda y luego se dirigió hacia un asiento bajo, con una vela que titilaba encima de la mesa. Había cinco personas más apretujadas alrededor de la mesa, y todas parecían estar hablando al mismo tiempo.

Ella les sonrió y Hoyt sintió la vibración de su poder.

—Hola —saludó ella—. Tienen que irse ahora mismo a casa, ¿verdad?

Los cinco se levantaron, sin dejar de hablar, y dejaron la mesa llena de aquellos vasos transparentes para beber, algunos casi llenos.

—Lamento haber tenido que acortarlos la velada, pero creo que esto es más importante. Siéntate, ¿quieres? —Ella se dejó caer en el asiento y extendió sus largas piernas desnudas—. Dios, qué noche. —Agitó una mano en el aire y acarició el colgante con la otra mientras estudiaba su rostro—. Tienes mejor aspecto que la otra vez. ¿Ya estás curado?

—Me siento bastante bien. ¿De dónde vienes?

—Directo al grano. —Alzó la vista hacia la camarera que se había acercado para limpiar la mesa—. Yo tomaré un martini Grey Goose, solo, con dos aceitunas. Seco como el polvo. —Alzó una ceja en dirección a Hoyt. Cuando él no dijo nada, ella levantó dos dedos.

Glenna se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y se inclinó hacia adelante. Del lóbulos de su oreja colgaban unas espirales plateadas entrelazadas siguiendo un modelo celta.

—Aquella noche soñé contigo. Y otras dos veces antes de ésa, creo —comenzó a decir ella—. Trato de prestar atención a mis sueños, pero nunca conseguía retenerlos el tiempo suficiente, hasta ese último. Creo que en el primero de ellos estabas en un cementerio y sentías una gran pena. Mi corazón sangró por ti, recuerdo haber sentido eso. Es extraño, pero ahora lo recuerdo con más claridad. La siguiente vez que soñé contigo, te vi en un acantilado, sobre el mar. Y vi también contigo a una mujer que no era una mujer. Incluso en el sueño sentí miedo de ella. Y tú también tenías miedo.

Glenna se apoyó en el respaldo, temblando.

—Oh, sí, ahora lo recuerdo. Recuerdo que estaba aterrada y que había una gran tormenta. Y tú... tú la golpeaste. Yo mandé todo lo que tenía hacia ti, tratando de ayudarte. Sabía que ella no... que en ella había algo que estaba mal. Horriblemente mal. Había relámpagos y gritos... —Deseó que su bebida ya hubiera llegado—. Desperté y, por un instante, el miedo despertó conmigo. Luego todo se desvaneció.

Cuando Hoyt permaneció callado, ella respiró profundamente.

—De acuerdo, continuaré con mi relato. Utilicé mi espejo y también mi bola de cristal, pero no podía ver nada con claridad. Sólo en mi sueño. Luego tú me llevaste a aquel lugar en el bosque, al

círculo. O algo lo hizo. ¿Por qué?

—No fue obra mía.

—Tampoco mía. —Hizo tamborilear sobre la mesa sus uñas pintadas de rojo, lo mismo que sus labios—. ¿Tienes un nombre, guapo?

—Soy Hoyt Mac Cionaoith.

La sonrisa de ella convirtió su rostro en algo que casi hizo que a Hoyt se le parase el corazón.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —prosiguió Glenna.

—No.

—Irlanda, lo sé. Y en el sueño hablábamos en gaélico, un idioma que yo no conozco... en realidad no. Pero creo que se trata de algo más que dónde. También es cuándo, ¿verdad? No te preocupes por asustarme. Esta noche soy inmune.

Hoyt estaba librando una lucha interna. Ella había aparecido ante él y había entrado en el círculo. Nada que pudiese representar un peligro para él podría haber penetrado en el círculo protector. Aunque le habían dicho que debía buscar una bruja, ella no era en absoluto, *en absoluto* lo que había esperado.

Sin embargo, lo había curado, y había permanecido a su lado mientras los lobos rondaban su círculo. Y ahora ella había regresado en busca de respuestas, y quizá también de ayuda.

—He llegado a través del Baile de los Dioses, hace casi mil años en el tiempo.

—De acuerdo. —Ella dejó escapar el aire con un silbido—. Quizá no totalmente inmune. Hay mucho que aceptar mediante la fe, pero con todas las cosas que están pasando, estoy dispuesta a dar el salto. —Levantó el vaso que la camarera acababa de dejar sobre la mesa y bebió un trago—. Especialmente con esto para que me ayude a amortiguar la caída. Cobre las bebidas, ¿quiere? —le dijo Glenna a la camarera, y sacó una tarjeta de crédito de su bolso.

—Algo se acerca —dijo ella cuando estuvieron solos otra vez—. Algo malo. Un mal grande y gordo.

—¿Puedes verlo?

—No, no puedo verlo claramente. Pero lo siento, y sé que estoy conectada contigo en esto. No es que el asunto me emocione. —Bebió un poco más de su vaso—. No después de lo que he visto esta noche en el metro.

—No te entiendo.

—Algo muy desagradable, vestido con un traje de diseño —explicó ella—. Esa cosa me dijo que se alimentaría de mí. Me parece que era ella... la mujer que estaba aquella noche en el acantilado. Sé que lo que voy a preguntar puede parecer una locura, pero ¿estamos tratando con vampiros?

—¿Qué es el metro?

Glenna se apretó las palmas de las manos contra los ojos.

—Bien, más tarde dedicaremos algún tiempo a ponerte al corriente de algunas cuestiones actuales, medios de transporte masivos y cosas por el estilo, pero ahora necesito saber a qué me estoy enfrentando. Qué se espera de mí.

—No sé cómo te llamas.

—Lo siento. Glenna, Glenna Ward. —Extendió la mano derecha hacia él. Después de una breve vacilación, Hoyt la cogió—. Encantada de conocerte. Ahora bien, ¿qué coño está pasando aquí?

Él comenzó a explicarle y ella continuó bebiendo. Luego alzó una mano y tragó con dificultad.

—Perdona, ¿me estás diciendo que tu hermano, el tío que me ha maltratado, es un vampiro?

—No se alimenta de seres humanos.

—Oh, bien. Genial. Puntos para él. O sea que tu hermano murió hace novecientos setenta y pico de años, y tú has venido aquí desde esa época para buscarlo.

—Los dioses me han encargado que reúna un ejército para luchar y destruir al ejército de vampiros que Lilith está formando.

—Oh, Dios. Voy a necesitar otra copa.

Él empezó a ofrecerle la suya, pero ella la apartó con la mano y llamó a la camarera.

—Gracias, pero bétela. Imagino que tú también la vas a necesitar.

Cuando llegó la camarera pidió otra copa y algo de comida de la barra para contrarrestar los efectos del alcohol. Ya más calmada, escuchó el resto de la historia sin interrumpir a Hoyt.

—Y yo soy la bruja.

Él se dio cuenta de que en ella no había sólo belleza; no había solamente poder. Había una búsqueda y una fuerza. Hoyt buscaría a algunos, recordó que le había dicho la diosa, y algunos lo buscarían a él.

Como Glenna había hecho.

—Sí, creo que eres tú. Tú, mi hermano y yo encontraremos a los demás y comenzaremos.

—¿Comenzar qué? ¿Un campamento de entrenamiento militar? ¿Acaso te parezco un soldado?

—No, por supuesto que no.

Glenna apoyó la barbilla en el puño.

—Me gusta ser una bruja, y respeto ese don. Sé que hay una razón para que esto corra por mi sangre. Un objetivo. No esperaba que fuese esto, pero lo es. —Entonces lo miró fijamente—. La primera vez que soñé contigo supe que era el siguiente paso de ese objetivo. Estoy aterrada, estoy completamente aterrada.

—Yo dejé a mi familia para venir a este lugar a cumplir esta misión. Los dejé sólo con las cruces de plata y la palabra de la diosa de que estarían protegidos. Tú no sabes lo que es el miedo.

—De acuerdo. —Extendió la mano y la apoyó sobre la suya transmitiéndole una especie de consuelo que Hoyt sintió que era innato en ella—. De acuerdo —repitió—. Es mucho lo que arriesgas. Pero yo también tengo una familia. Viven en el norte del estado, y debo asegurarme de que están protegidos. Necesito asegurarme para así poder hacer lo que se espera de mí. Ella sabe dónde estoy. Fue ella quien envió a esa cosa para que me metiera el miedo en el cuerpo. Creo que ella está mucho más preparada que nosotros.

—Entonces nos prepararemos. Tengo que ver de lo que eres capaz.

—¿Quieres someterme a una sesión de prueba? Escucha, Hoyt, hasta ahora tu ejército está compuesto por tres personas. No me insultes.

—Somos cuatro con el rey.

—¿Qué rey?

—El gigante negro. Y no me gusta trabajar con brujas.

—¿En serio? —Escupió las palabras al tiempo que se inclinaba hacia él—. Ellos quemaban a los de tu clase con el mismo fuego que a los míos. Somos primos carnales, Merlín. Y tú me necesitas.

—Puede que te necesite, pero la diosa no dijo que tuvieras que gustarme, ¿verdad? Tengo que conocer tus puntos fuertes y débiles.

—Me parece justo —asintió ella—. Y yo tengo que conocer los tuyos. De momento, ya sé que no serías capaz de curar a un caballo cojo.

—Eso es falso. —Y esta vez el resentimiento tiñó su voz—. Lo que pasaba es que estaba herido y no podía...

—Curarte un par de costillas rotas y un tajo en la palma de la mano. Vale, si conseguimos formar ese ejército, tú no te encargarás de las heridas.

—Puedes quedarte con esa tarea —replicó él—. Formar ese ejército es lo que haremos. Es mi destino.

—Esperemos que el mío sea regresar a casa de una sola pieza.

Firmó la cuenta y recogió su bolso.

—¿Adónde vas?

—A casa. Tengo muchas cosas que hacer.

—No debes irte. Ahora debemos permanecer juntos. Ella te conoce, Glenna Ward. Ella nos conoce a todos. Es más seguro si estamos juntos, porque así somos más fuertes.

—Es posible, pero debo recoger algunas cosas de mi casa. Tengo mucho que hacer.

—Ellos son criaturas nocturnas. Tendrás que esperar hasta que salga el sol.

—¿Ya me estás dando órdenes?

Trató de levantarse, pero la imagen de lo que la había rodeado en el vagón del metro volvió a ella con enorme claridad.

Ahora Hoyt le cogió la mano, obligándola a permanecer sentada, y ella sintió el choque de sus emociones en el calor que vibraba entre sus palmas.

—¿Es esto un juego para ti? —preguntó él.

—No. Tengo miedo. Hace apenas unos días yo simplemente vivía mi vida. A mi manera. Ahora me están persiguiendo, y se supone que debo librar una batalla apocalíptica. Quiero ir a casa. Necesito mis cosas. Necesito pensar.

—Es el miedo lo que te hace vulnerable e imprudente. Tus cosas estarán allí por la mañana igual que ahora.

Por supuesto, él tenía razón. Y, por otra parte, ella no estaba segura de si tenía el coraje suficiente para volver a salir a la noche.

—¿Y dónde se supone que voy a quedarme hasta que amanezca?

—Mi hermano tiene un apartamento en este mismo edificio.

—Tu hermano el vampiro. —Glenna se dejó caer en el asiento—. ¿No es encantador?

—Él no te hará daño. Tienes mi palabra.

—Preferiría tener la palabra de tu hermano, si no te importa. Y si él intenta... —Glenna colocó la mano encima de la mesa con la palma hacia arriba y se concentró en ella hasta que surgió una pequeña bola de fuego—. Si lo que dicen los libros y las películas es cierto, esos tíos no se llevan nada bien con el fuego. Si trata de lastimarme, le quemaré vivo, y tu ejército perderá a uno de sus soldados.

Hoyt se limitó a apoyar una de sus manos sobre la de ella, y la llama se convirtió en una bola de hielo.

—No opongas tus habilidades a las mías, o amenazas con hacerle daño a mi familia.

—Bonito truco. —Glenna dejó caer el trozo de hielo dentro de su vaso—. Digámoslo de esta manera: tengo derecho a protegerme de cualquiera o de cualquier cosa que trate de hacerme daño, ¿de

acuerdo?

—De acuerdo. No será Cian. —Se levantó y le ofreció la mano—. Te prometo que te protegeré, incluso de él, si intenta hacer algún daño.

—Muy bien. —Ella se cogió de su mano y se levantó. Lo sintió, y supo que él también, por la forma en que se habían dilatado sus pupilas. La magia, sí, pero algo más—. Creo que acabamos de cerrar nuestro primer trato.

Cuando bajaron la escalera y se dirigieron hacia el ascensor, Cian les cerró el paso.

—Un momento, ¿adónde crees que la llevas?

—Yo voy con él —le corrigió Glenna—, nadie me lleva.

—No es seguro que salga ahora a la calle. No hasta que haya amanecido. Lilith ya ha enviado a un explorador tras ella.

—De acuerdo, pero deja tu magia en la puerta —le dijo Cian a Glenna—. Esta noche puede ocupar la habitación libre. Lo que significa que tú tendrás que dormir en el sofá —añadió dirigiéndose a su hermano—; a menos que ella quiera compartir la cama contigo.

—Él puede quedarse con el sofá.

—¿Por qué la insultas? —La ira teñía las palabras de Hoyt—. Ella ha sido enviada; ha venido aquí corriendo un gran riesgo.

—No la conozco —dijo Cian simplemente—. Y de ahora en adelante, espero que hables conmigo antes de invitar a nadie a mi casa. —Marcó el código del ascensor—. Una vez que lleguéis arriba os quedaréis allí. Después de vosotros el ascensor quedará cerrado.

—¿Y qué pasará si hay un incendio? —preguntó Glenna dulcemente. Cian se limitó a sonreír.

—Entonces supongo que tendréis que abrir una ventana y salir volando.

Glenna entró en el ascensor cuando se abrieron las puertas y luego apoyó una mano sobre el brazo de Hoyt. Antes de que las puertas se cerrasen, le brindó nuevamente a Cian una suave sonrisa y dijo:

—Será mejor que recuerdes con quién estás tratando. Es posible que lo hagamos.

Glenna respiró profundamente cuando las puertas se cerraron.

—Creo que tu hermano no me gusta.

—Yo tampoco me siento muy contento con él en este momento.

—Da igual. ¿Puedes volar?

—No. —Hoyt la miró—. ¿Y tú?

—Hasta ahora tampoco.

Las voces la despertaron. Eran apagadas y sonaban amortiguadas, de modo que al principio temió estar teniendo otra visión. A pesar de lo mucho que valoraba su arte, también sabía valorar el sueño... especialmente después de una noche de martinis y extrañas revelaciones.

Glenna cogió una almohada y se la colocó sobre la cabeza.

Su actitud hacia Cian había cambiado ligeramente después de que hubiese echado un vistazo a la habitación de invitados. Allí encontró una gran cama con un juego de sábanas deliciosamente suaves y bastantes almohadas como para satisfacer hasta su amor por el lujo.

No le había molestado en absoluto que la habitación fuese muy espaciosa, adornada con antigüedades y pintada con el color cálido y suave de las sombras del bosque. El cuarto de baño también había sido una revelación, recordó mientras disfrutaba de la cama. Una enorme bañera de un blanco brillante y con chorros de agua a presión dominaba una habitación que media aproximadamente la mitad de su *loft*, pintada con el mismo verde suave que la hectárea de encimeras. Pero fue el amplio lavamanos de cobre repujado lo que hizo que ronronease de placer.

Había estado a punto de ceder a la tentación de meterse en la enorme bañera, deleitarse con algunas de las sales de baño y algunos de los aceites contenidos en pesados frascos de cristal y dispuestos junto a un grupo de velas gruesas y brillantes en una de las estanterías. Pero las imágenes de las heroínas de la gran pantalla que eran atacadas mientras disfrutaban de un baño la habían hecho desistir de la idea.

En general, el *pied-à-terre* del vampiro —difícilmente podría llamar guarida a aquella exhibición de lujo— convertía su pequeño *loft* en el West Village en insignificante.

Aunque admiraba el gusto del vampiro, ello no impidió que colocase un conjuro protector en la puerta del dormitorio, además de asegurarse de que ésta quedaba cerrada con llave.

Ahora se dio la vuelta en la cama y apoyó la cabeza en la almohada para mirar el techo a la tenue luz de la lámpara que había dejado encendida antes de acostarse. Estaba durmiendo en la habitación de invitados de un vampiro. Había desplazado a un hechicero del siglo doce al sofá. Un tío guapo y serio estaba cumpliendo una misión y esperaba que ella se uniese a su batalla contra una antigua y poderosa reina vampiro.

Glenna había vivido con la magia durante toda su vida, había recibido dones y conocimientos que la mayoría de la gente jamás imaginaría que pudieran existir en realidad. Y, sin embargo, aquél era un hecho digno de ser registrado en los libros.

A ella le gustaba su vida tal como era. Y sabía, sin el menor atisbo de duda, que jamás volvería a recuperarla sin alteraciones. Sabía, de hecho, que podía perder esa vida para siempre.

Pero ¿qué alternativas tenía? No podía hacer absolutamente nada, no podía ponerse una almohada sobre la cabeza y esconderse durante el resto de su vida. Aquello la conocía y ya había enviado a uno de sus emisarios a hacerle una visita.

Si Glenna se quedaba en la ciudad, pretendiendo que nada de todo aquello había ocurrido nunca, aquella cosa podría ir a buscarla, en cualquier momento, en cualquier parte. Y ella estaría sola.

¿Sentiría a partir de ahora miedo de la noche? ¿Miraría continuamente por encima del hombro cada vez que saliera a la calle después de la puesta del sol? ¿Se preguntaría si acaso un vampiro que sólo ella era capaz de ver se deslizaría dentro del vagón del metro la próxima vez que viajara hacia la

parte alta de la ciudad?

No, ésa no era en absoluto manera de vivir. La única forma de vida —la única alternativa real— era enfrentarse al problema y controlar su miedo. Y hacerlo uniendo sus poderes y recursos a los de Hoyt.

Sabía que ya no podría volver a conciliar el sueño. Miró el reloj y puso los ojos en blanco al comprobar lo temprano que era. Luego, resignada, se levantó de la cama.

En la sala de estar, Cian estaba acabando su noche con una copa de brandy en la mano y una discusión con su hermano.

En algunas ocasiones había regresado a su apartamento al amanecer con una sensación de soledad, con una especie de vacío en su interior. Nunca se acostaba con una mujer de día, ni siquiera con las gruesas cortinas corridas. Para Cian, el sexo era tanto vulnerabilidad como poder. Y él no elegía compartir esa vulnerabilidad cuando el sol brillaba en el cielo.

Era muy raro que tuviese compañía después de la salida del sol y antes del crepúsculo. Y esas horas eran a menudo largas y vacías. Pero al entrar en el apartamento y encontrar allí a su hermano, había descubierto que prefería estar solo.

—Tú quieres que ella se quede aquí hasta que decidas cuál va a ser tu próximo movimiento. Y yo te digo que eso es imposible.

—¿Cómo si no podría estar ella a salvo? —argumentó Hoyt.

—No creo que la seguridad de esa mujer figure en mi lista de preocupaciones inmediatas.

¿Tanto había cambiado su hermano —pensó Hoyt con evidente disgusto— que no salía inmediatamente en defensa de una mujer, de un inocente?

—Ahora todos estamos en peligro, todo está en peligro. No tenemos más alternativa que permanecer juntos.

—Yo sí tengo alternativa y no es precisamente compartir mi casa con una bruja, o contigo. A propósito de eso —añadió Cian, haciendo un gesto con su copa—, no me gusta que haya nadie en mi apartamento durante el día.

—Yo pasé aquí el día de ayer.

—Eso fue una excepción. —Cian se levantó del sillón—. Y una excepción de la que ya comienzo a arrepentirme. Estás pidiendo demasiado de alguien a quien todo le importa muy poco.

—Aún no he empezado a pedir nada. Sé lo que hay que hacer. Tú hablaste de supervivencia, y la tuya está ahora tan en peligro como la de ella y la mía.

—La mía más, ya que a tu pelirroja se le podría ocurrir clavarme una estaca en el corazón mientras duermo.

—Ella no es mi... —Frustrado, Hoyt hizo un gesto como para dejar de lado esa cuestión—. Jamás permitiría que ella te hiciera daño. Te lo juro. En este lugar, en este tiempo, tú eres mi única familia. Mi única sangre.

El rostro de Cian se volvió inexpressivo como una piedra.

—Yo no tengo familia. Y ninguna sangre salvo la mía. Cuanto antes te enteres, Hoyt, cuanto antes lo aceptes, mejor para ti. Lo que hago, lo hago por mí, no por ti. No por tu casa, sino por la mía. Te dije que lucharía a tu lado y eso es lo que haré. Pero por mis propias razones.

—¿Y cuáles son esas razones? Dime eso al menos.

—Me gusta este mundo. —Cian se sentó en el brazo de su sillón y bebió un trago de brandy—.

Me gusta lo que he conseguido de él y tengo intenciones de conservarlo; y según mis propios términos... no según el capricho de Lilith. Ése es el valor que tiene esta lucha para mí. Además, acumular siglos de existencia tiene sus momentos aburridos. Parece que ahora estoy viviendo uno de esos momentos. Pero hay límites. Y tener a tu mujer metida en mi apartamento supera esos límites.

—Ella no es mi mujer.

Una sonrisa indolente se dibujó en los labios de Cian.

—Si no consigues que lo sea, eres incluso más lento de lo que recuerdo en ese aspecto.

—Esto no es un deporte, Cian, sino una lucha a muerte.

—Yo sé más acerca de la muerte de lo que tú sabrás nunca, Hoyt. Y más también sobre sangre, dolor y crueldad. Durante siglos he observado a los mortales; una y otra vez he vislumbrado su extinción causada por su propia mano. Si Lilith fuese un poco más paciente, sólo tendría que esperar a que desaparecieran. Toma tus placeres allí donde los encuentres, hermano, porque la vida es larga y, a veces, muy aburrida. —Hizo un brindis alzando la copa—. Otra razón para luchar: tener algo que hacer.

—¿Y por qué no te unes a ella pues? —le espetó Hoyt—. A la que te convirtió en lo que eres ahora.

—Ella me convirtió en un vampiro. Yo me convertí en lo que soy. ¿Por qué me uno a tu bando y no al de ella? Porque puedo confiar en ti. Tú mantendrás tu palabra; está en tu naturaleza. Ella nunca lo hará; no está en la suya.

—¿Y qué hay de *tu* palabra?

—Una pregunta interesante.

—Me gustaría oír la respuesta. —Glenna habló desde la puerta de su habitación. Llevaba puesta una bata de seda negra que había encontrado colgada en el armario junto a otra serie de prendas íntimas femeninas—. Vosotros dos podéis discutir todo lo que queráis, al fin y al cabo eso es lo que hacen los hombres, y los hermanos. Pero considerando que mi vida está en juego, quiero saber con quién puedo contar.

—Veo que te has instalado como si fuese tu casa —comentó Cian.

—¿Quieres que me la quite?

Cuando ella inclinó la cabeza y buscó el lazo que cerraba la bata, Cian sonrió. Hoyt se ruborizó intensamente.

—No lo alientes —le dijo Hoyt—. Si quieres perdonarnos un momento...

—No, no quiero. Quiero oír la respuesta a tu pregunta. Y quiero saber una cosa: si tu hermano se enfada, ¿me mirará como si yo fuese un canapé?

—No me alimento de seres humanos. Mucho menos de brujas.

—Debido al profundo amor que profesas a la humanidad, supongo.

—Porque es una cuestión engorrosa. Si te alimentas de seres humanos, tienes que matar y se correrá la voz. Si cambias de presa, sigues arriesgándote a que te descubran. Los vampiros también cotillean.

Ella lo pensó.

—Razonable. De acuerdo, prefiero la honestidad razonable a las mentiras.

—Te dije que él no te haría ningún daño.

—Quería oírlo de sus labios. —Glenna se volvió hacia Cian—. Si estás preocupado por la

posibilidad de que vaya a por ti, te daría mi palabra... pero ¿por qué deberías confiar en ella?

—Razonable —respondió Cian.

—Sin embargo, tu hermano ya me ha dicho que me detendría si lo intentase. Es posible que Hoyt encontrase eso más difícil de lo que cree, pero... sería estúpido por mi parte intentar matarte, y por tanto alejarlo a él, considerando la situación en la que nos encontramos. Tengo miedo, pero no soy estúpida.

—Tendré que aceptar tu palabra en eso también.

Glenna jugueteó con la manga de la bata y le brindó una sonrisa ligeramente coqueta.

—Si estuviese interesada en matarte, ya habría intentado un conjuro. Lo sabrías si lo hubiese hecho. Lo sentirías. Y si entre nosotros tres no hay más confianza que ésta, estamos condenados antes siquiera de haber empezado.

—En eso tienes toda la razón.

—Ahora lo que quiero es ducharme y desayunar. Luego me iré a casa.

—Tú te quedas.

Hoyt se colocó entre ambos. Cuando Glenna intentó dar un paso, él se limitó a levantar una mano y la fuerza de su voluntad la lanzó de regreso hacia la puerta de la habitación.

—Sólo un jodido minuto.

—Silencio. Nadie se marchará de aquí solo. Ninguno de nosotros. Si vamos a estar juntos, debemos comenzar ahora mismo. Nuestras vidas están en manos de los otros, y mucho más que nuestras vidas.

—No vuelvas a usar otra vez tu poder conmigo.

—Lo que tenga que hacer, lo haré. Debes entenderlo. —Hoyt paseó su mirada del uno al otro—. Debéis entenderlo los dos. Ahora ve a vestirte —le ordenó a Glenna—. Luego iremos dondequiera que creas que necesitas ir. Date prisa.

Por toda respuesta, ella se dio media vuelta, entró en la habitación y dio un portazo.

Cian se echó a reír.

—No cabe duda de que sabes cómo cautivar a las mujeres. Me voy a la cama.

Hoyt se quedó solo en la sala de estar y se preguntó por qué los dioses habrían creído que él sería capaz de salvar mundos con aquellas dos criaturas a su lado.

Glenna no dijo nada, pero un hombre que tiene dos hermanas sabe que, a menudo, las mujeres utilizan el silencio como una arma. Y el silencio de ella voló a través de la habitación como si fuesen púas mientras llenaba una especie de extraño recipiente con agua de la cañería de plata que había en la cocina de Cian.

Era posible que la moda femenina hubiese cambiado radicalmente en novecientos años, pero él creía que los mecanismos internos eran los mismos.

Y, sin embargo, muchos de ellos seguían siendo un auténtico misterio para él.

Glenna llevaba el mismo vestido del día anterior, pero aún iba sin zapatos. Hoyt no estaba seguro de qué clase de debilidad había en él para que la visión de sus pies desnudos le provocase aquella incómoda punzada de excitación.

Glenna no debería haber coqueteado con su hermano, pensó con considerable resentimiento. Aquél era un momento para la guerra, no para el flirteo. Y si ella tenía intención de pasearse por la casa con los brazos y las piernas al aire, entonces tendría que...

Se contuvo. Él no tenía derecho a mirarle las piernas, ¿verdad? No tenía ningún derecho a pensar en ella como si fuese otra cosa que una simple herramienta. No importaba que fuese encantadora. No importaba que, cuando la veía sonreír, se encendiese un pequeño fuego en el interior de su corazón.

No importaba —no podía importar— que cuando la miraba sintiese unos irrefrenables deseos de tocarla.

Se mantuvo ocupado con los libros, devolvió con silencio el silencio de Glenna y se devanó los sesos pensando en cuál sería la conducta apropiada.

Luego el aire comenzó a llenarse de un aroma seductor. La miró con el rabillo del ojo al tiempo que se preguntaba si estaría poniendo en práctica algo de su magia femenina. De espaldas a él, la vio ponerse de puntillas sobre aquellos encantadores pies desnudos para coger una taza del armario.

El extraño recipiente de antes se dio cuenta ahora de que estaba lleno de un líquido negro que humeaba con un aroma muy tentador.

Hoyt perdió la guerra de silencio. Según su experiencia, los hombres siempre la perdían.

—¿Qué estás preparando?

Ella se limitó a verter el líquido negro en una taza, luego, sin contestar, se volvió y lo observó con sus gélidos ojos verdes por encima del borde la taza mientras bebía a pequeños sorbos.

Para satisfacer su curiosidad, Hoyt se levantó, fue hasta la cocina y cogió también una taza. Vertió el líquido como ella había hecho, lo olfateó —no detectó ningún veneno— y luego bebió un poco.

Fue algo eléctrico. Como una súbita sacudida de poder, fuerte y a la vez sabrosa. Potente, igual que la bebida —el llamado martini— de la noche anterior. Pero diferente.

—Es muy bueno —dijo, y bebió un trago más largo.

Por toda respuesta, Glenna pasó junto a él, atravesó la cocina y regresó a la habitación de invitados.

Hoyt elevó la mirada a los dioses. ¿Acaso iba a estar permanentemente rodeado por el mal humor y los accesos de ira de aquella mujer y de su hermano?

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo podré hacer lo que me han ordenado si ya nos estamos peleando entre nosotros?

—Ya que estás en ello, ¿por qué no aprovechas y le preguntas a tu diosa qué piensa ella de cómo me has tratado?

Glenna había vuelto con los zapatos puestos y llevando el bolso de la noche anterior.

—Ha sido una defensa contra lo que al parecer es tu naturaleza discutidora.

—Me gusta discutir. Y no espero que me lances contra las paredes cada vez que te disguste lo que tenga que decir. Vuelve a hacerlo y te devolveré el golpe. Estoy en contra del empleo de la magia como arma, pero en tu caso estoy dispuesta a hacer una excepción.

El caso es que ella tenía derecho a hacerlo, lo que sólo resultaba aún más fastidioso.

—¿Qué es esta bebida que has preparado?

Glenna suspiró.

—Café. Me imagino que ya habrías bebido café antes, ¿no? Los egipcios tenían café. Creo.

—No como éste —contestó Hoyt.

Y, como ella sonrió, supuso que lo peor ya había pasado.

—Estoy preparada para que nos marchemos... tan pronto como te hayas disculpado.

Debería haberlo imaginado. Así era como se comportaban las mujeres.

—Lamento haberme visto obligado a utilizar mi poder para impedir que discutieras toda la mañana.

—Está bien, listillo. Por esta vez aceptaré tus disculpas. Pongámonos en marcha.

Glenna se dirigió hacia el ascensor y apretó el botón de llamada.

—¿Es la costumbre de las mujeres de este tiempo mostrarse agresivas y sarcásticas, o sólo en tu caso?

Ella le lanzó una mirada por encima del hombro.

—Yo soy la única de quien debes preocuparte en estos momentos. —Entró en el ascensor y mantuvo la puerta abierta—. ¿Vienes?

Glenna había elaborado una estrategia básica. Primero, tendría que parar un taxi. Fuera cual fuese la conversación, comoquiera que Hoyt se comportase, un taxista de la ciudad de Nueva York ya lo habría visto y oído todo antes.

Además, su valor aún no había llegado al nivel de permitirle volver a coger el metro para regresar a su apartamento.

Como había anticipado, en el momento en que salieron del edificio, Hoyt se detuvo y miró con los ojos muy abiertos. Miró hacia todas partes, arriba, abajo, derecha e izquierda. Estudió el tráfico, a los transeúntes, los edificios.

Nadie le prestaría la menor atención y, si lo hacían, supondrían que era un turista.

Cuando abrió la boca para hablar, ella le puso un dedo sobre los labios.

—Tendrás un millón de preguntas que hacer, de modo que, ¿por qué no las ordenas y archivas? Con el tiempo, las contestaremos todas. Ahora buscaré un taxi. Una vez que estemos dentro, por favor intenta no decir nada que sea demasiado extravagante.

Las preguntas se movían cual hormigas dentro de la cabeza de Hoyt, pero decidió cubrirse con un manto de dignidad.

—No soy tonto. Sé muy bien que aquí estoy completamente fuera de lugar.

No, no era ningún tonto, pensó Glenna mientras se acercaba al bordillo y levantaba una mano. Y tampoco era un cobarde. Ella preveía que iba a quedarse boquiabierto, pero también había esperado ver en él algo de temor ante el ajeteo, el ruido y las muchedumbres, sin embargo, no había sido así. Sólo percibió en el hombre curiosidad, una cierta dosis de fascinación y una pizca de desaprobación.

—No me gusta cómo huele el aire.

Glenna le dio un ligero codazo cuando Hoyt se reunió con ella junto al bordillo.

—Acabarás por acostumbrarte —dijo. Cuando un taxi se acercó al bordillo, le susurró a Hoyt mientras abría la puerta del coche—: Sube como lo hago yo, acomódate en el asiento y disfruta del viaje.

Una vez dentro del coche, ella extendió el brazo para cerrar la puerta y luego le dio la dirección al conductor. Cuando el vehículo volvió a meterse entre el intenso tráfico, los ojos de Hoyt se abrieron como platos.

—No puedo contarte mucho acerca de esto —dijo Glenna por debajo de la música india que salía de la radio del coche—. Es un taxi, una especie de coche. Funciona con un motor de combustible accionado por gasolina y aceite.

Se esforzó por explicarle qué eran los semáforos, los cruces para peatones, los rascacielos, los

grandes almacenes y cualquier otra cosa que le viniese a la mente. Se dio cuenta de que era como si ella también viese la ciudad por primera vez, y empezó a gozar del trayecto.

Hoyt escuchaba. Glenna podía ver cómo absorbía y almacenaba toda la información, las vistas, los sonidos, los olores, en algún banco de datos interno.

—Hay tantos. —Lo dijo con calma, pero su tono preocupado hizo que ella se volviese para mirarlo—. Tanta gente —especificó él mirando a través de la ventanilla—. Y no saben lo que se avecina. ¿Cómo haremos para salvar a tantas personas?

Entonces ella sintió como si una flecha aguda y certera se le clavara en el vientre. Tantas personas, sí. Y aquello era sólo una parte de una ciudad en sólo un estado.

—No podemos. No a todos ellos. Nunca se puede. —Le cogió la mano y se la apretó—. De modo que no debes pensar en todos ellos juntos o te volverás loco. Lo haremos de uno en uno.

Cuando el taxi se detuvo junto al bordillo, sacó dinero del bolso y pagó la carrera... un gesto que le hizo pensar en las finanzas y en cómo manejaría ese *pequeño* problema en los próximos meses. Cuando estuvieron en la acera volvió a coger a Hoyt de la mano.

—Éste es mi edificio. Si vemos a alguien cuando entremos sólo debes sonreír y parecer una persona encantadora. Pensarán que estoy trayendo un amante a mi casa.

La reacción en su rostro fue evidente.

—¿Lo haces?

—De vez en cuando.

Abrió la puerta con la llave y luego se apretujó con Hoyt en el diminuto vestíbulo para llamar al ascensor. Apiñados en un espacio aún más estrecho, ambos comenzaron a subir.

—Todos los edificios tienen estos...

—Ascensores. No, pero muchos de ellos sí.

Cuando llegaron a su apartamento, Glenna abrió la puerta y ambos entraron.

Era un espacio pequeño, pero la luz era excelente. Las paredes estaban cubiertas con sus pinturas y fotografías, y pintadas con el verde de las cebollas tiernas para reflejar la luz. Alfombras tejidas por ella salpicaban el suelo con tonos y dibujos audaces.

El lugar estaba limpio y ordenado, algo que iba con su naturaleza. Su cama, convertible en un sofá durante el día, estaba llena de cojines. La pequeña cocina se veía reluciente.

—Vives sola. No tienes a nadie que te ayude.

—No me puedo permitir el gasto de alguien que venga a limpiar el apartamento, y además me gusta vivir sola. El personal doméstico hay que pagarlo y yo no tengo suficiente dinero.

—¿No tienes hombres en tu familia, ningún estipendio o asignación?

—No cobro ninguna asignación desde los diez años —contestó ella secamente—. Trabajo. Las mujeres trabajan igual que los hombres. En teoría al menos no dependemos de un hombre para que cuide de nosotras, y a sea económicamente o de otra manera.

Ella lanzó el bolso sobre el sofá.

—Me gano la vida vendiendo mis pinturas y fotografías. En general, pinturas y dibujos para tarjetas de felicitación o como notas, cartas, mensajes que las personas se envían entre ellas.

—Ah, entonces eres artista.

—Así es —convino ella, divertida por el hecho de que, al menos su elección de empleo, pareciera contar con la aprobación de Hoyt—. Las tarjetas de felicitación sirven para pagar el alquiler. Pero de

vez en cuando también vendo directamente las ilustraciones. Me gusta trabajar por mi cuenta. Tengo mi propio horario, lo que es una suerte para ti. No debo responder ante nadie, de modo que dispongo de tiempo para hacer, bueno, lo que debe hacerse.

—Mi madre también es una artista, a su manera. Los tapices que teje son hermosos. —Se acercó a una pintura que mostraba a una sirena que surgía de un mar revuelto. El rostro de la figura reflejaba poder, una especie de conocimiento que él interpretaba como una cualidad inherentemente femenina —. ¿Lo has pintado tú?

—Sí.

—Muestra talento, y esa magia que se convierte en color y forma.

Más que simple aprobación, decidió Glenna, ahora era admiración. Y ella dejó que su calor la envolviese.

—Gracias. Normalmente, esa especie de pequeña valoración me alegraría el día. Sólo que hoy es un día muy extraño. Necesito cambiarme de ropa.

Él asintió con aire ausente mientras se acercaba a otra de las pinturas que colgaba de la pared.

Detrás de él, Glenna levantó la cabeza y se encogió de hombros. Fue al viejo armario, eligió las prendas que quería y se las llevó al baño.

Estaba acostumbrada a que los hombres le prestasen un poco más de atención, reflexionó mientras se quitaba el vestido. A su aspecto, a la forma en que se movía. Resultaba deprimente ser ignorada con tanta facilidad, aunque él tuviese cosas más importantes en las que pensar.

Se puso unos tejanos y un top blanco. Dejando de lado el sutil glamour que había sido lo bastante presumida como para intentar poner en práctica esa mañana, se maquilló levemente y luego se recogió el pelo en una pequeña coleta.

Cuando regresó, Hoyt estaba en la cocina, examinando sus hierbas.

—No toques mis cosas.

Ella le dio un suave golpe en la mano para que la retirase.

—Yo sólo estaba... —se interrumpió y luego la miró atentamente—. ¿Es así como te vistes en público?

—Sí. —Ella se volvió e invadió su espacio deliberadamente—. ¿Algún problema?

—No. ¿No usas zapatos?

—Cuando estoy en casa no necesariamente.

Sus ojos eran tan azules, pensó ella. Tan intensos y azules, rodeados por aquellas largas pestañas negras.

—¿Qué es lo que sientes cuando estamos así? Solos. Cerca.

—Inquietud.

—Eso es lo más agradable que me has dicho hasta ahora. Quiero decir, ¿sientes algo? Aquí. — Glenna se apoyó el puño sobre el vientre sin apartar los ojos de él—. Una especie de comunicación. Nunca lo había sentido antes.

Él también lo sentía, y una especie de fuego en y por debajo de su corazón.

—No has comido nada —consiguió decir Hoyt y, despacio, retrocedió unos pasos—. Debes de tener hambre.

—Al parecer sólo yo —musitó ella. Se volvió para abrir un armario—. No sé lo que voy a necesitar, de modo que cogeré lo que me parezca adecuado. No pienso viajar ligera de equipaje. Cian

y tú tendrás que aceptarlo. Probablemente deberíamos marcharnos lo antes posible.

Hoyt alzó una mano y a punto estuvo de tocarle el pelo, algo que había querido hacer desde el primer momento en que la vio. Pero la dejó caer.

—¿Marcharnos?

—¿No esperarás que nos quedemos sentados en Nueva York, esperando a que el ejército venga a por nosotros? El portal se encuentra en Irlanda, y debemos suponer que la batalla se librará en ese país, o algún lugar místico próximo a él. Necesitamos el portal, o lo necesitaremos en algún momento. O sea que debemos ir a Irlanda.

Él la miró mientras Glenna cargaba botellas y frascos en una caja no muy diferente de la suya.

—Sí, tienes razón. Por supuesto, tienes razón. Debemos regresar. El viaje nos llevará gran parte del tiempo de que disponemos. Oh, Dios, estaré enfermo como seis perros mientras navegamos a casa.

Ella lo miró.

—¿Navegar? No tenemos tiempo para viajar en el *Queen Mary*, querido. Iremos volando.

—Pero tú dijiste que no volabas.

—Puedo hacerlo dentro de un avión. Tendremos que encontrar una forma de conseguir un billete para ti. No tienes ningún documento que te identifique, tampoco tienes pasaporte. Podemos hacer un conjuro con el agente del control de pasaportes y también con el de aduanas. —Hizo un gesto con la mano—. Ya lo resolveré.

—¿Un avión?

Glenna le miró, luego se apoyó en la encimera y se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Te lo explicaré más tarde.

—No era mi intención divertirme.

—No, no lo era, pero ha sido divertido de todos modos. Oh, joder, no sé qué debo llevar y qué debo dejar. —Retrocedió unos pasos y se pasó las manos por la cara—. Es mi primer Apocalipsis.

—Las hierbas, las flores y las raíces crecen, y muy bien, en Irlanda.

—Me gustan las mías. —Era algo estúpido e infantil, pero aun así...—. Llevaré sólo aquello que considere absolutamente esencial en ese aspecto, luego comenzaré por los libros, la ropa y así sucesivamente. También tendré que hacer algunas llamadas. Tengo algunos compromisos que debo cancelar.

Glenna cerró la caja ya cargada con cierta renuencia y la dejó sobre la encimera. Luego se dirigió a un gran baúl de madera que había en el otro extremo de la habitación y lo abrió mediante un conjuro.

Curioso, Hoyt se acercó para estudiar el contenido del baúl por encima del hombro de Glenna.

—¿Qué guardas ahí?

—Libros de hechizos, recetas, mis cristales más poderosos. Algunos de ellos los heredé.

—Ah, entonces eres una bruja hereditaria.

—Así es. La única de mi generación que practica la brujería. Mi madre lo dejó cuando se casó con mi padre. A él no le gustaba. Mis abuelos me enseñaron.

—¿Cómo pudo renunciar a lo que lleva en su interior?

—Es una pregunta que le hice muchas veces. —Se sentó sobre los talones, tocando las cosas que podía llevarse y las que debía dejar—. Por amor. Mi padre quería llevar una vida sencilla, ella quería a

mi padre. Yo no podría hacerlo. Creo que nunca podría amar tanto como para renunciar a lo que soy. Yo necesitaría en cambio que alguien me amase lo suficiente como para aceptarme con lo que va conmigo.

—Una magia poderosa.

—Sí. —Extrajo una bolsita de terciopelo—. Éste es mi botín. —De su interior sacó la bola de cristal con la que él la había visto en su visión—. Lleva en mi familia mucho tiempo. Más de doscientos cincuenta años. Casi nada para un hombre de tus años, pero una carrera muy larga para mí.

—Una magia poderosa —repitió Hoyt, porque cuando ella sostuvo la bola en sus manos, pudo ver que latía como si fuese un corazón.

—Tienes razón en cuanto a eso. —Lo miró por encima de la bola de cristal con ojos que se habían vuelto súbitamente oscuros—. ¿Y no es tiempo de que usemos un poco? ¿No es tiempo de que hagamos lo que sabemos hacer, Hoyt? Ella sabe quién soy, dónde estoy y lo que hago. Es probable que sepa lo mismo acerca de ti, acerca de Cian. Hagamos un movimiento. —Alzó la bola de cristal—. Averigüemos dónde se oculta.

—¿Aquí y ahora?

—No se me ocurre un mejor momento o lugar. —Se levantó y señaló con la barbilla la alfombra ricamente decorada en el centro de la habitación—. Enrolla la alfombra, ¿quieres?

—El que estás a punto de dar es un paso muy peligroso. Deberíamos pensarlo durante un momento.

—Podemos pensarlo mientras enrollas la alfombra. Tengo todo lo que necesito para hacer un conjuro con el espejo, todo lo que necesitamos para protegernos. Podemos cegarla para que no nos vea mientras nosotros miramos.

Hoyt hizo lo que le decía y encontró el pentágono pintado debajo de la alfombra. Podía admitir que dar un paso, cualquier paso, era correcto y estaba bien. Pero él habría preferido dar ese paso solo.

—No sabemos si ella puede ser cegada. Se ha alimentado de sangre mágica y, probablemente, más de una vez. Es muy poderosa, y muy taimada.

—Nosotros también. Estás hablando de entrar en batalla dentro de tres meses. ¿Cuándo piensas empezar?

Hoyt la miró y asintió.

—Aquí y ahora entonces.

Glenna colocó el cristal en el centro de la estrella de cinco puntas y sacó un par de hojas sagradas de su pecho. Las colocó dentro del círculo y luego reunió velas, un bol de plata y varillas mágicas de cristal.

—Yo no necesito todas esas cosas.

—Bien por ti, pero yo prefiero utilizarlas. Trabajemos juntos, Merlín.

Hoyt alzó una de las hojas de acero para estudiar sus grabados mientras Glenna rodeaba el pentágono con velas.

—¿Te molestará si trabajo desnuda?

—Sí —contestó él sin levantar la vista.

—De acuerdo, por el espíritu del compromiso y el trabajo en equipo, me dejaré la ropa puesta.

Pero me limita.

Glenna se quitó la cinta del pelo, llenó el bol de plata con agua de uno de los frascos y esparció hierbas sobre ella.

—Generalmente invoco a las diosas cuando trazo el círculo, y me parece más que apropiado en este caso. ¿Te parece bien?

—Bastante bien.

—Eres un auténtico parlanchín, ¿verdad? Bien. ¿Estás preparado? —Cuando Hoyt asintió, ella se instaló en la parte opuesta a él—. Diosas del Este, el Oeste, el Norte y el Sur —comenzó a decir, moviéndose alrededor del círculo mientras hablaba—. Pedimos vuestra bendición. Os invocamos para que seáis testigos de este círculo y lo protegáis, y a todo lo que hay en su interior.

—Poderes del Aire y el Agua, del Fuego y la Tierra —saludó Hoyt—, viajad con nosotros ahora, mientras pasamos entre los mundos.

—Noche y día, día y noche, os convocamos a este rito sagrado. Trazamos este círculo tres veces. Así lo haremos, que así sea.

Brujas, pensó él. Siempre con sus rimas. Pero sintió que el aire se agitaba y el agua que había en el bol se movió mientras las velas se encendían.

—Deberíamos llamar a Morrigan —dijo Glenna—. Ella era la mensajera.

Hoyt comenzó a hacerlo, luego decidió que quería ver de qué material estaba hecha la bruja.

—Éste es tu lugar sagrado. Pide tú la guía y haz tu conjuro.

—De acuerdo. —Ella colocó el cuchillo sagrado en el suelo y alzó las manos con las palmas hacia arriba—. En este día y a esta hora, convoco el poder sagrado de Morrigan la diosa y suplico que nos conceda su gracia y valor. En tu nombre, Madre, buscamos la visión, pedimos que nos guíes hacia la luz.

Glenna se inclinó y levantó el cristal en sus manos.

—Dentro de esta bola tratamos de encontrar a la bestia que persigue a toda la humanidad, mientras sus ojos permanecen ciegos para nosotros. Aguzar nuestra visión, nuestras mentes, nuestros corazones, para que se abran las nubes que hay dentro de esta bola. Protégenos y muéstranos aquello que deseamos ver. Como lo haremos nosotros, que así sea.

La niebla y la luz giraron dentro de la bola de cristal. Por un instante, Hoyt creyó que podía ver mundos en su interior. Colores, formas, movimiento. Oyó sus propios latidos, y los del corazón de Glenna.

Se arrodilló cuando ella lo hizo. Y vio lo mismo que ella.

Un lugar oscuro, un laberinto de túneles bañado por una luz roja. Pensó que se oían los sonidos del mar, pero no podía estar seguro de si estaba ocurriendo dentro del cristal o era sólo el rugido del poder dentro de su cabeza.

Había cuerpos ensangrentados, retorcidos y apilados como si fuesen leña. Y jaulas donde la gente lloraba o gritaba, o simplemente permanecía sentada, con la mirada muerta. Había cosas que se movían dentro de los túneles, cosas oscuras que apenas agitaban el aire. Algunas trepaban por las paredes como insectos.

Se oía una risa horrible, chillidos penetrantes y espantosos.

Viajó en compañía de Glenna a través de esos extraños túneles donde el aire apestaba a muerte y sangre. Hacia las profundidades de la Tierra, allí donde las paredes de piedra chorreaban humedad y

algo peor, hasta llegar a una puerta grabada con antiguos símbolos de magia negra.

Ella dormía en una cama propia de una reina, con cuatro postes que sostenían un dosel y sábanas que exhibían el brillo de la seda y eran blancas como la nieve, aunque estaban manchadas con pequeñas gotas de sangre.

Sus pechos desnudos no estaban cubiertos por la sábana y la belleza de su rostro y sus formas no había cambiado ni un ápice desde la última vez que la había visto.

Junto a ella yacía el cuerpo de un chico. Tan joven, pensó Hoyt con una enorme tristeza. No más de diez años, tan pálido en la muerte; con su pelo rubio cayéndole sobre la frente.

Las velas agonizaban, proyectando una luz mortecina que titilaba sobre su piel y la de ella.

Hoyt cogió con fuerza la hoja de acero y la levantó por encima de su cabeza.

Entonces los ojos de ella se abrieron y se clavaron en los suyos. La mujer gritó, pero Hoyt no percibió miedo alguno en ese grito. Junto a ella, el chico abrió los ojos, sacó los colmillos y dio un salto para caminar por el techo, como si fuese un lagarto.

—Más cerca —canturreó Lilith—. Acércate, hechicero, y trae contigo a tu bruja. La convertiré en mi mascota una vez que te haya quitado hasta la última gota de sangre. ¿Crees acaso que puedes tocarme?

Cuando ella saltó fuera de la cama, Hoyt sintió que salía proyectado hacia atrás, atravesando un aire tan frío que notó fragmentos de hielo en su garganta.

Luego se encontró sentado dentro del círculo, mirando los ojos de Glenna. Eran grandes y oscuros. De su nariz caían gotas de sangre.

Glenna se taponó la nariz con un nudillo mientras luchaba por recobrar el aliento.

—La primera parte ha funcionado —dijo—. La parte de que no nos viera no ha salido muy bien, obviamente.

—Ella también tiene poder. Y no carece de destreza.

—¿Alguna vez habías sentido algo así? —preguntó ella.

—No.

—Tampoco yo. —Se permitió un intenso temblor—. Vamos a necesitar un círculo más grande.

Antes de preparar el equipaje, Glenna se tomó su tiempo para limpiar y ordenar todo el *loft*. Hoyt estuvo de acuerdo. Ella no quería que quedase ningún rastro de lo que habían tocado, ningún eco, ningún sedimento de aquella oscuridad en su hogar.

Finalmente, guardó los instrumentos y los libros en el baúl. Después de lo que había visto, lo que había sentido, no pensaba arriesgarse a elegir. Se llevaba todo el lote, junto con su estuche de viaje, la mayor parte de sus cristales, algunos suministros artísticos básicos, cámaras y dos maletas.

Lanzó una mirada anhelante al caballete que había junto a la ventana y a la pintura apenas comenzada que descansaba sobre él. Si regresaba... no, se corrigió, cuando regresara, la acabaría.

Permaneció junto a Hoyt, estudiando su pila de pertenencias mientras él también lo hacía.

—¿Ningún comentario? —preguntó—. ¿No hay argumentos u observaciones sarcásticas acerca de cómo pienso viajar con todo esto?

—¿Con qué fin?

—Una actitud sabia. Ahora debemos abordar la pequeña cuestión de sacar todo esto de aquí y llevarlo al apartamento de tu hermano, en la zona alta de la ciudad. Dudo que él se muestre tan sabio como tú. Pero lo primero es lo primero. —Jugó con su colgante mientras pensaba—. ¿Te parece que lo llevemos todo personalmente o que recurramos a un conjuro de transporte? Nunca he hecho nada de esta magnitud.

Hoyt la miró imperturbable.

—Necesitaríamos tres de tus taxis y la mayor parte de lo que nos queda del día para poder transportar todas estas cosas por nosotros mismos.

De modo que también él había estado considerando la situación.

—Visualiza el apartamento de Cian —le ordenó—. La habitación donde pasaste la noche.

—De acuerdo.

—Concéntrate. Llena tu mente con ella, los detalles, la forma, la estructura.

Ella asintió y cerró los ojos.

—Lo estoy haciendo.

Hoyt eligió primero el baúl, ya que sentía que era el objeto que albergaba mayor poder. Su magia lo ayudaría en su tarea. Caminó a su alrededor tres veces, luego invirtió el sentido y pronunció las palabras al tiempo que se abría al poder.

Glenna luchó por concentrarse en el foco de su atención. Había algo profundo y más rico en la voz de Hoyt, algo erótico en la forma en que pronunciaba ese idioma antiguo. Sintió en la piel y en su sangre el calor de lo que Hoyt estaba agitando. Luego un súbito y sólido golpe de aire.

Cuando abrió los ojos, el baúl había desaparecido.

—Estoy impresionada.

Aunque, honestamente, lo que estaba era atónita. Ella era capaz, con un esfuerzo y preparación considerables, de transportar objetos simples y pequeños a cierta distancia. Pero él había hecho *desaparecer*, eficaz y simplemente, un baúl que pesaba casi cien kilos.

Podía ver bien a Hoyt, con las ropas agitadas por el viento, en la cima de aquel acantilado de Irlanda del que le había hablado. Desafiando a la tormenta, encargándose de ella. Y enfrentándose a algo a lo que ningún hombre debería hacer frente, con fe y con magia.

Su vientre se tensó de simple y absoluta lujuria.

—¿Era gaélico esa lengua que hablabas?

—Irlandés —contestó él, tan obviamente distraído que ella no volvió a hablar.

Hoyt volvió a caminar en círculos alrededor de las cosas de Glenna, ahora junto a las cajas que contenían su equipo fotográfico y su material artístico. Ella estuvo a punto de protestar y luego se recordó que debía tener fe. Apelando a ésta, cerró nuevamente los ojos y visualizó la habitación de invitados del apartamento de Cian. Ayudaría a Hoyt todo lo que pudiese con su propio don.

A él le llevó quince minutos completar una tarea que a ella, se vio obligada a reconocer, le habría llevado horas; eso en caso de que siquiera hubiese podido emprenderla.

—Bueno, eso ha sido... ha sido increíble.

La magia seguía en él, volviendo opaca su mirada, atravesando el aire entre ellos. Glenna sentía que era como una cinta que les rodeaba, uniéndolos el uno al otro. Su excitación era tan intensa que tuvo que retroceder, rompiendo de forma deliberada el vínculo que había entre ellos.

—No pretendo ofenderte, pero ¿estás seguro de que mis cosas están donde las queremos?

Él continuó mirándola con aquellos ojos azules e insondables, hasta que el calor que ella sentía en el vientre fue tan fuerte que se preguntó si no haría brotar fuego de las puntas de sus dedos.

Era casi demasiado; aquella presión, aquella necesidad, el enloquecido pulso de cada latido. Comenzó a retroceder otra vez, pero Hoyt alzó una mano e hizo que se quedase inmóvil donde estaba.

Glenna sintió la atracción, de él, hacia él, con apenas posibilidad de resistirse, de morder la correa y escapar. Permaneció en cambio donde estaba, con los ojos fijos en los de Hoyt mientras él reducía la distancia que había entre ellos dando un solo paso.

Luego ya nada fue fácil.

Hoyt la atrajo hacia él de tal modo que ella expulsó el aliento con un jadeo, y ese jadeo culminó en un gemido cuando sus bocas se encontraron. El beso, caliente y embriagador atravesó su cabeza, su cuerpo, siseando en su sangre cuando se aferró al hombre.

Las velas que había dejado en la habitación se encendieron con una llama viva.

Agresiva y a la vez desesperada, Glenna hundió las manos en sus hombros y se lanzó de cabeza hacia la tormenta de sensaciones. Aquello, aquello era lo que había estado anhelando desde el primer momento en que lo vio en sus sueños.

Glenna sintió las manos de él en su pelo, en su cuerpo, en su rostro; y allí donde Hoyt la tocaba se estremecía. Ahora no se trataba de un sueño, sólo de necesidad y calor y carne.

Hoyt no podía detenerse. Ella era como un festín después del ayuno, y lo único que él quería era saciarse. Su boca era suave y plena, y encajaba tan perfectamente con la suya que era como si los dioses la hubiesen formado con ese único propósito. El poder que había ejercido había vuelto súbitamente a él, despertándole un apetito imposible que le dolía en el vientre, en la entrepierna, en el corazón, y que clamaba ser satisfecho.

Algo ardía entre ellos. Lo había sabido desde el primer instante, incluso aquejado de fiebre y dolor, mientras los lobos acechaban más allá de su hoguera. Y lo temía casi tanto como temía aquello que estaban destinados a enfrentar juntos.

Hoyt la apartó, estremecido hasta los huesos. Lo que ambos habían agitado aún estaba vivo en el rostro de Glenna, entregado y tentador. Si él lo aceptaba, si lo tomaba, ¿qué precio tendrían que pagar

ambos por ello?

Siempre había un precio.

—Te pido disculpas. Yo... me he quedado atrapado en la cola de un conjuro.

—No te disculpes. Es insultante.

«Mujeres», fue todo lo que pudo pensar.

—¿Y tocarte de esa manera no lo es?

—Si yo no hubiese querido que me tocasen de esa manera, te lo habría dicho. Oh, no te hagas ilusiones —añadió Glenna al ver la expresión en el rostro de Hoyt—. Es posible que seas más fuerte físicamente, mágicamente, pero yo puedo controlarme a mí misma. Y cuando quiera una disculpa, te la pediré.

—No puedo encontrar mi equilibrio en este lugar, o contigo. —Ahora la frustración brotaba de él como antes lo había hecho la magia—. No me gusta, ni lo que estoy sintiendo por ti.

—Ése es tu problema. Sólo ha sido un beso.

Hoyt la cogió del brazo antes de que ella pudiese darle la espalda.

—No lo creo. Ni siquiera en este mundo ha sido sólo un beso. Tú has visto a lo que tendremos que enfrentarnos. El deseo es una debilidad que no podemos permitirnos. Todo nuestro poder debe estar orientado hacia lo que debemos hacer. No pienso arriesgar tu vida o el destino del mundo por unos pocos momentos de placer.

—Puedo asegurarte que serían más que unos pocos, pero no tiene ningún sentido discutir con un hombre que considera que el deseo es una debilidad. Dejemos este asunto aparcado por el momento y sigamos adelante.

—No pretendo herirte —comenzó a decir Hoyt con cierta pesadumbre y ella le dirigió una mirada fulminante.

—Vuelve a disculparte y te encontrarás de culo en el suelo. —Recogió las llaves y el bolso—. Apaga las velas, ¿quieres?, y salgamos de aquí. Quiero asegurarme de que mis cosas han llegado sin problemas; y también debemos arreglar la cuestión de los vuelos a Irlanda. Buscar la manera de sacarte del país.

Glenna cogió unas gafas de sol de una mesa y se las puso. Gran parte de su irritación desapareció al ver la expresión de desconcierto de Hoyt.

—Gafas de sol —le explicó—. Reducen el brillo del sol y, además, son una manifestación de moda sexy.

Glenna abrió la puerta, luego se volvió y paseó la mirada por su *loft*, por sus cosas.

—Tengo que creer que regresaré a este lugar. Tengo que creer que volveré a ver todo esto.

Entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja, dejando atrás mucho de lo que amaba.

Cuando Cian salió de su habitación, Glenna estaba en la cocina preparando la comida. Al regresar al apartamento de su hermano, Hoyt se había instalado en el estudio que había junto a la sala de estar, llevándose sus libros con él. De vez en cuando, Glenna sentía algo que flotaba en el aire y suponía que debía de ser él practicando algún conjuro.

Eso le mantenía alejado de ella, pero no lo mantenía fuera de su cabeza.

Glenna era muy cuidadosa con los hombres. Disfrutaba de ellos, sin duda, pero no se entregaba de un modo imprudente. Que era exactamente lo que había hecho con Hoyt, y no podía negarlo. Había sido poco cautelosa, impulsiva y, por lo visto, había cometido un error. Y aunque ella le había

dicho que sólo había sido un beso, en realidad había sido un acto tan íntimo como Glenna jamás había experimentado.

Él la deseaba y de eso no había absolutamente ninguna duda. Pero ese deseo no era algo que él hubiese elegido. Y Glenna prefería ser elegida.

El deseo no era una debilidad, no en su opinión... pero sí era una distracción. Hoyt tenía razón en cuanto a que no podían permitirse distracciones. Esa fortaleza de carácter y su sólido sentido común eran dos de sus rasgos más atractivos. Pero considerando el sistema nervioso de ella, eran también dos rasgos igualmente irritantes.

Así pues, había decidido meterse en la cocina y preparar la comida, porque eso era algo que la mantenía ocupada y la calmaba.

Cuando Cian entró, con aspecto limpio y adormilado, ella estaba picando verduras.

—*Mi casa es, al parecer, tu casa.*^[6]

Ella siguió picando las verduras.

—Entre otras cosas, he traído algunos productos perecederos de mi casa. No sé si tú comes.

Cian miró con suspicacia las zanahorias crudas y las verduras con hoja.

—Una de las ventajas de mi destino es que no tengo que comer verduras, como un buen chico. — Pero había percibido el olor de lo que Glenna estaba cocinando y se acercó para olfatear la salsa de tomates y especias que bullía en un recipiente—. Por otra parte, esto tiene un aspecto muy tentador.

Se inclinó sobre la encimera para observarla mientras trabajaba.

—Y tú también.

—No malgastes conmigo tu dudoso encanto. No estoy interesada.

—Podría hacer algo en ese sentido, aunque sólo fuese para irritar a Hoyt. Podría resultar divertido. Él trata de no mirarte, pero fracasa estrepitosamente.

La mano de Glenna vaciló, luego volvió a bajar el cuchillo con fuerza.

—Estoy segura de que finalmente tendrá éxito. Es un hombre muy decidido.

—Siempre lo fue, si la memoria no me falla. Sobrio y serio, y tan atrapado por su don como una rata en una jaula.

—¿Es así como ves su don? —Glenna dejó el cuchillo sobre la encimera y se volvió hacia él—. ¿Como una trampa? No lo es, ni para Hoyt ni para mí. Es una obligación, sí, pero también una alegría y un privilegio.

—Ya veremos la alegría que sentirás cuando te encuentres en el camino de Lilith.

—Ya he estado allí. En mi casa hicimos un conjuro con el espejo. Está escondida en una cueva que tiene un montón de túneles. Cerca del mar, creo. No muy lejos de esos acantilados donde Hoyt se enfrentó a ella. Lilith nos ha dado una buena sacudida. La próxima vez no le resultará tan fácil.

—Los dos estáis chiflados. —Abrió su pequeña nevera y sacó una bolsa de sangre. Su rostro se puso tenso ante el pequeño sonido que Glenna no pudo reprimir—. Tendrás que acostumbrarte a esto.

—Tienes razón. Lo haré. —Lo observó mientras vertía el contenido de la bolsa en una copa de cristal tallado y luego lo metía en el microondas para calentarlo. Esa vez no pudo reprimir una risita—. Lo siento. Pero es que es algo tan jodidamente extraño.

Él la estudió, obviamente no advirtió segundas intenciones y se relajó.

—¿Quieres un poco de vino? —le preguntó.

—Claro, gracias —respondió ella—. Tenemos que viajar a Irlanda.

—Eso me han dicho.

—No. Tenemos que hacerlo ahora. Tan pronto como podamos arreglar las cosas. Yo tengo pasaporte, pero tenemos que encontrar la manera de sacar a Hoyt del país y de que pueda entrar en otro. Y necesitaremos también un lugar donde podamos quedarnos y, bueno, entrenar y practicar.

—Tal para cual —musitó Cian, sirviendo una copa de vino para ella—. No es una cuestión sencilla, ¿sabes?, delegar mis responsabilidades; sobre todo teniendo en cuenta que el hombre en quien confío para que lleve el club que hay en la planta baja está decidido a unirse al ejército sagrado de Hoyt.

—Ya. Hoy he pasado yo gran parte del día preparando el equipaje, transfiriendo mis bastante limitados fondos para poder pagar el alquiler de mi *loft* hasta octubre, cancelando citas y pasándole a un socio un par de lo que serán unos trabajos muy lucrativos.

Cian retiró la copa con sangre del microondas.

—¿Y a qué te dedicas? ¿Qué son esos trabajos tan lucrativos?

—Diseño tarjetas de felicitación. De la variedad mística. Y pinto. También hago algo de fotografía.

—¿Eres buena?

—No, soy un desastre. Por supuesto que soy buena. Obtengo dinero de las fotos que hago en las bodas. Luego me dedico a la fotografía artística como una actividad más personal, y vendo algo ocasionalmente. Soy lo bastante adaptable como para poder mantenerme con mi trabajo. —Alzó su copa de vino—. ¿Qué me dices de ti?

—No podría sobrevivir otro milenio, de modo que nos marcharemos esta noche.

—¿Esta noche? Pero eso es imposible...

—Adaptarse —dijo Cian simplemente, y bebió un trago.

—Debemos comprobar los vuelos, comprar los billetes...

—Tengo mi propio avión y licencia de piloto.

—Oh.

—Un buen piloto —le aseguró él—. Tengo varias décadas de horas de vuelo, así que no debes preocuparte por eso.

Vampiros que bebían sangre en copas de cristal tallado y poseían aviones. ¿De qué tenía que preocuparse?

—Hoyt no tiene ninguna identificación, ni pasaporte, ni documentos. Puedo hacer un conjuro para que pase el control de aduanas, pero...

—No es necesario.

Cian atravesó la habitación, abrió un panel en la pared que ella no había detectado, y dejó al descubierto una caja fuerte.

Una vez que la hubo abierto, sacó de ella una pequeña caja de seguridad, regresó junto a Glenna, la dejó sobre la encimera y accionó la combinación.

—Hoyt puede elegir —dijo Cian, y sacó de la caja media docena de pasaportes.

—¡Uau! —Glenna cogió uno de los pasaportes, lo abrió y estudió la fotografía—. Resulta muy conveniente que seáis tan parecidos. La ausencia de espejos en este lugar me confirma que lo que se dice acerca de que los vampiros no se reflejan en ellos es verdad. ¿No tienes problemas en que te

fotografien?

—Si pruebas a usar conmigo una cámara de reflexión habrá un momento, cuando intervenga el espejo, en que te sentirás muy confundida. Una vez dispares, el espejo desaparece... y allí estaré yo.

—Interesante. He traído mis cámaras. Me gustaría hacerte algunas fotos cuando tengamos tiempo para ello.

—Lo pensaré.

Glenna dejó el pasaporte en la caja de seguridad.

—Espero que tu avión tenga mucho espacio de carga, porque tengo un montón de equipaje.

—Nos las arreglaremos. Tengo que hacer algunas llamadas y preparar mis maletas.

—Espera, aún nos falta un lugar donde alojarnos allí.

—Eso no será un problema —dijo Cian mientras abandonaba la cocina—. Tengo algo que nos vendrá muy bien.

Glenna suspiró y echó un vistazo al recipiente con la salsa.

—Bueno, al menos primero disfrutaremos de una buena comida.

No era una cuestión sencilla, ni siquiera con el dinero y los contactos de Cian allanando el camino. En esta ocasión, el equipaje y la carga debían ser transportados a través de los medios convencionales. Glenna pudo ver cómo los tres hombres a los que había unido su destino buscaban alguna manera de reducir su carga. Ella se encargó de solucionar la cuestión con un firme: «Me lo llevo todo...» y no se habló más del tema.

No tenía idea de qué llevaba Cian en la única maleta o en los dos grandes baúles metálicos.

No estaba segura tampoco de si quería saberlo.

No era capaz de imaginar el aspecto que debían de tener para los demás: dos hombres altos y morenos, el enorme hombre negro y la pelirroja con suficiente equipaje como para volver a hundir el *Titanic*.

Ella disfrutaba del privilegio de ser mujer y dejó en manos de los hombres la tarea de cargar las cosas en el aeroplano, mientras exploraba el estilizado y elegantemente equipado avión privado de Cian.

Él no temía gastar su dinero, debía reconocerle ese mérito. Los asientos eran de un azul profundo combinado con un cuero color mantequilla, lo bastante generosos en sus dimensiones como para acomodar a alguien del tamaño de King. Por su parte, la alfombra era lo bastante gruesa como para dormir sobre ella.

El avión contaba con una pequeña y funcional sala de conferencias, dos sofisticados baños y lo que ella, al principio, tomó por un acogedor dormitorio. Sin embargo, al ver que no tenía ventanillas ni espejos y que contaba con su propio medio cuarto de baño se dio cuenta de lo que era: una habitación para un vampiro.

Entró en la cocina, la aprobó y supo apreciar el hecho de que Cian se hubiese encargado de tenerla aprovisionada. No pasarían hambre durante el viaje a Europa.

Europa. Paseó un dedo por uno de los asientos totalmente reclinables. Siempre había pensado en viajar a Europa, en pasar un mes allí. Pintando, tomando fotografías, explorando. Visitando lugares antiguos, haciendo compras.

Ahora iba a viajar allí, y lo haría muy por encima del nivel de primera clase, sin embargo, no recorrería las colinas y los lugares sagrados, como había deseado.

«Bueno, querías un poco de aventura en tu vida —se recordó—. Ahora ya lo tienes».

Cerró una mano alrededor del colgante que pendía de su cuello y rogó no sólo la fuerza sino también la inteligencia para sobrevivir.

Cuando los hombres subieron al avión, ella estaba sentada en su asiento disfrutando de una copa de champán.

—He destapado una —le dijo a Cian—. Espero que no te importe. Me ha parecido lo más indicado.

—*Sláinte* —dijo Cian y se dirigió directamente a la cabina del piloto.

—¿Quieres el tour de dos dólares? —le preguntó Glenna a Hoyt—. ¿Quieres echar un vistazo? —le aclaró—. Imagino que King ya ha volado antes a bordo de esta pequeña belleza y lo debe de conocer de arriba abajo.

—A su lado, cualquier avión comercial es una mierda —respondió King, y buscó una cerveza en lugar del champán—. El jefe sabe cómo manejar este pájaro. —Le dio a Hoyt una palmada en el hombro—. No hay de qué preocuparse.

Como Hoyt parecía muy lejos de estar convencido, Glenna se puso de pie y sirvió otra copa de champán.

—Aquí tienes, bebe y relájate. Pasaremos aquí dentro toda la noche. En un pájaro hecho de metal y tela —prosiguió ella—. Una máquina voladora. —Hoyt asintió y, como tenía la copa en la mano, se bebió el vino espumoso—. Es una cuestión de ciencia y mecánica.

Luego Hoyt dedicó dos horas a leer acerca de la historia y la tecnología de la aviación.

—Aerodinámica.

—Exactamente. —King hizo chocar la botella de cerveza contra la copa de Hoyt y luego contra la de Glenna—. Brindo por patear algunos culos.

—Parece como si lo estuvieses deseando —comentó ella.

—Jodidamente cierto. ¿Y quién no? Tenemos que salvar al jodido mundo. El jefe ha estado inquieto durante las últimas semanas. Si él está inquieto, yo estoy inquieto. Y esto es precisamente lo que el médico me ha recetado como remedio.

—¿No te preocupa que alguien pueda morir?

—Todo el mundo muere. —Desvió la mirada hacia la cabina del piloto—. De una manera u otra. Además, no es fácil acabar con un cabrón tan grande como yo.

Cian salió de la cabina.

—Chicos y chica, ya podemos despegar. Ahora hay que sentarse y ponerse los cinturones.

—Voy contigo, capitán.

King siguió a Cian a la cabina.

Glenna se sentó y sonrió a Hoyt mientras daba unas palmadas en el asiento junto al suyo, dispuesta a tranquilizarlo en su primer viaje.

—Tendrás que abrocharte el cinturón de seguridad. Deja que te enseñe cómo funciona.

—Sé cómo funciona. Lo he leído. —Estudió el broche metálico durante un momento y luego encajó ambas piezas—. Para el caso de que haya turbulencias. Pozos de aire.

—No pareces muy asustado.

—Llegué a través de un portal en el tiempo —le recordó él, comenzó a jugar con el panel de mandos del asiento, mostrando una expresión divertida cuando éste se reclinaba y volvía luego a su

posición original—. Creo que lo disfrutaré. Es una maldita lástima que debamos ir sobre el agua.

—Oh, casi lo olvidaba —dijo Glenna, y metiendo la mano en el bolso, sacó un frasco—. Bebe esto. Te ayudará. Bébelo —insistió cuando Hoyt frunció el cejo al ver el pequeño frasco—. Son hierbas y algunos cristales en polvo. Nada peligroso. Puede ayudarte con las náuseas.

La desconfianza era evidente en su rostro, pero Hoyt se bebió la mezcla de un trago.

—Tienes una mano generosa con el clavo de especia.

—Ya me lo agradecerás cuando no tengas que usar la bolsa para vomitar.

Glenna oyó el zumbido de los motores y sintió la vibración debajo de ella.

—Espíritus de la noche, concedednos alas para iniciar este vuelo. Mantenednos a salvo en vuestras manos hasta que nos hayamos posado en tierra. —Miró a Hoyt—. Nunca está de más.

Hoyt no sucumbió, pero Glenna podía ver claramente que su poción y su voluntad estaban librando una dura batalla para mantener su sistema estable. Le preparó un poco de té, lo cubrió con una manta y luego reclinó el asiento y levantó el descanso para los pies.

—Intenta dormir un poco.

Demasiado agotado como para discutir, Hoyt asintió y cerró los ojos. Cuando Glenna estuvo segura de que estaba cómodo, fue a la cabina a reunirse con Cian y King.

Se oía música. *Nine Inch Nails*, reconoció el grupo. En el asiento del copiloto, King había reclinado completamente el respaldo y roncaba siguiendo el ritmo de la música. Glenna miró a través del parabrisas y sintió que el corazón le daba un vuelco.

No se veía nada más que oscuridad.

—Nunca había estado en la cabina del piloto. La vista es increíble.

—Puedo echarle de aquí si quieres sentarte un momento.

—No. Estoy bien. Tu hermano está tratando de dormir un poco. No se siente muy bien.

—Hoyt solía ponerse verde cuando cruzábamos el Shannon. Imagino que en este momento estará vomitando como un perro.

—No, sólo tiene náuseas. Le di algo para que bebiera cuando despegamos y su voluntad de hierro aumenta el efecto. ¿Necesitas algo?

Cian volvió la vista hacia ella.

—¿No eres el ángel guardián de él?

—Estoy demasiado cansada para dormir y demasiado intranquila para sentarme, de modo que ¿café, té, leche?

—No me importaría un poco de café. Gracias.

Glenna preparó una pequeña cafetera y le llevó una taza. Luego se quedó de pie detrás de él, contemplando el cielo nocturno.

—¿Cómo era de pequeño?

—Como te he contado.

—¿Dudó alguna vez de su poder? ¿Deseó alguna vez no haber recibido ese don?

Era una sensación extraña, tener a una mujer interrogándole acerca de otro hombre. Generalmente, si no estaban hablando de sí mismas, le preguntaban cosas sobre él, tratando de apartar lo que algunas de ellas veían como una cortina de misterio.

—Nunca me lo dijo. Y Hoyt lo hubiese hecho —dijo Cian después de un momento—. Estábamos muy unidos en aquella época.

—¿Había alguien, una mujer, una chica, para él en Irlanda?

—Hoyt tuvo algunas chicas. Es un hechicero, no un sacerdote. Pero nunca me habló de que hubiese ninguna en especial. Nunca vi que mirase a ninguna de esas chicas como te mira a ti. Yo te diría que tuvieses cuidado, Glenna, pero los mortales son estúpidos cuando se trata del amor.

—Y yo diría que, si no eres capaz de amar, no merece la pena luchar para enfrentarte a la muerte. Lilith tenía a un niño con ella. ¿Hoyt te lo dijo?

—No, no lo hizo. Tienes que entender que en esto no cabe ningún sentimiento, ninguna ternura. Un niño es sólo una presa fácil; y una comida muy dulce.

Glenna pensó que iba a vomitar, pero consiguió mantener su voz serena.

—Yo diría que ese niño tendría unos ocho o diez años —continuó—. Estaba en la cama con ella, en esas cuevas. Lo había convertido en algo igual a sí misma. Había hecho a ese niño como ella.

—Y eso te conmueve y te enfurece, bueno, está bien entonces. La conmoción y la furia pueden ser dos armas poderosas en las manos adecuadas. Pero recuerda esto: si te encuentras con ese niño, o con uno como él, deja tu compasión a un lado, porque te matará sin ningún tipo de piedad a menos que tú le mates primero.

Ahora Glenna estudió a Cian, aquel perfil tan parecido al de su hermano y, sin embargo, tan completamente distinto. Quería preguntarle si alguna vez había convertido a un niño en vampiro o se había alimentado de él. Pero tenía miedo de su respuesta, y ella lo necesitaba.

—¿Podrías hacer tú algo así; destruir a un niño fuera lo que fuese en lo que pudiera haberse convertido?

—Sin piedad y sin pensarlo. —Cian la miró y ella supo que él sabía la otra pregunta que le estaba rondando la cabeza—. Y si tú no eres capaz de hacer lo mismo, no eres buena ni para nosotros ni para ti misma.

Glenna abandonó la cabina y regresó a su asiento para tenderse junto a Hoyt. La conversación con Cian la había dejado helada, de modo que se cubrió con su manta hasta el cuello y se acurrucó junto al calor del cuerpo de Hoyt.

Cuando finalmente se durmió, soñó con niños de pelo muy rubio y colmillos manchados de sangre.

Se despertó sobresaltada y vio que Cian estaba inclinado sobre ella. Un grito subió hasta su garganta hasta que se dio cuenta de que estaba sacudiendo a Hoyt para que se despertase.

Se echó el pelo hacia atrás y se pasó los dedos por la cara para despejarse un poco. Los dos hermanos hablaban en voz muy baja y, según pudo comprobar, en irlandés.

—En inglés, por favor. No puedo seguirlos, especialmente con el acento.

Ambos volvieron hacia ella sus intensos ojos azules, y Cian se irguió al tiempo que Glenna ponía el respaldo de su asiento en posición vertical.

—Le estoy diciendo que nos queda aproximadamente una hora de vuelo.

—¿Quien está pilotando el avión?

—King se ha hecho cargo de los mandos por el momento. Aterrizaremos al amanecer.

—Bien. Genial. —Apenas si pudo reprimir un bostezo—. Prepararé un poco de café y el desayuno de modo que... ¿Al amanecer?

—Sí, al amanecer. Necesitaré una buena capa de nubes. La lluvia sería un bienvenido plus. ¿Puedes hacerlo? —le preguntó a Hoyt—. Si no es así, King se encargará del aterrizaje. Es capaz de

ello y yo pasaré el resto del vuelo y del día en la parte posterior del avión.

—Te dije que podía hacerlo y lo haré —dijo Hoyt.

—Podemos hacerlo —le corrigió Glenna.

—Bueno, pero es importante que os deis prisa, ¿de acuerdo? Me he chamuscado ya un par de veces y os aseguro que no es nada agradable.

—De nada —musitó Glenna cuando Cian se hubo marchado—. Buscaré algunas cosas en mi maletín de viaje.

—Yo no las necesito. —Hoyt hizo la manta a un lado y se levantó—. Esta vez lo haremos a mi manera. Después de todo, es mi hermano.

—Que sea a tu manera entonces. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Concéntrate en la visión en tu mente. Nubes y lluvia. Lluvia y nubes. —Recuperó su bastón—. Quiero que las veas, las sientas, las huelas. Densas y regulares, con el sol atrapado detrás de su penumbra. Luz nebulosa, luz sin poder ni peligro. Mírala, siéntela, huélela.

Hoyt sostuvo el bastón en ambas manos, separó las piernas para conseguir un mejor equilibrio, y luego lo alzó.

—Invoco a la lluvia, a las negras nubes que cubren el cielo. Invoco a las nubes, cargadas de lluvia que cae desde el cielo. Que forma remolinos y se acerca y espesa se asienta.

Ella sintió el conjuro salir girando de él, elevándose hacia el aire. El avión se estremeció, corcoveó, tembló, pero Hoyt permaneció inmóvil, como si estuviese anclado en un suelo de granito. Una luz azul brotaba de la punta de su bastón.

Se volvió hacia ella y asintió.

—Eso debería bastar.

—Muy bien. Entonces iré a preparar el café.

El avión aterrizó en medio de una tenue oscuridad mientras la lluvia caía como una cortina gris. Un poco exagerado, en opinión de Glenna. Sería un viaje espantoso desde el aeropuerto hasta donde demonios fuesen.

Bajó del avión y pisó tierra irlandesa. De repente lo sintió. Una conexión instantánea y sorprendente incluso para ella. Tuvo la fugaz sensación del recuerdo de una granja: colinas verdes, vallas de piedra y una casa blanca con ropa tendida en una cuerda y agitada por un fuerte viento. Tenía un jardín delante con dalias grandes como platos y lirios blancos.

Pero desapareció casi tan de prisa como había llegado. Se preguntó si era su recuerdo de otro tiempo, de otra vida, o simplemente una llamada de su sangre. La madre de su abuela había nacido en Irlanda, en una granja del condado de Kerry.

Ella había llevado su ropa de casa y su mejor vajilla —y su magia— a Estados Unidos.

Glenna esperó a que Hoyt bajase del avión. Para él, ése sería siempre su hogar. Pudo verlo en la satisfacción dibujada en su rostro. Ya se tratase de un aeropuerto lleno de gente o de un campo desierto, aquél era su lugar en el mundo. Y una parte, una parte muy importante, ahora lo entendía, de aquello por lo que daría su vida si con ello la salvaba.

—Bienvenido a casa.

—No se parece en nada a lo que era.

—Algunas partes se parecerán. —Le cogió la mano y se la apretó suavemente—. Por cierto, has hecho un buen trabajo con el tiempo.

—Bueno, eso al menos me resulta familiar.

King bajó a continuación, mojado como una foca. La lluvia goteaba de las gruesas rastas de su pelo.

—Cain se está encargando de que la mayoría de las cosas sean transportadas con camión. Tendréis que coger ahora lo que necesitéis o podáis llevar. El resto se pondrá en camino en un par de horas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Glenna.

—Cain tiene una casa aquí. —King se encogió de hombros—. Ahí es adonde vamos.

Tenían una camioneta pero, aun así, iban un tanto apretados. Y Glenna descubrió que era una verdadera aventura viajar bajo la intensa lluvia por caminos mojados, muchos de los cuales parecían tan estrechos como el tronco de un sauce.

Vio setos cubiertos de fucsias, y colinas color esmeralda que se ondulaban hacia el cielo gris desvaído. Vio casas con flores en el jardín delantero. No como las que había visto en su visión fugaz, pero lo bastante parecidas como para hacerla sonreír.

Había algo en aquel lugar que alguna vez le había pertenecido. Ahora quizá volvería a pertenecerle.

—Conozco este lugar —dijo Hoyt—. Conozco esta tierra.

—¿Lo ves? —Glenna le palmeó la mano—. Sabía que parte de esto te resultaría conocido.

—No, *este* lugar, *esta* tierra. —Se inclinó hacia adelante para coger a Cian del hombro—. Cian.

—No molestar al conductor —ordenó Cian y apartó la mano de su hermano antes de girar entre los setos y continuar por una estrecha franja de tierra que serpenteaba a través de un denso bosque.

—¡Dios! —exclamó Hoyt casi sin aliento—. ¡Dios bendito!

La casa era de piedra y se alzaba sola entre los árboles, silenciosa como una tumba. Vieja y grande, con una destacada torre y adornos asimismo de piedra. En medio de la penumbra gris, la casa parecía desierta y como de otra época.

Y, sin embargo, había un jardín en la parte de delante, con rosas y lirios y dalias grandes como platos. Las dedaleras trepaban altas y moradas entre los árboles.

—Aún está aquí. —Hoyt habló con una voz teñida de una profunda emoción—. Ha sobrevivido. Aún está en pie.

Glenna, entendiendo ahora lo que estaba ocurriendo, volvió a apretarle la mano.

—Es tu hogar.

—El que abandoné hace sólo unos días. El hogar del que me marché hace casi mil años. He vuelto a casa.

No era lo mismo. Los muebles, los colores, la luz, incluso el sonido de los pasos al caminar por su interior habían cambiado. Reconoció algunas piezas: algunos candelabros y un baúl. Pero no estaban en los mismos lugares.

Alguien había colocado leños en el hogar pero aun no estaban encendidos. Y tampoco había perros echados en el suelo o meneando las colas a modo de saludo.

Hoyt se movió por las distintas estancias como un fantasma. Tal vez fuese precisamente eso. Había nacido en aquella casa, y gran parte de su vida se había desarrollado bajo su techo o en sus campos. Él había jugado allí, trabajado allí, comido y dormido en aquella casa.

Pero eso había sido en el pasado, hacía ya cientos de años. De modo que, quizá, en cierto sentido, su vida también había terminado allí.

Su alegría inicial al ver nuevamente la casa se desvaneció bajo el peso de la tristeza por todo aquello que había perdido.

Entonces, debajo de un cristal, en una de las paredes, vio uno de los tapices que había tejido su madre. Se acercó a él, tocó el cristal con las puntas de los dedos mientras el recuerdo de su madre llegó volando hacia él. Su rostro, su voz, su fragancia eran tan reales como el aire que le rodeaba.

—Fue el último tapiz que ella tejó antes de que...

—Yo muriese. —Cian acabó la frase—. Lo recuerdo. Me topé con él en una subasta. Eso y algunas otras cosas a lo largo del tiempo. Pude comprar la casa hace alrededor de cuatrocientos años, más o menos. Y la mayor parte de las tierras también.

—Pero tú ya no vives aquí.

—Me queda un poco lejos y no resulta adecuado para mi trabajo o mis placeres. Tengo un cuidador a quien le he dado unas pequeñas vacaciones hasta que le ordene que regrese. Y generalmente vengo aquí una vez al año.

Hoyt quitó la mano del cristal que cubría el tapiz y se volvió.

—Está cambiada.

—El cambio es inevitable. La cocina ha sido modernizada. Hay cañerías nuevas y electricidad. A pesar de todo, sigue habiendo corrientes de aire. Los dormitorios de la planta alta están amueblados, de modo que podéis elegir. Yo iré a dormir un rato.

Dio unos pasos y luego se volvió.

—Oh, y podéis hacer que cese la lluvia si queréis. King, échame una mano para llevar estas cosas arriba, ¿quieres?

—Claro. Son unas habitaciones muy bonitas, si no os importa un poco de escalofríos.

King cargó el baúl con la misma facilidad con que otro hombre hubiese cogido una maleta y subió la escalera.

—¿Estás bien? —le preguntó Glenna a Hoyt.

—No sé lo que soy. —Fue hasta la ventana y apartó los pesados cortinajes para contemplar el bosque bañado por la lluvia—. Es aquí, este lugar, las piedras que colocaron mis antepasados. Me siento agradecido por ello.

—Pero ellos no están aquí ahora. La familia que tú dejaste atrás. Es muy duro lo que estás haciendo. Más duro para ti que para el resto de nosotros.

—Todos lo compartimos.

—Yo dejé atrás mi *loft*. Tú dejaste tu vida.

Glenna se acercó a él y lo besó en la mejilla. Había pensado en ofrecerse para preparar una comida caliente, pero comprendió que lo que Hoyt necesitaba en esos momentos era soledad.

—Voy a subir, a elegir una habitación, a ducharme y a meterme en la cama.

Hoyt asintió sin dejar de mirar a través de la ventana. La lluvia se adaptaba bien a su estado de ánimo, pero era mejor acabar con el conjuro. Incluso después de haberlo hecho, la lluvia continuó cayendo, pero ahora en forma de una fina llovizna vaporosa. La niebla reptaba a través del terreno y se enroscaba alrededor de las matas de rosales.

¿Podrían ser aún los de su madre? Era muy improbable, pero después de todo eran rosas. Eso le hubiese gustado. Se preguntó si, de alguna manera, el hecho de tener a sus hijos nuevamente en la casa, juntos, también la complacería.

¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo iba a saberlo jamás?

Encendió los leños dispuestos en la chimenea. El fuego hacía que la casa tuviese más aspecto de hogar. Decidió no subir a una habitación a descansar, todavía no. Más tarde, pensó, llevaría sus cosas a la torre. La convertiría nuevamente en su lugar. De momento, se envolvió en la capa y salió de la casa bajo la fina lluvia de verano.

Primero se dirigió hacia el arroyo, donde las empapadas dedaleras balanceaban sus pesadas campanillas y los lirios tenían un naranja intenso. A Nola le encantaba esgrimir las como si fuesen lanzas de fuego. En la casa debería haber flores, pensó. Tendría que coger algunas antes de que anoheciera. En la casa siempre había habido flores.

Dio un amplio paseo aspirando la fragancia del aire húmedo, de las hojas mojadas, de las rosas. Su hermano mantenía el lugar bien cuidado; Hoyt no podía decir nada en ese sentido. Vio que el establo aún estaba allí... No era el mismo, pero estaba en el mismo lugar. Era más grande que el anterior, con un saledizo en un lado, donde había una gran puerta.

La encontró cerrada con llave, de modo que la abrió valiéndose de un pensamiento concentrado. La hoja se abrió hacia fuera revelando un suelo de piedra y una especie de coche. No era como los de Nueva York, advirtió. No como el taxi o la camioneta en la que habían viajado desde el aeropuerto. Aquel coche era negro y casi rozaba el suelo. En el capó exhibía una brillante pantera plateada. Pasó las manos por la máquina.

Le desconcertaba que en aquel mundo hubiese tantas clases diferentes de coches. Tamaños y formas y colores diferentes. Si uno de ellos era cómodo y práctico, ¿para qué necesitaban tantos distintos?

Allí había también un banco de trabajo muy grande y toda clase de herramientas de aspecto fascinante colgadas de la pared o colocadas en los cajones de un gran baúl metálico rojo. Pasó unos minutos examinándolas y también la pila de madera que había sido cepillada y cortada en largos trozos.

Herramientas, pensó, madera, máquinas, pero nada de vida. No había mozos de cuadra ni caballos, no había gatos cazando ratones. No había ninguna camada de cachorros para que Nola jugase con ellos. Cerró la puerta tras él al salir y echó a andar por el costado del establo.

Se dirigió al cobertizo donde se guardaban los arneses de los caballos, confortado de alguna manera por el olor a aceite y cuero. Pudo ver que el lugar estaba bien organizado, igual que lo estaba

la cuadra del coche. Pasó las manos sobre una silla de montar, se agachó para examinarla y descubrió que no era tan distinta a la que había usado en su época.

Jugó con riendas y bridas y, por un instante, echó de menos a su yegua del mismo modo que lo hubiera hecho con una amante.

Entró por una puerta. El suelo de piedra presentaba una leve pendiente, con dos cuadras a un lado y una al otro. Menos de las que había antes en la casa pero más grandes, según pudo notar. La madera era suave y oscura. Podía oler el heno y el grano y...

Ahora se movió de prisa sobre el suelo de piedra.

En la última de las tres cuadras había un semental negro como el carbón. A Hoyt le dio un vuelco el corazón al verlo. Después de todo, todavía había caballos, y aquél, según podía ver, era magnífico.

El animal golpeó el suelo con el casco y echó las orejas hacia atrás cuando Hoyt abrió la puerta de la cuadra. A continuación, el hombre levantó ambas manos y comenzó a cantar suavemente una melodía irlandesa.

Como respuesta, el caballo pateó la parte trasera de la cuadra y resopló a modo de advertencia.

—Está bien, está bien. ¿Quién podría culparte por mostrarte desconfiado con un desconocido? Pero sólo estoy aquí para admirarte, para contemplar tu hermosa naturaleza, eso es todo. Aquí me tienes, ¿por qué no me hueles? Veamos qué es lo que piensas. Ah, te he dicho que oleras no que mordieses.

Con una sonrisa, Hoyt retiró la mano mientras el caballo le mostraba los dientes.

Continuó hablándole suavemente y permaneció muy quieto mientras el animal exhibía todo su repertorio de resoplidos y golpes con los cascos en el suelo. Hoyt decidió que el soborno era la mejor solución y conjuró una manzana.

Cuando vio el interés reflejado en los ojos del caballo, levantó la fruta y le dio un buen mordisco.

—Deliciosa. ¿Quieres un poco?

Ahora el caballo se acercó, olisqueó, resopló y acabó por coger la manzana con los dientes de la mano de Hoyt. Mientras la masticaba, permitió que él le acariciara.

—Yo dejé un caballo atrás. Una buena yegua que me había acompañado durante ocho años. La llamé *Aster*, porque tenía la forma de una estrella justo aquí. —Apoyó dos dedos sobre la frente del semental—. La echo de menos. Echo de menos todo. A pesar de todas las maravillas del mundo, es muy duro estar lejos de todo aquello que conoces.

Después de algunos minutos se marchó de la cuadra y cerró la puerta tras él. La lluvia había cesado, de modo que ahora podía oír el murmullo del arroyo y el sonido de las gotas que caían al suelo desde las hojas de los árboles.

¿Habría hadas aún en el bosque?, se preguntó. ¿Jugando y conspirando y observando las debilidades del hombre? Estaba demasiado cansado mentalmente como para salir a buscarlas. Demasiado cansado en su corazón para emprender el solitario camino hacia donde sabía que debía de estar enterrada su familia.

Regresó a la casa, cogió sus cosas y subió por la sinuosa escalera en dirección a la torre más alta.

Una pesada puerta le impedía el paso, una puerta profusamente grabada con símbolos y palabras mágicas. Hoyt pasó los dedos sobre la madera tallada, sintiendo el calor y el zumbido. Quienquiera que hubiese hecho aquello, sin duda tenía algún poder.

Bien, no pensaba quedarse fuera de su propio cuarto de trabajo. Puso manos a la obra para

deshacer el conjuro que mantenía la puerta herméticamente cerrada y utilizó su propio sentido de la imprecación y la ira para calentarla.

Aqué! era su hogar. Y jamás en su vida había habido una puerta cerrada con llave para él.

—Que se abran los cerrojos —ordenó—. Es mi derecho entrar en este lugar. Es mi voluntad la que rompe este conjuro.

La puerta se abrió de par en par acompañada de una ráfaga de viento. Hoyt entró junto con su resentimiento, dejando que la puerta se cerrase violentamente a sus espaldas.

La habitación estaba vacía, salvo por la presencia de polvo y telarañas. Y fría también, pensó. Fría y rancia y sin que se hubiese usado en años. En otro tiempo, esa habitación había contenido la fragancia de sus hierbas y la cera de las velas, el calor de su propio poder.

Al menos volvería a tener eso; todo volvería a ser tal como había sido. Había mucho trabajo que hacer y era allí donde tenía intenciones de llevarlo a cabo.

De modo que limpió el hogar y encendió el fuego. Subió de la planta baja todo lo que necesitaba: una mesa, sillas. En la torre no había electricidad y eso le agradó. Él crearía su propia luz.

Colocó velas, tocó sus pabilos para encenderlas. Bajo su tenue luz dispuso sus instrumentos y pertrechos.

Con el corazón y la mente sosegados por primera vez en muchos días, se tendió en el suelo, delante del fuego, enrolló la capa a modo de almohada, apoyó la cabeza en ella y se quedó dormido.

Y soñó.

Hoyt estaba con Morrigan en la cima de una elevada colina. El terreno descendía en pronunciados desniveles, ondulaciones cortadas con abismos umbríos acechados por el manchón distante de una cadena de montañas oscuras. La hierba era gruesa y estaba salpicada de rocas. Algunas se alzaban como lanzas, otras sobresalían en forma de estratos grises, planas como mesas gigantes. El terreno subía y bajaba y volvía a subir hacia las montañas, donde la niebla se hundía en profundas cavidades.

Podía oír siseos en medio de la niebla, la respiración jadeante de algo más viejo que el tiempo. En aquel lugar flotaba la ira. Una salvaje violencia esperando manifestarse.

Pero por el momento, hasta donde alcanzaba la vista, nada agitaba la tierra.

—Éste es tu campo de batalla —le dijo Morrigan—. Tu última posición. Habrá otros antes de que llegues aquí. Pero es aquí adonde la atraerás a ella y la enfrentarás con todos los mundos en ese día.

—¿Qué es este lugar?

—Es el Valle del Silencio, en las montañas de la Niebla, en el Mundo de Geall. Sangre será derramada en este lugar, sangre del demonio y sangre humana. Lo que crezca después aquí vendrá determinado por lo que hagáis tú y quienes estén contigo. Pero no debes quedarte en esta tierra hasta el momento de la batalla.

—¿Cómo haré para regresar otra vez aquí?

—Te enseñarán a hacerlo.

—Sólo somos cuatro.

—Vienen más. Ahora debes dormir, porque cuando despiertes, deberás actuar.

Mientras él dormía, la niebla se disipó. Vio que en ese mismo terreno elevado había una doncella. Era delgada y joven, con el pelo castaño suelto sobre los hombros, como correspondía a una doncella. Llevaba una vestimenta de riguroso duelo y sus ojos mostraban los estragos del llanto.

Pero ahora esos ojos estaban secos y clavados en aquella tierra desolada, como lo habían estado los suyos. La diosa habló, pero sus palabras no eran para él.

Su nombre era Moira y su tierra era Geall. Su tierra, su corazón y su obligación. Aquella tierra había permanecido en paz desde que los dioses la habían creado y los de su propia sangre habían protegido esa paz. Ahora, ella lo sabía, la paz se rompería, del mismo modo en que estaba roto su corazón.

Había enterrado a su madre aquella misma mañana.

—Ellos la mataron como si fuese un cordero joven.

—Conozco tu pena, hija.

Sus ojos hinchados lanzaron una dura mirada a través de la lluvia.

—¿Sufren los dioses, mi Señora?

—Conozco tu ira.

—Ella no le hizo daño a nadie en su vida. ¿Qué clase de muerte es ésa para alguien que era tan bueno, tan generoso? —Moira alzó las manos, unas manos que nunca se habían sentido tan pequeñas y vacías—. ¿Más sabiduría y astucia? Las que tengo no son suficientes.

—Te ha sido concedido todo lo que necesitas. Úsalo, perfecciónalo. Hay otros y te están esperando. Debes marcharte ahora, hoy.

—¿Marcharme? —Moira se volvió asombrada para mirar a la diosa—. Mi pueblo ha perdido a su reina. ¿Cómo puedo dejarles y cómo puedes pedirme eso? Hay que pasar la prueba; los propios dioses así lo decidieron. Aunque no sea yo quien deba ocupar el lugar de mi madre, tomar la espada y la corona, aun así debo quedarme aquí para ayudar a quien lo haga.

—Le ayudarás marchándote, y eso es lo que quieren los dioses. Éste es tu deber, Moira de Geall. Marcharte de este mundo para poderlo salvar.

—¿Harás que deje mi hogar, a mi gente, en un día como éste? Las flores aún no se han marchitado sobre la tumba de mi madre.

—¿Crees que tu madre querría que te quedaras llorando por ella y mirando cómo tu pueblo muere?

—No.

—Debes marcharte, tú y aquella persona en quien más confíes. Debéis viajar hasta el Baile de los Dioses. Una vez allí, te entregaré una llave, y esa llave te llevará a donde tengas que ir. Encuentra a los demás, forma tu ejército. Y cuando regreses aquí, a esta tierra, por Samhain, entonces lucharás.

Luchar, pensó ella. A ella jamás la habían convocado para una pelea, sólo había conocido la paz.

—Mi Señora, ¿no soy necesaria aquí?

—Lo serás. Ahora te digo que debes marcharte allí donde te necesitan ya. Si te quedas, estás perdida. Y tu tierra estará perdida, como lo estarán los mundos. Éste es el destino reservado para ti desde antes de que nacieras. Es la razón de que estés aquí. Pero debes partir inmediatamente. De prisa. Ellos sólo esperan el crepúsculo.

La tumba de su madre estaba allí, pensó Moira con desesperación. Su vida estaba allí, y todo lo que conocía.

—Estoy de duelo. Sólo unos días más, Señora, te lo suplico.

—Si te quedas un solo día más, esto es lo que le ocurrirá a tu pueblo, a tu tierra.

Morrigan agitó un brazo disipando la niebla. Detrás de ella se extendía la negra noche, donde sólo

se veía el haz plateado de luz de la luna fría. Los gritos atravesaban el aire. Y luego se distinguió humo y el resplandor anaranjado de las llamas.

Moira vio el pueblo que se dominaba desde su hogar. Las tiendas y las cabañas estaban ardiendo y esos gritos eran los que proferían sus amigos, sus vecinos. Hombres y mujeres hechos pedazos, niños que eran devorados por esas cosas horribles que se habían llevado a su madre.

Vio cómo su tío luchaba contra ellos, lanzando estocadas con su espada mientras la sangre manchaba su rostro y sus manos. Pero aquellas criaturas con colmillos y los ojos de un rojo salvaje saltaron sobre él desde las alturas, desde debajo. Cayeron sobre él desde todos lados lanzando alaridos que le helaron los huesos. Y mientras la sangre regaba la tierra, una mujer de gran belleza planeaba sobre la escena. Llevaba un vestido rojo de seda, ceñido al cuerpo y adornado con joyas. Su pelo estaba suelto y caía dorado como la luz del sol sobre sus hombros blancos.

En los brazos sostenía a un bebé aún envuelto en pañales.

Mientras la masacre continuaba a su alrededor, esa cosa de espléndida belleza descubrió sus colmillos y los hundió en el cuello del bebé.

—¡No!

—Mantén tu pena y tu ira aquí, y esto es lo que ocurrirá. —La furia helada que teñía la voz de Morrigan atravesó el terror de Moira—. Todo lo que conoces será destruido, arrasado, devorado.

—¿Qué son esos demonios? ¿Qué infierno los ha dejado sueltos sobre nosotros?

—Aprende. Toma lo que tienes, lo que eres y busca tu destino. La batalla llegará. Debes armarte.

Despertó junto a la tumba de su madre, temblando por los horrores que acababa de presenciar. Sentía el corazón tan pesado como las piedras que habían utilizado para señalar la tumba.

—No pude salvarte. ¿Cómo podría salvar a nadie? ¿Cómo puedo impedir que esa cosa llegue hasta aquí?

Abandonar todo lo que había conocido alguna vez, todo lo que había amado. Era muy fácil para los dioses hablar del destino, pensó ella mientras se obligaba a levantarse. Miró por encima de las tumbas hacia las verdes y tranquilas colinas, hacia la cinta azul del río. El sol estaba alto y brillaba con fuerza, inundando de luz su mundo. Oyó el canto de una alondra y el distante mugido del ganado.

Los dioses habían sonreído a aquella tierra durante cientos de años. Ahora había que pagar un precio, un precio de guerra, sangre y muerte. Y era su deber pagarlo.

—Te echaré de menos todos los días —dijo en voz alta, y luego desvió la mirada hacia la tumba de su padre—. Pero ahora estáis juntos. Haré lo que deba hacer para proteger Geall. Porque soy lo único que queda de vosotros. Lo juro aquí, en este suelo sagrado ante aquellos que me dieron la vida. Iré a encontrarme con desconocidos en un mundo desconocido, y entregaré mi vida si es mi vida lo que piden. Es todo lo que puedo ofrecer ahora.

Recogió las flores que había traído con ella y las repartió sobre ambas tumbas.

—Ayudadme —imploró. Luego se marchó.

Él la estaba esperando junto al muro de piedra. Ella sabía que él sufría su propia aflicción, pero le había dado el tiempo que ella necesitaba a solas. Era la persona en quien más confiaba. El hijo del hermano de su madre, el hijo de aquel tío al que ella había visto morir en su visión.

Él se levantó ágilmente cuando ella se acercó y simplemente abrió los brazos. Moira apoyó la cabeza en su pecho.

—Larkin.

—Los perseguiremos. Los encontraremos y acabaremos con ellos. Dondequiera que estén.

—Sé lo que son esas criaturas y las encontraremos, las mataremos. Pero no aquí. No ahora. —Se apartó de él—. Morrigan me visitó y me dijo lo que debía hacer.

—¿Morrigan?

Al ver la expresión de escepticismo en su rostro, ella esbozó una leve sonrisa.

—Nunca llegaré a entender cómo alguien con tus habilidades puede dudar de los dioses. —Alzó una mano y le acarició la mejilla—. Pero ¿confiarás en mí?

Él cogió su rostro entre sus manos y la besó en la frente.

—Sabes que lo haré.

Cuando Moira le contó lo que la diosa le había dicho, la expresión de él volvió a cambiar. Se sentó en el suelo y se pasó una mano por su mata de pelo leonado. Había envidiado su pelo desde que tenía memoria, lamentando que a ella se le hubiese concedido sólo una cabellera de castaño vulgar. Sus ojos también eran leonados, dorados, había pensado ella siempre, mientras que los suyos eran grises como la lluvia.

Larkin había sido dotado de una mayor estatura, aparte de otras cosas que ella también envidiaba.

Cuando hubo terminado de explicarle lo que había sucedido, dejó escapar un suspiro con una larga exhalación.

—¿Vendrás conmigo?

—Difícilmente podría dejar que te marcharas sola. —Sus manos se cerraron sobre las de ella—. Moira, ¿cómo puedes estar segura de que esa visión no fue simplemente un producto de tu dolor?

—Lo sé. Sólo puedo decirte que sé que lo que vi era real. Pero si no es nada más que dolor, únicamente habremos desperdiciado el tiempo que nos llevará llegar hasta el Baile. Larkin, tengo que intentarlo.

—Entonces lo intentaremos juntos.

—No se lo diremos a nadie.

—Moira...

—Escúchame bien. —Ella le cogió las muñecas con un gesto perentorio—. Tu padre haría todo lo posible para detenernos. O para acompañarnos, en caso de que creyese en mis palabras. Éste no es el camino, no es mi destino. Sólo uno; eso me dijo la diosa. Debía llevar sólo a uno, aquel en quien yo más confiase. Y ése sólo puedes ser tú. Se lo dejaremos escrito. Mientras estemos fuera, él gobernará Geall y lo protegerá.

—Llevarás la espada... —comenzó a decir Larkin.

—No. La espada no debe abandonar este lugar. Ése fue un juramento sagrado y no seré yo quien lo rompa. La espada se quedará aquí hasta mi regreso. No ocuparé mi lugar hasta que pueda alzarla, y no la alzaré hasta que no me haya ganado mi lugar. Hay otras espadas. «Debes armarte», me dijo ella, de modo que tú debes hacer lo mismo. Reúnete conmigo dentro de una hora. Recuerda, no debes decírselo a nadie.

Ahora ella le apretó las manos.

—Júramelo por la sangre que compartimos. Por la pérdida que compartimos.

¿Cómo podía negárselo cuando las lágrimas aún estaban húmedas en sus mejillas?

—Lo juro. No se lo diré a nadie. —Le frotó ligeramente los brazos en un gesto de consuelo—. En cualquier caso, apuesto a que estaremos de regreso para la cena.

Moirá se dirigió velozmente a su casa a través del campo y colina arriba, hasta el castillo donde su linaje había reinado sobre aquellas tierras desde que fueron creadas. Aquellos junto a los que pasaba inclinaban la cabeza para mostrar su compasión, y ella pudo ver las lágrimas que brillaban en los rostros curtidos.

Y sabía que cuando esas lágrimas se secaran, muchos de ellos volverían su mirada hacia ella en busca de guía, de respuestas. Muchos se preguntarían cómo gobernaría.

Ella también lo hacía.

Cruzó el gran salón del castillo. Ahora no había risas, tampoco sonaba la música. Alzando las pesadas faldas de su vestido, subió la escalera que llevaba a sus habitaciones.

Allí había mujeres, tejiendo, atendiendo a los niños, hablando en voz muy baja de modo que parecían palomas arrullándose.

Moirá pasó silenciosamente junto a ellas y entró en su habitación. Se cambió el vestido por ropa de montar y se ató las botas. No estaba bien quitarse tan pronto su ropa de luto, tan fácilmente, pero viajaría más de prisa con la túnica y las botas. Se recogió el pelo en una trenza y comenzó a preparar el equipaje para el viaje.

No necesitaría más que lo que pudiese cargar a la espalda, decidió. Consideraría ese viaje como una cacería; en eso, al menos, tenía cierto talento. De modo que sacó su arco, la aljaba con las flechas y una espada corta y lo dejó todo encima de la cama mientras se sentaba a escribir un mensaje para su tío.

¿Cómo le diría a un hombre que había sido como un padre para ella durante tantos años que se llevaba a su hijo a librar una batalla que no entendía, a luchar contra algo que era imposible concebir, en compañía de hombres a los que no conocía?

La voluntad de los dioses, pensó ella; la boca tensa mientras escribía. No estaba segura de si estaba siguiendo eso o simplemente su propia ira. Pero iría de todos modos.

Debo hacerlo —continuó con prudencia—. Te ruego que me perdones por ello, y quiero que sepas que voy sólo por el bien de Geall. Te pido que si no regreso para Samhain, alces la espada y gobiernes en mi lugar. Quiero que sepas que me marcho por ti, por Geall; y te juro por la sangre de mi madre que lucharé hasta la muerte para defender y proteger aquello que amo.

Ahora lo dejo en tus manos.

Dobló la carta, calentó la cera y la selló.

Se sujetó la espada y se colgó el arco y la aljaba del hombro. Una de las mujeres se acercó apresuradamente a ella cuando salió de la habitación.

—¡Mi señora!

—Quiero salir a cabalgar sola.

Su voz era tan cortante, su actitud tan decidida, que sólo oyó un jadeo de asombro a sus espaldas cuando se alejó por el corredor.

Sentía un temblor en el vientre, pero no se detuvo. Cuando llegó al establo, le dijo al mozo que se apartase y ensilló ella misma su caballo. Luego se volvió hacia el chico, su rostro tierno y suave cubierto de pecas.

—Cuando se oculte el sol debes quedarte dentro. Esta noche y todas las noches hasta que yo te

lo diga. ¿Me has entendido?

—Sí, mi señora.

Ella hizo dar media vuelta al caballo, le espoléó ligeramente los costados y se alejó al galope corto.

No volvería la vista atrás, pensó Moira. No volvería la vista atrás para contemplar su hogar, sino que miraría hacia adelante.

Larkin la estaba esperando, sentado en su montura mientras su caballo mordisqueaba la hierba.

—Lo siento, me ha llevado tiempo.

—A las mujeres siempre os lleva más tiempo.

—Es mucho lo que te estoy pidiendo, Larkin. ¿Y si nunca regresamos?

Él espoléó su caballo y se colocó junto a ella.

—Puesto que no creo que vayamos a ninguna parte, no estoy preocupado. —La miró con una sonrisa tranquilizadora—. Sólo estoy siendo complaciente contigo.

—No sentiría más que alivio si todo esto no fuese más que eso.

Pero una vez más instó a su caballo a que galopase. Lo que fuese que les estuviese esperando, quería conocerlo cuanto antes.

Larkin se emparejó con ella mientras cabalgaban, como lo habían hecho tantas veces antes, a través de las colinas que brillaban bajo los rayos del sol. Los ranúnculos salpicaban los campos de amarillo y proporcionaban a las mariposas una razón para danzar en el aire. Moira vio cómo un halcón describía círculos en lo alto del cielo y parte de su abatimiento dejó de pesar sobre sus hombros.

A su madre le encantaba observar el vuelo del halcón. Decía que era el padre de Moira, que las vigilaba mientras volaba libre por el cielo. Ahora rezó para que su madre también pudiese volar libre.

El halcón describió un círculo por encima del anillo de piedras y lanzó su grito.

Los nervios hicieron que se sintiera intranquila y tragó con dificultad.

Bien, ya hemos llegado. —Larkin se echó el pelo hacia atrás—. ¿Qué sugieres?

—¿Tienes frío? ¿Sientes el frío?

—No. Hace calor. El sol se hace sentir hoy con fuerza.

—Algo nos está vigilando. —Ella se estremeció mientras desmontaba—. Algo frío.

—Aquí sólo estamos nosotros.

Pero cuando Larkin saltó a tierra desde su montura, se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Nos ve —dijo ella. Oía voces en su cabeza, murmullos y susurros. Como si estuviera en trance, Moira cogió su alforja de la montura—. Coge lo que necesites. Ven conmigo.

—Moira, estás actuando de un modo muy extraño.

Larkin suspiró y cogió su propia alforja, cargándola sobre el hombro mientras se apresuraba para alcanzar a Moira.

—Ella no puede entrar aquí. Nunca. No importa cuánto poder tenga, ella no puede entrar nunca en este círculo, no puede tocar estas piedras. Si lo intenta, se quemará. Ella lo sabe, ella lo odia.

—Moira... tus ojos.

Ella los volvió hacia él. Estaban casi negros y eran insondables. Y cuando abrió la mano, en ella había una varilla de cristal.

—Estoy unida, igual que tú, a esto. Tú eres mi sangre.

Sacó su espada, se hizo un corte en la mano y la acercó a la de Larkin.

—Eso son tonterías.

Sin embargo, extendió la mano y permitió que ella le hiciera un pequeño corte en la palma.

Moira envainó la espada y unió su mano ensangrentada con la de él.

—La sangre es vida y la sangre es muerte —dijo—. Y aquí abre el camino.

Con su mano aferrada a la de él, Moira entró en el círculo de piedras.

—Los mundos esperan —comenzó, entonando las palabras que giraban dentro de su cabeza—. El tiempo fluye. Los dioses vigilan. Repite las palabras conmigo.

La mano de Moira latía dentro de la de Larkin mientras ambos repetían las palabras.

El viento se arremolinó, agitando las altas hierbas, levantando sus mantos. Larkin, instintivamente, rodeó a Moira con su brazo libre, apretándola contra él mientras colocaba su cuerpo a modo de escudo para protegerla. Se produjo un relámpago de luz que les cegó.

Ella se cogió con fuerza de su mano y sintió que el mundo daba vueltas a su alrededor.

Luego la oscuridad. Hierba húmeda, aire nebuloso.

Ambos permanecieron inmóviles dentro del círculo de piedras, en esa misma colina. Pero no era la misma, según descubrió Moira. El bosque que se extendía más allá no era el mismo.

—Los caballos han desaparecido.

Ella negó con la cabeza.

—No. Somos nosotros los que hemos desaparecido.

Larkin alzó la vista. Pudo ver la luna que se deslizaba detrás de las nubes. El viento menguante era lo bastante frío como para sentirlo en los huesos.

—Es de noche. Apenas era el mediodía y ahora es de noche. ¿Dónde demonios estamos?

—Donde debemos estar, eso es lo único que sé. Tenemos que encontrar a los demás.

Él estaba confuso e intranquilo. Y reconocía que no había pensado más allá de aquel momento. Pero eso se había acabado, porque ahora sólo tenía una obligación: proteger a su prima.

—Lo que vamos a hacer será buscar un refugio y esperar a que amanezca.

Le lanzó su alforja y luego comenzó a salir del círculo de piedras. Mientras lo hacía se empezó a transformar.

La forma de su cuerpo, los tendones, los huesos. Pellejo en lugar de piel, leonado como su pelo, pero crin en lugar de pelo. Ahora había un caballo donde antes había un hombre.

—Bueno, supongo que así será más rápido. —Ignorando el nudo que tenía en el estómago, Moira montó—. Cabalgaremos en dirección hacia donde estaría nuestro hogar. Creo que eso es lo más razonable... si es que algo de todo esto tiene sentido. Será mejor no galopar, por si el camino es diferente del que conocemos.

Se alejaron al trote, mientras ella examinaba los árboles y las colinas iluminadas por la luz de la luna. Era un paisaje casi idéntico, pensó, pero con sutiles diferencias.

Había un gran roble donde antes no había habido ninguno, y el murmullo de un manantial en la dirección equivocada. El camino tampoco era el mismo. Hizo que Larkin se apartase de él y se dirigiera en dirección a donde estaría su hogar si aquél fuese su mundo.

Se movieron entre los árboles, eligiendo ahora el camino con mucho cuidado, siguiendo su instinto y un sendero accidentado.

Él se detuvo, alzó la cabeza como si oliese el aire. Su cuerpo se tensó debajo del de Moira mientras giraba. Ella sintió que los músculos de él se hinchaban.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que...?

Él salió a galope tendido, arriesgándose a chocar contra las ramas bajas y las rocas ocultas mientras lo hacía. Moira, sabiendo sólo que él había sentido el peligro que les acechaba, inclinó el cuerpo y se aferró a su crin. Lo que fuera llegó como un relámpago, volando entre los árboles como si tuviese alas. Ella tuvo tiempo de gritar, tiempo de sacar la espada corta antes de que Larkin se alzara y golpease a aquella cosa con los cascos.

La cosa lanzó un grito y cayó en medio de la oscuridad.

Moira iba a decirle que reanudase el galope, pero él ya la estaba desmontando, recuperando de nuevo su forma humana. Se colocaron espalda contra espalda, con las espadas en las manos.

—El círculo —susurró ella—. Si pudiésemos regresar al círculo.

Él negó con la cabeza.

—Nos han cortado la retirada —contestó—. Estamos rodeados.

Ahora se acercaban lentamente, escurriéndose furtivamente entre las sombras. Cinco, no, seis, contó Moira mientras la sangre se le helaba en las venas. Sus colmillos brillaban bajo la trémula luz de la luna.

—Quédate junto a mí —le dijo Larkin—. No permitas que te alejen de mí.

Una de aquellas cosas se echó a reír; un sonido que era horriblemente humano.

—Han recorrido un largo camino para morir.

Y saltó.

Glenna estaba demasiado intranquila como para dormir, y vagaba por la casa. Era lo bastante grande, supuso, como para alojar a todo un ejército y, sin duda, lo suficiente como para albergar a cuatro relativos desconocidos con confort y cierto grado de intimidad. Los techos eran altos —embellecidos con magníficas molduras de yeso— y había escaleras que se curvaban o ascendían en forma de caracol hacia otras habitaciones. Algunas de esas habitaciones eran pequeñas como celdas, otras espaciaosas, y estaban bien ventiladas.

Los candelabros colgantes eran de hierro, trabajados con un estilo intrincado y diestro que se orientaba hacia el gótico. Hacían juego con la casa mucho más que cualquier objeto contemporáneo, o incluso que la elegancia del cristal.

Fascinada por lo que la rodeaba, regresó en busca de una de sus cámaras. Mientras recorría la casa, iba haciendo pausas según le dictaba su ánimo, encuadrando en el visor un trozo de techo o bien una lámpara. Dedicó treinta minutos sólo a los dragones tallados en el mármol negro del hogar que había en el salón principal.

Hechiceros, vampiros, guerreros. Dragones de mármol y casas antiguas y aisladas en bosques densos y profundos. Una gran cantidad de motivos para su arte, pensó. Cuando regresara a Nueva York podría incrementar notablemente sus ingresos.

Había que pensar en positivo.

Cian debía de haber dedicado un montón de tiempo y dinero a modernizar, decorar y amueblar nuevamente la casa, pensó. Pero Cian disponía de ambas cosas en grandes cantidades. Colores vivos, telas ricas, hermosas antigüedades le conferían a la casa una atmósfera de lujo y estilo. Y sí, pensó también, la casa se limitaba a permanecer allí, año tras año; vacía y con sus antiguos ecos reverberando entre sus paredes.

Una lástima, realmente. Un desperdicio de belleza e historia. Ella detestaba el desperdicio.

No obstante, era una verdadera suerte que Cian tuviese esa casa. Su ubicación, su tamaño y, supuso Glenna, su historia, la convertían en una base de operaciones perfecta.

Encontró la biblioteca y asintió a modo de aprobación. Allí había tres altas estanterías que se alzaban hasta el techo, donde otro dragón —en esta ocasión de vidrio de colores— lanzaba fuego y luz.

Había candelabros más altos que un hombre y lámparas profusamente trabajadas. No dudó ni por un instante que las alfombras orientales, del tamaño de un lago, fueron auténticas y que, posiblemente, tuvieron cientos de años.

Aquella casa no era sólo una buena base de operaciones, reflexionó, sino una base extremadamente confortable y acogedora. Con su inmensa mesa de biblioteca, los mullidos sillones y el enorme hogar, consideró que aquél era un perfecto gabinete de trabajo.

Se concedió el placer de encender los leños en el hogar y las lámparas para disipar la penumbra del día gris. Luego dispuso por la habitación los cristales, libros y velas que había traído con ella.

Aunque también le hubiese gustado incluir algunas flores, era un comienzo. Sin embargo se necesitaba más. La vida no se limitaba solamente al estilo, la suerte o la magia.

—¿Qué haces, pelirroja?

Glenna se volvió. King ocupaba todo el vano de la puerta.

—Supongo que podríamos llamarlo preparar el nido.

—Pues es un pedazo de nido.

—Yo estaba pensando lo mismo. Y me alegra que estés aquí. Eres justo el hombre que necesito.

—Tú y todas las mujeres. ¿Qué tienes en mente?

—Cosas prácticas. Tú ya has estado antes en esta casa, ¿verdad?

—Sí, un par de veces.

—¿Dónde están las armas? —Cuando King enarcó las cejas, ella abrió los brazos—. Esas cosas engorrosas que se necesitan para hacer la guerra, o eso he oído, ya que ésta será mi primera guerra. Creo que me sentiría mejor si tuviese un par de morteros al alcance de la mano.

—No creo que al jefe le gusten esos chismes.

—¿Y qué es lo que le gusta a tu jefe?

King consideró la pregunta.

—¿Qué es lo que tienes aquí?

Glenna echó un vistazo a los cristales.

—Sólo algunas cosas que he repartido aquí y allá para protección, coraje, creatividad y demás. Esta habitación me ha parecido el lugar perfecto para planear la estrategia. Un centro de mando. ¿Qué? —preguntó al ver que los labios de King se curvaban en una amplia sonrisa.

—Creo que vas bien encaminada.

King se dirigió a una de las paredes cubiertas de libros y pasó sus dedos grandes y gruesos sobre el borde tallado.

—No me dirás que hay un... panel secreto. —Glenna acabó la frase con una risa encantada cuando la pared se abrió.

—Este lugar está lleno de ellos. —King empujó la pared, haciéndola girar por completo, antes de que Glenna pudiese echar un vistazo—. No sé si el jefe querría que husmearas por estos pasadizos. Pero has dicho armas. —Hizo un amplio gesto—. Aquí tienes armas.

Espadas, hachas, mazos, puñales, guadañas. Toda clase de hojas brillantes colgaban expuestas de la pared. Había también ballestas, arcos largos, incluso algo que pensó que era un tridente.

—Todo esto es un poco inquietante —dijo ella, pero avanzó unos pasos y cogió un puñal.

—Un pequeño consejo —comenzó a decir King—. Si escoges uno de esos puñales, cualquier cosa que venga hacia ti tendrá que estar muy cerca para que pueda servirte de algo.

—Una buena observación. —Glenna dejó el puñal en su sitio y cogió una de las espadas—. Uau. Es muy pesada. —Volvió a colgarla de la pared y cogió lo que pensó que podría denominarse un florete—. Mejor.

—¿Tienes idea de cómo se usa ese chisme? —preguntó King.

—¿Hack, hack, hack, jab, jab? —Hizo girar la hoja a modo de ensayo, y le sorprendió que le gustase la sensación que experimentó al sostener el arma en la mano—. De acuerdo, no. No tengo la menor idea. Alguien tendrá que darme algunas clases.

—¿Crees que serías capaz de clavárselo a alguien? —preguntó Cian entrando en la habitación secreta—. ¿Quebrar huesos, derramar sangre?

—No lo sé —contestó ella y bajó la fina espada—. Me temo que es algo que tendré que averiguar. Vi lo que era esa mujer, lo que hizo, lo que estaba con ella. No pienso entrar en esta guerra sólo con pociones y conjuros. Y estoy jodidamente segura de que no voy a quedarme sin hacer nada

si ella trata de mordirme.

—Con eso puedes herirles, hacer que vayan más despacio, pero no podrás matarlos. No podrás a menos que les cortes la cabeza.

Glenna hizo una mueca y examinó la delgada hoja. Luego, con un gesto de resignación, volvió a dejar el florete en su lugar y cogió la pesada espada.

—Para poder blandir esa espada se necesita mucha fuerza.

—Entonces me pondré fuerte, lo bastante fuerte como para poder usarla.

—Los músculos no son la única clase de fuerza que necesitarás.

Ella mantuvo la mirada fija en sus ojos.

—Conseguiré la fuerza que necesito. Tú sabes cómo usar esta espada. Tú y Hoyt y tú también —le dijo a King—. Si creéis que, cuando llegue el momento de luchar voy a quedarme cómodamente sentada, revolviendo un caldero, os sugiero que lo meditéis de nuevo. No me han traído hasta aquí para que unos hombres me protejan. No se me ha concedido este don para que me comporte como una cobarde.

—Yo lo haré —dijo King con aquella gran sonrisa nuevamente en los labios—. Me gustan las mujeres que tienen cojones.

Glenna cogió la empuñadura con ambas manos y cortó el aire con la pesada hoja.

—Muy bien. ¿Cuándo va a ser mi primera lección?

Hoyt bajó la escalera. Trató de no lamentar lo que estaba cambiado, lo que había desaparecido. Él regresaría, volvería a su verdadero hogar, a su familia y a su vida.

Vería nuevamente las antorchas que ardían en las paredes y aspiraría otra vez el perfume de las rosas de su madre en el jardín. Y caminaría junto a los acantilados que se alzaban cerca de su cabaña, en Chiarrai, y sabría que el mundo ya estaba libre de los canallas que intentaban destruirlo.

Necesitaba descansar, eso era todo. Descanso y soledad en un lugar que conocía y entendía. Ahora trabajaría y haría planes. Ya había desaparecido aquella sensación de ser arrastrado hacia algo que era incapaz de entender.

Había anochecido y las luces —aquellas luces extrañas e intensas que eran producto de la electricidad y no del fuego— iluminaban la casa.

Le irritó no encontrar a nadie, y tampoco podía oler que se estuviese preparando la cena en la cocina. Era hora de poner manos a la obra y de que los demás entendieran que era necesario dar los pasos siguientes.

Un sonido hizo que se detuviese, luego dejó escapar el aire con un siseo. Siguió el sonido de aceros que chocaban. Luego giró hacia donde antaño había una puerta y maldijo al comprobar que ahora había una pared. Apretó el paso e irrumpió en la biblioteca, donde vio que su hermano blandía una espada contra Glenna.

No lo pensó; no lo dudó un instante. Dirigió su poder hacia Cian y envió la espada girando en el aire hasta que éste cayó al suelo. Al no encontrar oposición a su estocada, Glenna hirió a Cian en el hombro.

—Oh, mierda.

Cian apartó la espada al tiempo que Glenna la soltaba con una expresión de horror.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¿Es grave? ¿Muy grave?

Corrió hacia Cian.

—¡Atrás! —Con otro golpe de poder, Hoyt hizo que Glenna se tambalease hacia atrás y cayera sentada en el suelo—. ¿Quieres sangre? —le preguntó a su hermano mientras cogía la espada de Glenna—. Ven a coger la mía.

King descolgó una espada de la pared y la blandió frente a Hoyt.

—Retrocede, chico hechicero. Ahora.

—No te metas en esto —le dijo Cian a King—. Apártate. —Cian recogió lentamente su espada y miró fijamente a Hoyt—. Me tientas.

—¡Basta! Basta ahora mismo. ¿Qué coño pasa con vosotros dos? —Sin importarle las hojas de las espadas, Glenna se interpuso entre los hermanos—. Le he clavado la espada, por el amor de Dios. Deja que te examine la herida.

—Él te estaba atacando.

—Él no me estaba atacando. Me estaba enseñando cómo se usa una espada.

—No es nada. —Con la mirada aún ardiendo y clavada en los ojos de Hoyt, Cian apartó a Glenna—. Tengo la camisa desgarrada y es la segunda vez que esto ocurre por tu culpa. Si hubiera querido su sangre, no la habría cogido con una espada, para desperdiciarla. Pero con la tuya puedo hacer una excepción.

El aliento de Glenna quería salir de su boca, las palabras querían brotar atropelladamente, pero si ella conocía un poco a los hombres, sabía que, en aquellos momentos, sólo se necesitaría el leve movimiento de un dedo para que aquellos dos tíos se lanzasen el uno contra el otro.

Habló por tanto con tono seco: una chica molesta frente a dos chicos estúpidos.

—Estás en un error, ha sido un accidente. Quiero que sepas que aprecio que hayas acudido en mi rescate —le dijo a Hoyt—. Pero no necesitaba ni necesito al caballero blanco. Y en cuanto a ti... —agitó un dedo ante el rostro de Cian—, tú sabes muy bien lo que ha debido parecerle la escena a Hoyt, de modo que relájate un poco. Y tú —se volvió hacia King— ya puedes dejar de añadir leña al fuego.

—¡Eh! Lo único que he hecho ha sido...

—Añadir más problemas —le interrumpió ella—. Ahora vete a buscar unas vendas.

—No las necesito. —Cian recogió su espada—. Mis heridas curan de prisa, un detalle que convendría que recordases. —Extendió la mano hacia la espada de King. La mirada que Cian le dirigió podría haber sido de afecto, pensó Glenna. O de orgullo—. A diferencia de nuestra enfadada bruja, aprecio el gesto, King.

—No hay problema.

King le entregó la espada a Cian y luego se encogió de hombros mirando a Glenna como si estuviese avergonzado.

Cian, ahora desarmado, se volvió hacia su hermano.

—Cuando era humano, no podías vencerme con la espada. Y sabes jodidamente bien que no podrías hacerlo ahora tampoco.

Glenna apoyó una mano sobre el brazo de Hoyt y sintió el temblor de sus músculos.

—Baja la espada —dijo con voz calma—. Esto tiene que acabar.

Luego deslizó la mano hasta su muñeca y le cogió la espada.

—Hay que limpiar la hoja —dijo Cian.

—Yo me encargaré de hacerlo. —King se apartó de la pared—. Y, de paso, prepararé algo de

cena. Todo esto me ha dado hambre.

Incluso después de que King se hubiese marchado, Glenna sintió que en la habitación quedaba aún tanta testosterona que podría haberla cortado con una de las hachas de Cian.

—¿Podemos continuar? —preguntó con voz enérgica—. He pensado que podríamos utilizar la biblioteca como nuestro centro de mando. Y, considerando las armas que hay aquí, y los libros de magia, guerra, vampiros y demonios, parece lo más apropiado. Tengo algunas ideas...

—Apuesto a que sí —masculló Cian.

—En primer lugar...

Glenna se acercó a la mesa y alzó su bola de cristal.

—¿No aprendiste nada la primera vez? —preguntó Hoyt.

—No quiero buscar a esa mujer. Ya sabemos dónde está. O dónde estaba.

Quería cambiar el ambiente que reinaba en la habitación. Si tenía que haber tensión, pensó, al menos que pudiesen utilizarla de un modo constructivo.

—Vendrán otros, nos han dicho. Creo que ha llegado el momento de que encontremos a algunos de ellos.

Hoyt había planeado hacer exactamente eso, pero no podía decirlo entonces sin quedar como un estúpido.

—Baja eso. Es demasiado pronto para usarla después de la última vez.

—La he limpiado y recargado —dijo ella.

—No importa. —Se volvió hacia el fuego que ardía en el hogar—. Haremos esto a mi manera.

—Una frase que me suena familiar. —Cian se dirigió a un armario y sacó una pesada copa de coñac—. Os dejo con vuestras cosas. Beberé un poco de brandy en otra parte.

—Por favor, quédate. —Glenna le ofreció una sonrisa, y en ella había tanto una disculpa como una lisonja—. Si encontramos a alguien, creo que deberías estar aquí para verlo. Es necesario que decidamos qué hacer. Todos debemos decidirlo. De hecho, debería ir a buscar a King, para que estemos los cuatro juntos.

Hoyt fingió ignorarlos a ambos, pero descubrió que no le resultaba tan sencillo hacer lo mismo con ese pequeño pinchazo interior que muy bien podían ser celos. Enseñarle a usar la espada y ella preocupada por un leve rasguño...

Extendió las manos y comenzó a concentrarse en el fuego, aprovechando su irritación para provocarlo.

—Una buena idea. —Cian señaló a Hoyt con la cabeza—. Pero parece que alguien ya ha comenzado.

—Bueno, para... Está bien, está bien. Deberíamos crear un círculo.

—No necesito un círculo para esto. Las brujas siempre están creando círculos y entonando versos. Por eso la verdadera hechicería las evita.

Cuando Glenna fue a abrir la boca, Cian le sonrió y le guiñó un ojo.

—Hoyt siempre ha sido muy arrogante. ¿Brandy?

—No. —Glenna volvió a dejar su bola de cristal encima de la mesa y se cruzó de brazos—.

Gracias.

El fuego crepitó, las llamas se elevaron y comenzaron a devorar ávidamente los leños.

Hoyt empleó su propia lengua, el idioma de su tierra y sangre para hacer que el fuego danzara.

Una parte de él sabía que estaba alardeando, prolongando el momento y el drama.

Con una nube de humo y un siseo, las imágenes comenzaron a formarse entre las llamas. Sombras y movimiento, formas y siluetas. Ahora se olvidó de todo salvo de la magia y el propósito, de todo salvo de la necesidad y el poder.

Sintió que Glenna se acercaba a él... en cuerpo y mente. En magia.

Las formas y las siluetas se definieron en el fuego.

Una mujer montada a caballo, el pelo recogido en una larga trenza sobre la espalda, un carcaj de flechas colgado del hombro. El caballo era dorado y brillante y avanzaba con un poderoso galope a través del bosque oscuro. Había miedo en el rostro de la mujer, y también una férrea determinación mientras cabalgaba casi tendida sobre el lomo del animal con una mano aferrada a la crin.

El hombre que no era un hombre saltó desde el bosque y fue rechazado. Más criaturas cobraron forma, deslizándose fuera de la oscuridad, moviéndose para rodearlos.

El caballo se estremeció y, con un súbito relámpago de luz, se convirtió en un hombre, alto, delgado y joven. La mujer y él se colocaron espalda contra espalda, las espadas desenvainadas. Y los vampiros se lanzaron a por ellos.

—Están en el camino que lleva al Baile. —Cian saltó hacia donde estaban las armas y cogió una espada y una hacha de doble filo—. Ve con King —le ordenó a Glenna al tiempo que corría hacia la ventana—. Quédate allí y no dejes entrar a nadie. A nada ni a nadie.

—Pero...

Abrió la ventana y pareció salir... *volando* a través de ella.

—Hoyt... —empezó Glenna. Pero él ya estaba cogiendo una espada y un puñal.

—Haz lo que te ha dicho —le contestó para, a continuación, saltar también por la ventana, casi tan velozmente como su hermano.

Glenna no lo dudó un instante. Les siguió.

Hoyt se dirigió al establo, lanzando su poder delante para abrir las puertas. Cuando el semental fue a arremeter contra él, Hoyt alzó las manos para detenerle. No había tiempo para delicadezas.

—Regresa —le gritó a Glenna.

—Voy contigo. No pierdas el tiempo en discusiones. Yo también estoy metida en esto. — Cuando él cogió un puñado de crin y saltó a lomos del caballo, ella echó la cabeza hacia atrás—. Te seguiré a pie.

Hoyt la maldijo, pero extendió la mano para ayudarla a montar.

El caballo retrocedió cuando King apareció en el establo.

—¿Qué coño está pasando aquí?

—Tenemos problemas —gritó Glenna—. En el camino que lleva al Baile. —Cuando el caballo volvió a retroceder, rodeó con sus brazos el cuerpo de Hoyt y se apretó contra él—. ¡Vamos!

En el claro del bosque, Moira seguía luchando aunque ya no por su vida. Ellos eran demasiados y también demasiado fuertes. Creía que iba a morir y luchaba por un poco más de aliento, por cada precioso momento.

No había espacio ni tiempo para que pudiese usar el arco, pero tenía su espada corta. Ella podía herirles, de hecho lo *hacía*. Cuando la hoja de la espada penetraba en la carne, aquellas cosas chillaban y algunos incluso caían. Pero volvían a levantarse y atacaban otra vez.

No podía contar cuántos eran, y no sabía tampoco contra cuántos de ellos peleaba Larkin. Pero

sabía que, si ella caía, aquellos seres acabarían con él. De modo que procuraba mantenerse en pie y conservar su posición, luchaba sólo para poder seguir luchando.

Dos de ellos la atacaron y, con una mezcla de jadeos y sollozos, alcanzó a uno con la espada. Un chorro de sangre brotó de la herida acompañado de un horrible alarido mientras los ojos rojos se ponían blancos. Ante la mirada horrorizada de Moira, uno de sus compañeros se abalanzó sobre él y comenzó a beber su sangre. Pero llegó otro y la lanzó volando por el aire. Luego saltó sobre el herido como un perro rabioso, ávidos de sangre y con los ojos rojos.

Oyó que Larkin gritaba su nombre y percibió el horror en su voz mientras notaba cómo unos colmillos rozaban su cuello; la quemadura le produjo un dolor insoportable.

En ese momento, algo surgió de la noche, un guerrero oscuro armado con una espada y una hacha. La criatura que estaba encima de ella fue lanzada a un lado. Con los ojos muy abiertos por el asombro, Moira vio que el guerrero bajaba el hacha con fuerza y le cortaba la cabeza. La criatura gritó y crepitó antes de convertirse en polvo.

—Córtales la cabeza —le gritó el guerrero a Larkin, luego volvió sus ojos azules y ardientes hacia ella—. Usa tus flechas. La madera a través del corazón.

Luego su espada comenzó a silbar y cortar.

Moira se levantó y sacó una flecha del carcaj que llevaba al hombro. Trató de relajar la mano cubierta de sangre para poder encajar la flecha en la cuerda del arco. «Llega otro jinete», pensó débilmente cuando oyó el tronar de cascos sobre la tierra.

Otra de las criaturas se abalanzó sobre ella, una chica muy joven. Moira se dio la vuelta pero no tenía tiempo de disparar la flecha. La chica saltó y quedó empalada en la misma. De ella no quedó más que polvo.

El jinete recién llegado saltó a tierra blandiendo la espada.

Larkin y ella no morirían, pensó mientras el sudor caía sobre sus ojos. No morirían esa noche. Colocó una flecha y disparó.

Los tres hombres habían formado un triángulo de espaldas unos a otros y estaban rechazando a sus enemigos. Uno de los horribles seres consiguió deslizarse hacia el caballo, en cuya silla había una mujer que observaba la batalla. Moira avanzó a gatas, tratando de encontrar un ángulo de tiro, pero sólo consiguió gritar una advertencia.

El segundo guerrero se volvió rápidamente, con la espada alzada dispuesto al ataque, pero la mujer hizo que el caballo se alzara sobre sus patas traseras y derribase a su atacante con los cascos delanteros.

Cuando la espada le cortó el cuello, en el suelo sólo quedó sangre y polvo.

En el silencio que siguió, Moira cayó de rodillas, luchando contra una terrible sensación de náusea y por llevar aire a sus pulmones. Larkin se arrodilló junto a ella y le pasó las manos por el cuerpo, por el rostro.

—Te han herido. Estás sangrando.

—No es grave. No es grave. —Su primera batalla, pensó. Y estaba viva—. ¿Y tú?

—Cortes, rasguños. ¿Puedes levantarte? Yo te llevaré.

—Sí, puedo levantarme, y no, no me llevarás. —Aún de rodillas, Moira miró al hombre que había salido primero de la oscuridad del bosque—. Me has salvado la vida. Gracias. Creo que hemos venido aquí para encontrarte, pero me siento agradecida de que nos hayas encontrado tú en cambio. Soy

Moira y hemos llegado a través del Baile, desde Geall.

Él se limitó a mirarla durante un momento que pareció interminable.

—Debemos regresar a la casa. No es seguro quedarse aquí.

—Mi nombre es Larkin —dijo éste tendiéndole la mano—. Luchas como un demonio.

—Eso es bastante cierto. —Cian dio unas palmadas—. Llevémosles de regreso —le dijo a Hoyt, y miró hacia donde estaba Glenna—. Vosotras dos podéis montar juntas.

—Puedo andar —comenzó a decir Moira, sólo para sentir que era alzada del suelo y depositada sobre el lomo del caballo.

—Debemos largarnos de aquí —dijo Cian con tono perentorio—. Hoyt, ve delante y tú, Larkin, quédate junto a las mujeres. Yo iré detrás.

Hoyt apoyó la mano en el cuello del semental al pasar junto a éste y miró a Glenna.

—Cabalgas muy bien.

—Monto desde que tenía cuatro años, o sea que no vuelvas a pensar en dejarme atrás. —Luego se volvió para mirar a Moira—. Soy Glenna. Encantada de conocerte.

—Es la pura verdad si digo que, nunca en toda mi vida, me he alegrado más de conocer a alguien.

Cuando el caballo se puso en marcha, Moira se aventuró a mirar hacia atrás. No pudo ver al guerrero. Parecía haberse disuelto en la oscuridad.

—¿Cómo se llama? ¿El guerrero que llegó a pie?

—Se llama Cian. Hoyt es el que marcha delante. Son hermanos y hay mucho que explicar de ambos. Pero una cosa es jodidamente segura, hemos conseguido sobrevivir a nuestra primera batalla. Y les hemos pateado el culo a unos cuantos vampiros.

En circunstancias normales, Moira se habría considerado una invitada, y se hubiese comportado como tal. Pero ella sabía que ése no era el caso ni mucho menos. Ahora Larkin y ella eran soldados y formaban parte de lo que era un ejército muy pequeño.

Podía parecer absurdo, pero se sentía aliviada al ver que no era la única mujer del grupo.

Una vez dentro de la casa, se instaló en una maravillosa cocina. Un hombre enorme, con la piel oscura como el carbón, estaba ocupado en los fogones, aunque no creía que se tratase de un criado.

Le llamaban King, pero ella se dio cuenta de que ése no era precisamente su rango. Era un hombre como los demás. Un soldado como ella.

—Te curaremos la herida —le dijo Glenna—. Si quieres lavarte antes, te acompañaré al piso de arriba.

—No hasta que todos estemos aquí.

Glenna irguió la cabeza.

—Muy bien entonces. No sé el resto de vosotros, pero yo quiero una copa.

—Yo mataría por una —dijo Larkin con una breve sonrisa—. En realidad, me parece que eso es lo que acabo de hacer. No creí lo que me decías. —Apoyó su mano sobre la de Moira—. Lo siento.

—Está bien, no tiene importancia. Estamos vivos y en el lugar donde debíamos estar. Eso es lo único que importa.

Moira alzó la vista cuando se abrió la puerta. Pero era Hoyt quien llegaba, no el hombre al que llamaban Cian. Aun así, se puso de pie.

—No os hemos agradecido como corresponde que hayáis acudido en nuestra ayuda. Ellos eran muchos. Estábamos perdiendo terreno hasta que llegasteis vosotros.

—Os estábamos esperando.

—Lo sé. Morrigan me dejó verte a ti. Y a ti —añadió, señalando a Glenna—. ¿Esto es Irlanda?

—Sí.

—Pero...

Moirá apoyó una mano sobre el hombro de Larkin.

—Mi primo cree que Irlanda es un cuento de hadas, incluso ahora. Los dos venimos de Geall, que fue creada por los dioses con una parte de Irlanda para que prosperase en paz y fuese gobernada por los descendientes del gran Finn.

—Tú eres el sabio, o debería decir la sabia —constató Hoyt.

—Bueno, Moira ama sus libros, de eso no cabe duda. Esto está muy bueno —dijo Larkin bebiendo un trago de su vino.

—Y tú el que adopta muchas formas —añadió Hoyt.

—Ése sería yo, así es.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Moira sintió que la sensación de alivio la recorría por dentro como una marea.

Cian la miró brevemente y luego a Glenna.

—Necesita que la atiendan.

—No ha querido moverse de aquí hasta que no estuviese toda la pandilla reunida. ¿Por qué no te sirves otra copa de vino, Larkin? Moira, ven arriba conmigo.

—Tengo tantas preguntas —comentó ésta.

—Todos las tenemos. Hablaremos durante la cena.

Glenna cogió a Moira de la mano y juntas salieron de la cocina.

Cian se sirvió una copa y se sentó a la mesa. Tenía la camisa manchada de sangre.

—¿Siempre acostumbras a llevar a tu mujer a lugares extraños?

Larkin bebió otro trago de vino.

—Ella no es mi mujer sino mi prima y, de hecho, fue ella quien me trajo a mí. Moira tuvo una visión o un sueño o algo místico... algo que no es tan inusual en ella. Es un poco extravagante. Pero estaba absolutamente decidida a hacer esto, y yo no hubiese podido detenerla en su empeño. Esas cosas que vimos allí fuera, algunas vinieron a Geall. Mataron a su madre.

Larkin bebió otro largo trago de vino.

—La hemos enterrado esta misma mañana, si es que el tiempo es el mismo aquí. La cortaron en pedazos, eso fue lo que hicieron. Moira lo vio todo.

—¿Cómo consiguió sobrevivir para contarlo?

—No lo sabe. Al menos... bueno, en realidad no quiso hablar de ello. No hasta ahora.

En el piso superior de la casa, Moira se lavó en la ducha tal como Glenna le había enseñado a hacerlo. El puro placer del agua cayendo sobre su cuerpo la ayudó a mitigar sus dolores y heridas, y consideró el calor del agua como algo próximo a un milagro.

Cuando la sangre y el sudor desaparecieron de su cuerpo, se puso la bata que Glenna le había dejado y salió del baño para encontrar a su nueva amiga esperándola en el dormitorio.

—No me extraña que hablemos de Irlanda como si fuese un cuento de hadas. Eso es lo que parece.

—Tienes mejor aspecto. Un poco de color en las mejillas. Echemos un vistazo a esa herida que

tienes en el cuello.

—Me escuece mucho. —Moira se tocó la herida con los dedos—. Pero es apenas poco más que un rasguño.

—Sigue siendo la mordedura de un vampiro. —Glenna la examinó cuidadosamente y frunció los labios—. No hay orificio sin embargo, o es apenas perceptible, y eso es bueno. Tengo algo que debería ayudarte.

—¿Cómo sabíais dónde encontrarnos?

—Os vimos en el fuego.

Glenna buscó al bálsamo adecuado entre sus cosas.

—Tú eres la bruja.

—Mmm-hmmm. Aquí está.

—Y al que llaman Hoyt es el hechicero.

—Sí. Él tampoco es de este mundo... o más bien no de este tiempo. Parece como si nos estuviesen recogiendo de todas partes. ¿Cómo lo sientes?

—Frio. —Moira dejó escapar un suspiro mientras el bálsamo calmaba el ardor de la herida. Miró a Glenna—. Delicioso, gracias. Y Cian, ¿qué clase de hombre es?

Glenna dudó. Sinceridad total, decidió. La honestidad y la confianza tenían que ser consustanciales a su pequeño batallón.

—Es un vampiro.

Moira se levantó de un salto. Estaba nuevamente muy pálida.

—¿Por qué dices eso? Él luchó contra ellos, me salvó la vida. Ahora incluso está en la cocina, dentro de la casa. ¿Por qué dices que es un monstruo, un demonio?

—No lo he dicho, porque no considero que sea ninguna de esas dos cosas. Cian es un vampiro y lleva siéndolo desde hace novecientos años. Quien lo convirtió en lo que es se llama Lilith, y es de ella de quien tenemos que preocuparnos. Cian es el hermano de Hoyt, Moira, y ha jurado luchar, igual que el resto de nosotros.

—Si lo que dices es cierto... Él no es humano.

—Tu primo se convierte en un caballo. Yo diría que eso lo hace también algo distinto a humano.

—No es lo mismo.

—Tal vez no. No tengo todas las respuestas. Lo único que sé es que Cian no pidió lo que le hicieron hace cientos de años. Que nos ha ayudado a llegar hasta aquí y que fue el primero en salir de la casa para luchar junto a vosotros cuando os vimos en el fuego. Sé cómo te sientes.

Moira vio en su mente lo que le habían hecho a su madre, volvió a oír los terribles gritos, olió la sangre.

—No puedes saberlo.

—Bueno, sé que al principio yo tampoco confiaba en él. Pero ahora sí. Totalmente. Y sé que le necesitamos para ganar esta guerra. Toma. Te he traído algo de ropa. Soy más alta que tú pero puedes doblar los bajos del pantalón hasta que encontremos algo que te siente mejor. Ahora bajaremos, comeremos y hablaremos de todo este asunto. Y ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Al parecer comerían en la cocina, como si fuesen una familia o los criados. Moira se preguntó si podría tragar bocado, pero descubrió que su apetito era enorme. El pollo frito estaba jugoso e iba

acompañado de montones de patatas y judías.

El vampiro comió muy poco.

—Nosotros ya estamos reunidos —comenzó Hoyt— y aún deben unírseles algunos otros en algún punto que todavía no conocemos. Pero el grupo debía comenzar con nosotros y así ha sido. Mañana empezaremos a entrenarnos, a aprender. Cian, tú eres quien mejor sabe cómo luchar contra ellos. Tú estarás al cargo. Glenna y yo trabajaremos con la magia.

—Yo también quiero entrenar —dijo Glenna.

—Entonces estarás muy ocupada. Necesitamos descubrir nuestros puntos fuertes y nuestros puntos débiles. Debemos estar preparados cuando se libre la batalla final.

—En el mundo de Geall —dijo Moira— en el Valle del Silencio, en las montañas de la Niebla. En el *sabbot* de Samhain. —Evitando los ojos de Cian, miró a Hoyt—. Moriggan me lo mostró.

—Sí. —Hoyt asintió—. Te vi allí.

—Cuando llegue el momento, volveremos a atravesar el Baile y marcharemos hacia el campo de batalla. Está a cinco días de camino, de modo que habrá que partir con tiempo suficiente.

—¿Hay en Geall gente que luchará a nuestro lado?

—Todos lucharán a nuestro lado. Todos morirán para salvar nuestro hogar, y los mundos. —El peso de sus palabras cayó sobre ella—. Sólo tengo que pedirlo.

—Tienes mucha fe en tu gente —comentó Cian.

Ahora ella lo miró, se obligó a encontrarse con sus ojos. «Azules —pensó—, y hermosos. ¿Se volverían rojos como los de un demonio cuando se alimentara de sangre humana?»

—Así es. Y en mis compatriotas, y en la humanidad. Y si no la tuviese, les ordenaría que lo hicieran. Porque cuando regrese a Geall debo ir a la Piedra Real y, si soy digna de ello, si no hay nadie que pueda igualársele, lograré sacar la espada de su vaina, y entonces seré la reina de Geall. No veré a mi pueblo sacrificado como si fuesen corderos por esa cosa que te convirtió en lo que eres. Si tienen que morir, lo harán luchando.

—Tienes que saber que la pequeña escaramuza en la que te has visto envuelta esta noche no ha sido nada. Nada. ¿Cuántos había allí? ¿Ocho, diez de ellos? Presentarán batalla a miles. —Cian se puso de pie—. Ella ha tenido casi dos mil años para formar su ejército. Tus campesinos tendrán que hacer algo más que convertir sus arados en espadas si quieren sobrevivir.

—Entonces lo harán.

Cian inclinó la cabeza.

—Prepárate para entrenar duramente, y no mañana, hay que comenzar esta noche. Lo has olvidado, hermano, pero yo duermo durante el día.

Y, una vez dicho esto, se marchó.

Glenna le hizo una seña a Hoyt y dejó a los demás con King. Volvió la vista hacia la cocina y el corredor. No tenía idea de adónde podía haber ido Cian.

—Tenemos que hablar. En privado.

—Tenemos que trabajar.

—No discutiré eso, pero es necesario que antes tú y yo hablemos de algunas cosas. A solas.

Hoyt frunció el cejo, pero asintió. Si ella quería privacidad, había un lugar donde estaba seguro de que la encontraría. Subió la escalera en dirección a su habitación en la torre seguido de Glenna.

Ella se paseó por la habitación estudiando sus áreas de trabajo, sus libros y herramientas. Fue hasta cada una de las estrechas ventanas, abrió las hojas de cristal que estaban allí desde la época de Hoyt y volvió a cerrarlas.

—Bonito. Muy bonito. ¿Piensas compartir tu riqueza?

—¿A qué te refieres?

—También yo necesito un lugar donde poder trabajar; más aún, diría que tú y yo necesitamos un lugar donde poder trabajar juntos. No me mires de ese modo.

Glenna hizo un gesto displicente mientras se acercaba a la puerta y la cerraba.

—¿De qué modo?

—Como diciendo «Soy un hechicero solitario y no quiero brujas». Estamos unidos, entre nosotros y con los demás. De alguna manera que sólo Dios sabe, tenemos que convertirnos en una unidad. Porque Cian tiene razón.

Glenna se acercó nuevamente a una de las ventanas y miró hacia la oscuridad apenas rota por la luz de la luna.

—Cian tiene razón. Ella tendrá miles junto a ella. Nunca miré tan lejos, nunca pensé en algo tan grande, aunque, Dios mío, ¿hay algo que sea más grande que un Apocalipsis? Por supuesto, ella tendrá un ejército de miles de vampiros. Nosotros somos apenas un puñado.

—Es tal como nos lo dijeron —le recordó Hoyt—. Nosotros somos los primeros, el círculo.

Ella se volvió, y aunque sus ojos le sostuvieron a Hoyt la mirada, él advirtió el miedo reflejado en ellos. Y la duda.

—Todos nosotros somos desconocidos y estamos muy lejos de estar listos para unir nuestras manos en un círculo y entonar algún conjuro de unidad. Estamos intranquilos y recelamos de los demás. Incluso resentidos, en el caso de tu hermano y de ti.

—Yo no estoy resentido con mi hermano.

—Por supuesto que lo estás. —Glenna se apartó el pelo de la cara y Hoyt también pudo ver frustración en ella—. Hace sólo un par de horas lo amenazaste con tu espada.

—Pensé que él...

—Sí, sí, y te agradezco que hayas corrido a rescatarme.

Su tono indiferente insultó su sentido de la caballeridad y le irritó.

—No tiene ninguna jodida importancia.

—Si en algún momento realmente me salvas la vida, Hoyt, mi gratitud será sincera, te lo prometo. Pero defender a la damisela sólo formaba parte del asunto entre vosotros, y haberme contestado como lo hiciste sólo fue una pequeña parte de por qué Cian estuvo a punto de luchar contigo. Tú lo

sabes, yo lo sé y Cian también lo sabe.

—Si ése es el caso, no hay necesidad de que sigas hablando de ello.

Glenna se acercó a él. Hoyt comprobó no sin satisfacción que no era el único que estaba irritado.

—Estás furioso con Cian por haber permitido que lo matasen y, peor aún, que lo convirtiesen en lo que es ahora. Él está furioso contigo por haberlo arrastrado a esta situación, obligándolo a recordar quién era antes de que Lilita le clavase sus colmillos en el cuello. Todo eso no es más que una pérdida de tiempo y energía. De modo que tenemos que dejar de lado todas esas emociones, o bien tenemos que usarlas. Porque, tal como están las cosas, tal como estamos nosotros, ella nos aniquilará, Hoyt. Y yo no quiero morir.

—Si tienes miedo...

—Por supuesto que tengo miedo. ¿Acaso eres estúpido? Después de todo lo que hemos visto y enfrentado esta noche, seríamos unos imbéciles si no tuviéramos miedo. —Apretó las palmas de las manos contra sus mejillas, tratando de recuperar el ritmo de su respiración—. Sé lo que debemos hacer, pero no sé cómo hacerlo. Y tú tampoco lo sabes. Ninguno de nosotros lo sabe.

Glenna bajó las manos y fue hacia él.

—Quiero que tú y yo seamos honestos. Vamos a depender el uno del otro, tenemos que confiar el uno en el otro, de modo que seamos sinceros. Sólo somos un puñado, con poder, sí, con habilidades, pero un puñado contra un número incalculable de enemigos. ¿Cómo podemos sobrevivir a eso, y mucho menos alcanzar la victoria?

—Reuniremos a más gente.

—¿Cómo? —Glenna levantó las manos—. ¿Cómo? En esta época, en este lugar, la gente no cree en esas cosas, Hoyt. Cualquiera que vaya por ahí hablando de vampiros, hechiceros, batallas apocalípticas y misiones encomendadas por los dioses es considerado un excéntrico en el mejor de los casos, o bien lo meten en una celda con paredes acolchadas.

Glenna, necesitando el contacto físico, pasó una mano por su brazo.

—Tenemos que enfrentarnos a ello. Aquí no hay ninguna caballería que acuda al rescate. *Nosotros* somos la caballería.

—Me planteas los problemas, pero ninguna solución.

—Tal vez —dijo ella con un suspiro—. Tal vez. Pero no se pueden encontrar soluciones hasta que se han planteado los problemas. Ellos nos superan en número de una manera abrumadora. Vamos a enfrentarnos a unas criaturas, a falta de una palabra mejor, que sólo pueden ser matadas de un número limitado de maneras. Están controladas o dirigidas o gobernadas por un vampiro de enorme poder y, bueno, con una enorme sed. No sé mucho acerca de la guerra, pero sí sé cuándo las probabilidades están en mi contra. De modo que debemos igualar esas probabilidades.

Ella hablaba con la clase de sentido común que él no podía discutir. El hecho de que Glenna pudiese hablar de ese modo era, en su opinión, un tipo de coraje.

—¿Cómo?

—Bueno, no podemos simplemente salir y cortar unos cuantos cientos de cabezas, no sería práctico. De manera que debemos encontrar la manera de cortar la cabeza del ejército. La cabeza de ella.

—Si fuese algo tan sencillo, ya se habría hecho.

—Si fuese imposible, no estaríamos ahora aquí. —Frustrada, Glenna dio unos leves golpes con el

puño en el brazo de Hoyt—. Colabora conmigo, ¿quieres?

—Me temo que no tengo otra alternativa.

Ahora en sus ojos había aflicción, una leve sombra de ese sentimiento.

—¿Realmente te resulta tan desagradable? ¿Te lo resulto yo?

—No. —Ahora había vergüenza en la mirada del hombre—. Lo siento. No, desagradable no. Difícil. Perturbadora. Eres perturbadora, tu aspecto, tu olor, tu manera de ser.

—Oh. —Los labios de ella se curvaron lentamente—. Eso es muy interesante.

—No tengo tiempo para ti, en ese sentido.

—¿En qué sentido? Quiero que seas específico. —Ella sabía que no era justo jugar con él de esa manera. Pero era un auténtico alivio ser simplemente humana.

—Hay vidas en juego.

—¿Qué sentido tiene vivir sin sentir nada? Yo siento cosas por ti. Tú agitas cosas dentro de mí. Sí, es difícil, y resulta perturbador, pero eso me dice que estoy aquí, y que el tener miedo no es lo único que hay. Necesito eso, Hoyt. Necesito sentir algo más que miedo.

Él levantó la mano para acariciar su mejilla con los dedos.

—No puedo prometer que te protegeré, pero sí que lo intentaré.

—No te estoy pidiendo que me protejas. No te estoy pidiendo nada más que la verdad... por ahora.

Hoyt mantuvo su mano sobre el rostro de Glenna, levantando la otra para enmarcarlo entre ambas mientras bajaba los labios. Los de ella se abrieron para recibirlos, ofreciéndose. Y él se dedicó a sentir, a saber, con la misma necesidad que ella experimentaba.

A ser humano.

Fue un lento fuego en la sangre, una progresiva tensión en los músculos, una agitación en el pulso... de ella y de él.

Era tan fácil, pensó él, tan fácil hundirse en el calor y la suavidad. Estar envuelto por ella en la oscuridad y permitirse olvidar, por un momento, por una hora, todo aquello que se extendía ante ellos.

Los brazos de Glenna se deslizaron por su cuerpo, apretándose contra su cintura mientras se alzaba de puntillas para que sus labios se unieran más intensamente a los de él. Él saboreó su boca, su lengua y la promesa que albergaba. Aquello podía ser suyo. Y él quería creerlo más de lo que jamás había creído en nada en toda su vida.

Los labios de Glenna se movieron sobre los suyos, formando su nombre, una vez, luego dos. En ese instante se encendió una súbita chispa y su calor recorrió su piel y ardió en su corazón.

Detrás de ellos, el fuego del hogar, que había quedado reducido a unos pocos rescoldos, se avivó como una docena de antorchas.

Hoyt la apartó ligeramente pero sin separar las manos de sus mejillas. Podía ver el fuego danzando en sus ojos.

—Hay verdad en esto —susurró—. Pero no sé lo que es.

—Yo tampoco lo sé. Pero me siento mejor por ello. Más fuerte. —Miró hacia el fuego—. Juntos somos más fuertes. Y eso significa algo.

Glenna retrocedió unos pasos.

—Voy a traer mis cosas aquí. Trabajaremos juntos y descubriremos lo que significa.

—¿Crees que acostarnos juntos es la respuesta?

—Puede serlo, o puede que sea una de las respuestas. Pero aún no estoy preparada para acostarme contigo. Mi cuerpo lo está —reconoció ella—, pero mi mente no. Cuando me entrego a un hombre, para mí significa un compromiso. Un compromiso importante. Tú y yo nos hemos comprometido bastante. Ahora ambos debemos estar seguros de que estamos dispuestos a entregar más.

—Entonces, ¿qué ha sido esto?

—Contacto —dijo ella tranquilamente—. Placer. —Le cogió la mano—. Conexión. Haremos magia juntos, Hoyt, magia importante. Para mí es algo tan íntimo como el sexo. Voy a conseguir lo que necesito, hacer que aparezca.

Las mujeres, pensó él, eran unas criaturas místicas y poderosas incluso sin la brujería. Si añadíamos a eso una dosis de poder, un hombre estaba en una gran desventaja.

¿Acaso su perfume no seguía envolviéndole, y su sabor no permanecía aún en sus labios? Armas de mujer, pensó. Lo mismo que escabullirse.

Él haría muy bien en protegerse contra esa clase de cosas.

Glenna tenía intención de trabajar allí, en su torre, junto con él. Eso tenía mucho sentido. Pero ¿cómo se suponía que un hombre podía trabajar cuando sus pensamientos eran arrastrados inevitablemente hacia la boca de una mujer, o a su piel, su pelo, su voz?

Quizá fuese inteligente de su parte utilizar alguna clase de barrera, al menos de manera temporal. Fue hasta su mesa de trabajo y se dispuso a preparar precisamente eso.

—Tus pociones y conjuros tendrán que esperar —dijo Cian desde la puerta—. Y también el romance.

—No sé a qué te refieres.

Hoyt continuó trabajando.

—Me he cruzado con Glenna en la escalera. Sé cuándo una mujer ha tenido las manos de un hombre sobre ella. Pude olerle a ti en su cuerpo. No es que te culpe —añadió Cian casi con desgana mientras entraba y se paseaba por la habitación de la torre—. Tienes una bruja realmente sexy. Deseable —añadió ante la mirada gélida de su hermano—. Tentadora. Llévatela a la cama si quieres, pero más tarde.

—A quién me lleve a la cama y cuándo, no es de tu incumbencia.

—Con quién, ciertamente no, pero cuándo ya es otra historia. Utilizaremos el salón principal para el entrenamiento de combate. King y yo ya hemos empezado a prepararlo. No pienso acabar con una estaca de madera clavada en el corazón sólo porque tú y la pelirroja estéis demasiado ocupados como para entrenar.

—Eso no será un problema.

—No pienso dejar que lo sea. Los recién llegados son entidades desconocidas. El hombre lucha bien con la espada, pero se preocupa por proteger a su prima. Si ella no puede valerse por sí misma en la batalla, tendremos que encontrar alguna otra tarea que darle.

—Es tu trabajo hacer que ella sea útil en el combate.

—Trabajaré en ello —prometió Cian—. Y lo mismo haré con el resto de vosotros. Pero necesitaremos algo más que espadas y estacas, mucho más que músculos.

—Lo tendremos. Déjame esa parte a mí, Cian —dijo antes de que su hermano abandonase la

habitación—. ¿Volviste a verles alguna vez? ¿Sabes cómo fue su vida, qué fue de ellos?

No era necesario que le dijeren que su hermano estaba hablando de su familia.

—Vivieron y murieron, como lo hacen todos los seres humanos.

—¿Eso es lo único que son para ti?

—Las sombras son lo que son.

—Tú les amaste alguna vez.

—Mi corazón también latió alguna vez.

—¿Es ésa la medida del amor? ¿Un latido del corazón?

—Podemos amar, incluso nosotros somos capaces de amar. Pero ¿amar a un ser humano? —Cian meneó la cabeza—. Eso sólo traería desgracias y tragedia. Tus padres hicieron de mí lo que fui. Lilith hizo de mí lo que soy.

—¿Y sientes amor por ella?

—¿Por Lilith? —Su sonrisa fue lenta, reflexiva y carente de todo humor—. A mi manera. Pero no debes preocuparte. Eso no impedirá que la destruya. Ahora baja y veremos de qué madera estás hecho.

—Todos los días dos horas de combate cuerpo a cuerpo —anunció Cian cuando estuvieron reunidos—. Dos horas de entrenamiento con armas, todos los días. Dos horas de resistencia y dos horas de artes marciales. Trabajaré con vosotros por la noche. King se hará cargo del entrenamiento durante el día, entonces podéis practicar fuera de la casa.

—Necesitamos tiempo para el estudio y la estrategia también —señaló Moira.

—Entonces encontrad tiempo para esas tareas también. Ellos son más fuertes que vosotros, y más malvados de lo que nadie puede imaginar.

—Sé lo que son esas criaturas.

Cian se limitó a mirarla.

—Eso es lo que tú crees.

—¿Habías matado a alguno de ellos antes de hoy? —preguntó Moira.

—Sí, más de una vez.

—En mi mundo, las personas que matan a los de su misma clase son malvados y escoria.

—Si no lo hubiese hecho, ahora ambos estaríais muertos.

Cian se movió tan de prisa que ninguno de ellos tuvo la más mínima posibilidad de reaccionar. Un segundo después, estaba detrás de Moira, con un brazo rodeándole la cintura y un cuchillo apoyado en su garganta.

—Por supuesto, no necesito el cuchillo.

—No lo toques. —Larkin apoyó la mano en el mango de su cuchillo—. No debes ponerle las manos encima.

—Entonces impídemelo —le invitó Cian, y arrojó su cuchillo a un lado—. Imagina que acabo de romperle el cuello. —Apoyó ambas manos a cada lado de la cabeza de Moira y luego le dio un leve empujón que la envió hacia donde estaba Hoyt—. Puedes vengarla. Venga, atácame.

—No atacaré al hombre que luchó espalda contra espalda junto a mí.

—Ahora no estoy contra tu espalda, ¿verdad? Demuestra algo de valor, ¿o acaso los hombres de Geall no tienen?

—Tenemos mucho.

Larkin sacó su cuchillo y, agazapado, comenzó a describir un círculo alrededor de Cian.

—Deja ya de jugar —se burló éste—. Estoy desarmado. Tú llevas ventaja. Úsala... de prisa.

Larkin embistió, hizo una finta y luego intentó apuñalar a Cian, pero de repente se encontró tendido de espaldas en el suelo, con su cuchillo lejos de él.

—Nunca tienes ventaja sobre un vampiro. Primera lección.

Larkin se echó el pelo hacia atrás y sonrió.

—Eres mejor que ellos.

—Considerablemente.

Cian, con expresión divertida, le tendió la mano y ayudó a Larkin a levantarse.

—Comenzaremos con algunas maniobras básicas y veremos de qué estáis hechos. Elegid un contrincante. Tenéis un minuto para derribar a vuestro rival... sin armas. Cuando yo diga que cambiéis, elegid otro. Moveos de prisa y sin miramientos. Ahora.

Cian vio que su hermano dudaba y que la bruja lo aprovechaba para lanzarse usando su cuerpo para desequilibrarle y luego colocaba un pie detrás del suyo para derribarlo.

—Entrenamiento de defensa personal —explicó Glenna—. Vivo en Nueva York.

Mientras ella sonreía, Hoyt le hizo un barrido por detrás que acabó con el trasero de Glenna golpeando duramente contra el suelo.

—Augh. Primera petición, una alfombra mullida para el suelo.

—¡Cambiad de rival!

Todos se movieron a través del salón, maniobraron, lucharon cuerpo a cuerpo. Pero era más juego y competición que entrenamiento. Aun así, pensó Glenna, ella recibiría su ración de magulladuras. Se enfrentó a Larkin y sintió que él dudaba. De modo que le sonrió con un mohín seductor y, cuando la risa iluminó los ojos de él, lo cogió de un brazo y lo lanzó por encima de su hombro.

—Lo siento. Me gusta ganar.

—Cambiad de oponente.

El enorme corpachón de King ocupó todo su campo visual y Glenna alzó y alzó la vista hasta encontrar sus ojos.

—A mí también —comentó él.

Ella comenzó a moverse por instinto, agitando ligeramente las manos, entonando un cántico. Cuando él sonrió desconcertado, Glenna le tocó el brazo.

—¿Por qué no te sientas? —dijo.

—De acuerdo.

Cuando King obedeció, ella miró por encima del hombro y vio que Cian la estaba observando. Se sonrojó ligeramente.

—Es probable que vaya contra las reglas y es poco probable que yo sea capaz de conseguirlo en el fragor de la batalla, pero creo que debería contar.

—No hay reglas. Ella no es la más fuerte —dijo a los otros, elevando la voz—. Tampoco es la más rápida. Pero es la más lista. Utiliza la astucia y el ingenio tanto como el músculo y la velocidad. Ahora te falta adquirir fuerza —le dijo a Glenna—. Y ser más rápida.

Por primera vez, Cian sonrió.

—Y busca una espada. Comenzaremos a practicar con las armas.

Al acabar la siguiente hora, Glenna estaba bañada en sudor. El brazo con que sostenía la espada le

dolia como un diente cariado, desde el hombro hasta la muñeca. La excitación del trabajo, de estar haciendo algo tangible, se había convertido hacia mucho en un doloroso agotamiento.

—Y yo que pensaba que estaba en buena forma —se quejó Glenna a Moira—. Todas esas horas de pilates, de yoga, de pesas... aunque tal vez para ti lo que digo te suene a chino.

—Lo estás haciendo bien. —Moira también se sentía débil y torpe.

—Apenas si puedo sostenerme sobre las piernas. Hago ejercicio regularmente, un duro entrenamiento físico y, en cambio, todo esto me está convirtiendo en un merengue. Pareces fatigada.

—Es que ha sido un día muy largo y duro.

—Por decirlo de una forma suave.

—¿Señoritas?, no quisiera interrumpiros pero deberíais volver a uniros al grupo. ¿O quizá preferiríais que nos sentásemos a hablar de las últimas tendencias de la moda?

Glenna dejó su botella de agua en el suelo.

—Son casi las tres de la mañana —le replicó a Cian—. Una hora peligrosa para los comentarios sarcásticos.

—Y la mejor hora para el enemigo.

—Puede ser, pero no todos nosotros estamos todavía en el mismo huso horario. Hoy Moira y Larkin han hecho un viaje agotador y han tenido que enfrentarse a una bienvenida muy desagradable. Necesitamos entrenar, en eso tienes toda la razón. Pero si no descansamos no conseguiremos ser más fuertes y, seguramente, tampoco conseguiremos ser más rápidos. Mírala —añadió Glenna, señalando a Moira—. Apenas puede sostenerse en pie.

—Estoy bien —contestó Moira en seguida.

Cian la miró largamente.

—Entonces culparemos al cansancio de tu lamentable actuación con la espada y de tu pobre estado físico.

—Lo hago bastante bien con la espada. —Cuando intentó cogerla, Larkin se acercó a ella con los ojos enrojecidos, apoyó una mano sobre su hombro y se lo apretó levemente.

—Moira lo hace bastante bien, y así lo ha demostrado esta noche en el bosque. Pero la espada no sería el arma que mi prima elegiría para el combate.

—¿Ah, no?

En esa simple frase, Cian expresó todo su hastío.

—Ella tiene buena mano para manejar el arco.

—De acuerdo, podrá hacernos una demostración mañana, pero por ahora...

—Voy a hacerlo esta noche —dijo Moira—. Abrid las puertas.

El tono autoritario de su voz hizo que Cian enarcase las cejas.

—Tú no mandas aquí, pequeña reina.

—Y tú tampoco. —Fue en busca de su arco y del carcaj—. ¿Abrirás las puertas o tendré que hacerlo yo?

—Tú no saldrás de la casa.

—Él tiene razón, Moira —dijo Glenna.

—No tendré necesidad de hacerlo. Larkin, por favor.

Larkin se acercó a las puertas y las abrió de par en par a la amplia terraza que se extendía tras ellas. Moira colocó una flecha en la cuerda del arco al tiempo que se acercaba al umbral.

—El roble.

Cian se colocó a su lado mientras los demás se apiñaban junto a la puerta.

—No es mucha distancia —comentó.

—Ella no se refiere al árbol que está más cerca —explicó Larkin al tiempo que señalaba hacia el bosque—. El árbol es aquél, justo a la derecha del establo.

—A la rama más baja.

—Apenas si puedo verla —comentó Glenna.

—¿Tú puedes? —le preguntó Moira a Cian.

—Perfectamente.

Moira alzó el arco, lo mantuvo fijo y apuntó. Un segundo después, la flecha salió disparada de la cuerda.

Glenna oyó el zumbido y luego un débil sonido cuando alcanzó el blanco señalado.

—Uau. Tenemos a una Robin Hood entre nosotros.

—Un tiro preciso —convino Cian con tono apacible, y luego dio media vuelta y comenzó a alejarse. Percibió el movimiento antes incluso de oír la orden severa de su hermano.

Cuando se volvió, Moira tenía preparada otra flecha y le estaba apuntando.

Cian sintió que King se preparaba para abalanzarse sobre ella y alzó una mano para detenerle.

—Asegúrate de acertar en el corazón —le aconsejó a Moira—. De otro modo, sólo conseguirás fastidiarme. Que así sea —le dijo a Hoyt—. Es su elección.

El arco tembló un instante y luego Moira lo bajó. Y también bajó la mirada.

—Necesito dormir. Lo siento, necesito dormir.

—Por supuesto que sí. —Glenna cogió el arco de sus manos y lo dejó a un lado—. Yo iré contigo y te ayudaré en lo que necesites.

A continuación le dirigió a Cian una mirada tan aguzada como la flecha mientras acompañaba a Moira fuera del salón.

—Lo siento —repitió Moira—. Estoy avergonzada.

—No debes estarlo. Estás exhausta, completamente agotada. Todos lo estamos. Y esto acaba de comenzar. Unas horas de sueño son lo que todos necesitamos.

—¿Ellos también? ¿Ellos duermen?

Glenna entendió a qué se refería. A los vampiros. A Cian.

—Sí, al parecer sí.

—Me gustaría que ya hubiera amanecido para poder ver la luz del sol. Ellos entonces se arrastran a sus agujeros. Estoy demasiado cansada para pensar.

—Pero ellos no. Ven, deja que te ayude a desvestirte.

—Creo que he perdido todas mis cosas en el bosque. Tampoco tengo camisón.

—Ya nos encargaremos de eso mañana. Hoy puedes dormir desnuda. ¿Quieres que me quede un rato contigo?

—No. Gracias, no. —Las lágrimas aparecieron fugazmente en sus ojos—. Me estoy comportando como una niña.

—No. Sólo como una mujer agotada. Te sentirás mejor por la mañana. Buenas noches.

Glenna pensó por un momento en regresar al salón, pero luego se dirigió hacia su habitación. No le importaba en absoluto si los hombres pensaban que se estaba escaqueando. Quería dormir.

Los sueños la persiguieron, a través de los túneles de la cueva de la vampira donde los gritos de los torturados eran como cuchillos afilados en su mente, en su corazón. Cada vez que giraba en ese laberinto, cada vez que corría por el interior de aquella grieta negra, tan parecida a una boca esperando para devorarla, aquellos terribles chillidos la seguían.

Y peor que los gritos, mucho peor, era la risa.

Sus sueños la llevaron a la orilla rocosa de un mar hirviente donde un relámpago rojo cortaba un cielo negro, un mar negro. Allí, el viento la desgarraba, las rocas surgían de la tierra y se le clavaban en las manos, en los pies, hasta dejárselos cubiertos de sangre.

El denso bosque olía a sangre y muerte, y allí las sombras eran tan espesas que podía sentir las contra su piel como dedos helados.

Podía oír que aquello que la buscaba llegaba con el leve sonido de un aleteo con el deslizamiento de las serpientes, con el furtivo rasguño de las garras en la tierra.

Oyó el aullido del lobo y su sonido era de hambre.

Estaban en todas partes y ella sólo tenía las manos vacías y el corazón golpeándole con fuerza en el pecho. Aun así, echó a correr a ciegas y con el grito ahogado en su garganta ardiente.

Salió de entre los árboles y llegó a la cima de un acantilado que se alzaba sobre un mar de aguas turbulentas. Debajo de ella, a decenas de metros, las olas chocaban violentamente contra las rocas que sobresalían, afiladas como cuchillas. Presa del terror, había corrido en círculos, y se encontraba nuevamente encima de la cueva que albergaba algo que incluso la muerte temía.

El viento continuaba azotándola y el poder cantaba en él. El poder de él, el poder ardiente y claro del hechicero. Ella lo buscó, extendió las manos hacia él, pero se deslizó a través de sus dedos temblorosos y dejándola sola.

Cuando se volvió, allí estaba Lilith, magnífica con su atuendo rojo, su belleza luminosa contrastando sobre el negro fondo aterciopelado. A cada lado tenía un lobo, ansiosos por matar. Lilith les acarició el lomo con unas manos en las que brillaban los anillos.

Y cuando sonrió, Glenna sintió una horrible punzada en el vientre. Un profundo y terrible anhelo.

—El demonio o las profundidades del mar. —Con una carcajada, Lilith hizo chasquear los dedos y los lobos se sentaron—. Los dioses jamás conceden a sus siervos una opción decente, ¿verdad? Yo tengo algunas mejores.

—Tú estás muerta.

—No, no, no. Yo soy la vida. En eso es en lo que ellos mienten. Están muertos, carne y huesos convirtiéndose en polvo. ¿Cuánto tiempo vivís actualmente? ¿Setenta y cinco, ochenta años? Cuán poco, cuán limitado.

—Aceptaré lo que me han dado.

—Entonces serás una estúpida. Pensaba que eras más lista que eso, más práctica. Sabes que no puedes ganar. Ya estás cansada, agotada, ya has comenzado a hacerte preguntas. Yo te ofrezco una salida, y más. Mucho más.

—¿Para que sea como tú? ¿Para cazar y matar? ¿Para beber sangre?

—Como si fuese champán. Oh, la primera vez que la saboreas. Añoro eso. Ese primer sabor embriagador, ese momento en que todo lo demás desaparece salvo la oscuridad.

—Me gusta el sol.

—¿Con esa tez? —preguntó Lilith con una alegre sonrisa—. Después de una hora en la playa, te

asarias como el bacón. Yo te enseñaré la frescura. La fría, fría oscuridad. Ya está en tu interior, esperando sólo a ser despertada. ¿Puedes sentirla?

Porque sí podía sentirla, Glenna se limitó a negar con la cabeza.

—Embustera. Si vienes a mí, Glenna, estarás a mi lado. Te concederé la vida eterna. La juventud y la belleza eternas. Y un poder mucho mayor que el que te ha sido dado. Gobernarás tu propio mundo. Eso es lo que daré, un mundo propio.

—¿Por qué harías algo así?

—¿Por qué no? Tendré muchos. Y podría disfrutar de la compañía de una mujer como tú. ¿Qué son los hombres, en realidad, sino herramientas para nosotras? Si los quieres, los tomas. Es un gran regalo el que te ofrezco.

—Lo que me ofreces es una maldición.

Su risa era seductora y alegre.

—Los dioses atemorizan a los niños con historias del infierno y de la condenación eterna. Las utilizan para mantenerlos controlados. Pregúntale a Cian si cambiaría su existencia, su eternidad, su bella juventud y su cuerpo esbelto por las cadenas y las trampas de la mortalidad. No lo haría, te lo aseguro. Ven. Ven conmigo y te proporcionaré placeres con los que jamás has soñado.

Cuando ella se acercó, Glenna levantó ambas manos, se concentró todo lo que pudo pese a su sangre helada, y luchó por crear un círculo protector.

Lilith se limitó a mover la mano. El azul apacible de sus iris comenzó a tornarse rojo.

—¿Crees acaso que esa magia insignificante podrá detenerme? He bebido la sangre de hechiceros, me he deleitado con la carne de las brujas. Todos ellos están en mí, como también lo estarás tú. Ven voluntariamente y encuentra la vida. O lucha contra mí y encuentra la muerte.

Lilith se acercó aún más, y los lobos se prepararon para atacar.

Glenna sintió la punzada, hipnótica, gloriosa y oscura, un estremecimiento elemental y primario en el vientre. Era como si el latido de su sangre respondiera a esa llamada. Eternidad y poder, belleza, juventud. Todo por un solo momento.

Únicamente tenía que extender la mano y cogerlo.

El triunfo iluminó los ojos de Lilith con un rojo ardiente. Sus colmillos brillaron cuando sonrió.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Glenna cuando ésta se volvió; cuando saltó hacia el mar y las rocas. Cuando eligió la muerte.

Al sentarse de golpe en la cama un grito le desgarraba la cabeza. Pero no era su grito, ella sabía que no era suyo. Era de Lilith. Un grito de furia.

Con el aliento entrecortado, Glenna saltó del lecho arrastrando consigo la manta. Echó a correr, temblando de frío y terror y con los dientes castañeteando. Voló a través del corredor como si los demonios aún estuviesen tratando de darle caza. El instinto la llevó al único lugar donde se sentía segura.

Hoyt se despertó de un profundo sueño para encontrarse entre los brazos a una mujer desnuda y sacudida por los sollozos. Apenas podía verla a la tenue luz previa al amanecer, pero conocía su olor, su forma.

—¿Qué? ¿Qué ha ocurrido?

Hoyt comenzó a apartarla de su lado al tiempo que buscaba la espada que tenía junto a la cama, pero Glenna se aferró a él como la hiedra al tronco de un roble.

—No. No te vayas. Quédate. Por favor, por favor, quédate.

—Estás helada. —Hoyt la cubrió con la manta tratando de darle calor, tratando de no perder la calma—. ¿Has estado fuera de la casa? Por todos los diablos. ¿Has hecho algún conjuro?

—No, no, no. —Se apretujó contra él—. Ella ha venido. Ha venido. Dentro de mi cabeza, dentro de mi sueño. Pero no era un sueño. Era real. Tenía que ser real.

—Basta. Acaba de una vez con esto. —La sacudió con fuerza por los hombros—. ¡Glenna!

La cabeza de ella osciló adelante y atrás, su aliento saliendo tembloroso de sus labios.

—Por favor. Tengo mucho frío.

—Vamos, tranquilízate, tranquilízate. —Su tono y su contacto se fueron suavizando mientras enjugaba las lágrimas de sus mejillas. La envolvió completamente con la manta y la acercó a su cuerpo—. Ha sido un sueño, una pesadilla. Nada más.

—No lo ha sido. Mírame. —Glenna alzó la cabeza para que Hoyt pudiese mirarla a los ojos—. No ha sido sólo un sueño.

Hoyt comprendió que era verdad. Podía ver que no había sido sólo un sueño.

—Entonces háblame de él.

—Ella estaba dentro de mi cabeza. O... ella sacó una parte de mí fuera de mi cuerpo. Igual que cuando tú estabas en aquel bosque, herido, con los lobos acechando fuera de tu círculo. Tan real como aquello. Y tú sabes que aquello fue real.

—Sí, fue real.

—Yo corría —comenzó Glenna, y le contó todo lo que había pasado.

—Trató de seducirte con engaños. Ahora piensa. ¿Por qué iba a hacer Lilith algo así a menos que supiera que tú eres fuerte, a menos que supiera que puedes causarle daño?

—Yo he muerto.

—No lo has hecho, no, no has muerto. Estás aquí. Fía —le frotó los brazos y la espalda. ¿Sería capaz de volver a calentarla alguna vez?—, pero viva y aquí. A salvo.

—Ella era hermosa. Fascinante. No me gustan las mujeres, quiero que me entiendas, pero me sentía atraída hacia ella. Y parte de ello era sexual. Incluso en medio del terror, yo la deseaba. La idea de que me tocase, de que me tomara, era apremiante.

—Es una especie de trance, nada más que eso. Piensa que tú no lo permitiste. Que no la escuchaste, no creíste en lo que ella te decía.

—Pero es que sí la escuché, Hoyt. Y una parte de mí sí creyó en lo que ella decía. Una parte de mí quería aceptar lo que ella me estaba ofreciendo. Lo quería intensamente. Vivir para siempre, y tener todo ese poder. Yo pensaba, dentro de mí, pensaba, sí, ¿por qué no debería tenerlo? Y tener que alejarme de ello... Casi no lo conseguí, porque hacerlo ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

—Y, sin embargo, lo has hecho.

—Esta vez sí.

—Todas las veces.

—Eran tus acantilados. Podía sentirte en ese lugar. Te sentía allí, pero no podía llegar hasta ti. Yo estaba sola, más sola de lo que jamás lo he estado antes. Y luego caía, y estaba más sola aún.

—No estás sola. —Hoyt la besó en la frente—. No estás sola, ¿verdad?

—No soy una cobarde, pero tengo miedo. Y la oscuridad... —Glenna se estremeció y miró

alrededor de la habitación—. Tengo miedo a la oscuridad.

Hoyt se concentró en la vela que había en la mesilla de noche y en los leños del hogar, encendiéndolos.

—Pronto amanecerá. Ven y lo verás. —La abrazó, bajó de la cama y la llevó junto a la ventana—. Mira hacia el este. Está saliendo el sol.

Glenna pudo ver la luz, un resplandor dorado sobre el horizonte. La bola fría que había en su interior comenzó a reducirse.

—La mañana —musitó—. Es casi de mañana.

—Tú has vencido a la noche y ella ha perdido. Ven, necesitas un poco más de sueño.

—No quiero estar sola.

—No lo estarás.

Hoyt la llevó de nuevo a la cama y la apretó contra él. Porque ella seguía temblando y porque él podía hacerlo, le pasó la mano por la cabeza y la envió suavemente hacia el sueño.

Se despertó con la luz del sol deslizándose por su rostro, y se despertó sola.

Él había apagado las velas, aunque había dejado que el fuego del hogar continuase ardiendo con escasa llama. Había sido un gesto muy amable por su parte, pensó ella mientras se sentaba en la cama y se cubría los hombros con la manta. Hoyt había sido muy amable y muy tierno, y le había proporcionado exactamente el consuelo y la seguridad que necesitaba en aquel momento.

No obstante, una oleada de vergüenza fue la primera sensación que experimentó. Había corrido hacia él como una niña histérica que huye del monstruo que se oculta en el armario. Sollozando, temblando y diciendo incoherencias. No había sido en absoluto capaz de controlar la situación y entonces había buscado a alguien —a él— para que la salvase. Siempre se había sentido orgullosa de su valor y de su ingenio, sin embargo no había sido capaz de hacer frente a su primera confrontación con Lilith.

Ni temple, pensó con disgusto, ni auténtica magia. El miedo y la tentación los habían anulado. No, peor aún, pensó, el miedo y la tentación los habían congelado dentro de ella, profundamente, en un lugar donde ella no había sido capaz de llegar. Ahora, a la luz del día, podía ver con claridad cuán ridícula había sido, cuán estúpida, cuán fácil. No había hecho absolutamente nada para protegerse antes, durante o después. Había corrido a través de los túneles de las cuevas, a través del bosque, llegando hasta el borde de los acantilados porque ellos así lo habían querido, y había permitido que el terror lo bloquease todo, excepto la desesperada necesidad de huir.

Había sido un error que nunca más volvería a cometer.

Y tampoco pensaba quedarse aquí sentada lamiéndose las heridas, no por algo que ya había pasado.

Se levantó, se envolvió en la manta y luego se asomó al pasillo. No vio a nadie y tampoco oyó nada, y se sintió agradecida por ello. No quería hablar con nadie hasta que no se tranquilizara.

Entró en el baño, se duchó, se vistió y luego dedicó tiempo a maquillarse con esmero. Como toque final, se colocó en las orejas unos pendientes de ámbar para aumentar la fuerza. Al hacer la cama, puso un cristal de amatista y un poco de romero debajo de la almohada. Después de elegir una vela de entre sus cosas, la dejó junto al cabezal. Esa noche, cuando se dispusiera a dormir, consagraría la vela con aceite para echar de sus sueños a Lilith y a todos aquellos que eran como ella.

Y también fabricaría una estaca, y buscaría una espada entre las armas. No volvería a quedarse indefensa y expuesta.

Antes de abandonar la habitación miró largamente su reflejo en el espejo. Su aspecto era el de alguien que estaba alerta, pensó, y que era competente.

Ella sería fuerte.

Primero dirigió sus pasos a la cocina, porque consideraba que era el corazón de cualquier casa. Alguien había preparado café y, mediante un proceso de eliminación, supuso que había sido King. Había pruebas de que alguien había comido allí. Podía oler el bacón. Pero no había nadie en los alrededores y tampoco platos en el fregadero.

Era una sensación agradable saber que quienquiera que hubiese comido —o, al menos, quienquiera que hubiese cocinado— luego lo había dejado todo limpio y ordenado. No le gustaba el desorden, pero tampoco le importaba encargarse de los aspectos domésticos.

Se sirvió una taza de café y sopesó la posibilidad de prepararse un desayuno. Pero el sueño aún rondaba en su cabeza y la sensación de estar sola en la casa era inquietante.

Su siguiente opción fue la biblioteca, que consideraba como la arteria principal del corazón. Allí, con cierto alivio, encontró a Moira.

Ésta estaba sentada en el suelo, delante del fuego y rodeada de libros. En ese momento estaba encorvada sobre uno de ellos como una estudiante que se prepara para un examen. Llevaba puestos una túnica color avena, pantalones marrones y las botas de montar.

Al oír entrar a Glenna, alzó la vista y le dedicó una tímida sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Estudiando?

—Sí. —La timidez desapareció y los ojos grises mostraron su intenso brillo—. Ésta es una habitación maravillosa, ¿no crees? En nuestro castillo tenemos una gran biblioteca, pero ésta no tiene nada que envidiarle.

Glenna se agachó junto a ella y apoyó un dedo sobre un libro grueso como una viga. En su cubierta de cuero repujado había grabada una sola palabra: VAMPIROS.

—¿Te estás poniendo al día? —preguntó—. ¿Estudiando al enemigo?

—Creo que es sensato saber lo máximo posible sobre un tema. No todos los libros que he leído hasta ahora concuerdan en todo, pero sí en algunos elementos.

—Podrías preguntarle a Cian. Imagino que él podría explicarte cualquier cosa que quisieras saber.

—Me gusta leer.

Glenna se limitó a asentir.

—¿De dónde has sacado la ropa?

—Oh. Esta mañana he salido, muy temprano, y he recuperado mis cosas.

—¿Sola?

—Estaba bastante segura, ya que no me he apartado del camino iluminado. Ellos no pueden salir a la luz del sol. —Miró hacia las ventanas—. No había ningún rastro de los que nos atacaron anoche. Hasta las cenizas habían desaparecido.

—¿Dónde están todos los demás?

—Hoyt ha subido a su torre a trabajar, y King ha dicho que se iba al pueblo a buscar provisiones ahora que somos más en la casa. Nunca había visto a un hombre tan grande. Ha cocinado para nosotros y ha preparado jugo de una fruta: naranja. Era delicioso. ¿Crees que podría llevarme algunas semillas de esa naranja cuando regresemos a Geall?

—No veo por qué no. ¿Y los demás?

—Imagino que Larkin aún está durmiendo. Él tiene tendencia a evitar las mañanas como si fuesen la peste. Y supongo que el vampiro está en su habitación. —Moira pasó el dedo sobre la palabra grabada en la portada del libro—. ¿Por qué se queda con nosotros? No he encontrado nada en los libros que pueda explicar su conducta.

—Entonces supongo que no todo puedes encontrarlo en los libros. ¿Hay algo más que necesites por ahora?

—No, gracias.

—Pues iré a la cocina a comer algo y luego yo también subiré a trabajar. Imagino que cuando King regrese del pueblo tendremos que comenzar la sesión de tortura que haya planeado para nosotros.

—Glenna... quería agradecerte lo que anoche hiciste por mí. Estaba tan cansada y enfadada. Me siento tan fuera de mi lugar.

—Lo entiendo. —Glenna apoyó la mano sobre la de Moira—. Creo que, de alguna manera, todos nos sentimos igual. Tal vez eso forme parte del plan, alejarnos de nuestros lugares, reunirnos para que nos encontremos a nosotros mismos, para que encontremos lo que hay en nuestro interior, juntos e individualmente, para luchar contra esa cosa. —Glenna se levantó—. Pero hasta que llegue el momento de ponernos en marcha, tendremos que convertir esta casa en nuestro lugar.

Dejó a Moira en compañía de sus libros y regresó a la cocina. Allí encontró lo que quedaba de una hogaza de pan de centeno y se untó una rebanada con mantequilla. Que les diesen a las calorías en ese momento. Se la fue comiendo mientras subía la escalera que llevaba a la torre de Hoyt.

Encontró la puerta de la habitación cerrada. Estaba a punto de llamar cuando recordó que aquella era también su zona de trabajo y no el solitario dominio de Hoyt. De modo que colocó la rebanada de pan a medio comer encima de la taza de café y abrió la puerta.

Hoyt llevaba una camisa de tela tejana desteñida, tejanos negros y botas muy gastadas, y aun así se las arreglaba para parecer un hechicero. No se trataba sólo del pelo negro, brillante y espeso, pensó ella, o de aquellos intensos ojos azules. Era el poder, que se veía en él más auténtico que sus ropas prestadas.

La irritación fue la primera emoción que cruzó por el rostro del hombre cuando desvió la mirada y la vio. Glenna se preguntó si sería algo habitual en él ese fastidio instantáneo cuando era interrumpido o molestado. Luego el gesto de contrariedad desapareció y ella se encontró siendo cuidadosamente estudiada.

—Así que te has levantado.

—Eso parece.

Hoyt volvió a concentrarse en su trabajo, vertiendo un líquido oscuro de una especie de cubeta en el interior de un frasco.

—King ha ido al pueblo a comprar provisiones.

—Eso me han dicho. He encontrado a Moira en la biblioteca, leyendo al parecer todos los libros que hay allí.

Lo siguiente iba a ser difícil, pensó Glenna mientras Hoyt continuaba trabajando en silencio. Lo mejor sería encararlo cuanto antes.

—Pensaba disculparme por haberte molestado anoche, pero lo haría sólo por complacerte. — Esperó, un latido, luego dos, antes de que él dejara lo que estaba haciendo y la mirase—. De modo que puedes decirme que no me preocupe por ello, que, por supuesto, no hay ningún problema. Yo estaba asustada y alterada.

—Pero eso no sería del todo cierto.

—Sí lo sería, y como los dos sabemos todo lo demás, compláceme. Así pues, no me disculparé, pero sí quiero darte las gracias.

—No tiene importancia.

—Para mí sí la tiene, a varios niveles. Tú estabas allí cuando te necesité y, por otro lado, me tranquilizaste. Hiciste que me sintiera segura. Me mostraste el sol a través de la ventana.

Dejó la taza sobre la mesa para tener las manos libres cuando se acercó a él.

—Asalté tu cama en mitad de la noche. Desnuda. Estaba histérica y era vulnerable. Estaba

indefensa.

—No creo que eso último sea verdad.

—En aquel momento lo era. No volverá a pasar. Pudiste haberme tomado. Ambos lo sabemos.

Se produjo un largo silencio que confirmó esa simple verdad más auténticamente que cualquier palabra.

—¿Qué clase de hombre habría sido si te hubiese tomado en un momento así? ¿Si hubiese aprovechado tu miedo para mis propias necesidades?

—Un hombre diferente del que eres. Y le estoy agradecida al hombre que eres. —Rodeó la mesa y se puso de puntillas para besarlo en ambas mejillas—. Mucho. Tú me diste consuelo, Hoyt, y me diste el sueño. Y dejaste el fuego encendido. No lo olvidaré.

—Ahora estás mejor.

—Sí. Ahora estoy mejor. Me sorprendieron con la guardia baja; la próxima vez no será así. No estaba preparada para ella pero en la siguiente ocasión lo estaré. No tomé las precauciones necesarias, ni siquiera las más elementales, porque estaba agotada. —Se acercó al fuego que él mantenía ardiendo débilmente—. Me descuidé.

—Así es.

Ella levantó la cabeza y le sonrió.

—¿Me deseaste?

Hoyt volvió a su trabajo.

—Ésa no es la cuestión.

—Tomaré eso como un sí y te prometo que la próxima vez que me meta en tu cama no estaré histérica.

—La próxima vez que te metas en mi cama no permitiré que te duermas.

Ella se echó a reír a carcajadas.

—Bueno, veo que nos entendemos.

—No sé si te entiendo, pero eso no impide que te desee.

—Es recíproco en ambos aspectos. Pero creo que yo sí estoy empezando a entenderte.

—¿Has venido aquí a trabajar o sólo a distraerme?

—A ambas cosas, supongo. Puesto que ya he conseguido lo segundo, te preguntaré en qué estás trabajando.

—Un escudo.

Glenna, intrigada, se acercó a él.

—Más ciencia que hechicería —dijo ella.

—No son excluyentes, sino que van ligadas.

—Estoy de acuerdo. —Olisqueó la cubeta—. Un poco de salvia —decidió al cabo de un momento— y clavo de especia. ¿Qué usas para fijarlos?

—Polvo de ágata.

—Buena elección. ¿Qué clase de escudo estás buscando?

—Un escudo que proteja del sol. Es para Cian.

Glenna desvió los ojos de la poción para mirarlo, pero Hoyt siguió concentrado en lo suyo.

—Entiendo.

—Si salimos por la noche nos arriesgamos a sufrir un ataque, y Cian morirá si se expone a la luz

del sol. Pero si tuviese un escudo que lo protegiera de la luz, podríamos trabajar y entrenar con más eficacia. Si él tuviese un escudo, podríamos salir a cazar a esas cosas durante el día.

Glenna no dijo nada por el momento. Sí, estaba empezando a entenderle. Era un hombre muy bueno, un hombre que tenía elevados principios. De modo que podía mostrarse impaciente, irritable e incluso autocrítico.

Y amaba a su hermano.

—¿Crees que Cian echa de menos el sol?

Hoyt suspiró.

—¿No lo echarías tú de menos?

Ella le tocó el brazo. Un buen hombre, volvió a pensar. Un hombre muy bueno que se preocupaba por su hermano.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Tal vez yo esté empezando a entenderte también a ti.

—¿En serio?

—Tienes un corazón abierto. —Ahora Hoyt la miró a los ojos—. Un corazón abierto y una mente dispuesta. Son dos cosas difíciles de resistir.

Glenna cogió el frasco que Hoyt sostenía entre las manos y lo dejó encima de la mesa.

—Bésame, ¿quieres? Ambos lo estamos deseando, y resulta muy difícil trabajar en estas condiciones. Bésame, Hoyt, para que podamos tranquilizarnos.

La voz de él traslucía un atisbo de diversión:

—¿Besarnos hará que nos tranquilicemos?

—Es algo que no sabremos hasta que no lo hayamos intentado. —Glenna apoyó las manos sobre sus hombros y dejó que sus dedos jugasen con su pelo—. Pero sé que, en este preciso instante, no puedo pensar en ninguna otra cosa. De modo que hazme un favor y bésame.

—Un favor entonces.

Los labios de ella eran suaves y cálidos debajo de los de Hoyt. Y él fue tierno, abrazándola y degustándola como había anhelado hacerlo la noche anterior. Le acarició el pelo con una mano, deslizándola luego hacia abajo, por su espalda, de modo que el tacto de ella se mezcló en sus sentidos con su sabor y su olor.

Y lo que había dentro de él acabó por abrirse y calmarse.

Ella deslizó los dedos por el duro contorno de sus pómulos y se entregó completamente al momento. Al placer y el sosiego, y a la ola de calor que fluía debajo de ambos.

Cuando sus labios se separaron, Glenna apretó su mejilla contra la de él, y permaneció así durante unos segundos.

—Me siento mejor —dijo—. ¿Y tú?

—Yo siento. —Hoyt retrocedió; luego cogió la mano de Glenna y se la llevó a los labios—. Y sospecho que necesitaré volver a tranquilizarme. Por el bien del trabajo.

Ella se echó a reír, encantada.

—Todo sea por la causa.

Ambos trabajaron juntos durante más de una hora, pero cada vez que exponían la poción al sol, el líquido hervía al instante.

—Un conjuro diferente —sugirió Glenna.

—No. Necesitamos un poco de sangre de Cian. —La miró por encima de la cubeta—. Para la propia poción y para poder probarla.

Glenna lo pensó.

—Pero se lo pides tú.

En ese momento alguien golpeó la puerta y King la abrió de par en par. Llevaba pantalones de camuflaje y una camiseta verde oliva. Se había recogido las rastas en una coleta gruesa y rizada. Y él solo parecía todo un ejército, pensó Glenna.

—La hora de la magia se ha acabado. ¡A formar fuera! Tenemos que ponernos en forma.

Si King no había sido un sargento instructor en otra vida, el karma se había perdido un paso. El sudor se metía en los ojos de Glenna cuando atacaba al maniquí que Larkin había construido con paja y envuelto en tela. Levantó el antebrazo para bloquear un golpe imaginario, como le habían enseñado, y luego clavó la estaca en la paja.

Pero el maniquí seguía acercándose a ella, moviéndose gracias al sistema de poleas que King había instalado, y la lanzó de espaldas al suelo.

—Y estás muerta —anunció King.

—Oh, y una mierda. Le he clavado la estaca.

—Pero no en el corazón, pelirroja. —King estaba de pie junto a ella, enorme y despiadado—. ¿Cuántas oportunidades crees que tendrás? Si no puedes con el que viene de frente, ¿cómo harás para eliminar a los tres que te ataquen por la espalda?

—Está bien, de acuerdo. —Se levantó y se sacudió el polvo—. Lo haré de nuevo.

—Ése es el espíritu que me gusta.

Glenna lo hizo otra vez, y otra, hasta que detestó al muñeco de paja tanto como había detestado a su profesora de historia de décimo curso. Entonces se volvió, furiosa, cogió una espada con ambas manos y lo hizo pedazos.

Una vez que hubo terminado, los únicos sonidos que se oían eran su agitada respiración y la risa sofocada de Larkin.

—Muy bien. —King se frotó la barbilla—. Creo que ahora está jodidamente muerto. Larkin, ¿quieres hacer el favor de construir otro muñeco? Y tú deja que te haga una pregunta, pelirroja.

—Dispara.

—¿Cómo es que no has acabado con el muñeco usando tu magia?

—La magia requiere concentración. Creo que podría utilizar un poco de magia en una pelea... me parece. Pero ahora la mayor parte de mi concentración está orientada al uso de la espada o de la estaca, especialmente si tenemos en cuenta que no estoy acostumbrada a usar ninguna de las dos cosas. Si no me concentrase, mi arma podría salir simplemente volando de mi mano fallando así el blanco. Es algo sobre lo que tengo que trabajar.

Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que Hoyt no podía oírlo.

—Generalmente necesito instrumentos, cánticos, ciertos rituales, pero puedo hacer esto.

Abrió la mano, se concentró e hizo aparecer una bola de fuego.

King, curioso, la tocó con el dedo. Y lo retiró rápidamente para llevárselo a la boca y calmar la quemadura.

—Jodido truco.

—El fuego es elemental, como el aire, la tierra y el agua. Sin embargo si hago esto durante una

batalla y se lo lanzo a uno de nuestros enemigos, podría alcanzar sin querer a uno de nosotros, o bien a ambos.

King estudió la bola luminosa con ojos asombrados.

—Es como apuntar con una arma sin saber disparar. No puedes estar segura de a quién alcanzará la bala. O si acabarás disparando contra tu propio y jodido pie.

—Algo así. —Glenna hizo desaparecer la bola de fuego—. Pero es agradable tenerlo de reserva.

—Tómate un descanso, pelirroja, antes de que lastimes a alguien.

—No pienso discutir.

Glenna entró en la casa con intención de beber varios litros de agua y comer algo. Estuvo a punto de chocar con Cian.

—No sabía que estabas levantado.

Cian se mantenía apartado de la luz que se filtraba a través de las ventanas, pero Glenna vio que tenía una perspectiva completa de las actividades que se estaban desarrollando fuera de la casa.

—¿Qué piensas? —le preguntó—. ¿Cómo lo estamos haciendo?

—Si ellos viniesen ahora a por vosotros, os comerían como a un pollo en una comida campestre.

—Lo sé. Somos torpes y no hay ningún sentido de equipo. Pero mejoraremos.

—Tendréis que hacerlo.

—Bueno, veo que esta tarde estás lleno de entusiasmo y ánimo para nosotros. Llevamos entrenando dos horas y no estamos acostumbrados a esta clase de cosas. Larkin es lo más parecido a un guerrero que King puede tener, y aún está verde.

Cian se limitó a mirarla.

—Será mejor que maduréis pronto o acabaréis todos muertos.

Podía enfrentarse al cansancio, el sudor y el esfuerzo, pensó Glenna, pero ahora la estaban insultando.

—Ya es bastante difícil hacer lo que estamos haciendo sin necesidad de que uno de nosotros se comporte como un completo gilipollas.

—¿Es así como llamas a ser realista?

—A la mierda la realidad, y tú con ella.

Glenna entró en la cocina y metió en una cesta un poco de fruta, pan y una botella de agua. Cuando volvió a salir, ignoró por completo la presencia de Cian.

Una vez fuera, dejó la cesta encima de la mesa que King había sacado para tener allí las armas.

—¡Comida! —exclamó Larkin como alguien a punto de desfallecer de hambre—. Te bendigo hasta las plantas de los pies, Glenna. Ya empezaba a consumirme.

—No cabe duda de ello, considerando que hace apenas dos horas que te atiborraste de comida —dijo Moira.

—El señor de las tinieblas cree que no estamos esforzándonos lo suficiente, y nos ha comparado con los pollos de una comida campestre para los vampiros. —Glenna cogió una manzana de la cesta y le dio un mordisco—. Yo digo que le demostremos que se equivoca.

Le dio otro mordisco a la manzana y luego se volvió hacia el muñeco de paja que Larkin acababa de hacer. Se concentró en él, lo visualizó, y luego lanzó la manzana. La fruta voló hacia el muñeco y, en mitad del vuelo, se convirtió en una estaca que perforó la paja y la tela.

—Oh, eso ha sido magnífico —dijo Moira casi sin aliento—. Eso ha sido brillante.

—A veces el mal genio le da un poco de estímulo a la magia.

La estaca se deslizó fuera del muñeco y cayó al suelo convertida nuevamente en una manzana. Glenna miró a Hoyt.

—Es algo que debemos desarrollar —dijo.

—Necesitamos algo que nos una, que nos mantenga juntos —le dijo más tarde a Hoyt. Estaba sentada en la torre, frotándose las magulladuras con un bálsamo mientras él pasaba las páginas de un libro de conjuros—. Los equipos llevan uniformes o tienen canciones de guerra.

—¿Canciones? ¿Ahora deberíamos cantar? ¿O quizá mejor encontrar algún jodido arpista?

El sarcasmo, decidió Glenna, era algo que los hermanos compartían tanto como sus rasgos físicos.

—Necesitamos algo. Míranos. Incluso ahora: tú y yo aquí; Moira y Larkin juntos allí fuera; King y Cian en la sala de entrenamiento, planeando nuevos tormentos para nosotros. Está bien y es positivo tener un equipo grande dividido en equipos más pequeños y trabajando en sus propios proyectos, pero es que nosotros todavía no somos un equipo grande.

—Entonces, ¿debemos traer el arpa y comenzar a cantar? Tenemos un trabajo importante que hacer, Glenna.

—No me estás siguiendo. —Paciencia, se dijo a sí misma. Ella había trabajado tan duramente como él y estaba igualmente cansada—. Se trata del simbolismo. Tenemos el mismo enemigo, eso es verdad, pero no el mismo propósito.

Glenna se acercó a la ventana y comprobó cómo se habían ido alargando las sombras y cuán bajo estaba el sol en el cielo.

—Pronto oscurecerá.

Sus dedos buscaron el colgante. En esos momentos todo le pareció tan simple, tan obvio.

—Estás buscando un escudo para Cian porque él no resiste la luz del sol. ¿Y qué pasa con nosotros? No podemos arriesgarnos a salir de la casa después de que oscurece. Y aunque permanezcamos entre estas paredes, sabemos muy bien que ella puede llegar hasta nosotros, meterse en nuestro interior. ¿Qué hay de *nuestro* escudo, Hoyt? ¿Qué puede protegernos contra el vampiro?

—La luz.

—Sí, sí, eso ya lo sé, pero ¿qué símbolo? Una cruz. Tenemos que hacer cruces y dotarlas de magia. Convertirlas no sólo en un escudo sino en una arma, Hoyt.

Él pensó en las cruces que Morrigan le había entregado para todos los miembros de su familia. Pero sus poderes, incluso los suyos combinados con los de Glenna, no podían competir con los de los dioses.

No obstante...

—Plata —musitó él—. La plata sería lo mejor.

—Con jaspes rojos para la protección nocturna. Necesitamos algo de ajo y también salvia. —Glenna empezó a buscar en su caja de hierbas y raíces secas—. Comenzaré a preparar la poción ahora mismo. —Cogió uno de sus libros y pasó rápidamente las hojas—. ¿Tienes alguna idea de dónde podemos sacar la plata?

—Sí.

Hoyt salió de la habitación, bajó a la primera planta de la casa y entró en lo que ahora era el comedor. Los muebles eran nuevos... al menos para él. Mesas de madera oscura y pesada, sillas de respaldo alto y bellamente talladas. Las cortinas que estaban echadas en las ventanas eran de un color

verde brillante y oscuro, como las sombras del bosque, y hechas con una seda gruesa y pesada.

En las paredes había pinturas, todas ellas representando escenas nocturnas de bosques y claros umbrosos, y acantilados. Incluso allí, pensó Hoyt, su hermano rehuía la luz. ¿O acaso prefería la oscuridad incluso en las pinturas?

Altos aparadores con puertas de cristal esmerilado contenían vajillas y cristalería de ricos tonos. Posesiones, pensó, de un hombre de fortuna y posición y que había tenido toda una eternidad para coleccionarlas.

¿Alguna de aquellas cosas significaba algo para Cian? Teniendo tanto, ¿podía importarle un solo objeto?

En el aparador más grande había dos altos candelabros de plata y Hoyt se preguntó si quizá... si habían tenido importancia para su hermano alguna vez.

Esos candelabros habían pertenecido a su madre.

Alzó uno y tuvo una imagen de ella —clara y transparente como el agua de un lago— sentada a la rueca e hilando, cantando una de las viejas canciones que tanto le gustaban mientras seguía el ritmo con el pie.

Llevaba un vestido azul y velo, y su rostro era joven y sereno, una apacible satisfacción la cubría como un manto de seda suave. Pudo ver que su cuerpo estaba abultado por el niño que llevaba en el vientre. No, se corrigió, por los niños: Cian y él.

Y, sobre el aparador que había debajo de la ventana, junto a la mujer, los dos candelabros.

—Fueron un regalo de mi padre el día de mi boda, de todos los presentes que recibí, es el que más estimo. Algún día, uno de ellos será para ti y el otro para Cian. Y de ese modo pasará de unos a otros, y el donante será recordado cada vez que se encienda la vela.

Hoyt se consoló pensando que no necesitaba ninguna vela para recordar a su madre. Pero el candelabro pesaba en sus manos cuando lo llevó a la torre.

Glenna alzó la vista del caldero donde estaba mezclando sus hierbas para preparar la poción.

—Oh, es perfecto. Y tan hermoso. Qué lastima que tengamos que fundirlo. —Glenna dejó su trabajo por un momento para examinar mejor el candelabro—. Es muy pesado. Y antiguo, me parece.

—Sí, es muy antiguo —confirmó Hoyt.

Entonces Glenna lo entendió, y sintió una leve punzada en el corazón.

—¿Era de tu familia?

El rostro, la voz de Hoyt eran deliberadamente inexpresivos.

—Debió ser para mí, y así ha sido.

Glenna estuvo a punto de decirle que buscara alguna otra cosa, algún objeto que no tuviese un significado afectivo tan grande para él, pero decidió tragarse las palabras. Pensó que entendía perfectamente por qué había hecho esa elección. Tenía que tener un coste. La magia pedía un precio.

—El sacrificio que estás haciendo fortalecerá el conjuro. Espera. —Ella se quitó un anillo del dedo corazón de la mano derecha—. Era de mi abuela.

—No es necesario.

—Es un sacrificio personal, tuyo y mío. Estamos pidiendo mucho. Necesito un poco de tiempo para idear el conjuro. No he encontrado nada en mis libros que pueda servirnos para nuestro propósito, de modo que tendremos que solventar eso.

Cuando Larkin llegó a la puerta de la torre, ambos estaban profundamente absortos en los libros.

Echó un vistazo alrededor de la habitación y permaneció en el umbral.

—Me han enviado a buscaros. El sol se ha puesto y pronto empezaremos el entrenamiento nocturno.

—Dile a King que iremos en cuanto hayamos terminado lo que estamos haciendo —dijo Glenna—. Estamos en mitad de algo.

—Se lo diré, pero no creo que vaya a gustarle.

Larkin cerró la puerta y se marchó.

—Ya casi lo tengo. Voy a dibujar el que creo que debería ser su aspecto y luego ambos lo visualizaremos. ¿Hoyt?

—Debe ser puro —dijo casi hablando consigo mismo—. Conjurado tanto con fe como con magia.

Glenna dejó a Hoyt con ello y comenzó a dibujar. Simple, pensó, y con tradición. Alzó la vista y vio que Hoyt estaba sentado, con los ojos cerrados. Reuniendo poder, supuso, y sus pensamientos.

Una expresión tan seria, y un rostro, se dio cuenta, en el que había llegado a confiar plenamente. Tenía la sensación de que conocía esa cara desde siempre, igual que el sonido y la cadencia de su voz.

En cambio, el tiempo de que disponían era muy poco, un puñado de granos en la arena de un reloj.

Si conseguían la victoria —no, cuando, cuando consiguieran la victoria—, Hoyt regresaría a su tiempo, su vida, su mundo. Y ella a los suyos. Pero nada volvería a ser lo mismo. Y nada podría llenar jamás el vacío que él dejaría detrás.

—Hoyt.

Sus ojos eran diferentes cuando se encontraron con los de ella. Más profundos y más oscuros. Empujó el dibujo hacia él.

—¿Crees que esto servirá?

Hoyt levantó el papel y estudió el dibujo.

—Sí, excepto por esto.

Cogió el lápiz que Glenna tenía en la mano y añadió unas líneas en la larga base de la cruz celta que ella había dibujado.

—Es escritura ogham. Un lenguaje muy antiguo.

—Sé lo que es la escritura ogham. ¿Qué dice?

—Dice «luz».

Ella asintió con una sonrisa.

—Entonces es perfecto. Éste es el conjuro. A mí me parece bien.

Hoyt cogió el papel y la miró.

—¿Versos?

—Así es como trabajo. Tendrás que aceptarlo. Y quiero un círculo. Me sentiré mejor si tenemos uno.

Hoyt se levantó, aceptando la petición de Glenna de que trazaran el círculo juntos. Ella colocó unas velas y observó mientras Hoyt las prendía.

—Haremos el fuego juntos —dijo.

Hoyt tendió la mano hacia ella.

El poder ascendió por su brazo y llegó hasta su corazón. Y el fuego, puro y blanco, ardió a unos centímetros del suelo. Hoyt alzó el caldero y lo colocó encima de las llamas.

—Plata antigua y plata brillante. —Hoyt metió el candelabro dentro del caldero—. Vuélvete líquida bajo esta luz.

—Desde la torre del hechicero —continuó Glenna, añadiendo el jade rojo y las hierbas— exhortamos a esta llama para que libere tu poder.

Dejó caer el anillo de su abuela dentro del caldero.

—Poderes del cielo y el mar, del aire y de la tierra, os invocamos. Nosotros, vuestros siervos, imploramos esta bendición, protegernos en este tiempo de prueba. Respondemos a vuestro encargo con cabeza, corazón y mano para derrotar a la oscuridad en la Tierra. De modo que os invocamos tres veces para proteger a aquellos que os sirven fielmente.

—Que esta cruz arroje luz en la noche.

Mientras ambos entonaban juntos el último cántico tres veces, el caldero comenzó a desprender un humo gris y las llamas blancas que ardían debajo se volvieron más brillantes.

La luz, el calor y el humo envolvieron a Glenna por completo mientras su voz se elevaba junto a la de Hoyt. A través de esa mezcla pudo ver los ojos de él, sólo sus ojos, fijos en los de ella.

En su corazón, en su vientre, la mujer sintió que algo se calentaba y crecía. Más fuerte, más potente que cualquier otra cosa que hubiese conocido nunca y que se arremolinó en su interior mientras Hoyt, con su mano libre, arrojaba el resto del polvo de jade dentro del caldero.

—Y cada cruz de plata será un escudo para nosotros. Que así sea.

La habitación estalló de luz y su fuerza hizo que temblasen el suelo y las paredes. El caldero se volcó, derramando el líquido plateado encima de las llamas.

La fuerza estuvo a punto de derribar también a Glenna, pero los brazos de Hoyt la sujetaron. Dio media vuelta para protegerla con su cuerpo de las llamas súbitamente crecidas y del viento atronador.

Hoyt vio que la puerta se abría. Por un instante, Cian quedó enmarcado en la entrada de la torre, inmerso en esa luz imposible, y luego desapareció.

—¡No! ¡No! —Hoyt arrastró a Glenna con él y rompió el círculo. La luz se encogió sobre sí misma, se engulló a sí misma y se esfumó con un poderoso estruendo.

Cian sangraba tendido en el suelo, con la camisa medio quemada y aún humeante.

Hoyt se hincó de rodillas y sus dedos buscaron el pulso de su hermano antes de recordar que no lo encontraría en ningún caso.

—Dios mío, Dios mío, ¿qué es lo que he hecho?

—Está gravemente quemado. Qítale la camisa. —La voz de Glenna era fresca como agua e igualmente tranquila—. Con cuidado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué coño has hecho? —King apartó violentamente a Hoyt—. Hijo de puta. Cian. Dios mío.

—Estábamos acabando de hacer un conjuro y Cian abrió la puerta. Había mucha luz. No ha sido culpa de nadie. Larkin —continuó Glenna—, ayuda a King a llevar a Cian a su habitación. Yo iré en seguida. Tengo algunas cosas que pueden ayudarle.

—No está muerto —dijo Hoyt en voz baja, mirando a su hermano—. No está muerto.

—No está muerto —repitió Glenna—. Yo puedo ayudarle. Soy una buena curadora. Es uno de mis puntos fuertes.

—Yo te ayudaré. —Moir se acercó y se apoyó en la pared mientras King y Larkin levantaban a Cian—. Tengo alguna experiencia en esto.

—Bien. Ve con ellos. Buscaré las cosas que necesito. Hoyt, puedo ayudarle.

—¿Qué es lo que hemos hecho? —Hoyt se miraba las manos con expresión de impotencia. Aunque aún vibraban como consecuencia de la potencia del conjuro, las sentía vacías e inútiles—. Era algo más poderoso que todo lo que he hecho hasta ahora.

Glenna le cogió de la mano y le arrastró nuevamente dentro de la habitación de la torre.

El círculo era visible sobre el suelo tras haber ardido y dejado un anillo blanco abrasado. En el centro del mismo brillaban nueve cruces de plata con un círculo de jaspe rojo en la unión de ambos brazos.

—Nueve. Tres veces tres. Pensaremos acerca de esto más tarde. Creo que por ahora deberíamos dejarlas donde están. No sé, dejar que se asienten.

Hoyt ignoró las palabras de Glenna, entró en el círculo y cogió una de las pequeñas cruces de plata.

—Está fría.

—Genial. Bien —dijo Glenna. Pero su mente ya estaba concentrada en Cian y en lo que habría que hacer para ayudarle. Cogió su caja con pociones y hierbas—. Tengo que bajar y hacer por él todo lo que pueda. No ha sido culpa de nadie, Hoyt.

—Dos veces. He estado a punto de matar a mi hermano dos veces.

—Esto ha sido cosa mía tanto como tuya. ¿Vienes conmigo?

—No.

Glenna fue a decir algo, luego meneó la cabeza y abandonó rápidamente la habitación.

En el espléndido dormitorio, el vampiro yacía inmóvil sobre la enorme cama. Su rostro era el de un ángel. Un ángel del infierno, pensó Moira. Envío a los hombres a por agua caliente y vendas; lo hizo sobre todo para quitarlos de en medio.

Ahora estaba a solas con el vampiro, quien estaba tendido sobre la cama, inmóvil como la muerte.

Si apoyaba la mano sobre su pecho no percibiría absolutamente ningún latido de su corazón. No habría aliento alguno que empañase un cristal si lo acercaba a sus labios. Y su imagen no se reflejaría en él.

Moira había leído todas esas cosas en los libros, y muchas más.

Sin embargo, él le había salvado la vida, y se lo debía.

Se acercó a un costado del lecho y usó la escasa magia que tenía para tratar de enfriar su piel quemada. Sintió un acceso de náusea que consiguió controlar. Nunca había visto una carne tan chamuscada. ¿Cómo era posible que alguien —algo— pudiese sobrevivir a unas heridas tan terribles?

Los ojos azules de Cian se abrieron súbitamente. Su mano se cerró alrededor de su muñeca.

—¿Qué estás haciendo?

—Estás malherido. —Odiaba oír el temblor de su voz, pero el miedo que sentía ante él, estando sola con él, era incontrolable—. Has tenido un accidente. Estoy esperando a Glenna, te ayudaremos. Ahora no debes moverte. —Moira pudo ver el momento en que el dolor se cebaba en él, y parte de su miedo desapareció—. No te muevas —repitió—. Puedo aliviarte un poco las quemaduras.

—¿No preferirías acaso que ardiese en el infierno?

—No lo sé. Pero sé que no quiero ser yo quien te envíe allí. Anoche no te habría disparado esa flecha, y me siento avergonzada por haber permitido que creyeras que podría hacer semejante cosa. Te debo la vida.

—Márchate y estaremos en paz.

—Ahora vendrá Glenna. ¿Te refresca un poco?

Cian se limitó a cerrar los ojos y su cuerpo se estremeció.

—Necesito sangre.

—Bueno, puedo asegurarte que no será la mía. No soy *tan* agradecida.

Moira creyó ver que sus labios se curvaban ligeramente.

—Mo me refiero a la tuya, aunque apostaría a que es muy sabrosa. —Tuvo que recuperar el aliento que el dolor le robaba—. En esa caja que hay al otro lado de la habitación. La caja negra con el asa de plata. Necesito sangre para... bueno, la necesito.

Moira dejó que fuese él quien abriera la caja, luego hizo un esfuerzo para reprimir la repulsión que sintió al ver las bolsas transparentes, con su contenido de líquido rojo oscuro.

—Acércamela, arrójamela y echa a correr, lo que prefieras, pero la necesito ahora.

Moira le llevó la caja, luego vio que Cian hacía un esfuerzo para incorporarse e intentar abrir una de las bolsas de sangre con sus manos quemadas. Sin decir nada, ella cogió la bolsa de plástico y la abrió, derramando algunas gotas.

—Lo siento.

Moira hizo acopio de valor para pasarle un brazo por encima de los hombros al tiempo que con la mano libre le acercaba la bolsa a los labios.

Cian la miró mientras bebía y ella se obligó a sostener su mirada sin pestañar.

Cuando hubo vaciado la bolsa, Moira volvió a apoyar con cuidado la cabeza de Cian sobre la almohada antes de ir al baño en busca de una toalla para limpiarle la sangre de la boca y la barbilla.

—Eres una mujer pequeña pero valiente.

Moira percibió cierta ironía en su voz y que recuperaba algo de sus fuerzas.

—Tú no tienes elección a causa de lo que eres. Yo no la tengo a causa de lo que soy.

Moira se apartó de la cama cuando Glenna entró en la habitación.

—¿Quieres algo para el dolor? —preguntó Glenna mientras untaba una fina gasa con bálsamo.

—¿Qué es lo que tienes?

—Un poco de todo. —Apoyó suavemente la gasa sobre el pecho de Cian—. Lo siento, Cian. Tendríamos que haber cerrado la puerta con llave.

—Una puerta cerrada con llave no me habría impedido entrar en la habitación, no en mi propia casa. La próxima vez podríais intentarlo con alguna clase de cartel, algo así como... ¡Piérdete!

—Lo sé, lo siento, lo sé. En unos minutos te sentirás mejor. ¿Un cartel? —continuó diciendo Glenna con voz suave y sedante mientras trabajaba sobre las quemaduras de Cian—. Algo como: magia inflamable. No pasar.

—Eso ayudaría a que nadie resultara lastimado. —Cian sentía el dolor de las quemaduras no sólo en la piel sino también en los huesos, como si el fuego hubiese ardido dentro y fuera de él—. ¿Qué coño estabais haciendo allí?

—Más de lo que ninguno de nosotros esperaba. Moira, unta más bálsamo en una venda, por favor. ¿Cian?

—¿Qué?

Ella se limitó a mirarle intensamente, con sus manos revoloteando encima de sus quemaduras más graves. Glenna sentía el calor, pero no su liberación.

—Esto no funcionará a menos que tú lo permitas —le dijo—. A menos que confíes en mí y lo dejes salir.

—Un precio muy alto para un poco de alivio, sumado al hecho de que tú eres en parte responsable de lo que me ha puesto en este estado.

—¿Por qué querría Glenna hacerte daño? —intervino Moira al tiempo que seguía untando la venda con bálsamo—. Ella te necesita. Todos te necesitamos, nos guste o no.

—Un minuto —dijo Glenna—. Confía en mí sólo un minuto. Quiero ayudarte; es necesario que lo creas. Tienes que creerme. Mirame a los ojos. Sí, eso es.

«Ahora sí. Calor y liberación, calor y liberación».

—Muy bien, eso está mejor. Un poco mejor. ¿Sí?

Cian comprendió que ella había traspasado parte de las quemaduras de él dentro de ella. Jamás lo olvidaría.

—Un poco mejor, sí. Gracias.

Glenna aplicó más vendas untadas con bálsamo sobre las heridas y se volvió hacia la caja donde guardaba sus pomadas y hierbas.

—Ahora limpiaré los cortes y trataré las magulladuras y luego te daré algo que te ayudará a descansar.

—No quiero descansar.

Glenna cambió de postura acomodándose en la cama, para poder limpiar los cortes que Cian tenía en el rostro. Con un gesto de asombro apoyó los dedos sobre sus mejillas y le hizo girar la cabeza.

—Pensé que eran peores.

—Lo eran. Me curo de prisa de la mayoría de las heridas.

—Me alegro por ti. ¿Cómo está tu visión?

Él volvió hacia ella sus cálidos ojos azules.

—Te veo bastante bien, pelirroja.

—Podrías tener una contusión. ¿Puedes sufrir contusiones? Me imagino que sí —dijo ella antes de que él pudiese contestarle—. ¿Tienes quemaduras en alguna otra parte del cuerpo? —Comenzó a bajar la sábana y luego le lanzó una mirada traviesa—. ¿Es verdad lo que dicen acerca de los vampiros?

La pregunta hizo que Cian se echase a reír y luego lanzara un gemido de dolor.

—Eso es un mito. Tenemos los mismos atributos que antes del cambio. Puedes comprobarlo por ti misma, pero no estoy herido en esa zona. Me dio de lleno en el pecho.

—Preservaremos tu modestia... y mis ilusiones. —Cuando ella retiró las manos, la expresión divertida desapareció del rostro de Cian—. Pensé que te habíamos matado. Y él también. Ahora está sufriendo.

—Oh, él está sufriendo, ¿verdad? Tal vez le gustase cambiar de lugar conmigo.

—Sabes muy bien que lo haría. No importa lo que pienses de Hoyt, él te quiere. No puede eliminar ese sentimiento, y no ha tenido tanto tiempo como tú para alejarse de su hermano.

—Dejamos de ser hermanos la noche misma de mi muerte.

—No, no es verdad. Y te estás engañando si piensas eso. —Se levantó de la cama—. He hecho todo lo que está en mi mano para que estés cómodo. Volveré dentro de una hora y te cambiaré las vendas.

Glenna recogió sus cosas. Moira abandonó la habitación antes que ella y esperó.

—¿Qué ha sido lo que le ha provocado esas quemaduras?

—No estoy del todo segura.

—Es necesario que lo sepas, porque es una arma muy poderosa contra los de su especie. Podríamos utilizarlo contra ellos.

—No lo estábamos controlando. No sé si podemos hacerlo.

—Si pudieras —insistió Moira.

Glenna abrió la puerta de su habitación y entró la caja con sus cosas. No estaba preparada para regresar aún a la torre.

—Que yo sepa, eso nos controlaba a nosotros. Era algo enorme y poderoso. Demasiado poderoso como para que cualquiera de nosotros pueda manejarlo. Incluso Hoyt y yo juntos, y estábamos tan unidos como nunca lo he estado con nadie, no fuimos capaces de controlarlo. Era como estar dentro del sol.

—El sol es una arma.

—Si no sabes cómo usar una espada, puedes cortar tu propia mano tanto como la de tu enemigo.

—Por eso aprendes a utilizarla —dijo Moira.

Glenna se inclinó sobre la cama y luego levantó una mano.

—Estoy temblando —dijo, mirándola oscilar en el aire—. Y hay partes dentro de mi cuerpo que no sabía que tuviese y que están temblando igual que mi mano.

—Y yo te estoy importunando, lo siento. Cuando estabas curando al vampiro parecías tan tranquila, tan controlada.

—Él tiene un nombre: Cian. Empieza a usarlo. —Ante el tono cortante de Glenna, la cabeza de Moira se sacudió como si hubiese recibido una bofetada, y sus ojos se abrieron como platos—.

Lamento lo de tu madre. Me siento enferma por ello, pero Cian no la mató. Si a tu madre la hubiese matado un hombre rubio de ojos azules, ¿tú irías por el mundo odiando a todos los hombres rubios de ojos azules?

—No es lo mismo, ni mucho menos.

—Es bastante parecido, especialmente en nuestra situación.

Una férrea obstinación endureció las facciones Moira.

—Lo he alimentado con sangre y le he dado lo poco que podía para aliviarlo. Te he ayudado a curar sus quemaduras. Eso debería ser suficiente.

—Pues no lo es. Un momento —pidió Glenna cuando Moira dio media vuelta para marcharse—. Sólo un momento. Estoy temblando e irritada por todo esto. Sólo quiero que esperes un momento. Si antes te ha parecido que estaba tranquila es porque así es como yo funciono. Manejo las crisis y luego me derrumbo. Ahora estamos en la parte en que me toca derrumbarme. Pero lo que he dicho sigue siendo válido, Moira. Lo mismo que lo que tú le has dicho allí dentro. Lo necesitamos. Tendrás que empezar a pensar en él como Cian, y a tratarlo como a una persona y no como a una cosa.

—Ellos la hicieron pedazos. —Los ojos de Moira se llenaron de lágrimas mientras el muro del desafío se derrumbaba—. No, él no estaba allí, no tomó parte en lo que pasó. Él alzó su espada para defenderme, lo sé; pero no puedo sentirlo. —Moira se apoyó una mano en el corazón—. No puedo sentirlo. Ellos no permitieron que viviese el duelo. No me dieron tiempo para llorar a mi propia madre. Y ahora, ahora que estoy aquí, todo es furia y aflicción. Todo es sangre y muerte. No quiero llevar esta carga sobre los hombros. Lejos de mi gente, lejos de todo lo que conozco. ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué nos han encomendado esta misión? ¿Por qué no hay respuestas?

—No lo sé, lo cual es otra falta de respuesta. Lo siento, siento horriblemente lo que le ocurrió a tu madre, Moira. Pero tú no eres la única que siente furia y dolor. Y tampoco eres la única que hace preguntas y desea volver a la vida que conocía.

—Un día, tú regresarás. Yo en cambio nunca podré hacerlo. —Moira abrió la puerta y se marchó.

—Perfecto. Simplemente perfecto. —Glenna ocultó el rostro entre las manos.

En la habitación de la torre, Hoyt colocó cada una de las cruces sobre un trozo de tela blanca. Eran frías al tacto, y aunque el metal se había empañado ligeramente, su luz era lo bastante brillante como para hacerle parpadear.

Cogió el caldero de Glenna. Estaba negro y chamuscado. Hoyt dudó de que pudiesen volver a utilizarlo y se preguntó si eso era lo que se pretendía. Las velas que ella había colocado y encendido no eran más que pequeños charcos de cera en el suelo. Habría que limpiarlo. Toda la habitación tenía que ser limpiada a conciencia antes de realizar otra sesión de magia en ella.

El círculo ahora había quedado grabado en el suelo: un fino anillo de blanco puro. Y la sangre de su hermano manchaba el suelo y las paredes al otro lado de la puerta.

Sacrificio, pensó. El poder siempre tenía un precio. Su entrega del candelabro de plata de su madre, el anillo de la abuela de Glenna no habían sido suficientes.

La luz había ardido con enorme brillo e intensidad, con un calor violento. Sin embargo, no había quemado su piel. Alzó la mano, la examinó. Intacta. Temblorosa, hubo de reconocer, pero sin una sola marca.

La luz lo había llenado por completo, casi lo había consumido. Le había unido de tal modo a Glenna que había sido casi como si fuesen una sola persona, un único poder.

Y ese poder había sido impetuoso y fantástico, se había lanzado contra su hermano como la ira de los dioses. Había derribado a la otra mitad de sí mismo mientras el hechicero guiaba el rayo.

Y ahora Hoyt se sentía completamente vacío. El poder que quedaba en él era como plomo, pesado y frío; plomo recubierto por una gruesa capa de culpa.

De momento no podía hacer nada, nada salvo poner un poco de orden en la habitación. Se dedicó a las tareas básicas para calmarse. Cuando King irrumpió en la habitación, Hoyt permaneció inmóvil, con los brazos a los lados del cuerpo, y recibió en pleno rostro el golpe que estaba esperando.

Mientras salía despedido hacia la pared, tuvo un instante para pensar que era como ser golpeado con un ariete. Luego simplemente se deslizó al suelo.

—Levántate. Levántate, hijo de puta.

Hoyt escupió sangre. Su visión estaba desenfocada, de modo que veía a varios gigantes negros de pie junto a él con puños grandes como jamones. Apoyó una mano en la pared y consiguió ponerse en pie.

El ariete volvió a golpearle con violencia. Esta vez su visión se volvió roja, negra, y titiló débilmente hasta volverse gris. La voz de King se convirtió apenas en un susurro en sus oídos, pero luchó por obedecer la orden de volver a levantarse.

Vio un relámpago de color a través del gris, sintió una corriente de calor a través del dolor helado.

Glenna entró en la habitación como una exhalación. No se molestó en empujar a King, sino que le asestó un violento golpe con el codo en el abdomen y luego se arrodilló delante de Hoyt para protegerle.

—¡Basta! Apártate de él, jodido cabrón. Oh, Hoyt, tu cara.

—Vete.

Hoyt apenas pudo musitar las palabras y su estómago se revolvió cuando empujó a Glenna e intentó ponerse de nuevo en pie.

—Adelante, golpéame. Venga. —King extendió los brazos y luego se golpeó a sí mismo ligeramente en la barbilla—. Te dejaré devolverme un golpe. Joder, te regalaré dos golpes, miserable hijo de puta. Es más de lo que tú le diste a Cian.

—Entonces ha muerto. Apártate de mí. —Hoyt empujó a Glenna—. Adelante —le dijo a King—. Acaba tu trabajo.

Aunque mantenía los puños cerrados, King los bajó unos centímetros. Hoyt apenas se tenía en pie y la sangre le manaba de la nariz y la boca. Uno de sus ojos estaba ya completamente cerrado. Se balanceaba delante del gigante esperando el siguiente golpe.

—¿Es estúpido o sólo se ha vuelto loco? —preguntó King

—Ninguna de las dos cosas —contestó Glenna—. Él cree que ha matado a su hermano, de modo que se quedará quieto y permitirá que le mates a golpes porque se culpa tanto como tú le culpas a él. Y ambos estáis equivocados. Cian no ha muerto. Hoyt, tu hermano se pondrá bien. Está descansando, eso es todo. Está descansando.

—¿No ha muerto? —preguntó Hoyt.

—No lo conseguiste y no tendrás una segunda oportunidad —dijo King.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Glenna se volvió hacia él—. Nadie ha intentado matar a nadie.

—Apártate, pelirroja. —King movió el pulgar—. No quiero hacerte daño.

—¿Por qué no? Si él es responsable, yo también lo soy. Estábamos trabajando juntos. Estábamos

haciendo lo que vinimos a hacer aquí, *maldita sea*. Cian entró en el momento equivocado, es tan simple y trágico como eso. Si Hoyt pudiera y quisiera herir deliberadamente a Cian de ese modo, ¿crees que ahora tú estarías aquí tan tranquilo? Él podría hacerte pedazos con un pensamiento. Y yo le ayudaría.

King entrecerró sus ojos bicolor e hizo un gesto desagradable con la boca. Pero mantuvo los puños cerrados a los lados del cuerpo.

—¿Y por qué no lo hacéis?

—Porque eso va contra todo lo que somos. Quizá no puedas entenderlo, pero a menos que seas estúpido como un ladrillo, deberías comprender que cualquier afecto y lealtad que sientas por Cian, Hoyt también los siente. Y los ha sentido desde el día en que nació. Ahora lárgate de aquí.

King abrió las manos y las frotó contra sus pantalones.

—Quizá estaba equivocado.

—Eso es un gran consuelo.

—Voy a ver a Cian. Si no me quedo satisfecho, volveré a terminar mi trabajo.

Cuando King abandonó la habitación, Glenna lo ignoró y se volvió para ayudar a Hoyt.

—Ven, necesitas sentarte.

—¿Quieres largarte?

—No, no lo haré.

Por toda respuesta, Hoyt se dejó caer en el suelo.

Glenna, resignada, fue a buscar un paño y vertió en un cuenco un poco de agua de una jarra.

—Parece que tendré que pasarme toda la tarde limpiando sangre.

Se arrodilló junto a Hoyt, mojó el paño y luego limpió suavemente la sangre de su rostro.

—He mentido. Sí, eres un estúpido por permitir que te golpease. Y un estúpido por sentirte culpable. Y un cobarde, también.

Los ojos de Hoyt, hinchados e inyectados en sangre, se volvieron hacia ella.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Cobarde —repitió Glenna con voz cortante, porque las lágrimas comenzaban a surgir de la base de su garganta—. Quedarte aquí, lamentándote, en lugar de bajar a ayudarnos. En lugar de bajar a ver en qué estado se encontraba tu hermano. Que no es mucho peor que el tuyo en este momento.

—No estoy de humor para que me hieras con tus palabras o revolotees a mi alrededor.

Hizo un gesto con la mano para indicarle que se marchase.

—Bien. Muy bien —dijo ella. Y lanzó el paño dentro del cuenco salpicando el suelo con el agua—. Cuidate tú mismo entonces. Estoy cansada de todos vosotros. Siempre lamentándoos, compadeciándoos. Inútiles. Si quieres mi opinión, creo que Morrigan cometió un grave error al elegir a este grupo.

—¿Siempre lamentándonos, compadeciándonos, inútiles? Olvidas tu parte en esto, arpía.

Ella inclinó la cabeza.

—Ésa es una palabra débil y anticuada. Hoy decimos simplemente zorra.

—Tu mundo, tu palabra.

—Así es. Mientras te quedas aquí arriba lamentándote de tus desgracias, puedes dedicar un minuto a considerar esto: esta noche hemos hecho algo realmente asombroso. —Señaló las pequeñas cruces de plata que descansaban sobre la mesa—. Algo que va mucho más allá de cualquier cosa que

yo haya experimentado antes alguna vez. El hecho es que debimos, pudimos, unir de alguna manera a este grupo ridículo. Pero en cambio todos estamos gimiendo en nuestros rincones, de modo que supongo que la magia y el momento han sido desperdiciados.

Glenna abandonó la habitación justo en el momento en que Larkin subía a la torre.

—Cian se está levantando. Dice que ya hemos perdido demasiado tiempo y que esta noche entrenaremos una hora extra.

—Puedes decirle que me bese el culo.

Larkin parpadeó y luego se volvió para ver cómo Glenna bajaba la escalera rápidamente.

—No cabe duda de que lo tiene muy bonito —dijo, aunque en un tono de voz apenas audible.

Larkin asomó la cabeza a la habitación de la torre y vio a Hoyt sentado en el suelo y sangrando.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Ella te ha hecho eso?

Hoyt hizo una mueca y decidió que su castigo aún no había terminado.

—No. Por el amor de Dios, ¿acaso te parezco un hombre que puede ser derrotado por una mujer?

—Ella me parece una mujer formidable. —Aunque habría preferido mantenerse alejado de las zonas donde se practicaba la magia, no podía dejar a Hoyt allí tirado, de modo que se acercó y se agachó junto a él—. Bien, estás hecho un desastre, ¿lo sabías? Tienes los dos ojos a la funerala.

—Tonterías. Ayúdame a levantarme, ¿quieres?

Larkin lo ayudó y le ofreció su hombro para que Hoyt se apoyase en él.

—No sé qué rayos ha ocurrido aquí, pero Glenna está furiosa y Moira se ha encerrado en su habitación. Cian parece haber sido blanco de la cólera de todos los dioses, pero se ha levantado de la cama y dice que debemos entrenar. King ha abierto una botella de whisky y yo estoy pensando en unirme a él.

Hoyt se palpó con cuidado el pómulo y lanzó un gemido cuando el dolor le atravesó la cara.

—No está roto, he tenido suerte. Glenna podría haber hecho algo por ayudarme en lugar de soltarme un sermón.

—Las palabras son el arma más afilada de una mujer. Por el aspecto que tienes, yo diría que tú también deberías beber un poco de ese whisky.

—Debería. —Hoyt apoyó una mano sobre la mesa y rezó por poder recuperar pronto el equilibrio—. Larkin, haz lo que puedas para reunirlos a todos en la zona de entrenamiento. Yo bajaré en seguida.

—Arriesgando mi vida, pero de acuerdo. Intentaré convencer a las damas con dulzura y encanto. Ellas quedarán prendadas de mí o me patearán las pelotas.

No se las patearon, pero tampoco bajaron radiantes de felicidad. Moira se sentó con la piernas cruzadas encima de una mesa, cabizbaja y con los ojos hinchados por el llanto. Glenna se quedó en un rincón, con una copa de vino y un evidente malhumor. King permaneció en su propio rincón, sacudiendo el hielo en su vaso de whisky.

Cian estaba sentado y tamborileaba con los dedos en el brazo del sillón. Su rostro estaba blanco como el yeso y las quemaduras de las zonas que la camisa suelta no alcanzaba a cubrir se veían lívidas.

—No estaría mal un poco de música —dijo Larkin para romper el silencio—. La clase de música que se escucha en las piras funerarias y otras por el estilo.

—Hoy trabajaremos la agilidad y la forma física. —Cian paseó la mirada por la habitación—.

Hasta ahora no he visto mucho de eso en ninguno de vosotros.

—¿Es necesario que seas tan insultante? —preguntó Moira cansinamente—. ¿Tiene sentido todo esto? ¿Intercambiar golpes y estocadas con las espadas? Has sufrido las quemaduras más horribles que he visto en mi vida y aquí estás, una hora después, nuevamente de pie. Si una magia semejante no puede derribarte, mantenerte en el suelo, ¿qué podrá hacerlo?

—Deduzco que te sentirías más feliz si me hubiese convertido en un montón de cenizas. Me alegra decepcionarte.

—Eso no es lo que Moira quería decir.

Glenna se echó el pelo hacia atrás con un gesto de irritación.

—¿Ahora eres su intérprete? —preguntó Cian.

—No necesito que nadie hable por mí —replicó Moira—. Y no necesito que me digan lo que debo hacer cada maldita hora de cada maldito día. Sé qué es lo que mata a los vampiros, lo he leído en los libros.

—Oh, bien, así que lo has leído los libros. —Cian señaló las puertas—. Entonces adelante. Sal allí fuera y cárgate a un par de ellos.

—Eso sería mejor que estar dando volteretas por el suelo aquí dentro, como si estuviese en un circo —replicó ella.

—Estoy de acuerdo con Moira. —Larkin apoyó la mano en el mango de su cuchillo—. Deberíamos salir a cazarles, pasar a la ofensiva. Ni siquiera hemos colocado un guardia o enviado un explorador.

—Ésta no es esa clase de guerra, muchacho.

Los ojos de Larkin destellaron de furia.

—No soy un muchacho y, por lo que puedo ver, ésta no es una guerra de ninguna clase.

—No sabes a lo que nos enfrentamos —intervino Glenna.

—¿No lo sé? Maté a tres de ellos con mis manos.

—Eran débiles, jóvenes. Ella no desperdició a sus mejores elementos con vosotros. —Cian se levantó del sillón. Se movía rígidamente y con evidente esfuerzo—. Además, recibisteis ayuda y tuvisteis suerte. Pero si os hubieseis topado con algunos vampiros veteranos, hábiles, en este momento estaríais muertos.

—Soy capaz de defender mi terreno.

—Pues defiéndelo conmigo. Atácame.

—Estás herido. No sería justo.

—Déjate de justicias. Si me derribas, iré contigo. —Cian señaló hacia la puerta—. Saldremos de caza esta noche.

El interés brilló en los ojos de Larkin.

—¿Tengo tu palabra?

—Tienes mi palabra. Derribame.

—Muy bien entonces.

Larkin se acercó rápidamente a Cian, luego giró alejándose de él. Lanzó algunos golpes, hizo unas fintas y volvió a girar. Cian se limitó a estirar la mano, coger a Larkin del cuello y levantarlo del suelo.

—No quieres bailar con un vampiro —dijo, y lo lanzó hasta casi el otro extremo de la habitación.

—Cabrón. —Moira se levantó y corrió al lado de su primo—. Casi le estrangulas.

—El «casi» es aquí lo que cuenta.

—¿Esto era realmente necesario?

Glenna se acercó a Larkin y apoyó las manos sobre su garganta.

—El chico se lo buscó —dijo King y Glenna se volvió hacia él furiosa.

—No eres más que un matón. Los dos lo sois.

—Estoy bien, estoy bien. —Larkin tosió y se aclaró la garganta—. Ha sido un buen movimiento —le dijo a Cian—. Ni siquiera lo he visto venir.

—Hasta que puedas hacerlo, y lo hagas, no saldrás a cazar. —Cian volvió a sentarse en el sillón

—. Es hora de trabajar.

—Te pediría que esperases.

Hoyt entró en la habitación.

Cian ni siquiera se dignó mirarlo.

—Ya hemos esperado demasiado.

—Sólo un poco más. Tengo algunas cosas que decir. En primer lugar a ti. Cometí una imprudencia, pero tú también. Yo tendría que haber atrancado la puerta, pero tú no tendrías que haber entrado.

—Ésta es ahora mi casa. No ha sido tuya desde hace siglos.

—Puede que así sea. Pero la cautela y la cortesía no deberían olvidarse cuando uno se acerca a una puerta, especialmente cuando dentro de la habitación se está practicando magia. Cian —esperó a que su hermano lo mirase—, yo nunca te habría hecho daño. No me importa si lo crees o no. Yo nunca te habría hecho daño.

—No sé si yo podría decir lo mismo. —Cian señaló con la barbilla el rostro de Hoyt—. ¿Tu magia te ha hecho eso en la cara?

—Es otra consecuencia de lo mismo.

—Parece doloroso.

—Lo es.

—Pues entonces eso de alguna manera equilibra la balanza.

—Y a esto es a lo que hemos llegado, a la separación de nuestros poderes. —Hoyt se volvió para mirar a los demás—. Discusiones y resentimientos. Tenías razón —le dijo a Glenna—. Gran parte de lo que dijiste era cierto, aunque hablas demasiado.

—¿Oh, en serio?

—No estamos unidos y, hasta que no sea así, estaremos perdidos. Podemos entrenar y prepararnos cada hora de cada día del tiempo que nos queda, y no conseguir nunca la victoria. Porque, esto es lo que dijiste, tenemos un enemigo común, pero no un objetivo común.

—El objetivo es luchar contra ellos —interrumpió Larkin—. Luchar contra ellos y matarlos. Matarlos a todos.

—¿Por qué?

—Porque son demonios.

—Él también lo es.

Hoyt apoyó una mano en el respaldo del sillón de Cian.

—Pero él lucha a nuestro lado. Cian no amenaza Geall.

»Geall. Tú piensas en Geall y tú —le dijo a Moira— piensas en tu madre. King está aquí porque

sigue a Cian a todas partes y, a mi manera, yo también lo hago. Cian, ¿por qué estás tú aquí?

—Porque yo no sigo a nadie. ¿Y tú y ella?

—¿Por qué estás aquí, Glenna?

—Estoy aquí porque si no luchaba, si no lo intentaba, todo lo que tenemos y somos y sabemos cada uno de nosotros podría perderse. Porque lo que tengo en mi interior me exige que esté aquí. Y, sobre todo, porque el bien necesita soldados para luchar contra el mal.

«Oh, sí, aquello era una mujer», pensó Hoyt. Hacía que todos los demás se avergonzaran.

—Ésa es la respuesta. No hay otra, y ella es la única que la ha dicho. Somos necesarios. Eso es más fuerte que el valor o la venganza, que el orgullo o la lealtad. Somos necesarios. ¿Podemos permanecer separados y hacerlo? No, ni en mil años ni con mil más de nosotros para luchar. Nosotros somos los seis, el núcleo, el comienzo. No podemos seguir siendo unos extraños.

Se apartó del sillón de Cian y metió la mano en un bolsillo.

—Glenna propuso que hiciéramos un símbolo y un escudo, un símbolo del objetivo común. Esa unidad de propósito produjo la magia más poderosa que he experimentado ni visto en mi vida. Más poderosa de lo que podía esperar —añadió, mirando a Cian—. Creo que puede ayudar a protegernos si recordamos que una espada necesita un escudo, y si utilizamos ambos con un propósito común.

Sacó las cruces de modo que la plata brilló bajo la luz. Se acercó a King y le ofreció una.

—¿La usarás?

King dejó el vaso a un lado y cogió la cruz y la cadena. Examinó la cara de Hoyt mientras se colocaba la cadena alrededor del cuello.

—Podrías ponerte un poco de hielo en ese ojo —dijo.

—Podría ponerme mucho hielo. ¿Y tú?

Le tendió una cruz a Moira.

—Trabajaré para ser digna de ella. —Miró a Glenna con una disculpa en los ojos—. Esta noche no lo he hecho muy bien.

—Igual que todos —le dijo Hoyt—. ¿Larkin?

—No sólo por Geall —dijo Larkin al tiempo que cogía la cruz.

—Y tú. —Hoyt hizo ademán de alcanzarle la cruz a Glenna, pero luego se acercó a ella y se la colocó él mismo alrededor del cuello mientras la miraba a los ojos—. Creo que esta noche has conseguido avergonzarnos a todos.

—Trataré de no convertirlo en una costumbre. Toma.

Cogió la última cruz y pasó la cadena por encima de la cabeza de Hoyt. Luego, muy lentamente, tocó su mejilla herida con los labios.

Finalmente, Hoyt se volvió y se acercó a Cian.

—Si vas a preguntarme si usaría uno de esos chismes, puedes ahorrarte el aliento —dijo Cian.

—Sé que no puedes llevar una de estas cruces. Sé que no eres como nosotros y, aun así, te pido que nos acompañes en este propósito. —Le ofreció un colgante en forma de pentágono, muy parecido al que tenía Glenna—. La piedra del centro es jade, como la que llevan las cruces. No puedo darte un escudo, aún no, de modo que te ofrezco un símbolo. ¿Lo aceptarás?

Cian no dijo nada y extendió la mano. Cuando Hoyt depositó el colgante y la cadena sobre ella, Cian la movió ligeramente como si estuviese comprobando el peso.

—El metal y la piedra no forman un ejército —dijo.

—Pero son armas.

—Eso es verdad. —Cian se pasó la cadena por encima de la cabeza—. Ahora, si la ceremonia ha terminado, ¿podríamos volver al jodido trabajo?

Glenna, buscando un poco de soledad y algo en que ocuparse, se sirvió una copa de vino, sacó un cuaderno de notas y un lápiz y se sentó a la mesa de la cocina.

Una hora de tranquilidad, pensó, para serenarse y confeccionar algunas listas. Luego, quizá, dormiría un rato.

Cuando oyó que alguien se acercaba se irguió en la silla. ¿En una casa tan grande no podían encontrar otro lugar adonde ir?

King entró en la cocina y se quedó de pie junto a ella, cambiando el peso del cuerpo de una pierna a otra y con las manos hundidas en los bolsillos.

—¿Sí? —dijo Glenna.

—Esto... siento haberle partido la cara a Hoyt.

—Es su cara, creo que deberías disculparte con él.

—Los dos sabemos dónde estamos. Sólo quería dejar las cosas claras contigo.

Al ver que ella no decía nada, King se rascó la coronilla a través de su espesa pelambrera, y si un hombre de casi dos metros y ciento treinta kilos era capaz de retorcerse, King lo hizo.

—Escucha, subo a la torre y me encuentro con esa explosión de luz, y él está tendido en el suelo, sangrando y ardiendo. Ese tío es mi primer hechicero —continuó King después de hacer otra pausa—. Hace sólo una semana que lo conozco. A Cian lo conozco desde... hace mucho tiempo, y le debo mucho.

—De modo que cuando encontraste a Cian herido, supusiste, naturalmente, que su hermano había intentado matarlo.

—Sí. E imaginé que tú también habías participado en ello, pero a ti no podía molerte a palos.

—Aprecio tu caballerosidad.

El aguijón de su voz hizo que King diera un respingo.

—No cabe duda de que sabes cómo cortar en seco a un tío.

—Para cortarte a ti, yo cogería una motosierra. Oh, deja de mostrarte tan apenado y culpable. —

Glenna se apartó el pelo con un suspiro de fastidio—. Nosotros la cagamos, tú la cagaste y todos estamos jodidamente apenados por lo que pasó. Supongo que ahora quieres un poco de vino. ¿Quizá una galletita?

King no tuvo más remedio que sonreír.

—Tomaré una cerveza. —Abrió la nevera y cogió una botella—. Paso de la galletita. Eres una pateaculos, pelirroja. Una cualidad que admiro en una mujer, aunque sea mi culo el que recibe la bota.

—Nunca he sido así. Creo que no.

La chica era guapa aunque estaba pálida; debía de estar agotada. Él la había hecho trabajar, a todos ellos, duramente esa tarde, y por la noche, Cian los había terminado de exprimir.

Por supuesto, ella se había quejado un poco, pensó King. Pero no tanto como él había esperado. Y cuando pensaba en ello, Hoyt tenía razón: la pelirroja había sido la única que había sabido explicar qué coño estaban haciendo allí.

—Ese asunto del que ha hablado Hoyt, lo que tú dijiste, tiene mucho sentido. Si no nos ponemos las pilas, estamos perdidos. —Levantó la botella de cerveza y bebió la mitad de su contenido de un largo trago—. De modo que yo lo haré si tú lo haces.

Glenna miró la enorme mano que King le tendía y luego colocó la suya en ella.

—Creo que Cian es afortunado al tener a alguien que luchará por él. Que se preocupa por él.

—Él haría lo mismo por mí. Hace mucho que estamos juntos.

—En general lleva tiempo formar, solidificar, esa clase de amistad. Los demás no tendremos ese tiempo.

—Entonces supongo que deberemos tomar algunos atajos. ¿Estamos en paz ahora?

—Yo diría que ahora estamos en paz.

King acabó de beber la cerveza y luego lanzó la botella vacía en un cubo que había debajo del fregadero.

—Me voy a mi habitación. Y tú tendrías que hacer lo mismo. Duerme un poco.

—Lo haré.

Pero cuando la dejó nuevamente sola, ella estaba magullada, cansada y nerviosa, de modo que se sentó en la cocina con su copa de vino y las luces encendidas para combatir la oscuridad. No sabía qué hora era y se preguntó si eso tenía alguna importancia.

Todos ellos se estaban convirtiendo en vampiros, durmiendo durante la mayor parte del día y trabajando durante la mayor parte de la noche.

Acarició la cruz que llevaba colgada del cuello mientras continuaba escribiendo su lista, y sintió la presión de la noche sobre los omóplatos como si fuesen manos heladas.

Echaba de menos la ciudad, pensó. No la avergonzaba admitirlo. Echaba de menos los sonidos, los colores, el ruido constante y monótono del tráfico que era como un latido. Anhelaba su complejidad y su simplicidad. Allí la vida era simplemente vida. Y si había muerte, si había crueldad y violencia, todo era absolutamente humano.

La imagen del vampiro en el vagón del metro cruzó como un relámpago por su cabeza.

O ella había tenido una vez el consuelo de creer que lo era.

Sin embargo, seguía teniendo ganas de levantarse por la mañana y caminar hasta la panadería en busca de rosquillas recién horneadas. Quería colocar el caballete bajo la luz matinal y pintar, e incluso que su principal preocupación fuese cómo iba a pagar la tarjeta Visa.

Ella había poseído la magia durante toda su vida, y Glenna había creído que la respetaba y valoraba. Pero todo aquello no había sido nada comparado con esto; con saber que la magia estaba en ella por aquella razón, para aquel propósito que muy bien podría significar la muerte para ella.

Cogió la copa de vino y se sobresaltó al ver a Hoyt en la puerta.

—Teniendo en cuenta la situación, no es una buena idea andar rondando en la oscuridad.

—No estaba seguro de si debía molestarte.

—No importa. Sólo estaba teniendo mi fiesta de autocompasión privada. Ya pasará —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Echo de menos mi casa. Pero supongo que eso no es nada comparado con lo que tú debes de sentir.

—Ocupo la habitación que compartí con Cian cuando éramos niños, y noto que siento demasiadas cosas, y a la vez no las suficientes.

Glenna se levantó, buscó otra copa y sirvió un poco de vino.

—Siéntate —le dijo.

Luego ella volvió a sentarse y dejó la copa de vino sobre la mesa.

—Tengo un hermano —dijo—. Es médico, acaba de empezar. Posee un soplo de magia y la

utiliza para curar. Es un buen médico, un buen hombre. Me quiere, pero no me entiende muy bien. Es duro cuando no te entienden.

—Me preocupa la pérdida de Cian, de lo que éramos el uno para el otro.

—Por supuesto que debe preocuparte.

—Los recuerdos que Cian tiene de mí son viejos y están desvaídos, mientras que los míos son frescos y fuertes. —Hoyt levantó su copa—. Sí, es duro que no te entiendan.

—Lo que soy, lo que hay en mí —dijo Glenna—. Yo solía presumir de ello. Como si se tratase de un brillante trofeo que sostenía entre las manos, sólo para mí. Oh, tenía cuidado con ello, me sentía agradecida, pero de todos modos presumía de ello. Creo que nunca más volveré a hacerlo.

—Teniendo en cuenta lo que nos ha pasado esta noche, dudo de que ninguno de los dos vuelva a hacerlo.

—Aun así, mi familia, mi hermano, no entendían, no totalmente, esa satisfacción vanidosa o ese premio. Y no serán capaces de entender, no totalmente, el precio que estoy pagando ahora por ello. No pueden.

Glenna extendió una mano y la apoyó sobre la de Hoyt.

—Cian no puede entenderlo. De modo que, aunque nuestras circunstancias son diferentes, comprendo de qué pérdida estás hablando. Por cierto, tienes un aspecto horrible —añadió con un tono más ligero—. Puedo ayudarte a reducir esas magulladuras un poco más.

—Estás muy cansada. Puedo esperar.

—No te lo merecías.

—Déj que lo que fuera que sucediese tomase el control. Déj que escapara volando de mí.

—No, escapó volando de los dos. ¿Quién puede decir que no fuera eso lo que debía hacer?

Glenna se había recogido el pelo para entrenar, para trabajar, y ahora se lo dejó suelto cayéndole desordenadamente hasta casi rozarle los hombros.

—Mira, hemos aprendido, ¿verdad? Juntos somos más fuertes de lo que ninguno de los dos podría haber previsto. Ahora nos toca aprender a controlarlo, a canalizarlo. Y, puedes creerme, todos nuestros compañeros nos respetarán más.

Hoyt sonrió.

—Eso suena un poco presuntuoso.

—Sí, supongo que sí.

Él bebió un poco de vino y se dio cuenta de que por primera vez en muchas horas, se sentía cómodo. Sentado tranquilamente en la cocina bien iluminada, con la noche atrapada detrás de los cristales, hablando con Glenna.

Su olor estaba allí, justo en el borde de sus sentidos. Aquel olor sensual, femenino. Sus ojos, tan claros y verdes, mostraban una ligera sombra de fatiga en la delicada piel de debajo de ellos.

Señaló el papel con la cabeza.

—¿Otro conjuro?

—No, es algo más prosaico. Listas. Necesito más provisiones. Hierbas y esas cosas. Y Moira y Larkin necesitan ropa. Luego tenemos que establecer algunas reglas domésticas básicas. Hasta ahora ese aspecto ha estado a cargo de King y de mí, me refiero a cocinar. Pero una casa no se lleva sola, e incluso cuando estás preparando una guerra necesitas comida y toallas limpias.

—Hay muchas máquinas para hacer ese trabajo. —Hoyt paseó la mirada por la cocina—. Debería

ser bastante sencillo.

—Eso crees.

—Solía haber un jardín de hierbas aromáticas. No he recorrido los campos. —Lo había postergado voluntariamente, hubo de admitir. Había aplazado ver qué había cambiado y qué seguía igual—. Quizá Cian hizo que plantaran uno. O yo podría traerlo nuevamente aquí. La tierra recuerda.

—Bien, eso podría incluirse en la lista para mañana. Tú conoces los bosques de la zona. Podrías decirme dónde puedo encontrar lo que necesito. Puedo salir por la mañana y recoger las hierbas.

—Los conocía —dijo casi para sí.

—También necesitamos más armas, Hoyt. Y, a la larga, más manos que las empuñen.

—En Geall habrá todo un ejército.

—Esperémoslo. Conozco a algunos como nosotros, y Cian... es probable que conozca a algunos como él. Tal vez debiéramos empezar a alistarlos.

—¿Más vampiros? Confiar en Cian ya ha sido bastante complicado. En cuanto a más brujas, nosotros aún estamos aprendiendo el uno del otro, como hemos podido comprobar hoy mismo. Debemos dedicarnos a los que tenemos. Apenas hemos comenzado. Pero podemos fabricar las armas del mismo modo que hemos hecho con las cruces.

Glenna cogió de nuevo su copa de vino y bebió lentamente.

—De acuerdo. Estoy preparada.

—Las llevaremos con nosotros cuando vayamos a Geall.

—Hablando de eso. ¿Cuándo y cómo?

—¿Cómo? A través del Baile de los Dioses. ¿Cuándo? No puedo saberlo. Tengo que creer que nos avisarán cuando llegue el momento. Entonces sabremos cuándo.

—¿Crees que alguna vez podremos regresar? ¿Si conseguimos sobrevivir? ¿Crees que alguna vez podremos volver a casa?

Hoyt la miró. Glenna estaba dibujando, los ojos fijos en el papel, la mano firme. Tenía las mejillas pálidas, se dio cuenta él, debido a la fatiga y la tensión. Su pelo, espeso y brillante, le caía hacia adelante cuando ella bajaba la cabeza.

—¿Qué es lo que más te preocupa? —le preguntó Hoyt—. ¿Morir o no volver a ver tu casa?

—No estoy del todo segura. La muerte es inevitable. Nadie se salva de eso. Y uno espera, o yo al menos lo hago, que cuando llegue el momento tendrá coraje y curiosidad para enfrentarse a ella.

Con gesto distraído, Glenna se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con la mano izquierda mientras continuaba dibujando con la derecha.

—Pero siempre ha sido en abstracto. Hasta ahora. Resulta difícil pensar en morir y más difícil aún sabiendo que quizá no vuelva a ver nunca más mi casa o a mi familia. Ellos no entenderán lo que me pueda pasar. —Alzó la vista—. Y estoy predicando en el desierto.

—Yo no sé cuánto tiempo vivieron los míos. Cómo murieron. Cuánto tiempo me buscaron.

—¿Te ayudaría saberlo?

—Sí, me ayudaría. —Hoyt se sacudió ese pensamiento e irguió la cabeza—. ¿Qué es lo que estás dibujando?

Ella frunció los labios mientras miraba el dibujo.

—Se parece a ti.

Se volvió y se lo mostró.

—¿Es así como me ves? —Su tono de voz sonaba desconcertado y no del todo satisfecho—. Tan severo.

—Severo no, serio. Eres un hombre serio. Hoyt McKenna. —Escribió el nombre en el boceto—. Así es como debería escribirse y decirse hoy. Lo he buscado. —Firmó el dibujo con una rápida rúbrica—. Y tu naturaleza sería resulta muy atractiva.

—La seriedad es para los hombres mayores y los políticos.

—Y también para los guerreros, para los hombres que tienen poder. Conocerte, sentirme atraída por ti, ha hecho que me dé cuenta de lo que sabía antes respecto a los chicos. Por lo visto, ahora me gustan los hombres mucho mayores.

Hoyt se sentó, mirándola, con el dibujo y el vino entre ellos. Con palabras entre ellos, se dijo. Y, no obstante, nunca se había sentido más cerca de nadie.

—Sentado aquí contigo, en una casa que es mía, pero no lo es, en un mundo que es mío, pero tampoco, eres lo único que quiero.

Glenna se levantó de la silla, se acercó a Hoyt, y le rodeó con los brazos. Él apoyó la cabeza entre sus pechos, escuchó los latidos de su corazón.

—¿Es bienestar? —preguntó Glenna.

—Sí. Pero no sólo eso. Tengo una necesidad tan grande de ti que no sé cómo controlarla dentro de mí.

Ella bajó la cabeza, cerrando los ojos mientras apoyaba la mejilla en su pelo.

—Seamos humanos. Por lo queda de esta noche, seamos humanos, porque no quiero quedarme sola en la oscuridad. —Le cogió el rostro entre las manos—. Llévame a la cama.

Él le cogió las manos mientras se levantaba de la silla.

—Esas cosas no han cambiado nada en mil años, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—Algunas cosas nunca cambian.

Hoyt retuvo la mano de Glenna entre las suyas mientras salían de la cocina.

—No he llevado a la cama a muchas mujeres... siendo como soy un hombre serio.

—Yo nunca he sido llevada a la cama por muchos hombres... siendo como soy una mujer sensata. —Al llegar a la puerta de su habitación, se volvió hacia Hoyt con una sonrisa rápida y traviesa—. Pero creo que podemos compensarlo.

—Espera.

La acercó hacia él antes de que ella pudiese abrir la puerta y apoyó los labios sobre su boca. Ella sintió una oleada de calor y un subyacente temblor de poder.

Luego Hoyt abrió la puerta.

Glenna comprobó que había encendido las velas. Todas ellas, de modo que la habitación estaba inundada de una luz dorada y un leve perfume. Los leños también ardían en el hogar con un fuego lento y rojo.

Eso conmovió un lugar recóndito en su corazón al tiempo que erizaba su piel a modo de anticipación.

—Un comienzo muy agradable. Gracias. —Oyó el sonido metálico de la llave en la cerradura y se llevó una mano al corazón—. De repente estoy nerviosa. Nunca me había sentido nerviosa por estar con un hombre. Ni siquiera la primera vez. Es vanidad otra vez.

A Hoyt no le importaban sus nervios. De hecho, añadían un factor estimulante a su propia excitación.

—Tu boca. Esta plenitud aquí. —Acarició el labio inferior de ella con el dedo—. La saboreo en mis sueños. Me distraes incluso cuando no estás conmigo.

—Eso te molesta. —Ella enlazó los brazos por detrás de su cuello—. Estoy tan contenta.

Glenna se abandonó entre sus brazos, observando cómo la mirada de Hoyt bajaba hasta sus labios, se demoraba allí un momento y luego volvía a fijarse en sus ojos. Sintió su aliento mezclado con el suyo y cómo su corazón latía contra el de Hoyt. Se quedaron así durante un momento que pareció interminable; luego sus labios se encontraron y ambos se hundieron el uno en el otro.

Los nervios volvieron a revolotear en el vientre de ella, una docena de alas de terciopelo que alentaban el deseo. Y ese temblor de poder era como un zumbido en el aire.

Entonces las manos de él se alzaron para apartar el pelo de su rostro con un gesto de urgencia que la mantenía estremecida de anticipación ante lo que iba a suceder. La boca de Hoyt abandonó la suya para vagar por su rostro, para encontrar el pulso que latía en su garganta.

Él podía ahogarse en ella. Hoyt era consciente de ello al tiempo que tomaba más. Esa imperiosa necesidad de Glenna podía llevarlo hacia las profundidades, a un lugar donde jamás había estado. Y sabía que, dondequiera que estuviera ese lugar, la llevaría con él.

Modeló la forma de la mujer con sus manos y se embebió en ella. Glenna volvió a buscar su boca, ávidamente. Él oyó el temblor de su aliento cuando ella retrocedió. La luz de las velas se derramó sobre su cuerpo cuando Glenna comenzó a desabrocharse la blusa.

Debajo llevaba algo blanco y adornado con encaje que parecía sostener sus pechos como una ofrenda. Vio más encaje blanco cuando ella deslizó los pantalones hacia abajo por sus caderas; un tentador triángulo calado muy bajo sobre el vientre y muy alto en la parte superior de los muslos.

—Las mujeres son las criaturas más sutiles —musitó él, y deslizó la mano hasta rozar el encaje con las yemas de los dedos. Cuando ella se estremeció, Hoyt sonrió—. Me gustan estas prendas. ¿Siempre las llevas debajo de las otras?

—No. Depende de mi estado de ánimo.

—Pues me gusta este estado de ánimo.

Él acarició con los pulgares el encaje que cubría sus pechos.

Glenna echó la cabeza hacia atrás.

—Oh, Dios.

—Eso te da placer. ¿Y esto?

Hoyt repitió la caricia sobre el encaje que ceñía la parte inferior de su vientre y vio cómo la excitación se extendía por el rostro de Glenna.

Tenía una piel suave, delicada y tersa, pero con músculos debajo. Fascinante.

—Sólo deja que te toque. Tu cuerpo es hermoso. Sólo quiero tocarte.

Glenna extendió las manos hacia atrás y se cogió con fuerza a los pilares de la cama.

—Puedes servirte.

Sus dedos recorrieron su cuerpo, haciendo que su piel se estremeciera. Luego presionaron levemente y Glenna gimió. Ella podía sentir cómo sus huesos se licuaban y sus músculos se debilitaban mientras él la exploraba. Se entregó totalmente a ello, al lento y enervante placer que era a la vez un triunfo y una rendición.

—Entonces, ¿éste es el broche?

Ella abrió los ojos mientras él jugaba con el cierre delantero de su sujetador. Pero cuando ella fue a abrirlo, él le apartó las manos.

—Ya me las ingeniaré para hacerlo sin ayuda. Ah, sí, ya está. —Cuando logró abrirlo, los pechos de ella quedaron libres en sus manos—. Ingenioso. Hermoso.

Hoyt inclinó la cabeza y probó la carne suave y cálida.

Quería saborearla; quería lanzarse.

—¿Y la otra parte? ¿Dónde está el broche?

Deslizó los dedos hacia abajo.

—Ahí no hay...

Casi sin aliento, clavó los dedos en los hombros de Hoyt mientras un leve grito escapaba de sus labios.

—Sí, mírame. Así. —Introdujo las manos por debajo de la breve tela calada—. Glenna Ward, que esta noche es mía.

Y ella se corrió allí mismo, su cuerpo estalló mientras sus ojos permanecían atrapados por los de Hoyt.

Su cabeza reposó flácida sobre su hombro al tiempo que se estremecía violentamente.

—Te quiero encima de mí, te quiero dentro de mí.

Glenna tiró de la camiseta que llevaba Hoyt y se la quitó por encima de la cabeza. Encontró músculo y carne con sus manos, con sus labios. Ahora el poder volvió a filtrarse en ella mientras lo atraía a la cama.

—Dentro de mí. Dentro de mí.

Su boca se apretó con fuerza contra la de él, al tiempo que ella se le ofrecía con las caderas arqueadas. Hoyt luchó para quitarse el resto de la ropa, luchó para devorar más del cuerpo de Glenna mientras les envolvía una oleada de calor.

Cuando penetró en ella, el fuego bramó, y las llamas de las velas se elevaron como flechas.

La pasión y el poder les vapulearon, arrastrándolos a la locura. Sin embargo, ella se entrelazó alrededor de Hoyt y lo miró mientras las lágrimas nublaban sus ojos.

Una ráfaga de viento agitó su pelo, brillante como el fuego contra la cama. Hoyt sintió que la mujer se tensaba como un arco debajo de su cuerpo. Cuando el estallido lo alcanzó a él, sólo fue capaz de pronunciar su nombre: Glenna.

Ella se sentía encendida, como si el fuego que habían prendido entre los dos aún estuviese ardiendo. Le sorprendió no ver rayos de su luz dorada brotándoles de las puntas de los dedos.

En el hogar, los leños quemaban ahora lenta y silenciosamente; otro resplandor crepuscular. Pero el calor que había surgido del hogar, y de ellos, humedecía su piel. Su corazón aún latía desbocado.

La cabeza de Hoyt descansaba allí, sobre su corazón, y la mano de ella sobre su cabeza.

—Alguna vez...

Los labios de Hoyt rozaron ligeramente sus pechos.

—No.

Ella pasó los dedos por su pelo.

—Yo tampoco. Tal vez es porque ha sido la primera vez, o porque algo de lo que hemos hecho antes aún estaba dentro de nosotros.

«Juntos somos más fuertes». Sus propias palabras resonaron en su mente.

—¿Y ahora adónde vamos desde aquí?

Cuando él alzó la cabeza, ella meneó la suya.

—Es sólo una expresión —le explicó—. No tiene importancia. Tus magulladuras han desaparecido.

—Lo sé. Gracias.

—No sé si lo he hecho yo.

—Lo has hecho. Tocaste mi cara cuando nos unimos. —Cogió su mano y se la llevó a los labios

—. Tienes magia en las manos, y en el corazón. Y tus ojos siguen preocupados.

—Sólo estoy cansada.

—¿Quieres que me marche ahora?

—No, no quiero. —¿Acaso no era ése el problema?—. Quiero que te quedes.

—Me quedo entonces. —Hoyt cambió de postura y la acercó a él, junto con las sábanas y la manta—. Tengo una pregunta.

—Hum.

—Tienes una marca aquí. —Le deslizó los dedos por la región lumbar—. Una estrella de cinco puntas. ¿En esta época se marca a las brujas de esta manera?

—No. Es un tatuaje... yo decidí hacérmelo. Quería llevar un símbolo de lo que soy, incluso cuando estaba desnuda.

—Ah. No quiero faltarle al respeto a tu propósito, o a tu símbolo, pero lo encuentro... tentador.

Glenna sonrió para sí.

—Bien. Entonces ha cumplido con su propósito secundario.

—Me siento completo otra vez —dijo él—. Me siento yo mismo otra vez.

—Yo también.

Pero cansada, pensó él. Podía percibirlo en su voz.

—Ahora dormiremos un rato.

Glenna alzó la cabeza de modo que sus ojos se encontraron.

—Dijiste que cuando me llevaras a la cama no me dejarías dormir.

—Sólo por esta vez.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro pero no cerró los ojos, a pesar de que él disminuyó la luz de las velas.

—Hoyt, no importa lo que pueda ocurrir, esto ha sido precioso.

—Para mí también. Y por primera vez, Glenna, no sólo creo que debemos ganar, sino que podemos hacerlo. Y lo creo porque estás conmigo.

Ahora ella cerró los ojos un momento con una leve punzada en el corazón. Él hablaba de guerra, pensó. Y ella había hablado de amor.

Glenna se despertó con la lluvia y el calor de Hoyt. Permaneció tendida en la cama, escuchando el sonido de las gotas, absorbiendo la sensación buena, natural de tener el cuerpo de un hombre junto al suyo.

Había tenido que reprenderse a sí misma durante la noche. Lo que sucedía con Hoyt era un regalo, uno que debía ser apreciado y atesorado. No tenía ningún sentido renegar de él porque no fuese suficiente.

¿Y qué bien podía hacerle preguntarse por qué había sucedido? ¿Preguntarse si lo que fuese que les estaba llevando hacia el campo de batalla los había unido, había encendido esa pasión, esa necesidad y, sí, amor, porque eran más fuertes de ese modo?

Era suficiente con sentir; ella siempre había creído en eso. Y ahora sólo dudaba porque sentía demasiado.

Era hora de volver a mostrarse práctica, de disfrutar de lo que tenía mientras lo tuviera. Y de hacer el trabajo que tenía por delante.

Se apartó suavemente de él y comenzó a bajar de la cama. La mano de Hoyt se cerró alrededor de su muñeca.

—Aún es temprano y está lloviendo. Ven, quédate un rato.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Cómo sabes que es temprano? Aquí no hay ningún reloj. ¿Tienes un reloj de sol en la cabeza?

—No me serviría de mucho con la lluvia que está cayendo. Tu pelo es como el sol. Vuelve a la cama.

Él no parecía tan serio ahora, observó Glenna, no con sus ojos soñolientos y el rostro cubierto por una sombra de barba. Lo que parecía era comestible.

—Necesitas afeitarte.

Hoyt se pasó la mano por la cara y se notó la barba incipiente. Volvió a pasarse la mano y la barba desapareció.

—¿Así está mejor para ti, *a stór*?

Ella se acercó y pasó un dedo por su mejilla.

—Muy suave. Podrías llevar un corte de pelo decente también.

Él frunció el cejo y se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué tiene de malo mi pelo?

—Es hermoso, pero no le vendría mal un poco de forma. Yo me puedo encargar de hacerlo.

—Creo que no.

—Oh, ¿es que no confías en mí?

—No con mi pelo.

Ella se echó a reír y se colocó a horcajadas encima de Hoyt.

—Me has confiado otras partes más sensibles de tu cuerpo.

—Ésa es una cuestión completamente diferente. —Sus manos le cubrieron los pechos—. ¿Cómo se llama esa prenda que llevabas anoche sobre tus encantadores pechos?

—Se llama sujetador y no cambies de conversación.

—Me siento más feliz hablando de tus pechos que de mi pelo.

—Estás muy alegre esta mañana.

—Me llenas de luz.

—Adulador. —Le cogió un mechón de pelo—. Snip, snip, y serás un hombre nuevo.

—Me parece que te gusta bastante el hombre que soy ahora.

Los labios de Glenna se curvaron al tiempo que levantaba las caderas y luego las bajaba para permitir que entrase en ella. Las velas, casi consumidas durante la noche, se avivaron súbitamente.

—Sólo recortarlo un poco —susurró ella, inclinándose para frotar sus labios con los de Hoyt—. Después.

Hoyt experimentó el considerable placer que era ducharse con una mujer y luego la fascinación de contemplarla mientras se vestía.

Glenna se untó la piel con varias cremas y se aplicó otras tantas en el rostro.

El sujetador, y lo que ella llamaba bragas, hoy eran azules. Como un huevo de petirrojo. Encima se puso unos pantalones bastos y la túnica corta y holgada que llamaba camiseta. Sobre ella había escritas unas palabras que decían ENTRANDO EN UN MUNDO FANTÁSTICO WICCA.^[7]

Hoyt pensó que las prendas exteriores convertían lo que ella llevaba debajo en una especie de maravilloso secreto.

Se sintió relajado y muy satisfecho de sí mismo. Y también frustrado cuando ella le dijo que se sentase sobre la tapa del retrete. A continuación cogió unas tijeras y las abrió y cerró varias veces.

—¿Por qué un hombre con sentido común permitiría que una mujer se acercase a él con una herramienta como ésa?

—Un hechicero grande y duro como tú no debería temer que le cortasen un poco el pelo. Además, si no te gusta cómo te queda cuando haya terminado, siempre puedes volver a cambiarlo.

—¿Por qué a las mujeres siempre les gusta jugar con un hombre?

—Es nuestra naturaleza. Compláceme.

Hoyt suspiró y se sentó. Y se retorció.

—Quédate quieto y habré acabado antes de que te des cuenta. ¿Cómo supones que se las arregla Cian para acicalarse?

Hoyt alzó la vista tratando de ver lo que le estaba haciendo.

—No lo sé.

—No poder verse en el espejo debe de ser una faena. Y en cambio siempre estás perfecto.

Ahora Hoyt la miró a los ojos.

—Te gusta, ¿verdad?

—Sois casi iguales, de modo que es obvio. Aunque Cian tiene esa pequeña hendidura en la barbilla y tú no.

—Donde le pellizcaron las hadas. Eso solía decir mi madre.

—Tu rostro es un poco más delgado y tienes las cejas más arqueadas. Pero los ojos, esta boca y estos pómulos... son los mismos.

Él vio cómo caían los mechones de su pelo sobre su regazo y el poderoso hechicero se estremeció.

—¿Qué haces, mujer, me estás dejando calvo?

—Tienes suerte de que me guste el pelo largo en un hombre. Al menos me gusta en ti. —Le dio un beso en la coronilla—. El tuyo es como seda negra, con una ligera ondulación. ¿Sabes?, en alguna culturas, cuando una mujer le corta el pelo a un hombre es un voto matrimonial.

La cabeza de Hoyt se irguió bruscamente, pero ella había anticipado la reacción y apartó las tijeras. Su risa, divertida y juguetona, resonó en las paredes del baño.

—Era una broma. Chico, sí que eres ingenuo. Ya casi estás.

Glenna se sentó a horcajadas sobre sus piernas y acercó con ello los pechos a su rostro. Hoyt empezó a pensar que un corte de pelo no era algo tan duro después de todo.

—Me gustaba el tacto de una mujer.

—Sí, creo recordar eso de ti.

—No, lo que quiero decir es que me gustaba el tacto de una mujer cuando tenía una. Soy un hombre, y tengo necesidades como cualquier otro. Pero nunca ninguna ocupaba tanto mi mente como me sucede contigo.

Glenna dejó las tijeras y luego pasó los dedos a través de su pelo húmedo.

—Me gusta ocupar tu mente. Ya está, echa un vistazo.

Hoyt se levantó y se miró en el espejo. Tenía el pelo más corto pero no demasiado. Supuso que ahora caía de una forma más agradable, aunque a él le había parecido que ya estaba bien antes de que ella cogiese las tijeras.

No obstante, a Glenna le gustaba, y no le había esquilado como si fuese una oveja.

—Está bastante bien, gracias.

—De nada.

Él acabó de vestirse y, cuando ambos bajaron, encontraron a todos en la cocina, excepto a Cian.

Larkin estaba engullendo una generosa ración de huevos revueltos.

—Buenos días —dijo—. Este hombre tiene manos de mago con los huevos.

—Y mi turno en la cocina ha terminado —anunció King—. De modo que si queréis desayunar, deberéis hacerlo sin mi ayuda.

—Eso es algo de lo que quería hablar. —Glenna abrió la nevera—. Turnos. Cocinar, hacer la colada, tareas domésticas básicas. Deben repartirse entre todos.

—Yo estaré encantada de ayudar —dijo Moira—. Si me enseñas qué debo hacer y cómo hacerlo.

—Muy bien, observa y aprende. Esta mañana nos limitaremos a los huevos y el bacón.

Glenna puso manos a la obra mientras Moira observaba cada uno de sus movimientos.

—No me importaría comer un poco más, ya que estáis en ello —dijo Larkin.

Moira lo miró.

—Come igual que dos caballos —dijo.

—Hum. Necesitaremos ir renovando provisiones. —Ahora Glenna se dirigió a King—. Yo diría que eso recae en ti o en mí, ya que ninguno de estos tres sabe conducir. Además, tanto Moira como Larkin necesitan ropas apropiadas. Si me haces un plano, yo iré al pueblo.

—Hoy no hay sol —dijo Hoyt.

Glenna lo señaló.

—Tengo protección, y el día puede despejarse.

—La casa debe funcionar, tal como has dicho, de modo que puedes proponer esos planes, nosotros los seguiremos. Pero en cuanto a las otras cuestiones, también hay que seguir unas normas. Creo que nadie debe salir solo fuera de la casa para ir al pueblo. Y que nadie debe salir desarmado.

—Entonces, ¿debemos quedarnos aquí sitiados, inmovilizados por la lluvia? —Larkin apuñaló el aire con el tenedor—. ¿No es hora de que les demostremos que no vamos a permitir que sean ellos los que fijen los términos?

—Larkin tiene razón —convino Glenna—. Prudentes pero no cobardes.

—Y además en el establo hay un caballo —añadió Moira—. Necesita que lo atiendan.

El hecho era que Hoyt pensaba encargarse de ello mientras los demás estaban ocupados haciendo otras cosas. Ahora se preguntó si lo que se había dicho a sí mismo, que era responsabilidad y liderazgo, no sería en realidad sólo otra falta de confianza.

—Larkin y yo nos encargaremos del caballo. —Se sentó cuando Glenna dispuso los platos sobre

la mesa—. Glenna necesita hierbas y yo también, de modo que iremos a buscarlas. Con prudencia — repitió.

Y comenzó a planear cómo hacerlo mientras comía.

Hoyt se sujetó una espada en el cinturón. La lluvia era ahora una fina llovizna, la clase de precipitación que sabía que podía seguir cayendo durante días. Glenna y él podían conseguir que saliese un sol tan brillante que dejase el cielo sin una nube, pero la tierra también necesitaba lluvia.

Larkin y Hoyt salieron juntos, separándose a derecha e izquierda, espalda contra espalda para examinar el terreno.

—Deben de tener una vigilancia muy pobre si con este tiempo se quedan sentados esperando — observó Larkin.

—Sea como sea, permaneceremos juntos.

Cruzaron el terreno, buscando sombras y movimientos. Pero no encontraron nada más que lluvia y el olor de las flores y la hierba mojadas.

Cuando llegaron al establo, el trabajo fue una simple rutina para ellos. Quitar el estiércol, colocar paja fresca, grano y atender al caballo. Era reconfortante estar cerca de aquel animal, pensó Hoyt.

Larkin entonaba una alegre melodía mientras trabajaba.

—Tengo una yegua zaina en casa —le dijo a Hoyt—. Es una belleza. Al parecer no se pueden traer caballos a través del Baile de los Dioses.

—A mí también me dijeron que debía dejar mi yegua. ¿Es verdad lo que dice la leyenda? ¿Que la espada y la piedra deciden quién reina en Geall? ¿Como en la leyenda de Arturo?

—Sí, es verdad, y algunos dicen que esta última está inspirada en la nuestra. —Mientras hablaba, Larkin llenó el abrevadero de agua limpia—. Después de la muerte de un rey o de una reina, un mago vuelve a colocar la espada en la piedra. El día después del funeral, llegan los herederos, uno por uno, y tratan de sacarla de allí. Sólo uno lo conseguirá y ése será quien reine en Geall. La espada es conservada en el gran salón, para que todos puedan verla, hasta que el rey muere. Y de nuevo se repite el ritual, generación tras generación.

Se enjugó el sudor de la frente.

—Moirá no tiene hermanos ni hermanas. Ella es la que debe gobernar.

Hoyt, intrigado, dejó de trabajar un momento para mirar a Larkin.

—Y si ella no consigue sacar la espada de la piedra, ¿la responsabilidad recaerá sobre ti?

—¡Véame libre de eso! —exclamó Larkin con sentimiento—. No tengo ningún deseo de gobernar. Es un maldito fastidio, si quieres saberlo. Bueno, ya está listo, ¿no crees? —Cepilló el costado del caballo—. Eres un diablo muy guapo, ésa es la verdad. Necesita ejercicio. Uno de nosotros debería sacarle a dar un paseo.

—Hoy no, pero tienes razón. Necesita correr. Aun así, el caballo es de Cian, de modo que es él quien debe decidirlo.

Se acercaron a la puerta del establo y, como habían hecho antes, salieron juntos.

—Por allí —indicó Hoyt— había un jardín de hierbas aromáticas y quizá aún exista. Todavía no he recorrido esa parte del terreno.

—Moirá y yo lo hemos hecho. No hemos visto ningún jardín.

—Echaremos un vistazo de todos modos.

Saltó desde el techo del establo tan rápidamente que Hoyt no tuvo tiempo ni de sacar la espada.

Por suerte, la flecha lo alcanzó en el corazón mientras aún estaba en el aire.

Sus cenizas volaron el viento mientras un segundo saltaba a su vez. Una segunda flecha dio en el blanco.

—¡Podrías dejar uno para los demás! —le gritó Larkin a Moira.

Ella estaba de pie, en la puerta de la cocina, y tenía ya una tercera flecha preparada en el arco.

—Entonces puedes encargarte del que llega por la izquierda.

—Para mí —le gritó Larkin a Hoyt.

Lo doblaba en tamaño y Hoyt intentó protestar, pero Larkin ya estaba atacando. Las hojas de acero chocaron y resonaron. Por dos veces vio que aquella cosa retrocedía cuando la cruz que Larkin llevaba al cuello brillaba ante él. Pero tenía una espada muy larga.

Cuando Hoyt vio que Larkin resbalaba en la hierba mojada, se lanzó hacia adelante. Volteó la espada hacia el cuello de la criatura... y encontró aire.

Larkin se levantó de un salto y le clavó limpiamente la estaca en el pecho.

—Sólo estaba tratando de que perdiese el equilibrio.

—Muy bien hecho.

—Puede haber más.

—Es posible —convino Hoyt—. Pero haremos lo que hemos venido a hacer.

—Yo protegeré tu espalda y tú la mía. Dios sabe que Moira nos protege a los dos. Esto le hacía daño —añadió, tocando la cruz de plata—. En cualquier caso le causaba problemas.

—Pueden matarnos, pero no podrán convertirnos mientras llevemos las cruces.

—Entonces yo diría que habéis hecho un buen trabajo.

No había ya ningún jardín de hierbas aromáticas, con su tomillo trepador y su fragante romero. El bonito jardín que su madre había cuidado con tanto esmero se había convertido en un espacio ligeramente ondulado cubierto de césped. Sería un lugar soleado cuando el cielo se despejara, él lo sabía. Aunque no estuviera inmediatamente fuera de la cocina, como hubiese sido más conveniente, su madre lo había elegido para que sus hierbas pudiesen disfrutar de la luz del sol.

Cuando era pequeño, había aprendido de su madre todo lo que sabía de las hierbas, de sus usos y su belleza. Sentado junto a ella mientras sembraba, podaba y cosechaba, le había ido enseñando sus nombres y propiedades. Él había aprendido a identificarlas por sus aromas y las formas de sus hojas, por las flores que brotaban de ellas si su madre lo permitía.

¿Cuántas horas había pasado allí con ella, trabajando la tierra, hablando o simplemente sentado en silencio para disfrutar de las mariposas y el zumbido de las abejas?

Aqué! había sido su lugar, pensó Hoyt, más que cualquier otro.

Luego se había convertido en un hombre y encontrado su lugar en el acantilado de lo que hoy se llamaba Kerry. Había construido allí su cabaña de piedra y encontrado la soledad que necesitaba para su propia cosecha, para su magia. Pero siempre había regresado a su hogar. Y siempre había encontrado placer y sosiego con su madre justamente allí, en su jardín de hierbas.

Ahora se encontraba de pie donde una vez había estado el jardín, lamentándose y recordando. Una llama de ira se encendió dentro de él hacia su hermano por permitir que desapareciera.

—¿Era esto lo que estabas buscando? —Larkin estudió la hierba, luego siguió la dirección de su mirada hacia los árboles a través de la lluvia—. No parece que quede nada de ese jardín.

Hoyt oyó un sonido y se volvió junto con Larkin. Glenna se acercaba a ellos con una estaca en la mano y un cuchillo en la otra. La lluvia se posaba en su pelo como si las gotas fuesen joyas diminutas.

—Deberías quedarte dentro de la casa. Podría haber más.

—Si los hay, ahora somos tres. —Glenna hizo un gesto con la cabeza en dirección a la casa—.

Cinco, ya que Moira y King nos están cubriendo.

Hoyt echó un vistazo. Moira estaba en la ventana más próxima, la flecha en la cuerda y el arco apuntando hacia abajo. En la puerta de la izquierda vio a King, con una espada ancha de dos filos en las manos.

—Eso debería bastar. —Larkin le sonrió a su prima—. Ten cuidado de no clavarnos una flecha en el culo.

—Sólo si apunto hacia ese lugar —respondió ella.

Glenna, que estaba junto a Hoyt, examinó el terreno.

—¿Estaba aquí? ¿El jardín?

—Estaba. Estará.

Pasaba algo malo, muy malo, para que Hoyt tuviese esa expresión tan dura.

—Tengo un conjuro rejuvenecedor. He tenido éxito con él curando algunas plantas —dijo ella.

—No lo necesitaré para esto.

Acto seguido, clavó la espada en la tierra mojada para poder tener las manos libres.

Entonces pudo verlo exactamente como había sido, y pulió esa imagen en su mente mientras

extendía los brazos y abría las manos. Aquello, él lo sabía bien, nacería de su corazón tanto como de su arte. Sería un homenaje a quien le había dado la vida.

Y por eso mismo sería doloroso.

—De semilla a hoja, de hoja a flor. Tierra y sol y lluvia. Recuerda.

Sus ojos cambiaron y su rostro pareció de pronto tallado en piedra. Larkin fue a decir algo pero Glenna apoyó un dedo sobre sus labios para que guardara silencio. Ella sabía que en ese momento sólo debían oírse la voz y las palabras de Hoyt. El poder ya estaba espesando el aire.

Glenna no pudo recurrir a la visualización porque Hoyt no le había descrito el jardín, pero podía concentrarse en las fragancias. Romero, lavanda, salvia.

Hoyt repitió el conjuro tres veces mientras sus ojos se oscurecían cada vez más y su voz se elevaba con cada una de las repeticiones. Bajo sus pies, la tierra comenzó a temblar ligeramente.

El viento empezó a levantarse, luego giró y luego sopló con fuerza.

—¡Levántate! Regresa. Crece y florece. Regalo de la tierra, de los dioses. Para la tierra, para los dioses. Airmed,^[8] oh, antigua diosa, libera tu generosidad. Airmed, de los Tuatha Dé Danann, alimenta esta tierra. Deja que regrese como fue una vez.

Su rostro estaba pálido como el mármol, sus ojos oscuros como el ónix. Y el poder fluía de él hacia el interior de la tierra trémula.

Ésta se abrió.

Glenna oyó cómo Larkin contenía el aliento, oyó sus propios latidos retumbando en sus oídos. Las plantas se elevaron, las hojas se abrieron, los capullos estallaron. La excitación se apoderó de ella, haciendo que se echase a reír de puro placer.

Salvia plateada, lustrosas agujas de romero, alfombras de tomillo y manzanilla, laurel y ruda, delicados dardos de lavanda y muchas más hierbas brotaban de la tierra bajo la lluvia.

El jardín describía un nudo celta, comprobó Glenna, con estrechos lazos y senderos para facilitar la recogida.

Cuando el viento desapareció, cuando la tierra se serenó, Larkin dejó escapar el aire con un silbido.

—Bueno, ésta sí que es una curiosa forma de cultivar la tierra.

Glenna apoyó una mano sobre el hombro de Larkin.

—Es maravilloso, Hoyt. Es uno de los actos de magia más bellos que he visto en mi vida. Bendito seas.

Hoyt extrajo la espada de la tierra. El corazón, que había abierto para obrar la magia, le dolía como si estuviera herido.

—Coge todo lo que necesites, pero date prisa. Ya hemos estado fuera demasiado tiempo.

Ella utilizó el cuchillo y trabajó con eficacia y rapidez, aunque hubiese deseado demorarse, disfrutar del trabajo.

Las fragancias la rodeaban, y sabía que lo que estaba recogiendo sería incluso más potente gracias a la forma en que había aparecido en la tierra.

El hombre que la había acariciado aquella noche, que la había tomado esa misma mañana, poseía más poder que nadie que ella hubiese conocido nunca. Y que cualquiera que hubiese imaginado.

—Esto es algo que echo de menos en la ciudad —dijo ella—. Tengo un montón de macetas en las ventanas, pero no es lo mismo que la jardinería auténtica.

Hoyt no dijo nada, simplemente la miró: el pelo brillándole bajo la lluvia, las manos delgadas trabajando entre las hierbas. Sintió algo en su corazón, sólo un pequeño pellizco.

Cuando Glenna se levantó, con los brazos colmados de hierbas y los ojos relucientes ante tanta maravilla, ese mismo corazón golpeó ligeramente contra su pecho y casi dejó de latir, como si hubiese sido atravesado por una flecha.

Embrujado, pensó Hoyt. Ella le había embrujado. La magia de una mujer apunta siempre primero al corazón.

—Puedo preparar muchas cosas con esta cantidad de hierbas. —Echó la cabeza hacia atrás para apartar el pelo mojado de su rostro—. Y me quedará bastante para aliñar una buena sopa para la cena.

—Entonces será mejor que lo llevemos dentro. Tenemos movimientos por el oeste. —Larkin señaló hacia el borde occidental del bosque—. Por ahora sólo están vigilando.

Embrujado, pensó nuevamente Hoyt al tiempo que se volvía hacia la dirección que señalaba Larkin, había olvidado su vigilancia; hechizado por Glenna.

—Cuento media docena —continuó diciendo Larkin con voz fría y serena—. Aunque puede haber más detrás. Confiando en atraernos con un señuelo para que les persigamos. De modo que seguramente habrá más esperando para atacarnos si nos acercamos a ellos.

—Por esta mañana ya hemos hecho todo lo que necesitábamos —comenzó a decir Hoyt, y luego pareció pensarlo mejor—, pero es mejor que no piensen que nos han obligado a regresar a la casa. Moira —añadió, elevando la voz para que ella pudiese oírle—, ¿puedes alcanzar a alguno de ellos desde esta distancia?

—¿Cuál prefieres?

Hoyt, divertido, se encogió de hombros.

—Lo dejo a tu elección. Vamos a darles un poco en que pensar.

Apenas había pronunciado la última palabra cuando una flecha salió volando, y luego una segunda, tan de prisa que creyó que lo había imaginado. Se oyeron dos gritos, uno fusionándose con el otro. Y allí donde había seis de aquellas criaturas, ahora quedaban sólo cuatro... que huyeron a ocultarse entre los árboles del bosque.

—Dos menos le darán más que un poco en que pensar. —Con una sonrisa torva, Moira preparó otra flecha—. Puedo lanzar un par de flechas hacia al bosque y obligarles a retroceder aún más si quieres.

—No malgastes las flechas.

Cian apareció en la ventana, detrás de ella. Estaba desgreñado y parecía irritado. Moira se apartó automáticamente.

—No se malgastarán si alcanzan al blanco.

—Ya se habrán marchado por ahora. Si estaban aquí para algo más que para fastidiarnos, habrían atacado mientras nos superaban en número.

Cian pasó junto a ella y salió por la puerta lateral.

—Ya ha pasado tu hora de dormir, ¿verdad? —dijo Glenna.

—Me gustaría saber quién podría dormir con todo este follón. Parecía un jodido terremoto. —Examinó el jardín—. Esto es obra tuya, supongo —le dijo a Hoyt.

—No. —La amargura de su herida interna se hizo evidente—. De mi madre.

—Bien, la próxima vez que tengas intención de dedicarte al paisajismo, avísame, así no tendré que preguntarme si la casa se está derrumbando encima de mi cabeza. ¿A cuántos habéis matado?

—Cinco. Moira ha acabado con cuatro de ellos. —Larkin envainó la espada—. El otro ha sido mío.

Cian miró hacia la ventana.

—La pequeña reina está aumentando el marcador.

—Queríamos examinar el terreno y atender a tu caballo —dijo Larkin.

—Me siento agradecido por ello.

—Estaba pensando que podría sacarlo un rato a galopar de vez en cuando, si no te importa.

—No me importa y a *Vlad* le gustaría.

—¿*Vlad*? —repitió Glenna.

—Es sólo una broma personal. Si la emoción ya se ha acabado, volveré a la cama.

—Tengo que hablar contigo. —Hoyt esperó a que Cian le mirase—. En privado.

—¿Y esta conversación en privado requiere que nos quedemos bajo la lluvia?

—Caminaremos.

—Como quieras. —Luego miró a Glenna y sonrió—. Estás muy guapa esta mañana.

—Y mojada. Hay muchos lugares secos y privados dentro, Hoyt —dijo ella.

—Prefiero estar fuera.

Hubo un momento de incómodo silencio.

—Es un poco lento, Glenna. Ella está esperando que la beses —prosiguió dirigiéndose ahora a Hoyt—, de ese modo se preocupará menos si te cortan el cuello por empeñarte en caminar bajo la lluvia.

—Vuelve dentro. —Aunque no se sentía en absoluto cómodo con la exhibición pública, Hoyt cogió la barbilla de Glenna con su mano y la besó levemente en los labios—. Estaré bien.

Larkin volvió a sacar la espada y se la ofreció a Cian.

—Es mejor estar armado.

—Sabías palabras. —Luego el vampiro se inclinó y le dio un beso rápido y arrogante a Glenna—. Yo también estaré bien.

Ambos hermanos caminaron en silencio y sin asomo de la camaradería que Hoyt recordaba que habían compartido en otro tiempo. Un tiempo, pensó, en que eran capaces de saber lo que el otro pensaba sin necesidad de palabras. Ahora los pensamientos de su hermano eran herméticos para él, del mismo modo que imaginaba que los suyos lo eran para Cian.

—Conservaste las rosas, pero dejaste morir el jardín de hierbas aromáticas. Ese jardín era uno de los grandes placeres de nuestra madre.

—Los rosales han sido reemplazados no recuerdo cuántas veces desde que adquirí este lugar. Pero las hierbas habían desaparecido ya antes de que comprase la propiedad.

—No es una propiedad como ese lugar que tienes en Nueva York. Es nuestro hogar.

—Lo es para ti. —La ira de Hoyt rodó por la espalda de Cian igual que la lluvia—. Si esperas más de lo que puedo o quiero darte, vivirás en un estado de decepción permanente. Es mi dinero el que compró la tierra y la casa que se levanta sobre ella, y mi dinero el que las mantiene a ambas. Creía que esta mañana estarías de mejor humor, después de haber retozado con esa guapa bruja anoche.

—Ten cuidado por donde pisas —dijo Hoyt.

—Tengo buena base. —Y no pudo resistirse a pisar un terreno aún más delicado—. Ella es sin duda una magnífica mujer, pero tengo algunos siglos más de experiencia que tú con las mujeres. Hay algo más que lujuria en esos asombrosos ojos verdes. Ella puede ver el futuro a través de ellos. Y me pregunto qué harás tú al respecto.

—No es asunto tuyo.

—En lo más mínimo, pero resulta entretenido especular, especialmente cuando, como en estos momentos, no tengo una mujer para que me distraiga. Ella no es una chica fácil de pueblo que se contenta con un revolcón en el pajar y una baratija. Glenna querrá y esperará mucho más de ti, como tienden a hacerlo las mujeres, especialmente las mujeres inteligentes.

Cian alzó la vista instintivamente, comprobando el manto de nubes grises. El clima irlandés era engañoso, lo sabía, y el sol podía decidirse a aparecer junto con la lluvia.

—¿Crees que si consigues sobrevivir estos tres meses y satisfaces a tus dioses, podrás pedirles el derecho a llevártela de regreso contigo?

—¿Por qué te importa eso?

—No todo el mundo hace preguntas porque le importen las respuestas. ¿Eres capaz de imaginarla, encerrada en tu cabaña de piedra, en los acantilados de Kerry? Sin electricidad, sin agua corriente, sin ningún Saks^[9] a la vuelta de la esquina. Preparándote la cena en una olla sobre el fuego, reduciendo probablemente su expectativa de vida a la mitad a causa de la falta de cuidados médicos y la mala nutrición. Pero bueno, todo sea por amor.

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Hoyt bruscamente—. Tú no eres capaz de amar.

—Oh, en eso te equivocas. Los de mi especie pueden amar profundamente, con desesperación incluso. Y sin duda también de un modo imprudente, algo que al parecer tú y yo tenemos en común. De modo que no la llevarás de regreso contigo, porque eso sería algo muy egoísta de tu parte. Y tú eres demasiado bueno, demasiado puro para ello. Y también disfrutas demasiado con el papel de mártir. Dejarás a Glenna aquí para que se consuma por ti. Yo podría divertirme ofreciéndole un poco de consuelo y, considerando que nos parecemos mucho, apuesto a que ella lo aceptaría. Y a mí también.

El golpe lo hizo retroceder unos pasos, pero no lo derribó. Notó la sangre, su maravilloso sabor, luego se pasó la mano por la boca ensangrentada. Le había costado mucho menos de lo que suponía provocar a su hermano.

—Bien, hacía tiempo que esto se veía venir, para los dos. —Lanzó la espada a un lado, como lo había hecho Hoyt—. Vamos allá entonces.

El puño de Cian se movió tan rápido que fue apenas una mancha... una mancha llena de estrellas que estallaron delante de los ojos de Hoyt, convirtiendo su nariz en un surtidor de sangre. Luego, ambos cargaron el uno contra el otro como arietes.

Cian recibió un golpe en los riñones y otro que le hizo zumbar los oídos. Había olvidado que Hoyt era capaz de pelear como un auténtico demonio cuando lo provocaban. Él lanzó un golpe corto y alcanzó a Hoyt en el abdomen, derribándolo. Pero también él se encontró sentado en el suelo cuando su hermano lo golpeó con ambas piernas.

Podría haberse levantado en un abrir y cerrar de ojos y acabar con aquella pelea, pero tenía la sangre caliente y prefería la lucha cuerpo a cuerpo.

Ambos rodaron sobre la hierba, lanzando golpes y maldiciendo mientras la lluvia les empapaba la

ropa. Codos y puños golpeaban la carne, chocaban contra los huesos.

Entonces Cian retrocedió con un siseo y un destello de sus colmillos. Hoyt vio la marca de la quemadura en la mano de su hermano, con la forma de su cruz.

—Que me jodan —musitó Cian, al tiempo que se lamía la quemadura y la sangre—. Al parecer necesitas una arma para vencerte.

—Sí, que te jodan. Y no necesito nada más que mis puños.

Hoyt se llevó la mano a la cadena y a punto estuvo de arrancársela. Luego lo dejó correr al comprender la enorme estupidez que estaba a punto de cometer.

—Esto es genial, ¿verdad? —Hoyt escupió las palabras y un poco de sangre junto con ellas—. Esto está muy bien. Peleando como dos ratas callejeras y exponiéndonos así frente a cualquier cosa que quiera atacarnos. Si alguno de ellos hubiese estado cerca, ahora estaríamos muertos.

—Yo ya lo estoy... habla por ti mismo.

—No es esto lo que quiero, liarme a golpes contigo. —Aunque las ganas de pelea aún estaban en su rostro mientras se limpiaba la sangre de la boca—. No tiene ningún sentido.

—Sin embargo, ha estado bien.

Hoyt sintió una punzada en el labio hinchado y le dolía el borde de la sien.

—Sí, ha estado bien, ésa es la verdad. Mártir y puro, y una mierda.

—Sabía que eso te llegaría muy hondo.

—Siempre supiste cómo llegar allí. Si no podemos ser hermanos, Cian, ¿qué es lo que somos?

Cian se sentó en la tierra, sacudiéndose con aire ausente las hierbas y las manchas de sangre de la camisa.

—Si consigues la victoria, te marcharás dentro de unos meses. Y si no, te veré morir. ¿Sabes a cuántos he visto morir?

—Si el tiempo es corto, debería ser aún más importante.

—Tú no sabes nada acerca del tiempo. —Cian se levantó—. ¿Quieres caminar? Ven entonces y aprende algo sobre el tiempo.

Echó a andar por la hierba empapada y Hoyt se vio obligado a apretar el paso para alcanzarle.

—¿Aún te pertenece? ¿El terreno?

—La mayor parte. Algunas tierras fueron vendidas hace unos siglos y otras fueron tomadas por los ingleses, durante una de sus guerras, y entregadas a los compinches de Cromwell.

—¿Quién es Cromwell?

—Era. Un auténtico cabrón que dedicó tiempo y esfuerzo a quemar y asolar Irlanda para la familia real británica. Políticos y guerras, parece que dioses, seres humanos y demonios no pueden prescindir de todo eso. Convencí al hijo de uno de esos hombres para que, después de que heredase las tierras, me las vendiese. A un buen precio.

—¿Le convenciste? Lo mataste quieres decir.

—¿Y qué si lo hice? —dijo Cian con voz cansada—. Fue hace mucho tiempo.

—¿Es así como has hecho tu fortuna? ¿Matando?

—He tenido más de novecientos años para llenar mis cofres y lo he hecho de diferentes maneras. Me gusta el dinero y siempre he tenido cabeza para los negocios.

—Sí, eso es verdad.

—Al principio hubo años de vacas flacas. Décadas de ellos, pero conseguí superarlo. Viajé. Es un

mundo enorme y fascinante, y me gusta poseer trozos de él. Por eso me preocupa la idea de que Lilith quiera representar su propio Cromwell.

—Proteges tu inversión —dijo Hoyt.

—Lo hago. Lo seguiré haciendo. Me he ganado lo que tengo. Hablo quince idiomas... una ventaja muy útil en el mundo de los negocios.

—¿Quince? —Ahora el paseo y la conversación eran más fáciles—. Recuerdo que incluso eras capaz de masacar el latín.

—Nada como el tiempo para aprender y más aún gozar de sus frutos. Disfruto mucho de ello.

—No te entiendo. Ella te quitó tu vida, tu humanidad.

—Y me concedió la eternidad. A pesar de que no me siento particularmente agradecido, ya que no lo hizo en mi beneficio, no veo qué sentido puede tener pasar esa eternidad lamentándome por ello. Mi existencia es larga, y esto es en cambio lo que tenéis tú y los de tu especie. —Y Cian señaló una tumba—. Un puñado de años y luego nada más que tierra y polvo.

Había unas ruinas de piedra cubiertas de enredaderas llenas de espinas y bayas negras. La pared del fondo aún permanecía en pie, y acababa en una especie de pico. Habían grabado algunas figuras en ella como en un marco, pero el tiempo y la intemperie habían vuelto a dejar la superficie de la piedra casi lisa.

Algunas flores, incluso pequeños arbustos, se abrían paso a través de las grietas con sus capullos morados que se vencían bajo el peso de la lluvia.

—¿Una capilla? Nuestra madre siempre hablaba de construir una.

—Y se construyó —confirmó Cian—. Esto es todo lo que queda de ella. Y de ellos, y de todos los que llegaron después. Lápidas y moho y malezas.

Hoyt se limitó a menear la cabeza. Las grandes lápidas habían sido clavadas en la tierra o apoyadas sobre ella para señalar el lugar donde descansaban los muertos. Ahora se movió entre ellas, sobre el terreno irregular donde el suelo había sido levantado una y otra vez, con las hierbas altas relucientes bajo la lluvia.

Al igual que la escritura grabada en las ruinas de la capilla, las palabras talladas en las lápidas casi habían desaparecido, y las piedras estaban cubiertas de moho y líquen. En algunas alcanzó a leer lo que había escrito sobre ellas; nombres que no conocía. Michael Thomas McKenna, amado esposo de Alice. Abandonó esta tierra el 6 de mayo de 1825. Y Alice, que se había reunido con él seis años más tarde. Sus hijos, uno de los cuales había abandonado el mundo apenas unos días después de haber llegado a él, y tres más.

Este Thomas y esa Alice habían vivido y muerto, siglos después de que él naciera, y casi dos siglos antes de que él estuviese allí, leyendo sus nombres.

El tiempo era fluido, pensó, y muy frágiles aquellos que pasaban por él.

Había cruces y lápidas redondas caídas. En algunos lugares crecían jardines cubiertos de malas hierbas encima de las tumbas, como si estuviesen cuidados por fantasmas indolentes. Y pudo sentir esos fantasmas con cada paso que daba.

Un rosal lleno de capullos rojos crecía lujuriosamente detrás de una lápida no más alta que sus rodillas. Sus pétalos brillaban como el terciopelo. Fue un lanzazo rápido al corazón, un dolor sordo retumbando detrás.

Hoyt supo que estaba ante la tumba de su madre.

—¿Cómo murió?

—Su corazón se detuvo. Es la forma habitual.

Hoyt apretó los puños.

—¿Cómo puedes ser tan frío, incluso aquí, incluso ahora?

—Algunos dijeron que fue la tristeza lo que la mató. Quizá fuera así. Él se marchó primero. —
Cian hizo un gesto hacia una segunda lápida—. Unas fiebres se lo llevaron alrededor del equinoccio,
el otoño después de que... yo me fuese. Ella lo siguió tres años después.

—¿Y nuestras hermanas?

—Allí. Están todas allí. —Hizo un gesto hacia un grupo de lápidas—. Y las generaciones que las
siguieron, las que se quedaron aquí, en todo caso. Hubo una terrible hambruna y la tierra se pudrió.
La gente moría como moscas o se largaban a América, a Australia, a Inglaterra, a cualquier parte
menos quedarse aquí, donde había sufrimiento, dolor, peste, pillaje. Muerte.

—¿Y Nola?

Cian se quedó callado durante un momento, luego continuó hablando con un tono de deliberada
indiferencia.

—Vivió hasta pasados los sesenta años; tuvo una vida buena y larga para una mujer en esos
tiempos, para un ser humano. Tuvo cinco hijos. O quizá fueron seis.

—¿Fue feliz?

—¿Cómo podría saberlo? —respondió Cian con impaciencia—. Nunca volví a hablar con ella. Yo
no era bienvenido en la casa que ahora es mía. ¿Por qué iba a serlo?

—Ella dijo que yo regresaría.

—Bueno, lo has hecho, ¿no es así?

La sangre de Hoyt estaba tibia ahora, y pronto estaría fría.

—No hay ninguna tumba para mí aquí. Si regreso, ¿habrá una? ¿Cambiará acaso lo que hay aquí?

—La paradoja. ¿Quién puede decirlo? En cualquier caso, te esfumaste o, al menos, eso era lo que
se decía. Dependía de la versión. Eres una especie de leyenda en esta parte del país. Hoyt de Clare,
aunque en Kerry también te reclaman como patrimonio de ellos. Tu canción y tu historia no alcanzan
la altura de un dios, ni siquiera la de Merlín, pero tienes una nota en algunas guías de viaje. El círculo
de piedras que se encuentra al norte de aquí, el que tú usabas, hoy se te atribuye a ti y se llama el
Baile de Hoyt.

Hoyt no sabía si sentirse halagado o incómodo.

—Ese lugar es el Baile de los Dioses y estaba aquí mucho antes de que yo naciera.

—Eso es lo que pasa con la verdad cuando la fantasía es más luminosa. ¿Recuerdas las cuevas que
había debajo de los acantilados donde me arrojaste al mar? Se cuenta que tú yaces allí, enterrado
profundamente bajo las rocas, protegido por las hadas, debajo de la tierra desde la que llamaste al
rayo y al viento.

—Tonterías.

—Un divertido reclamo de la fama.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato, simplemente permanecieron allí; dos hombres de
asombroso parecido físico en el mundo lluvioso de los muertos.

—Si yo hubiese ido contigo aquella noche, como me pediste que hiciera, si hubiese cabalgado a tu
lado hasta la posada en el pueblo. Un trago y un revolcón... —Hoyt sintió la garganta caliente

mientras recordaba—. Pero tenía trabajo y no quería compañía. Ni siquiera la tuya. Sólo con que te hubiese acompañado, nada de esto habría sucedido.

Cian se pasó la mano por el pelo mojado.

—Te echas un gran peso encima de los hombros, pero bueno, siempre lo hiciste. Si aquella noche me hubieses acompañado al pueblo, es probable que ella nos hubiese cogido a ambos... o sea que es verdad, nada de esto habría sucedido.

Cian vio algo en el rostro de Hoyt que hizo que volviese a invadirle la furia.

—¿Acaso te he pedido que te sientas culpable? No eras mi guardián entonces y no lo eres tampoco ahora. Estoy aquí, como lo estuve hace siglos y, dejando de lado la mala suerte, o mi propia estupidez por permitirte arrastrarme a esta locura y al grave riesgo de que me atravesen el corazón con una estaca, aquí seguiré durante muchos siglos más. Mientras tú, Hoyt, serás alimento para los gusanos. De modo que, ¿a quién de los dos crees que le ha sonreído el destino?

—¿Qué valor tiene mi poder si no soy capaz de cambiar aquella noche, aquel único momento? Hubiese ido contigo al pueblo. Habría muerto por ti.

Cian alzó la cabeza súbitamente y en su rostro se advertía la misma ira que había mantenido durante la pelea.

—No cargues tu muerte o tus remordimientos sobre mis hombros.

Pero en las palabras de Hoyt no había asomo de ira cuando prosiguió:

—Y tú habrías muerto por mí, por cualquiera de ellos. —Y abrió los brazos para abarcar las tumbas.

—Una vez.

—Eres la mitad de mí. Nada de lo que eres, nada de lo que ocurrió puede cambiar eso. Tú lo sabes tan bien como yo. Incluso más allá de la sangre, más allá de los huesos, debajo de todo eso somos lo que siempre fuimos.

—Yo no puedo *existir* en este mundo sintiendo esto —dijo Cian. Ahora la emoción era evidente en su rostro, en su voz—. No puedo sentir pena por lo que soy, o por ti. O por ellos. Y maldito seas por haberme traído nuevamente aquí.

—Te quiero. Está ligado a mí.

—Lo que tú amas ha desaparecido.

No, pensó Hoyt. En esos momentos estaba viendo el corazón de su hermano. Podía verlo en las rosas que había plantado sobre la tumba de su madre.

—Estás aquí conmigo y con los espíritus de nuestra familia. No has cambiado tanto como crees, Cian, o no habrías hecho esto. —Acarició los pétalos de una rosa—. No podrías haberlo hecho.

De pronto, los ojos de Cian se volvieron intemporales, llenos del tormento de siglos.

—He visto la muerte. Miles y miles de veces. Vejez y enfermedad, asesinatos y guerras. Pero no vi las tuyas. Esto era lo mínimo que podía hacer por ellos.

Cuando Hoyt movió la mano, los pétalos de una rosa muy madura cayeron y se esparcieron sobre la tumba de su madre.

—Fue suficiente.

Cian miró la mano que Hoyt le tendía. Suspiró una vez, profundamente.

—Bueno, malditos seamos los dos entonces —dijo y estrechó la mano de su hermano—. Ya hemos estado fuera demasiado tiempo, no tiene sentido que sigamos tentando a la suerte. Y quiero

volver a mi cama.

Echaron a andar de regreso por donde habían venido.

—¿Echas de menos el sol? —le preguntó Hoyt—. ¿Caminar sintiendo su calor en el rostro?

—Han descubierto que produce cáncer de piel.

—Oh. —Hoyt pensó en ello—. Aun así, el calor del sol en una mañana de verano.

—No pienso en ello. Me gusta la noche.

Quizá no era el momento de pedirle a Cian que le permitiese practicarle una pequeña sangría experimental.

—¿Qué haces en ese negocio que tienes? ¿Y con tu tiempo libre? Tú...

—Hago lo que me apetece. Me gusta trabajar; es gratificante. Y hace que el juego sea más atractivo. Y no es posible ponerte al tanto de varios siglos durante un paseo matinal bajo la lluvia, aunque estuviese dispuesto a hacerlo. —Se apoyó la espada sobre el hombro—. Pero en cualquier caso, probablemente te enterarías de tu muerte a través de esa historia y dejarías entonces de hacerme preguntas.

—Estoy hecho de una madera más fuerte de lo que crees —replicó Hoyt alegremente—, como lo he demostrado hace un rato, cuando te he partido la cara. Tienes una bonita magulladura en la barbilla.

—Se me irá más rápido que a ti, a menos que esa bruja intervenga otra vez. En cualquier caso, yo me he contenido.

—Y una mierda.

Las sombras que siempre caían sobre Cian cuando visitaba aquel cementerio comenzaron a disiparse.

—Si me hubiese empleado a fondo contigo, ahora estaríamos cavando tu tumba allí.

—Volvamos a intentarlo entonces.

Cian miró a su hermano. Los recuerdos, el placer que emanaba de éstos reprimido durante tanto tiempo, volvieron a él.

—En otro momento. Y cuando haya acabado contigo no podrás levantarte para revolcarte con la pelirroja.

Hoyt sonrió.

—Te he echado de menos.

Cian miró hacia la casa que asomaba entre los árboles.

—Lo jodido de todo este asunto es que yo también te he echado de menos.

Con una ballesta armada y preparada a su lado, Glenna vigilaba desde la ventana de la torre. Había considerado el hecho de que tenía muy poca práctica con esa arma en particular y que su puntería podía ser seriamente cuestionada, pero no podía quedarse simplemente sentada allí, desarmada y retorciéndose las manos, como una mujer indefensa.

Si el jodido sol saliese de una puñetera vez no tendría de qué preocuparse. Más que eso, pensó con un ligero siseo de ira, si los chicos McKenna no hubiesen salido de paseo —obviamente para pelearse en privado— ella no tendría ahora en la cabeza esas imágenes en las que ambos eran hechos pedazos por una manada de vampiros.

¿Manada? ¿Rebaño? ¿Banda?

¿Qué importaba? Se llamara como se llamase, esas cosas seguían teniendo colmillos y una jodida actitud.

¿Adónde habían ido? ¿Y por qué habían permanecido fuera, expuestos y vulnerables, durante tanto tiempo?

Tal vez el rebaño/manada/banda ya los hubiese despedazado y arrastrado sus cuerpos mutilados a... Y, oh, Dios, ojalá pudiese apagar el video en su cabeza durante cinco jodidos minutos.

A la mayoría de las mujeres sólo les preocupaba que su hombre pudiese ser atracado, o atropellado por un autobús. Pero, oh, no, ella tenía que enredarse con un tío que estaba en guerra con unos seres malignos a los que les encantaba chupar la sangre.

¿Por qué no podía haberse enamorado de un agradable contable o de un guapo agente de bolsa?

Había pensado emplear sus habilidades y la bola de cristal para buscarles. Pero luego decidió que eso hubiese sido... invadir su intimidad. Ofensivo por tanto.

Pero si Hoyt y Cian no habían regresado en diez minutos, le importarían un carajo las buenas maneras e iría a buscarles.

Ella no había pensado, no del todo, en el torbellino emocional que Hoyt estaba experimentando, lo que echaba de menos y lo que arriesgaba. Más que el resto de ellos, decidió. Glenna se encontraba a miles de kilómetros de su familia, pero no a cientos de años. Él en cambio estaba en la casa donde había nacido y crecido, pero ya no era su hogar. Y cada día, cada hora, era un recordatorio de eso.

Haber creado nuevamente el jardín de hierbas de su madre le había hecho mucho daño. Glenna tendría que haber caído en eso y mantener la boca cerrada respecto a lo que quería y necesitaba. Debería haberse limitado a hacer una jodida lista y luego salir y buscar o comprar las provisiones.

Miró algunas de las hierbas que ya había liado y colgado para que se secasen. Las pequeñas cosas, las cosas de todos los días, eran las que podían provocar más daño.

Ahora él estaba fuera, en alguna parte, bajo la lluvia, con su hermano el vampiro. Ella no creía que Cian fuese capaz de atacar a Hoyt... o no quería creerlo. Pero si Cian estaba furioso, si le presionaban demasiado, ¿podría controlar lo que eran sus impulsos naturales?

No sabía la respuesta.

A eso había que sumarle el hecho de que nadie podía estar seguro de si había más fuerzas de Lilith rondando la casa, esperando otra oportunidad.

Probablemente era una tontería preocuparse. Ellos eran dos hombres de considerable poder, hombres que conocían aquellas tierras. Ninguno de los dos dependía exclusivamente de espadas y

cuchillos. Hoyt estaba armado, y llevaba una de las cruces que ambos habían conjurado, de modo que no estaba indefenso.

Y el hecho de que ambos estuviesen allí fuera, moviéndose libremente, demostraba un hecho importante: que no podrían someterles a un asedio.

Nadie más estaba particularmente preocupado. Moira había regresado a estudiar a la biblioteca. Larkin y King estaban en la zona de entrenamiento, dedicados a hacer un inventario de las armas. Seguro que ella se estaba preocupando por nada.

Pero ¿dónde coño estaban?

Mientras continuaba vigilando el terreno vio que algo se movía. Apenas unas sombras en la penumbra. Cogió la ballesta, ordenó a sus dedos que dejaran de temblar mientras se colocaba en posición en la estrecha ventana.

—Sólo respira —se dijo—. Sólo respira. Inspira, espira. Inspira, espira.

Dejó escapar el aliento con un silbido de alivio cuando vio a Hoyt y a Cian a su lado. Caminando y chorreando agua como si tuviesen todo el tiempo del mundo y ninguna preocupación.

Enarcó las cejas cuando estuvieron más cerca. ¿Era sangre lo que había en la camisa de Hoyt y una herida reciente debajo del ojo derecho?

Se inclinó hacia afuera y chocó contra el alféizar de piedra. La flecha salió disparada de la ballesta con un sonido mortal. Lanzó un grito. Más tarde se odiaría por ello, pero aquel sonido de conmoción y miedo puramente femenino escapó de sus labios al tiempo que la flecha cortaba el aire y la lluvia y aterrizaba a pocos centímetros de la punta de la bota de Hoyt.

Ambos sacaron las espadas, un manchón de acero, mientras giraban espalda contra espalda. En otras circunstancias, ella sin duda hubiese admirado ese movimiento, la elegancia y el ritmo del mismo, como si fuese una coreografía. Pero en ese momento estaba atrapada entre la mortificación y el horror.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —Se inclinó aún más fuera de la ventana y agitó frenéticamente el brazo al tiempo que gritaba—. He sido yo. La flecha se me ha escapado. Yo sólo... —Oh, a la mierda—. Ahora bajo.

Dejó la ballesta donde estaba, prometiéndose que practicaría durante una hora antes de volver a dispararle a cualquier otra cosa que no fuese una diana. Antes de echar a correr alcanzó a oír el sonido inconfundible de unas carcajadas masculinas. Una rápida mirada le confirmó que era Cian, casi doblado en dos por la risa. Hoyt simplemente miraba hacia la ventana.

Cuando giró en el recodo de la escalera, Larkin salió de la sala de entrenamiento.

—¿Problemas?

—No. No. Nada. Está todo bien. No ha sido nada.

Glenna podía sentir que la sangre le subía a las mejillas mientras corría hacia la planta baja.

Hoyt y Cian entraban ya por la puerta principal, sacudiéndose como perros empapados al tiempo que ella bajaba los últimos escalones.

—Lo siento. Lo siento.

—Recuérdame que no debo enfadarte, pelirroja —dijo Cian—. Podrías querer apuntarme al corazón y dispararme en cambio en las pelotas.

—Sólo estaba vigilando para ver si venías y debo de haber disparado la ballesta sin darme cuenta. Algo que nunca habría hecho si vosotros no hubieseis tardado tanto en regresar haciendo que me

preocupase de esa manera.

—Eso es lo que me gusta de las mujeres. —Cian dio una palmada en el hombro de su hermano—. Casi te matan, pero al final la culpa es tuya. Suerte, me voy a la cama.

—Tengo que examinar tus quemaduras.

—No, no, no.

—¿Qué ha pasado? ¿Os han atacado? Tienes sangre en la boca... y tú también —le dijo a Hoyt—. Y un ojo prácticamente cerrado por la hinchazón.

—No, nadie nos ha atacado. —En su voz había una nota de exasperación—. Bueno, hasta que tú casi me atraviesas el pie con una flecha.

—Pero tenéis golpes en la cara y las ropas sucias... desgarradas. Si no os han atacado... —Se dio cuenta al ver la expresión de sus caras. Después de todo, ella también tenía un hermano—. ¿Os peleasteis? *¿Entre vosotros?*

—Él me pegó primero.

Glenna lanzó a Cian una mirada que hubiese marchitado una piedra.

—Muy bien, eso está muy bien, ¿verdad? ¿No pasamos ya por todo esto ayer? ¿No hablamos acaso de las peleas internas, de lo inútiles y destructivas que son?

—Me parece que nos iremos a la cama sin cenar.

—No te hagas el listo conmigo. —Clavó el índice en el pecho de Cian—. Yo aquí, enferma de preocupación, y vosotros dos allí fuera luchando como un par de estúpidos cachorros.

—Y tú casi me clavabas una flecha en el pie —le recordó Hoyt—. Creo que por hoy estamos casi a la par en cuanto a comportamientos estúpidos.

Ella dejó escapar el aire con un siseo.

—A la cocina los dos. Me encargaré de esos cortes y magulladuras... otra vez.

—Yo me voy a la cama —comenzó a decir Cian.

—Los dos. Ahora. Y no te conviene discutir conmigo en este momento.

Mientras ambos se dirigían a la cocina, Cian se frotó suavemente el labio partido con un dedo.

—Ha pasado mucho tiempo, pero no recuerdo que sintieras una predilección especial por las mujeres dominantes.

—No la sentía. Pero las entiendo lo suficiente como para saber que deberíamos dejar que se salga con la suya en esto. Y la verdad es que el ojo me está matando.

Cuando entraron en la cocina, Glenna estaba colocando sobre la mesa todo lo que necesitaba para sus curas. Había puesto la tetera a hervir y llevaba las mangas enrolladas.

—¿Quieres sangre? —le preguntó a Cian, con suficiente hielo en las palabras como para que él se aclarase la garganta.

Le resultaba asombroso sentirse realmente compungido. Era una sensación que no había experimentado en... demasiado tiempo como para recordarlo. Obviamente, el hecho de vivir tan estrechamente con los seres humanos no era una buena influencia.

—La infusión que estás preparando es suficiente, gracias.

—Quítate la camisa.

Tenía un comentario irónico en la punta de la lengua que Glenna casi pudo ver. Demostrando que era un hombre listo, tuvo la prudencia de tragárselo.

Se quitó la camisa y se sentó.

—Había olvidado las quemaduras. —Ahora Hoyt las examinó detenidamente. Ya no había ampollas y la piel había adquirido un color rojo y desagradable—. Si me hubiese acordado —dijo mientras se sentaba delante de Cian— te habría dado más golpes en el pecho.

—Típico —dijo Glenna en voz baja, y ambos la ignoraron.

—Ya no peleas como solías hacerlo. Ahora usas más los pies y los codos. —Y Hoyt aún podía sentir el doloroso resultado de ellos—. Y luego está también ese salto para levantarte del suelo.

—Artes marciales. Soy cinturón negro en varias de ellas. Rango de maestro —explicó Cian—. Tienes que dedicar más tiempo al entrenamiento.

Hoyt se frotó las costillas magulladas.

—Lo haré.

«¿No se habían vuelto sociables de pronto?», pensó Glenna. ¿Qué era lo que hacía que los hombres decidieran ser amigos después de haberse machacado mutuamente la cara a golpes?

Vertió el agua caliente en un cazo sobre unas hierbas y, mientras la infusión se asentaba, se acercó a la mesa con su bálsamo.

—Yo habría dicho tres semanas para que curasen, considerando la extensión de las quemaduras. —Se sentó y untó el bálsamo en sus dedos—. Rectifico y digo tres días.

—Podemos ser heridos, y de gravedad. Pero a menos que sea un golpe mortal, nos curamos... y rápidamente.

—Eres afortunado, especialmente con esas bonitas magulladuras que acompañan a las quemaduras. Pero no podéis regeneraros —continuó Glenna mientras aplicaba el bálsamo sobre las quemaduras—. Si, por ejemplo, les cortamos un brazo, no volverá a crecerles.

—Ésa es una idea horrible e interesante. No. Nunca he oído que sucediera nada por el estilo.

—Entonces, si no podemos alcanzarles en la cabeza o el corazón, podemos ir a por uno de sus miembros.

Glenna fue al fregadero para lavarse el bálsamo de las manos y preparar compresas frías para las magulladuras.

—Aquí tienes. —Le dio una a Hoyt—. Póntela en el ojo.

Hoyt la olió y luego hizo lo que Glenna le decía.

—No tenías que haberte preocupado.

Cian dio un respingo.

—Eso no ha estado nada bien, Hoyt. Es más inteligente decir: «Mi amor, sentimos mucho que te hayas preocupado. Hemos sido egoístas y desconsiderados, y deberíamos ser azotados por ello. Confiamos en que puedas perdonarnos». Y decirlo marcando mucho el acento. A las mujeres les chiflan los acentos.

—Y luego besarle los pies, supongo —contestó su hermano.

—En realidad mejor el culo. Besar el culo es una tradición que nunca pasa de moda. Necesitarás tener paciencia con él, Glenna. Hoyt aún está aprendiendo.

Ella llevó la infusión a la mesa y luego los sorprendió a ambos al apoyar una mano en la mejilla de Cian.

—¿Y tú vas a enseñarle cómo se trata a la mujer moderna?

—Bueno, Hoyt es un poco digno de compasión, eso es todo.

Los labios de Glenna se curvaron cuando bajó la cabeza y los posó encima de los de Cian.

—Estás perdonado. Ahora bebe tu infusión.

—¿Así de fácil? —protestó Hoyt—. ¿Él recibe una caricia en la mejilla y un beso y ya está? No ha sido a él a quien has estado a punto de clavarle una flecha.

—Las mujeres son un misterio permanente. —Cian habló sosegadamente—. Y una de las maravillas del mundo. Me llevaré la bebida a mi habitación. —Se levantó—. Necesito ropa seca.

—Bébelo todo. —Glenna habló sin darse la vuelta mientras cogía otro frasco—. Te ayudará.

—Entonces lo haré. Hazme saber si no aprende lo bastante de prisa como para satisfacerte. No me molestaría ser la segunda alternativa.

—Es sólo su forma de ser —le dijo Hoyt cuando Cian se marchó—. Una especie de broma.

—Lo sé. De modo que os habéis hecho amigos de nuevo mientras os moláis a golpes.

—Es verdad que yo le pegué primero. Le hablé de nuestra madre y del jardín, y él se mostró frío como el hielo. Aunque yo podía ver lo que se ocultaba debajo de esa frialdad, yo... bueno, lo atacué, y... después, Cian me ha llevado a donde está enterrada nuestra familia. Eso es todo.

Ahora Glenna se volvió y toda la pena que sentía se reflejó en sus ojos.

—Ha debido de ser muy duro para ambos estar allí.

—Hace que para mí sea algo real. Que mientras yo estoy aquí sentado contigo ellos estén muertos, antes no me parecía real. Ni posible ni real.

Glenna se acercó a él y le pasó una tintura por las zonas magulladas.

—¿Y para Cian? Haber vivido durante todo este tiempo sin una familia es otra de las crueldades que han cometido con él. Con todos ellos. ¿No habíamos pensado en eso, verdad, cuando hablamos de la guerra y de cómo destruirlos? Todos ellos han sido personas alguna vez, igual que Cian.

—Quieren matarnos, Glenna. A todos nosotros; pese a la pena que podamos sentir por ellos.

—Lo sé. Lo sé. Algo les despojó de su humanidad. Pero una vez fueron seres humanos, Hoyt, con familias, amantes, esperanzas. Nosotros no pensamos en eso. Tal vez no podemos hacerlo.

Se apartó el pelo de la cara. «Un contable agradable —volvió a pensar—. Un agente de bolsa. Qué ridículo, qué ordinario». Ella tenía, allí mismo, lo maravilloso.

—Creo que Cian ha sido puesto aquí, en este camino, para que entendiésemos que lo que estamos haciendo no es fácil. Para que al acabar el día sepamos que hemos hecho lo correcto, pero que no nos ha salido gratis.

Ella retrocedió y lo miró.

—Eso tendría que bastar. Ahora trata de mantener la cara apartada de nuevos puños.

Glenna comenzó a darse la vuelta, pero Hoyt le cogió la mano, levantándose al tiempo que la atraía hacia él. Sus labios se unieron a los de ella con enorme ternura.

—Y a ti el destino te puso aquí, Glenna, para ayudarme a entender que no se trata solamente de muerte, sangre y violencia. En el mundo hay tanta belleza, tanta bondad. Y yo tengo todo eso. —La envolvió con sus brazos—. Lo tengo aquí mismo.

Ella se entregó, dejando que su cabeza reposara sobre su hombro. Quería preguntarle qué tendrían cuando todo hubiese acabado, pero sabía que era importante, esencial incluso, vivir solamente el día a día.

—Tenemos que trabajar. —Glenna se apartó—. Tengo algunas ideas relacionadas con la creación de una zona de seguridad alrededor de la casa. Una área protegida donde podamos movernos libremente. Y creo que Larkin tiene razón cuando dice que deberíamos enviar exploradores. Si

podemos llegar hasta las cuevas durante el día, quizá pudiéramos descubrir algunas cosas. Incluso podríamos colocar algunas trampas.

—Veo que tu mente ha estado ocupada.

—Necesito mantenerla así. No tengo tanto miedo si estoy pensando, si estoy haciendo algo.

—Entonces trabajemos.

—Moira podría ayudarnos una vez que hayamos comenzado —añadió Glenna cuando abandonaban la cocina—. Está leyendo todos los libros que puede sobre este tema, de modo que será nuestra principal fuente de datos... información —explicó—. Y además también posee cierto poder. Está verde y carece de entrenamiento, pero ahí está.

Mientras Glenna y Hoyt se encerraban en la torre y la casa permanecía en silencio, Moira encontró en la biblioteca un libro que trataba de temas populares relacionados con el demonio. Era fascinante, pensó. Había tantas teorías y leyendas diferentes. Consideró como su tarea principal separar la paja del trigo.

Cian sin duda las conocería, al menos algunas de ellas, dedujo. Siglos de existencia era un tiempo más que suficiente para aprender. Y alguien que llenaba de libros una habitación de aquellas dimensiones sin duda buscaba y respetaba el conocimiento. Pero aún no estaba preparada para preguntarle, y no estaba segura de si lo estaría alguna vez.

Si Cian no era como las criaturas sobre las que estaba leyendo, esos seres que buscaban la sangre humana noche tras noche —y estaban sedientos no sólo de sangre sino ávidos de caza—, ¿qué era él? Se estaba preparando para hacer la guerra contra lo que él mismo era, y eso Moira no podía entenderlo.

Necesitaba aprender más cosas, acerca de aquello contra lo que luchaban, acerca de Cian, acerca de todos los demás. ¿Cómo podías entender, y luego confiar, en algo que no conocías?

Tomó notas, abundantes notas, en papel que había encontrado en uno de los cajones del enorme escritorio. Le gustaba el papel y el instrumento que se utilizaba para escribir. La pluma, se corrigió, que contenía la tinta dentro de un tubo. Se preguntó si podría llevarse algunos papeles y plumas de regreso a Geall.

Cerró los ojos. Echaba de menos su hogar y esa nostalgia era como un dolor constante en el vientre. Había escrito sus últimos deseos y sellado el sobre. Lo dejaría entre sus cosas para que Larkin lo encontrase si algo le ocurría.

Si moría de este lado, quería que su cuerpo fuese llevado de regreso a Geall para ser enterrado allí.

Continuó escribiendo con los pensamientos girando dentro de su cabeza. Había un pensamiento en especial al que volvía una y otra vez, tanteándolo con cuidado. Tenía que encontrar alguna manera de preguntarle a Glenna si podía hacerse, y si los demás accederían a ello.

¿Habría alguna madera de sellar el portal, de cerrar la puerta a Geall?

Oyó pasos que se acercaban y acarició el mango de su cuchillo con las puntas de los dedos. Apartó la mano cuando King entró en la biblioteca. Por razones que no podía identificar, se sentía más cómoda con él que con los demás.

—¿Tienes algo contra las sillas, pequeña?

Ella torció los labios. Le gustaba la forma en que las palabras salían de él, como rocas cayendo por la ladera de una colina pedregosa.

—No, pero me gusta sentarme en el suelo. ¿Es hora de continuar con el entrenamiento?

—Nos tomamos un descanso. —Se aposentó en un sillón, con una gran taza de café en la mano

—Larkin podría estar entrenando todo el jodido día. Ahora está arriba, practicando algunas *katas*.

—Me gustan las *katas*. Son como bailar.

—Pues si bailas con un vampiro, asegúrate de que eres tú quien marca el paso.

Moirá volvió ociosamente la página de un libro.

—Hoyt y Cian se han peleado.

King bebió un trago de café.

—¿Ah, sí? ¿Y quién ha ganado?

—Creo que ninguno de los dos. Los he visto cuando regresaban a la casa, y por sus caras y cojeras, yo diría que ha sido un empate.

—¿Cómo sabes que la pelea ha sido entre ellos? Tal vez les atacaron.

—No. —Recorrió las palabras escritas con los dedos—. Oigo cosas.

—Tienes las orejas muy grandes para ser tan pequeña.

—Eso me decía siempre mi madre. Hicieron las paces entre ellos... Hoyt y su hermano.

—Eso elimina una complicación... si esas paces duran. —Teniendo en cuenta sus respectivas personalidades, King calculó que una tregua entre los hermanos tenía la misma expectativa de vida que una mosca de la fruta—. ¿Qué esperas encontrar en todos esos libros?

—Todo. Tarde o temprano. ¿Sabes cómo aparecieron los primeros vampiros? En los libros hay diferentes versiones.

—Nunca he pensado en ello.

—Yo lo hacía... hago. Una de las versiones es una historia de amor. Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven, los demonios se estaban extinguiendo. Antes, mucho antes de eso, eran muchos más. Miles de ellos que viajaban por el mundo. Pero el hombre era cada vez más fuerte y listo, y el tiempo de los demonios se acababa.

King era un hombre que disfrutaba de las historias, de modo que se acomodó en el sillón.

—Una especie de evolución.

—Un cambio, sí. Muchos de los demonios se metieron debajo de la tierra, para esconderse o para dormir. Entonces había más magia, porque la gente no la rechazaba. Los hombres y las hadas forjaron una alianza para librar una guerra contra los demonios, para acabar con ellos de una vez para siempre. Uno de ellos fue envenenado y sufrió una muerte muy lenta. Ese demonio amaba a una mujer mortal y eso era algo que estaba prohibido incluso en el mundo de los demonios.

—De modo que el hombre no tiene la exclusiva de la intolerancia. Continúa —dijo King cuando ella hizo una pausa.

—Así pues, el demonio moribundo se llevó a la mujer mortal de su hogar. Estaba realmente obsesionado con ella y su último deseo antes de morir era aparearse con ella.

—En ese sentido no era tan diferente de los hombres.

—Creo que quizá todas las criaturas vivas anhelan el amor y el placer. Y el acto físico que representa la vida.

—Y los tíos quieren correrse.

Ella perdió el hilo de lo que estaba diciendo.

—¿Quieren qué?

King estuvo a punto de escupir el café, pero en cambio se atragantó. Hizo un gesto con la mano

mientras se echaba a reír.

—No me hagas caso. Acaba la historia.

—Ah... Bueno, el demonio la llevó a lo más profundo del bosque y se salió con la suya, y ella, como una mujer bajo un hechizo, quería su contacto. Entonces, para tratar de salvarle la vida le ofreció su sangre. Él la mordió y ella bebió también la sangre de él, ya que ésta era otra clase de acoplamiento. La mujer murió junto con él, pero no dejó de existir, sino que se convirtió en lo que llamamos vampiro.

—Un demonio por amor.

—Sí, supongo que sí. Como venganza contra los hombres que habían matado a su amado, ella los cazaba, se alimentaba de ellos, los transformaba, para aumentar así el número de los de su especie. Pero a pesar de todo, seguía sufriendo por su amante demonio y se mató con la luz del sol.

—No se parece mucho a *Romeo y Julieta*, ¿verdad?

—Una obra de teatro. He visto el libro aquí, en una estantería. Aún no lo he leído.

Le llevaría años leer todos los libros que había en aquella habitación, pensó Moira mientras jugueteaba con la punta de su trenza.

—Pero he leído otra historia de vampiros. Habla de un demonio, enfermo y loco a causa de un conjuro aún más malo que él, que buscaba salvajemente la sangre humana. Se alimentaba de ella y, cuanto más lo hacía, más loco se volvía. Murió después de haber mezclado su sangre con la de un mortal, y ese mortal se convirtió en un vampiro. El primero de su especie.

—Creo que te gusta más la primera versión.

—No, me gusta más la verdad, y creo que la segunda historia es la verdadera. ¿Qué mujer mortal podría amar a un demonio?

—Llevabas una vida protegida en tu mundo, ¿verdad? De donde yo vengo, la gente pierde la cabeza por los monstruos, o lo que los demás consideran monstruos, todo el tiempo. No hay ninguna lógica en el amor, pequeña. Es así.

Ella se echó la trenza hacia atrás al encogerse de hombros.

—Bueno, si yo amo, no me volveré estúpida por ello.

—Espero estar por aquí el tiempo suficiente como para ver cómo te tragas esas palabras.

Moira cerró el libro y miró a King

—¿Tú amas a alguien?

—¿A una mujer? He estado cerca de hacerlo un par de veces, y por eso sé que no di en la diana.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Moira.

—Cuando alcanzas el centro de la diana, pequeña, ya estás perdido. Pero es divertido disparar para intentar alcanzarlo. Necesitaré una mujer especial para que eso pase.

King se dio unos golpecitos en la cara con el dedo.

—Me gusta tu cara. Es tan grande y oscura —dijo Moira.

King se echó a reír, tan fuerte que estuvo a punto de derramar el café.

—En eso tienes razón.

—Y eres muy fuerte. Hablas bien y sabes cocinar. Eres leal con tus amigos.

Aquella cara grande y oscura se suavizó.

—¿Quieres presentarte para el puesto de amor de mi vida?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Creo que no soy tu diana. Si debo ser reina, un día tendré que casarme, tener hijos. Espero que no sea sólo una obligación, sino que pueda encontrar lo que mi madre encontró en mi padre. Lo que encontraron el uno en el otro. Me gustaría que fuese un hombre fuerte y leal.

—Y guapo.

Ella hizo un pequeño gesto con los hombros, porque no esperaba que fuese un hombre especialmente guapo.

—¿Las mujeres aquí sólo buscan la belleza?

—No podría decirlo, pero es algo que nunca hace daño. Los tíos como Cian, por ejemplo, tienen que quitárselas de encima con un palo.

—Entonces, ¿por qué está solo?

King la estudió por encima del borde de la taza.

—Buena pregunta.

—¿Cómo lo conociste?

—Cian me salvó la vida.

Moira se abrazó las piernas y se acomodó. Había pocas cosas que le gustasen más que una historia.

—¿Cómo fue?

—Yo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Un barrio peligroso en el este de Los Ángeles. —Bebió otro trago de café y se encogió levemente de hombros—. Verás, mi viejo se largó antes de que yo naciera y mi madre tuvo lo que podríamos llamar un pequeño problema con las sustancias ilegales. Sobredosis. Se pasó de la raya con la droga.

—Ella murió. —Toda ella sentía una enorme tristeza por él—. Lo siento.

—Malas elecciones, mala suerte. Tienes que tener en cuenta que algunas personas vienen al mundo preparadas para tirar su vida por el retrete. Ella era una de ellas. De modo que me encuentro en la calle, haciendo lo que puedo para sobrevivir, y fuera del sistema. Un día voy a ese lugar que conozco. Está oscuro y hace mucho calor. Yo sólo buscaba un lugar donde pasar la noche.

—No tenías casa.

—Tenía la calle. Un par de tíos están rondando por allí, probablemente esperando para dar un golpe. Yo necesito pasar junto a ellos para llegar a donde quiero ir. Aparece un coche y comienzan a dispararles. Como en una emboscada. Yo quedo atrapado en mitad del tiroteo. Las balas pasan rozando mi cabeza. La cosa se pone realmente fea y sé que voy a morir. Entonces alguien me coge con fuerza y me arrastra hacia atrás. Todo se vuelve borroso, pero yo siento como si volara. Luego estaba en otro lugar.

—¿Dónde?

—En una elegante habitación de hotel. Nunca había visto algo así excepto en el cine. —Cruzó sus grandes pies calzados con botas mientras recordaba—. Una cama enorme, para diez personas por lo menos, y yo estoy acostado allí. La cabeza me duele horriblemente, y sólo por eso no pienso que estoy muerto y que aquello es el cielo. El tío sale del baño. Se quita la camisa y lleva un vendaje en el hombro. Había recibido un balazo cuando me estaba sacando del fuego cruzado.

—¿Qué hiciste entonces?

—No mucho, supongo que estaba conmocionado. El tío se sienta, me estudia como si yo fuese un jodido libro. «Eres afortunado —me dice— y estúpido». Tiene ese acento al hablar. Yo pienso que

debe de ser una estrella del rock o algo así. El aspecto que tiene, la voz rara. La verdad es que pensé que era un perverso y que quería que yo... Digamos solamente que yo estaba cagado de miedo. Tenía ocho años.

—¿Eras un niño? —Los ojos de Moira se abrieron como platos—. ¿No eras más que un niño?

—Tenía ocho años —repitió King—, pero si te crías como yo lo hice, no eres un niño durante mucho tiempo. Él me pregunta qué coño estaba haciendo allí y yo le contesto de mala manera. Trato de tranquilizarme. Él me pregunta si tengo hambre y yo le contesto algo así como que no pienso... hacer ningún favor sexual por un jodido plato de comida. Entonces pide la cena, bistec, una botella de vino, gaseosa. Y me dice que no está interesado en joder con niños. Que si tengo algún lugar donde preferiría estar, debería irme allí. Si no es así, puedo quedarme y esperar a que llegue el bistec.

—Y tú te quedaste a esperar que llegase el bistec.

—Puedes apostar. —Le hizo un guiño—. Ése fue el comienzo de todo. Él me dio comida y también me dio a elegir. Yo podía regresar donde había estado hasta entonces, no era asunto suyo, o podía trabajar para él. Elegí el trabajo. No sabía que el trabajo significaba ir a la escuela. Me dio ropa, una educación, dignidad.

—¿Te dijo lo que era?

—Entonces no. Aunque no pasó mucho tiempo antes de que lo hiciera. Yo pensaba que estaba chiflado, pero no me importaba demasiado. Para cuando comprendí que me estaba diciendo la verdad, literalmente la verdad, yo ya habría hecho cualquier cosa por él. El hombre que yo estaba condenado a ser murió en la calle aquella noche. Y él no me transformó en alguien como ellos —prosiguió King—. Aunque es verdad que Cian me cambió.

—¿Por qué lo hizo? ¿Alguna vez se lo has preguntado?

—Sí. Y eso debería decírtelo él.

Moira asintió. Con la propia historia y a tenía bastante en qué pensar.

—El descanso ha terminado —anunció King—. Podemos entrenar durante una hora y fortalecer ese culo flaco que tienes.

Ella sonrió.

—O podemos trabajar con el arco y mejorar esa lamentable puntería que tienes tú.

—Venga, listilla. —De repente frunció el cejo y miró hacia la puerta—. ¿Has oído algo?

—¿Como si alguien golpease?

Moira se encogió de hombros y, como se demoró ordenando los libros, salió de la biblioteca después de que lo hiciera King.

Glenna bajó rápidamente la escalera. Con el escaso progreso que estaban haciendo, podía dejar a Hoyt por el momento. Alguien tenía que encargarse de preparar la cena y, puesto que había incluido su nombre en la lista, ella había sido la elegida. Podía preparar un escabeche para el pollo y luego volver a la torre a trabajar durante otra hora.

Una buena comida mejoraría el ambiente para la reunión del equipo.

Pasaría por la biblioteca y arrancaría a Moira de los libros para darle una lección de cocina mientras preparaba la cena. Tal vez fuese sexista poner a continuación en la lista de cocineros a la otra única mujer, pero tenía que empezar por alguna parte.

El golpe en la puerta la sobresaltó y se pasó una mano nerviosa por el pelo.

Estuvo a punto de llamar a Larkin o a King, luego meneó la cabeza. Hablando de sexismo, ¿cómo

iba a participar en una batalla seria si ni siquiera era capaz de abrir la puerta de la casa una tarde de lluvia?

Podía tratarse de un vecino que se hubiese acercado para hacer una visita de cortesía. O el cuidador de Cian, que acudía para asegurarse de que tenían todo lo que necesitaban.

Y un vampiro no podía entrar en la casa, no podía pasar del umbral a menos que ella le invitase a entrar.

Algo altamente improbable.

No obstante, Glenna miró primero por la ventana. Vio a una joven de unos veinte años, una hermosa rubia vestida con tejanos y un jersey rojo brillante. Llevaba el pelo recogido en una coleta que colgaba por detrás de una gorra también roja. Tenía un mapa en la mano y parecía buscar la solución a un problema mientras se mordía la uña del pulgar.

«Alguien que se ha perdido», pensó Glenna, y cuanto antes consiguiera que esa chica continuara su camino y se alejase de la casa, mejor para todos.

La joven volvió a golpear la puerta cuando ella se apartó de la ventana.

Glenna le abrió, cuidando de mantenerse del lado de dentro del umbral.

—¿Hola? ¿Necesitas ayuda?

—Hola. Gracias, sí. —Había alivio en la voz de la joven y un fuerte acento francés—. Estoy, ah, perdida. *Excusez moi*, mi inglés no es muy bueno.

—No hay problema. Mi francés es prácticamente inexistente. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Ennis? *¿S'il vous plaît?* ¿Puede decirme usted cómo el camino va a Ennis?

—No estoy segura. Yo tampoco soy de por aquí. Puedo echarle un vistazo al mapa. —Glenna vigiló los ojos de la joven mientras extendía la mano... con las puntas de los dedos de su lado de la puerta—. Yo soy Glenna. *Je suis* Glenna.

—Ah, *oui*. *Je m'appelle* Lora. Estoy de vacaciones, estudiante.

—Eso está bien.

—La lluvia. —Lora extendió la mano y las gotas cayeron sobre ella—. Estoy perdida en la lluvia, creo.

—Le puede pasar a cualquiera. Vamos a echar un vistazo al mapa, Lora. ¿Estás sola?

—¿Pardon?

—¿Sola? ¿Estás sola?

—*Oui*. *Mes amies*, mis amigos, tengo amigos en Ennis, pero giré mal. ¿Equivocada?

«Oh, no —pensó Glenna—. Realmente no lo creo».

—Me sorprende que pudieras ver la casa desde la carretera principal. Estamos muy retirados.

—¿Lo siento?

Glenna sonrió.

—Apuesto a que te gustaría entrar y disfrutar de una buena taza de té mientras decidimos cuál es el camino que debes seguir. —Vio el brillo que encendía los ojos azules de la joven—. Pero no puedes, ¿verdad? No puedes atravesar esta puerta.

—*Je ne comprend pas*.

—Apuesto a que sí me entiendes, pero en caso de que mi instinto de araña me esté engañando hoy, tienes que volver a la carretera principal y girar a la izquierda. Izquierda —repitió y empezó a hacer el gesto para indicárselo.

El grito de King a su espalda hizo que se volviera. Su cabellera revoloteó con el gesto y las puntas del pelo sobresalieron más allá del umbral de la puerta. Sintió una explosión de dolor cuando le tiraron violentamente de él, cuando su cuerpo salió volando de la casa y chocó contra el suelo con un ruido sordo de huesos rotos.

Había dos más que salieron de ninguna parte. El instinto hizo que Glenna aferrase la cruz de plata con una mano al tiempo que lanzaba patadas en todas direcciones. El movimiento de ellos era como un manchón en el aire y sintió el sabor de la sangre en la boca. Vio que King atravesaba a uno de ellos con su cuchillo, apartándolo de ella al tiempo que le gritaba que se levantara y corriese a la casa.

Glenna se puso de pie tambaleándose, justo a tiempo de ver cómo las criaturas rodeaban a King. Se oyó gritar y pensó —esperó— escuchar gritos de respuesta desde la casa. Pero en todo caso llegarían demasiado tarde. Los vampiros estaban ya encima de King como una jauría de perros.

—Zorra francesa —escupió Glenna y se lanzó sobre la rubia.

Su puño rompió un hueso, y sintió una enorme satisfacción en ello, luego vio brotar un chorro de sangre. Entonces se sintió llevada hacia atrás una vez más y, cuando lanzó un nuevo golpe, su visión se volvió gris.

Sintió que la arrastraban y luchó. La voz de Moira resonó en su oído.

—Ya te tengo. Ya te tengo. Estás nuevamente dentro de la casa. No te muevas.

—No. King. Ellos tienen a King.

Moira estaba ya corriendo fuera de la casa con el puñal en la mano. Cuando Glenna comenzó a levantarse, Larkin saltó por encima de ella y a través de la puerta.

Se arrodilló y luego consiguió ponerse en pie. Las náuseas le quemaron la garganta con su gusto ácido cuando se tambaleó hacia la puerta.

Tan rápido, pensó torpemente, ¿cómo era posible que algo se moviera tan rápido? Mientras Moira y Larkin se lanzaban sobre ellos, consiguieron introducir a King dentro de una furgoneta negra a pesar de que él seguía luchando, y desaparecieron antes de que Glenna pudiera salir otra vez de la casa.

El cuerpo de Larkin se estremeció y se convirtió en un puma. El felino salió disparado detrás de la furgoneta y se perdió de vista.

Glenna cayó de rodillas sobre la hierba mojada en medio de intensas arcadas.

—Entra en la casa. —Hoyt la cogió de un brazo con su mano libre. En la otra empuñaba una espada—. Dentro de la casa. Glenna, Moira, entrad en la casa.

—Es demasiado tarde —gritó Glenna, mientras lágrimas de horror bañaban sus mejillas—. Tienen a King. —Alzó la vista y vio a Cian detrás de Hoyt—. Ellos se lo han llevado. Se han llevado a King.

—Entrad en la casa —repitió Hoyt. Cuando comenzó a arrastrar a Glenna hacia adentro, Cian pasó velozmente junto a ellos y corrió hacia el establo.

—Ve con él. —Glenna luchó contra el llanto y el dolor—. Oh, Dios, ve con él. ¡De prisa!

Dejarla allí, temblando y sangrando, fue la cosa más dura que Hoyt había hecho nunca.

La puerta del lugar donde se encontraba la máquina negra estaba abierta. Su hermano estaba metiendo armas en su interior de cualquier manera.

—¿Con esto podemos cogerles? —preguntó Hoyt.

Cian apenas le dirigió la mirada con sus ojos bordeados de rojo.

—Quédate con las mujeres. No te necesito.

—Me necesites o no, me tienes. ¿Cómo demonios me meto dentro de esta cosa?

Luchó con la puerta y, cuando consiguió abrirla, se instaló en el asiento.

Cian no dijo nada y se deslizó detrás del volante. La máquina dejó escapar un inquietante rugido y pareció temblar como un potro a punto de iniciar el galope. Un momento después casi volaban. Piedras y trozos de tierra con hierbas salieron disparados hacia el aire como misiles. Hoyt alcanzó a ver a Glenna de pie en la puerta, sujetándose el brazo que él temía que tuviese roto.

Rezó a todos los dioses para que pudiera volver a verla.

Ella lo observó alejarse y se preguntó si habría enviado a su amado a la muerte.

—Coge todas las armas que puedas —le dijo a Moira.

—Estás herida. Deja que me ocupe de ti.

—Coge esas armas, Moira. —Se volvió con una expresión salvaje en el rostro ensangrentado—.

¿O pretendes que nos quedemos aquí como dos niñas indefensas mientras los hombres luchan?

Moira asintió.

—¿Qué quieres, espada o arco?

—Ambos.

Glenna fue rápidamente a la cocina y buscó varias botellas. El brazo la estaba matando, de modo que hizo todo lo que pudo para atenuar el dolor. Aquello era Irlanda, pensó sombríamente, lo que significaba que debía de haber un montón de iglesias. Y en las iglesias tenía que haber agua bendita. Llevó las botellas a la camioneta, junto con un cuchillo de carnicero y un haz de estacas de jardín.

—Glenna.

Con un arco y una ballesta colgados de los hombros y dos espadas en las manos, Moira se acercó a la camioneta. Metió las armas dentro y luego alzó una de las cruces de plata por su cadena.

—Esto estaba arriba, en la sala de entrenamiento. Creo que debe de ser de King. No tiene ninguna protección.

Glenna cerró la puerta de carga.

—Nos tiene a nosotros.

Las colinas y los setos no eran más que una mancha a través de la densa cortina gris de lluvia. Hoyt vio otras máquinas —coches, se recordó a sí mismo— viajando por la carretera mojada y los contornos de un pueblo.

También vio ganado en los campos, y ovejas, y el serpenteo de las vallas de piedra. Pero no distinguía a Larkin por ninguna parte, y tampoco el coche que se había llevado a King.

—¿Puedes seguirle el rastro con esto? —le preguntó a Cian.

—No. —Hizo girar el volante y levantó un surtidor de agua—. Pero ellos lo llevarán con Lilith. Y lo mantendrán con vida. —Tenía que creer eso—. Lo llevarán con Lilith.

—¿A las cuevas?

Hoyt pensó en el tiempo que a él le había llevado viajar desde los acantilados hasta Clare, la casa. Pero lo había hecho a lomos de un caballo, y herido y consumido por la fiebre. Aun así, el viaje llevaría tiempo. Demasiado tiempo.

—¿Con vida? Cian, ¿por qué querrían llevárselo con vida?

—Como un regalo para ella. Eso es lo que King es, un regalo. Lilith querrá la presa para sí misma. No pueden estar muy lejos. No es posible. Y el Jaguar es mucho más veloz que esa jodida furgoneta en la que se lo han llevado.

—No podrán morderle. La cruz lo impedirá.

—Pero no podrá hacer nada contra una espada o una flecha. O contra una jodida bala. Aunque las pistolas y los arcos no son armas de nuestra elección —dijo casi para sí—. Demasiado lejanas. Nos gusta matar de cerca, y hay algo de tradición en ello. Nos gusta mirar a los ojos de las víctimas. Lilith querrá torturarlo antes. No deseará para él una muerte rápida. —Sus manos aferraron el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Eso debería darnos algo de tiempo.

—Está anocheciendo.

Lo que Hoyt no dijo, y ambos sabían, era que al caer la noche sus enemigos serían más numerosos.

Cian adelantó a otro coche a una velocidad que hizo que el Jaguar colease sobre el pavimento mojado, luego los neumáticos se afirmaron y continuaron viaje. El resplandor de unos faros delanteros cegaron a Cian un instante pero no redujo la velocidad. Tuvo un momento para pensar: «Jodidos turistas», mientras el coche que venía en sentido contrario lo obligaba a salirse de la carretera. Las ramas de los setos rascaron y golpearon el costado y los cristales de las ventanillas del Jaguar. La grava suelta salió despedida como balas de piedra.

—Ya deberíamos haberles alcanzado. A no ser que hayan tomado otro camino, o que tal vez ella tenga otro agujero donde... —Demasiadas opciones, pensó Cian, y aceleró—. ¿Puedes hacer algo? ¿Alguna clase de conjuro para localizarlo? —le preguntó a Hoyt.

—No tengo ningún... —De repente dio un golpe en el salpicadero con la mano abierta mientras Cian tomaba otra curva a toda velocidad—. Un momento.

Aferró la cruz de plata que llevaba colgada al cuello y le insufló poder. Luego trajo su luz a su mente.

—Escudo y símbolo. Guíadme. Dadme visión.

Vio al puma, corriendo a través de la lluvia, con la cruz agitándose como un látigo de plata alrededor de su cuello.

—Larkin está cerca. Perdido detrás de nosotros. En los campos. Está cansado. —Buscó, palpando con la luz como si fueran dedos—. Glenna... y Moira junto a ella. No se han quedado en la casa, se están moviendo. Glenna sufre gran dolor.

—Ellos no pueden ayudarme. ¿Dónde está King?

—No puedo encontrarle. Está en la oscuridad.

—¿Muerto?

—No lo sé. No puedo llegar hasta él.

De repente, Cian hundió el pie en el freno y torció el volante. El Jaguar comenzó a girar, acercándose cada vez más a la furgoneta negra que estaba atravesada en la estrecha carretera. Los neumáticos chirriaron y luego se oyó un ruido seco cuando el metal chocó contra el metal.

Cian estaba fuera del coche antes siquiera de que éste se hubiese detenido, con la espada en la mano. Cuando abrió la puerta de la furgoneta no encontró nada, ni a nadie.

—Aquí hay una mujer —gritó Hoyt—. Está herida.

Cian maldijo, rodeó la furgoneta y abrió la puerta de carga. Vio que había sangre en el suelo... sangre humana por su olor. Pero no suficiente como para que la persona estuviese muerta.

—La han mordido, pero está viva —dijo Hoyt.

Cian miró por encima del hombro. Vio a la mujer tendida en la carretera y la sangre que manaba de los orificios que tenía en el cuello.

—No han podido chuparle toda la sangre. No han tenido tiempo. Reánimala. Acércala hasta aquí —ordenó Cian—. Puedes hacerlo. Hazlo de prisa. Cogieron el coche que ella conducía. Averigua qué coche era.

—Esta mujer necesita ayuda.

—Maldita sea, viva o muerta ahora debes reanimarla.

Hoyt apoyó las puntas de los dedos en las heridas y sintió la quemadura.

—Señora, escúcheme. Despierte y escúcheme.

La mujer se agitó, luego sus ojos se abrieron de golpe, con las pupilas grandes como lunas.

—¡Rory! ¡Rory! Ayúdame.

Cian apartó bruscamente a Hoyt. Él también tenía algo de poder.

—Míreme. A los ojos. —Se inclinó hasta que los ojos de la mujer quedaron fijos en los suyos—. ¿Qué ocurrió aquí?

—Una mujer, la furgoneta. Necesitaba ayuda, eso pensamos. Rory paró el coche. Bajó. Salió del coche y ellos... Oh, Dios, Dios bendito. Rory.

—Ellos se llevaron su coche. ¿Qué coche era?

—Azul. BMW. Rory. Se lo llevaron. Ellos se lo han llevado. No hay lugar para ti. Ellos dijeron que no había lugar para mí y me lanzaron al suelo. Se reían.

Cian se levantó.

—Ayúdame a quitar la furgoneta del camino. Han sido lo bastante listos como para llevarse las llaves.

—No podemos dejar a esta mujer así.

—Entonces quédate con ella, pero ayúdame a apartar esta jodida furgoneta fuera del camino.

La furia hizo que Hoyt se volviese de golpe y la furgoneta salió disparada un par de metros fuera de la carretera.

—Buen trabajo.

—Podría morirse aquí. Esta mujer no había hecho nada.

—No sería la primera ni la última. Esto es una guerra, ¿verdad? —replicó Cian—. Ella es lo que llaman un daño colateral. Es una buena estrategia —musitó y evaluó la situación—. Cambiar a un coche más veloz y retrasarnos. Ahora no podré darles caza antes de que lleguen a las cuevas. Si es allí adonde se dirigen. —Se volvió hacia su hermano—. Puede que ahora te necesite, después de todo.

—No pienso dejar a una mujer herida tirada junto a una carretera como si fuese un perro.

Cian regresó a su coche, abrió el compartimiento central y sacó un teléfono móvil. Habló brevemente.

—Es un aparato que sirve para comunicarse —le explicó a Hoyt mientras volvía a guardar el móvil—. He llamado pidiendo ayuda. A una ambulancia y a la policía. Si te quedas aquí, sólo conseguirás que te detengan y te hagan un montón de preguntas a las que no podrás responder.

Abrió el maletero y sacó una manta y unas señales luminosas.

—Cúbrela con la manta —dijo—. Yo colocaré estas señales. Ahora King es un cebo —añadió al tiempo que encendía las señales—. Un cebo y un premio. Ella sabe que vamos hacia allí, y quiere que lo hagamos.

—Entonces no la decepcionaremos.

Sin ninguna esperanza de poder alcanzar a la partida de caza antes de que llegaran a las cuevas, Cian condujo con más cuidado.

—Ha sido más lista que nosotros. Más agresiva y más dispuesta a perder soldados. De modo que ahora nos lleva ventaja.

—Nos superarán en número.

—Así habría sido en cualquier caso. Llegados a este punto, puede que ella quiera negociar. Hacer un trato.

—Uno de nosotros a cambio de King.

—Vosotros sois todos iguales para ella. Un humano es un humano, de modo que no tenéis un valor especial en todo esto. Tú, quizá, porque Lilith respeta y ansía el poder. Pero lo más probable es que me quiera a mí.

—¿Estás dispuesto a cambiar tu vida por la de King?

—Ella no me matará. Al menos no inmediatamente. Primero querrá utilizar sus considerables habilidades conmigo. Disfruta con ello.

—Tortura.

—Y persuasión. Si consigue atraerme a su bando, sería un verdadero golpe.

—Un hombre que es capaz de cambiar su vida por la de un amigo, luego no se vuelve y lo traiciona. ¿Por qué iba a pensar ella que harías tal cosa?

—Porque somos criaturas volubles. Y porque ella me creó. Eso le confiere un poder muy grande.

—No, no tienes que ser tú pues. Yo creo que cambiarías tu vida por la de King pero pienso que ella no lo creería así. Tienes que ofrecerme a mí —dijo Hoyt después de pensarlo un momento.

—¿Oh, eso crees?

—No he significado nada para ti durante cientos de años. King es más importante que yo en tu vida. Ella lo entenderá así. Un humano por un hechicero. Para Lilith será un buen intercambio.

—¿Y por qué iba ella a creer que tú te cambiarías por un hombre al que conoces desde hace, cuánto, una semana?

—Porque tendrás un cuchillo apoyado en mi garganta.

Cian hizo tamborilear los dedos sobre el volante.

—Podría funcionar.

Para cuando llegaron a los acantilados, la lluvia había dejado paso a la luz melancólica de la luna. Ascendieron hasta la cima por la carretera, que sobresalía de la pared de roca proyectando sombras

dentadas sobre el mar turbulento.

Sólo se oía el sonido del agua azotando las rocas y el zumbido del aire era como el aliento de los dioses.

No había señal alguna de otro coche, de humanos o de criaturas.

A lo largo del costado de la carretera que daba al mar había un parapeto. Abajo se veían rocas, agua y el laberinto de cuevas.

—La atraeremos hasta aquí. —Cian señaló el borde del abismo—. Si bajamos, quedaremos atrapados con el mar a nuestras espaldas. Subiremos y la obligaremos a que venga a nosotros.

Comenzaron a subir, ascendiendo sobre piedras resbaladizas y hierbas empapadas. En el promontorio había un faro y su haz de luz perforaba la oscuridad.

Ambos presintieron el ataque antes de que hubiese movimiento alguno. La criatura saltó de detrás de las rocas con los colmillos al descubierto. Cian se limitó a darse la vuelta, la golpeó con el hombro y la mandó rodando por la carretera. Para el segundo atacante usó la estaca que llevaba sujeta al cinturón.

Luego se irguió y se volvió hacia el tercero, que parecía más prudente que sus compañeros.

—Dile a tu señora que Cian McKenna quiere hablar con ella.

Los dientes inmundos brillaron a la luz de la luna.

—Esta noche beberemos tu sangre.

—O tú morirás de hambre y a manos de Lilith porque no le has llevado el mensaje.

La criatura desapareció.

—Puede haber más de esas cosas esperándonos en la cima —dijo Hoyt.

—Es poco probable. Ella estará esperando que ataquemos las cuevas, no que nos dirijamos a terreno elevado para negociar por King. Lilith se sentirá intrigada y acudirá a hablar con nosotros.

De modo que continuaron la ascensión, y luego se dirigieron al lugar donde Hoyt se había enfrentado a Lilith y a aquella cosa en la que ella había convertido a su hermano.

—Lilith sabrá apreciar la ironía del lugar que hemos escogido.

—Supongo que sí. —Hoyt se escondió la cruz de plata debajo de la camisa—. El aire. La noche. Éste fue mi lugar alguna vez; donde podía venir y convocar el poder con el pensamiento.

—Será mejor que aún puedas hacerlo. —Cian sacó su cuchillo—. Ponte de rodillas. —Alcanzó el cuello de Hoyt con la punta de acero y observó el delgado hilo de sangre que brotaba de la herida—. Ahora.

—De modo que se trata de elegir.

—Siempre se trata de elegir. Tú me habrías matado aquí de haber podido hacerlo.

—Yo te habría salvado aquí, si hubiese podido.

—Bueno, no hiciste ninguna de las dos cosas, ¿verdad? —Sacó el cuchillo de la vaina de Hoyt y formó una V con las hojas de ambos junto a la garganta de su hermano—. Arrodillate.

—Qué espectáculo tan agradable —oyeron. Lilith apareció bajo la luz de la luna. Llevaba un vestido hasta los pies color verde esmeralda y el pelo, largo y suelto, le caía sobre los hombros como rayos de sol.

—Lilith. Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado tiempo. —La seda crujió cuando se movió—. ¿Has recorrido este largo camino para traerme un regalo?

—Un trato —la corrigió Cian—. Aleja a tus perros —prosiguió con voz firme— o lo mato y luego a ellos. Entonces te quedarás sin nada.

—Impresionante. —Lilith hizo un gesto con la mano hacia los vampiros que se arrastraban a su lado—. Has madurado. No eras más que un pequeño cachorro cuando te di el don, y mírate ahora, un lobo elegante. Me gusta.

—Y sigue siendo tu esclavo —dijo Hoyt con desprecio.

—Ah, el poderoso hechicero arrodillado ante mí. Eso también me gusta. Tú me marcaste. —Se abrió el vestido para enseñarle a Hoyt el pentágono sobre el corazón—. Me dolió durante más de una década. Y la cicatriz no desaparece. Tienes una deuda conmigo. Dime, Cian, ¿cómo has conseguido traerle hasta aquí?

—Él cree que soy su hermano. Ha sido fácil.

—Ella te quitó la vida. Ella no es más que mentiras y muerte.

Cian sonrió por encima de la cabeza de Hoyt.

—Eso es lo que me encanta de ella. Te cambiaré a éste por el humano que te llevaste. Me resulta muy útil y es fiel. Quiero que me lo devuelvas.

—Pero ese humano es mucho más grande que éste. Más carne para deleitarme.

—No tiene ningún poder. Es un mortal corriente. Yo te entrego en cambio a un hechicero.

—Sin embargo, quieres al humano.

—Como ya he dicho, me resulta muy útil. ¿Sabes cuánto tiempo y cuántos problemas lleva entrenar a un sirviente humano? Quiero que me lo devuelvas. Nadie me roba lo que es mío. Ni tú ni nadie.

—Lo discutiremos. Llévelo abajo. He hecho un buen trabajo en las cuevas. Podemos ponernos muy cómodos y comer algo. Tengo preparado a un estudiante realmente rubenescos... suizo. Podemos compartirlo. Oh, un momento. —Dejó escapar una risa musical—. He oído decir que en estos tiempos os alimentáis con sangre de cerdo.

—No puedes hacer caso de todo lo que oyes.

Cian levantó deliberadamente el cuchillo con el que había pinchado a Hoyt y lamió la sangre de la hoja.

Ese primer contacto con sangre humana después de un ayuno tan prolongado enrojeció sus ojos y aumentó su apetito.

—Pero no he conseguido vivir tanto tiempo siendo un estúpido. Es una oferta única, Lilith. Trae al humano y quédate con el hechicero.

—¿Cómo puedo confiar en ti, mi querido niño? Tú matas a los nuestros.

—Yo mato lo que me gusta cuando quiero. Igual que tú.

—Te has puesto de su parte. Del lado de los humanos. Has conspirado contra mí.

—Mientras el asunto me divertía. Pero se está volviendo aburrido y caro. Dame al humano y coge a éste. Y, a modo de bonificación, te invitaré a mi casa. Puedes organizar un banquete con los demás.

La cabeza de Hoyt se irguió y el metal mordió la carne. Maldijo, esta vez en gaélico, con violencia contenida.

—Puedo oler el poder en esa sangre —canturreó Lilith—. Maravilloso.

—Otro paso y le corto la yugular. Toda esta sangre se perderá.

—¿Harías eso? —Ella sonrió hermosamente—. Me pregunto si no es eso en realidad lo que quieres.

Hizo un gesto.

En el borde del acantilado, donde se alzaba el faro, Cian alcanzó a ver a King caído entre dos vampiros.

—Está vivo —dijo Lilith jovialmente—. Por supuesto, sólo tienes mi palabra; lo mismo que yo sólo tengo la tuya de que me entregarás al hechicero como un pequeño regalo envuelto en papel brillante. Juguemos a un juego.

Ella se cogió la falda del vestido y dio una vuelta.

—Mátalo y te entregaré al humano. Mata a tu hermano, pero no con los cuchillos. Mátales como lo hacemos nosotros. Bebe su sangre y podrás llevarte al humano contigo.

—Primero haz que traigan al humano aquí.

Lilith frunció los labios y se alisó la falda.

—Oh, está bien.

Levantó un brazo y luego el otro. Cian apartó los cuchillos del cuello de Hoyt cuando los vampiros comenzaron a arrastrar a King hacia ellos.

Lo dejaron caer al suelo y, con una patada malvada, lo lanzaron por el borde del acantilado.

—¡Oohhh! —Los ojos de Lilith bailaron de júbilo mientras se llevaba una mano a los labios—. ¡Qué torpes! Creo que ahora tendrás que pagarme con la misma moneda y matar a tu hermano.

Cian lanzó un rugido salvaje y se lanzó hacia adelante. Lilith se elevó, extendiendo su vestido como si fuesen un par de alas.

—¡Cogedles! —gritó—. Traédmelos. —Y desapareció.

Cian sujetó los cuchillos por las hojas mientras Hoyt se levantaba de un salto y cogía las estacas que llevaba a la espalda, sujetas con el cinturón.

En ese momento unas flechas volaron atravesando aire y corazones. Antes de que Cian pudiese asestar el primer golpe, media docena de vampiros se habían convertido en polvo y el viento se lo había llevado hacia el mar.

—¡Vienen más! —gritó Moira desde la protección que le brindaban los árboles—. Tenemos que irnos. Tenemos que irnos ahora. Por aquí. ¡De prisa!

La retirada era amarga, un sabor a bilis quemándole la garganta. Pero la alternativa era la muerte. De modo que abandonaron la batalla.

Cuando llegaron al coche, Hoyt buscó la mano de su hermano.

—Cian...

—No lo hagas. —Entró en el coche y observó cómo subían los demás—. Simplemente no lo hagas.

El largo viaje de regreso a casa estuvo lleno de silencio, tristeza y furia.

Glenna no lloró. Lo que sentía era demasiado profundo para las lágrimas. En cambio, se sumergió en una especie de trance, el cuerpo temblándole de dolor y conmoción; la mente aturdida por lo que había ocurrido. Y aun sabiendo que era una cobardía, permaneciendo acurrucada.

—No fue tu culpa.

Oyó la voz de Moira pero no pudo contestar. Sintió que Larkin le tocaba el hombro, supuso que con un gesto de consuelo, pero estaba demasiado aturdida para reaccionar. Y cuando Moira se

marchó a lomos de Larkin para dejarla sola, ella sólo sintió un vago alivio.

Giró hacia el bosque, maniobrando con cuidado por el estrecho camino. Al llegar delante de la casa, donde ardían las lámparas, apagó el motor y las luces.

Fue a abrir la puerta del coche, pero ésta se abrió de par en par y Glenna se sintió arrastrada hacia afuera y levantada a un palmo del suelo. Incluso entonces no sintió nada, ni siquiera miedo al ver la sed en los ojos de Cian.

—Dime por qué no debería romperte el cuello ahora mismo y acabar con esto.

—No puedo.

Hoyt se dirigió hacia ellos y fue lanzado a varios metros con un manotazo indiferente.

—No lo hagas. Él no tiene la culpa. No lo hagas —le dijo Glenna a Hoyt antes de que éste volviese a la carga—. Por favor, no. —Y a Larkin—: ¿Crees que no tiene razón?

Volvió a mirar a Cian a los ojos.

—No te puedo contestar. ¿Por qué deberías hacerlo? Él era tuyo. Y yo lo he matado.

—Ella no lo ha hecho. —Moira intentó bajar el brazo de Cian, pero no pudo moverlo ni un centímetro—. No debes culparla por lo que pasó.

—Deja que hable por sí misma.

—No puede. ¿Acaso no ves que está malherida? Antes no me ha dejado que la atendiese para ir tras vosotros. Debemos entrar en la casa. Si nos atacan ahora moriremos todos.

—Si le haces daño —intervino Hoyt—, te mataré.

—¿Eso es todo lo que hay? —Las palabras de Glenna no eran más que un susurro exhausto—. ¿Sólo muerte? ¿Es eso todo lo que habrá en el futuro?

—Dámela.

Hoyt la cogió en brazos y la llevó hacia la casa mientras le hablaba en gaélico.

—Tú vendrás también y escucharás. —Moira cogió a Cian del brazo—. King se merece eso.

—No me digas lo que él se merece. —Se libró de su mano con una fuerza que la hizo retroceder un par de pasos—. Tú no sabes nada de eso.

—Sé más de lo que crees. —Y lo dejó para seguir a Hoyt dentro de la casa.

—No he podido alcanzarles. —Larkin miraba el suelo—. No he sido lo bastante veloz y no he podido alcanzarles. —Abrió la puerta trasera y descargó las armas—. No puedo convertirme en una de estas máquinas —dijo mientras cerraba la puerta—. Aquello en lo que me transformo tiene que estar vivo. Ni siquiera el puma ha podido alcanzarles.

Cian no dijo nada y ambos entraron en la casa.

Glenna estaba acostada en el sofá, en el salón principal. Tenía los ojos cerrados, el rostro pálido, la piel húmeda y fría. En la palidez de su rostro destacaba la magulladura que le cubría la barbilla y parte de la mejilla. La sangre se había secado en la comisura de su boca.

Hoyt le palpó suavemente el brazo. No estaba roto, pensó con alivio. Tenía un feo golpe, pero no estaba roto. Tratando de no moverla demasiado, le quitó la camisa para descubrir que tenía otras magulladuras en el hombro y el torso que le llegaban hasta la cadera.

—Sé lo que necesita —dijo Moira y se alejó rápidamente.

—Nada roto. —Las manos de Hoyt se deslizaron sobre las costillas—. Es bueno que no haya nada roto.

—Tiene suerte de conservar la cabeza encima de los hombros.

Cian fue directamente a un armario y sacó una botella de whisky. Bebió directamente de la botella.

—Algunas de las heridas son internas. Está gravemente herida.

—No menos de lo que se merece por haber salido de la casa.

—Ella no ha salido de la casa. —Moira había vuelto llevando la caja de Glenna—. No de la manera en que tú estás insinuando.

—¿No esperarás que crea que King ha salido de la casa y ella ha corrido en su defensa?

—Él ha salido por mí. —Glenna abrió los ojos, vidriosos por el dolor—. Y ellos le cogieron.

—Silencio —ordenó Hoyt—. Moira, te necesito aquí.

—Usaremos esto. —Moira escogió una botella—. Vierte el líquido sobre las heridas.

Después de entregarle la botella a Hoyt, Moira se arrodilló y apoyó las manos suavemente sobre el torso de Glenna.

—Recurso a todo el poder que pueda invocar para calmar tu dolor. Calor para curar y no herirte, para alejar el daño infligido. —Miró a Glenna con ojos suplicantes—. Tienes que ayudarme. No soy muy buena en esto.

Glenna apoyó la mano sobre la de Moira y cerró los ojos. Cuando Hoyt apoyó la suya encima de ellas para formar una triada, Glenna respiró profundamente y dejó escapar el aire con un gemido. Sin embargo, cuando Moira quiso retirar la mano, Glenna se la retuvo con fuerza.

—A veces la curación es dolorosa —consiguió decir—. A veces tiene que serlo. Repite el cántico otra vez. Debes hacerlo tres veces.

Mientras Moira lo hacía, la piel de Glenna se cubrió de una película de sudor, pero las magulladuras perdieron un poco de color, adquiriendo los tonos macilentos de la curación.

—Sí, eso está mejor. Gracias.

—Necesitaremos un poco de ese whisky aquí —dijo Moira.

—No. Será mejor que yo no beba. —Glenna se incorporó tratando de respirar pausadamente—. Ayúdame a sentarme. Necesito saber cuán grave es.

—Echemos un vistazo a esto.

Hoyt le rozó la cara con las puntas de los dedos y ella le cogió la mano. Ahora las lágrimas rodaban por sus mejillas sin poder contenerlas.

—Lo siento tanto.

—No puedes culparte, Glenna.

—¿A quién si no? —dijo Cian, y Moira se levantó.

—King no llevaba puesta su cruz. —Metió la mano en el bolsillo y la sacó—. Se la quitó arriba y la dejó allí.

—King me estaba enseñando algunos movimientos. Lucha libre —explicó Larkin—. Y dijo que la cruz le molestaba. Luego debió de olvidarse de ella.

—Pero no tenía intenciones de salir de la casa, ¿verdad? No lo habría hecho de no haber sido por ella.

—Él se equivocó. —Moira dejó la cruz de plata de King encima de la mesa—. Glenna, él tiene que saber la verdad. La verdad siempre es menos dolorosa.

—King creyó, debió de creer, que yo la dejaría entrar o que saldría de la casa. Pero no era así. Sin embargo fui arrogante, de modo que, ¿cuál es la diferencia? Arrogancia. King está muerto por eso.

Cian bebió otro trago de whisky.

—Dime por qué está muerto.

—Ella llamó a la puerta. Yo no tendría que haber abierto pero vi que era una mujer. Una joven con un mapa en las manos. No pensaba salir y tampoco dejarla entrar en la casa, lo juro. Ella dijo que se había perdido. Hablaba con un marcado acento francés. Encantadora, de hecho, pero yo lo supe... lo sentí. Y no pude resistir la tentación de jugar un poco con ella. Dios, oh, Dios —dijo, mientras las lágrimas bañaban sus mejillas—. Qué estúpida. Qué vanidosa.

Respiró profundamente.

—Ella dijo que se llamaba Lora.

—¿Lora? —Cian bajó la botella—. ¿Joven, atractiva, con acento francés?

—Sí. ¿La conoces?

—Sí. —Volvió a beber—. Sí, la conozco.

—Pude ver lo que era. No sé cómo, pero lo supe. En ese momento tendría que haberle cerrado la puerta en las narices. Pero me equivoqué, pensé que debía indicarle el camino que debía seguir y despedirme de ella. Lo estaba haciendo cuando King lanzó un grito y se acercó corriendo hacia la puerta. Me volví sobresaltada y me descuidé. Ella cogió un mechón de mi pelo y me arrastró fuera de la casa.

—Fue todo muy rápido —continuó Moira—. Yo estaba detrás de King. Casi no vi cuando se movió... el vampiro. King salió tras ellas y había varios más. Cuatro o cinco vampiros más. Llevaban a cabo ataques como relámpagos.

Moira se sirvió un poco de whisky y se lo bebió de un trago para calmar sus nervios.

—Todos ellos se abalanzaron sobre King y él le gritó a Glenna que entrase en la casa. Pero ella no le hizo caso, se levantó y corrió a ayudarlo. La mujer la lanzó hacia atrás como si fuese una piedra en una honda. Glenna siguió intentando ayudarlo pese a que estaba herida. Tal vez fue imprudente, pero King también lo fue. —Moira volvió a coger la cruz—. Y ha pagado un precio terrible por ello. Un precio terrible por defender a una amiga.

Glenna se puso en pie con ayuda de Hoyt.

—Lamento que no sea suficiente. Sé lo que King significaba para ti.

—Nunca podrás saberlo.

—Creo que sí y también sé lo que significaba para el resto de nosotros. Ahora está muerto por mi culpa. Y tendré que vivir con ello durante el resto de mi vida.

—Yo también. Y por desgracia viviré muchos más años que tú.

Cian se llevó la botella de whisky cuando abandonó la habitación.

En ese momento entre el sueño y el despertar sólo existía la tenue luz de las velas y la dicha de la nada. Un calor agradable y sábanas con olor a lavanda, y flotar en una comodidad vacía.

Pero el momento se esfumó y Glenna recordó de repente.

King estaba muerto, lanzado al mar por los monstruos con la misma indiferencia con que un niño lanza una piedra a un lago.

Ella había subido sola a su habitación, así lo había querido, para buscar la soledad y el olvido que deseaba que le proporcionase el sueño.

Mientras contemplaba la luz titilante de la vela, se preguntó si alguna vez sería capaz de volver a dormir en la oscuridad. Si alguna vez volvería a ser capaz de ver cómo llegaba la noche y no pensar que la hora de los monstruos llegaba con ella. ¿Caminar a la luz de la luna sin sentir miedo? ¿Volvería a sentir alguna vez algo tan simple como eso? ¿O acaso incluso un día de lluvia haría que sintiese escalofríos durante el resto de su vida?

Volvió la cabeza sobre la almohada y vio la silueta de él recortada a la luz plateada que se filtraba a través de la ventana que daba a su jardín de hierbas. Montando guardia durante la noche, pensó, para protegerla. Para protegerles a todos ellos. Cualesquiera que fuesen las cargas que ellos soportaran sobre los hombros, las de él eran más pesadas. Y, a pesar de todo, había ido allí a colocarse entre ella y la oscuridad.

—Hoyt.

Él se volvió para mirarla y ella se sentó en la cama y le tendió las manos.

—No quería despertarte —dijo Hoyt acercándose a la cama y cogiendo sus manos mientras estudiaba su rostro a la luz mortecina de las velas—. ¿Te duele?

—No. El dolor ha pasado, al menos por ahora. Debo agradeceréoslo a ti y a Moira.

—Tú ayudaste tanto como nosotros. Y dormir también te ayudará.

—No te marches. Por favor. ¿Y Cian?

—No lo sé. —Dirigió una mirada de preocupación hacia la puerta—. Encerrado en su habitación con la botella de whisky. —Hoyt la miró y le hizo girar el rostro para examinar las contusiones—. Esta noche todos estamos recurriendo a lo que podemos para combatir el dolor.

—Ella jamás le habría dejado marchar. Lilith nunca habría dejado a King en libertad. No importa lo que nosotros hiciéramos, ¿verdad?

—No, no lo habría hecho. —Hoyt se sentó en el borde de la cama—. Y en el fondo, Cian seguramente lo sabía, pero tenía que intentarlo. Teníamos que intentarlo.

Fingiendo que se trataba de un intercambio, pensó ella, recordando la explicación de Hoyt acerca de lo que había pasado en los acantilados.

—Ahora sabemos que en este asunto no puede haber ningún trato —continuó él—. ¿Estás lo bastante fuerte como para oír lo que tengo que decir?

—Sí.

—Hemos perdido a uno de los nuestros. Uno de los seis que nos dijeron que necesitaríamos para librar esta batalla, para ganar esta guerra. No sé lo que eso significa.

—Nuestro guerrero. Tal vez significa que todos nosotros debemos convertirnos en guerreros. En mejores guerreros. Esta noche he matado, Hoyt, más por suerte que por habilidad, pero he destruido

lo que una vez había sido humano. Puedo y volveré a hacerlo, pero lo haré con más habilidad. Cada día con más habilidad. Ella se ha llevado a uno de nosotros y piensa que eso nos asustará y debilitará. Pero se equivoca. Nosotros le demostraremos que está equivocada.

—Yo dirigiré esta batalla. Tú tienes una gran habilidad con la magia. Trabajarás en la torre con armas, escudos y conjuros. En un círculo protector para...

—Espera, espera. —Glenna alzó una mano—. ¿Esto es lo que me espera? Estoy destinada a quedarme en la torre... ¿como Rapunzel?

—No conozco a esa persona.

—Es sólo otra mujer indefensa esperando a ser rescatada. Yo trabajaré con la magia y lo haré con más dedicación y ahínco. Del mismo modo que entrenaré con más dedicación y ahínco. Pero lo que no pienso hacer es quedarme sentada en la torre día y noche con mi caldero y mis cristales, escribiendo conjuros mientras el resto de vosotros combatís.

—Hoy has librado tu primera batalla y por poco te matan.

—Lo cual me ha hecho respetar mucho más aquello con lo que nos enfrentamos. Me llamaron para esta misión, igual que al resto de vosotros. No pienso esconderme.

—Usar tu fuerza no es esconderse. A mí me pusieron al frente de este ejército y...

—Bueno, pues entonces te pondré algunos galones y te llamaré coronel.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—No quiero que me protejas. Quiero que me valores.

—¿Valorarte? —Se levantó y el resplandor rojizo de los leños encendidos le inundó el rostro—. Te valoro casi más de lo que puedo soportar. Ya he sufrido demasiadas pérdidas. He visto cómo se llevaban a mi hermano, con quien compartimos el vientre de mi madre. He estado ante las tumbas de mi familia. No quiero ver cómo estas cosas te destruyen... a ti, la única luz para mí en toda esta pesadilla. No volveré a arriesgar tu vida. No quiero verme ante tu tumba.

—Pero ¿tú sí puedes arriesgar tu vida? ¿Yo sí puedo verme ante tu tumba?

—Yo soy un hombre.

Lo dijo de un modo tan simple, tan de la misma manera en que un adulto le diría a un niño que el cielo es azul, que ella se quedó sin habla durante diez segundos. Luego se desplomó encima de las almohadas.

—La única razón por la que en este momento no estoy trabajando para convertirte en un asno que rebuzne, es que te concedo el beneficio de la duda porque vienes de una época no ilustrada.

—¿No... ilustrada?

—Deja que te dé algunas pistas acerca de mi época, Merlin. Las mujeres somos iguales a los hombres. Trabajamos, vamos a la guerra, votamos y, sobre todo, tomamos nuestras propias decisiones en lo que se refiere a nuestras vidas, nuestros cuerpos y nuestras mentes. Los hombres aquí no mandan.

—Nunca he conocido un mundo donde los hombres mandasen —musitó él—. No sois iguales a nosotros en fuerza física, Glenna.

—Pero lo compensamos con otras ventajas.

—A pesar de lo agudas que sean vuestras mentes, vuestras tretas, vuestros cuerpos son más frágiles. Están hechos para dar a luz a hijos.

—Acabas de plantear una contradicción. Si los hombres fuesen los responsables de la maternidad,

el mundo se habría acabado hace mucho tiempo sin necesidad de contar con la ayuda de un puñado de vampiros en busca de gloria. Y permíteme que te señale un pequeño hecho: la que está provocando todo este terrible asunto es una mujer.

—De alguna manera ése sería mi argumento.

—Bien, pues no sirve, de modo que ya puedes olvidarlo. Y quien nos reunió a todos nosotros también es una mujer, así que os superamos en número. Y tengo más munición, pero esta conversación ridícula me está produciendo jaqueca.

—Deberías descansar. Mañana seguiremos hablando de esto.

—No pienso descansar, y mañana no vamos a seguir hablándolo.

¿Su única luz?, pensó él. A veces era un relámpago que le atravesaba los ojos.

—Eres una mujer rebelde y exasperante.

—Sí. —Ahora Glenna sonrió y volvió a extender las manos hacia él—. Siéntate aquí, ¿quieres? Estás preocupado por mí. Quiero que sepas que lo entiendo y lo aprecio.

—Si hicieras lo que te he pedido —se llevó las manos de Glenna a los labios—, eso me tranquilizaría y haría de mí un líder mejor.

—Oh, eso está bien. —Ella apartó las manos para golpearle suavemente en las mejillas—. Muy bien. Las mujeres no son las únicas que tienen tretas.

—No es una treta sino la verdad.

—Pídeme cualquier otra cosa y trataré de complacerte. Pero no puedo darte esto, Hoyt. Yo también me preocupo por ti. Por todos nosotros. Y me pregunto qué es lo que podemos hacer, qué somos capaces de hacer. Y por qué de todo el mundo, de todos los mundos, nosotros somos los únicos que debemos hacer esto. Pero eso no cambia nada. Nosotros somos los elegidos. Y ya hemos perdido a un hombre muy bueno.

—Si yo te perdiese... Glenna, sólo de pensar en ello se abre un enorme vacío en mi interior.

A veces, ella lo sabía, la mujer tenía que ser la más fuerte.

—Existen tantos mundos y tantas maneras. No creo que ahora pudiésemos perdernos el uno al otro. Lo que tengo ahora contigo es más de lo que nunca he tenido antes con nadie. Creo que eso nos hace mejores personas de lo que éramos. Tal vez sea en parte la razón por la que estamos aquí. Para encontrarnos.

Glenna se inclinó hacia él y suspiró cuando sus brazos la envolvieron.

—Quédate conmigo. Ven, acuéstate a mi lado. Hazme el amor.

—Necesitas curarte de tus heridas.

—Sí. —Glenna le atrajo hacia ella y le rozó los labios con los suyos—. Es lo que hago.

Hoyt esperaba tener en su interior la ternura que ella necesitaba. Quería darle eso, la magia de esa ternura.

Utilizó sólo sus labios, besándola en la boca, el rostro, el cuello. Besos cálidos y relajantes. Apartó la delgada prenda que ella llevaba puesta para prolongar esos besos sobre los pechos, sobre sus contusiones. Con cuidado y para confortarla.

Suaves como alas de pájaros, labios y puntas de los dedos para calmar su mente y su cuerpo, y para avivarlos.

Y cuando sus miradas se encontraron, él supo más cosas de las que había sabido nunca. Tuvo más de lo que jamás había tenido.

La alzó sobre una almohada de aire plateado, convirtiendo su cama en algo mágico. Alrededor de la habitación, las velas cobraron vida con un sonido similar a un suspiro. Y la luz que compartían era como oro fundido.

—Es hermoso. —Ella cogió sus manos mientras ambos flotaban, cerró los ojos ante la espléndida dicha del momento—. Esto es hermoso.

—Te daría todo lo que tengo, y aun así no sería suficiente.

—Te equivocas. Lo es todo.

Más que placer, más que pasión. ¿Sabía él acaso lo que hacía de ella cuando la tocaba de esa manera? Nada de lo que pudieran enfrentar, ningún terror o dolor, ninguna muerte o condena era capaz de superar aquello. La luz dentro de ella era como un faro, y nunca más volvería la oscuridad.

Allí estaba la vida en su expresión más dulce y generosa. El sabor de él era como un bálsamo para su alma, aunque sus caricias le despertaran el deseo. Impregnada de él, Glenna alzó los brazos e hizo girar las palmas. Pétalos de rosa, blancos como la nieve, comenzaron a caer como gotas de lluvia sobre sus manos.

Ella sonrió cuando él se deslizó en su interior, cuando se movieron juntos, suave y lentamente. Luz y aire, fragancia y sensación rodeaban el ascenso y descenso de cuerpos y corazones.

Una vez más sus dedos se entrelazaron, una vez más sus labios se encontraron. Y mientras ambos flotaban a la deriva, el amor los curó a los dos.

En la cocina, Moira estaba desconcertada ante un bote de sopa. Nadie había comido y estaba decidida a preparar alguna clase de comida para cuando Glenna se despertase. Con el té no había tenido problemas, pero le habían *enseñado* el procedimiento a seguir.

En cambio sólo había *visto* cómo King abría uno de esos cilindros metálicos usando aquella pequeña máquina que hacía un ruido tan desagradable. Había intentado hacerla funcionar tres veces y otras tantas había fracasado. Ahora estaba considerando seriamente la posibilidad de sacar la espada y abrir el cilindro de un golpe.

Moira poseía una pequeña magia para la cocina, muy pequeña, debía reconocerlo. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que estaba sola, se concentró en su pequeño don y visualizó el bote abierto.

El cilindro se movió ligeramente sobre la encimera, pero permaneció obstinadamente cerrado.

—Muy bien, una vez más entonces.

Se inclinó, estudió el abridor que estaba fijado a la parte inferior del armario. Con las herramientas adecuadas podría quitarlo de allí y averiguar cuál era su funcionamiento. Le encantaba desmontar cosas. Pero en primer lugar tenía que abrir aquel maldito cilindro.

Se irguió, se echó el pelo hacia atrás y relajó los hombros. Murmurando para sí trató nuevamente de conseguir la hazaña de abrir aquello. Esta vez, cuando la máquina giró, el bote también lo hizo. Moira aplaudió encantada y luego volvió a inclinarse para observar su funcionamiento.

Era tan ingenioso, pensó. Todo allí era muy ingenioso. Se preguntó si alguna vez le permitirían conducir la camioneta. King le había dicho que le enseñaría a hacerlo.

Sus labios temblaron ante ese pensamiento y los apretó con fuerza. Rezó para que su muerte hubiese sido rápida y su sufrimiento breve. Por la mañana colocaría una lápida para él en el cementerio donde Larkin y ella habían visto cuando caminaban cerca de la casa.

Y cuando regresara a Geall, erigiría otra lápida y le pediría al arpista que compusiera una canción.

Vació el contenido del bote en una olla y lo colocó sobre un quemador, como Glenna le había enseñado.

Todos necesitaban comer. La tristeza y el hambre los debilitarían, y la debilidad los convertiría en presas fáciles. Pan, decidió. Comerían algo de pan. Sería una comida sencilla pero sustanciosa.

Se volvió hacia la despensa y retrocedió al ver a Cian en la puerta de la cocina. Se recostó en la pared con la botella de whisky casi vacía colgando de sus dedos.

—¿Un tentempié de medianoche? —Su sonrisa mostró sus dientes blancos—. Yo también siento debilidad por ellos.

—Nadie ha probado bocado y he pensado que deberíamos comer algo.

—Siempre pensando, ¿verdad, pequeña reina? Tu mente siempre trabajando.

Moira se dio cuenta de que estaba borracho. El exceso de whisky le había nublado la mirada y puesto la voz pastosa. Pero ella también podía ver el dolor que había debajo.

—Deberías sentarte ante de que te caigas al suelo.

—Gracias por la amable invitación en mi propia y jodida casa, pero sólo he venido a buscar otra botella. —Agitó la que llevaba en la mano—. Parece que alguien se ha acabado todo el contenido de ésta.

—Puedes beber hasta caer enfermo, si es que eres tan estúpido como para hacer eso. Pero también deberías comer alguna cosa. Sé que comes, te he visto hacerlo. He tenido algunos problemas para preparar esto.

Cian echó un vistazo a la encimera y sonrió.

—Has abierto un bote de sopa.

—Lamento no haber tenido tiempo de matar personalmente al ternero. De modo que tendrás que conformarte con lo que hay.

Moira se dio la vuelta para seguir preparando la comida y luego se quedó muy quieta cuando sintió a Cian detrás de ella. Sus dedos acariciaron el costado de su cuello, ligeros como las alas de una polilla.

—En otro tiempo habría dicho que eras muy sabrosa.

Borracho, furioso, triste, pensó Moira. Todo ello le volvía peligroso. Si mostraba miedo sólo empeoraría las cosas.

—Me estás distrayendo —dijo.

—Aún no —replicó él.

—Cian, no tengo tiempo para borrachos. Tal vez tú no quieras comida, pero Glenna necesita ingerir algo para recuperar las fuerzas y curarse.

—Yo diría que ya se siente bastante fuerte. —La amargura tiñó su voz mientras alzaba la vista—. ¿Acaso no has visto cómo se avivaban las luces hace un momento?

—Sí. Pero no sé qué tiene eso que ver con Glenna.

—Significa que mi hermano y ella están follando. Sexo —añadió Cian cuando ella se mostró desconcertada—. Un poco de sexo simple y sudoroso para rematar la jornada. Ah, te has sonrojado. —Se echó a reír y se acercó aún más a Moira—. Toda esa hermosa sangre debajo de la piel. Deliciosa.

—Basta.

—Solía gustarme que las mujeres temblasen, como tú en este momento. Hace que la sangre se caliente y aumenta la excitación. Casi lo había olvidado.

—Apestas a whisky. Esto ya está listo. Siéntate y te serviré un plato.

—No quiero esa jodida sopa. No me molestaría en cambio tener un poco de ese sexo caliente y sudoroso, pero probablemente estoy demasiado borracho como para eso. Muy bien, cogeré otra botella y acabaré el trabajo.

—Cian. Cian, la gente se une buscando consuelo cuando llega la muerte. No es falta de respeto sino necesidad física.

—No pretendas darme lecciones sobre sexo. Sé mucho más al respecto de lo que tú podrías imaginar. Acerca de sus placeres y su dolor y su objeto.

—La gente también suele recurrir a la bebida, pero no es muy saludable. Sé lo que King significaba para ti.

—No, no lo sabes.

—Él hablaba conmigo, más que con los demás, creo, porque a mí me gusta escuchar. Me contó cómo le encontraste, hace muchos años; lo que hiciste por él.

—Lo hice por diversión.

—Basta ya. —Un genuino tono de autoridad tiñó su voz—. Ahora estás mostrando falta de respeto por un hombre que era un amigo para mí. Y que era como un hijo para ti, un amigo y un hermano. Todo eso. Mañana quiero ir al cementerio y colocar una lápida para él. Podría esperar hasta la hora del crepúsculo, hasta que tú pudieras salir...

—¿Qué me pueden importar a mí las lápidas? —dijo Cian y abandonó la cocina.

Glenna se sintió tan agradecida al ver la luz del sol que podría haberse echado a llorar. En el cielo había algunas nubes pero eran muy tenues y los rayos de luz las atravesaban dibujando leves sombras en la tierra.

Aún le dolían el cuerpo y el corazón. Pero lo superaría. Cogió una de sus cámaras y salió de la casa para sentir la caricia del sol en el rostro. Cautivada por la música del bosque decidió caminar hasta el arroyo. Al llegar allí, se tendió junto a la orilla para disfrutar de la mañana soleada.

Los pájaros cantaban en las ramas, derramando alegría en el aire impregnado del perfume de las flores. Podía ver una dedalera moviéndose levemente bajo la brisa. Por un instante, sintió que la tierra debajo de ella suspiraba y susurraba con el placer de un nuevo día.

Glenna sabía que la aflicción vendría y se iría. Pero ese día había luz y trabajo. Y aún existía magia en el mundo que la rodeaba.

Cuando una sombra se proyectó sobre ella, giró la cabeza y sonrió a Moira.

—¿Cómo te sientes esta mañana?

—Mejor —contestó Glenna—. Me siento mejor. Dolorida y débil, tal vez un poco tambaleante todavía, pero mejor.

Se volvió un poco más para mirar la túnica y los pantalones bastos que Moira llevaba.

—Tenemos que conseguirte algo de ropa.

—Estoy bien con la que llevo.

—Tal vez podamos ir hasta el pueblo y ver lo que podemos encontrar para ti.

—No tengo nada para intercambiar. No puedo pagar.

—Para eso está la Visa. Será mi regalo. —Se tendió nuevamente en la hierba y cerró los ojos—. No pensé que nadie más estuviese levantado.

—Larkin ha sacado a pasear al caballo. Eso debería hacerles bien a ambos. Creo que Larkin no ha

dormido nada esta anoche.

—Dudo que ninguno de nosotros haya podido dormir. ¿No parece real, verdad, no a la luz del día, con el sol brillando en el cielo y los pájaros cantando en las ramas?

—Pues a mí de día me parece todavía más real —dijo Moira, sentándose a su lado—. Nos muestra lo que tenemos que perder. Tengo una lápida —continuó diciendo mientras pasaba la mano por la hierba—. Estaba pensando que cuando Larkin regresara de su paseo podríamos ir hasta donde están las tumbas y colocar una lápida para King.

Glenna mantuvo los ojos cerrados, pero cogió a Moira de la mano.

—Tienes un corazón generoso —dijo—. Sí, cavaremos una tumba para King.

Las heridas le impedían entrenarse, pero no impidieron que Glenna trabajase. Dedicó los dos días siguientes a preparar la comida, comprar provisiones e investigar la magia.

Tomó fotografías.

Era algo más que trabajo, se dijo. Era algo práctico y organizativo. Y las fotos eran —serían— una especie de documentación, una especie de homenaje.

La mayor parte de sus actividades la ayudaban a no sentirse inútil mientras los demás se afanaban en el manejo de la espada y en los combates cuerpo a cuerpo.

Estudió las diferentes rutas y memorizó el trazado de varias de ellas. Sus habilidades al volante eran escasas y torpes, de modo que las perfeccionó, maniobrando con la camioneta por caminos enlodados, rozando los setos al tomar las curvas, acelerando en los tramos rectos cuando se sintió más segura.

Estudió los libros de conjuros, buscando el ataque y la defensa. Buscando soluciones. No podía hacer que King regresara, pero haría todo lo que estuviese en su mano para proteger a sus compañeros.

Entonces tuvo la brillante idea de que cada miembro del equipo debería ser capaz de conducir la camioneta. Comenzó por Hoyt.

Se sentó junto a él mientras él llevaba el vehículo a paso de tortuga por el prado que rodeaba la casa.

—Tengo mejores maneras de emplear mi tiempo.

—Es posible. —Y a esa velocidad, pensó ella, pasaría un milenio antes de que superase los diez kilómetros por hora—. Pero todos nosotros tendríamos que ser capaces de coger el volante si fuese necesario.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Has planeado llevar esta máquina a la batalla?

—No contigo al volante, de eso puedes estar seguro. Es una cuestión práctica, Hoyt. Yo soy la única que puede conducir de día. Si algo me sucede...

—No lo hagas. No tientes a los dioses.

Su mano se cerró sobre la de Glenna.

—Tenemos que tener ese factor en cuenta. Estamos aquí, y este lugar es remoto. Necesitamos transporte y, bueno, el hecho de saber conducir nos da a todos una especie de independencia, además de otra habilidad. Debemos estar preparados para cualquier cosa.

—Podríamos conseguir más caballos.

El anhelo que transmitía su voz hizo que Glenna le palmease el hombro.

—Lo estás haciendo muy bien. Aunque quizá podrías tratar de ir un poco más de prisa.

Hoyt pisó el acelerador levantando una lluvia de grava detrás del coche. Glenna respiró profundamente y gritó:

—¡Frena! ¡Frena! ¡Frena!

La camioneta se detuvo en medio de otra lluvia de grava.

—Aquí tienes otra palabra para tu vocabulario —dijo Glenna afablemente—. Frenazo.

—Has dicho que fuese más de prisa. Con eso.

Hoyt señaló el pedal del acelerador.

—Sí. Bueno. De acuerdo. —Glenna volvió a llenarse de aire los pulmones—. Está el caracol y está la liebre. Tratemos de encontrar un animal intermedio. Digamos, un perro. Un guapo y saludable perdiguero de pelo dorado.

—Los perros cazan a las liebres —señaló Hoyt, e hizo que ella se echase a reír—. Eso está bien. Estabas triste. Echaba de menos tu sonrisa.

—Te obsequiaré una gran sonrisa con todos los dientes si acabamos esta lección sanos y salvos. Ahora daremos un salto importante y entraremos en la carretera. —Estiró la mano y aferró el cristal que había colgado del espejo retrovisor cuando subieron a la camioneta—. Esperemos que esto funcione.

Hoyt lo hizo mejor de lo que ella esperaba, lo que significaba que nadie había quedado baldado o herido de alguna otra manera. Su corazón realizó un arduo trabajo saltándole hasta la garganta y luego cayendo pesadamente hasta el estómago, pero la camioneta se mantuvo en la carretera... en general.

A ella le gustaba ver cómo tomaba las curvas; con el cejo fruncido, la mirada intensa, sus dedos largos aferrados al volante como si fuese una cuerda de seguridad en un mar azotado por una tormenta.

Los setos naturales se cerraban sobre ellos, túneles verdes salpicados por las manchas rojas de las fuscias, luego el mundo volvía a abrirse hacia los campos ondulados y ahora los puntos eran ovejas blancas o vacas que pastaban ociosamente.

La chica de ciudad que había en ella estaba encantada. En otro tiempo, pensó, en otro mundo, ella podría haber encontrado muchas cosas que amar en ese lugar. El juego de luces y sombras en la hierba, los campos desplegados como telas verdes, el súbito destello del agua, los montones de piedras de las antiguas ruinas.

Era bueno, decidió, mirar hacia el bosque, más allá de la casa, observar y amar el mundo que ellos estaban luchando por salvar.

Cuando Hoyt redujo la velocidad, ella lo miró.

—Tienes que mantener la velocidad. Puede ser tan peligroso ir demasiado de prisa como demasiado lento. Algo que, pensándolo bien, puede aplicarse prácticamente a todas las cosas.

—Quiero detenerme.

—Pues tienes que hacerlo en el arcén... en el costado de la carretera. Pon el intermitente, como te he enseñado antes, y ve frenando despacio. —Glenna comprobó la carretera. El arcén era estrecho, pero no había tráfico—. Coloca la palanca de cambios en punto muerto. En el centro. Así. Y bien... ¿qué? —preguntó cuando Hoyt abrió la puerta de su lado.

Glenna se desabrochó el cinturón de seguridad, cogió las llaves —y también su cámara— y siguió

a Hoyt. Pero él ya se encontraba a mitad de camino a través del campo, avanzando de prisa hacia lo que quedaba de una antigua torre de piedra.

—Si querías estirar las piernas o vaciar la vejiga, sólo tenías que decirlo —comenzó ella con un ligero enfado cuando consiguió alcanzarle.

El viento jugaba con su pelo, apartándose del rostro. Cuando le tocó el brazo, sintió que sus músculos estaban tensos.

—¿Qué ocurre?

—Conozco este lugar. Aquí vivía gente. Había niños. La mayor de mis hermanas se casó con el segundo hijo de esta familia. Su nombre era Fearghus. Ellos cultivaron estas tierras. Ellos... ellos caminaron por estas tierras. Vivieron aquí.

Hoyt se dirigió hacia lo que debió de haber sido un pequeño torreón. El techo había desaparecido, lo mismo que una de las paredes. El suelo estaba cubierto de hierbas, de flores blancas y de excrementos de oveja.

Y el viento soplaba a través de las ruinas como el canto de los fantasmas.

—Ellos tenían una hija, una joven muy guapa. Nuestras familias esperaban que nosotros dos...

Hoyt apoyó la mano contra la pared y la dejó allí.

—Ahora sólo quedan piedras —dijo con voz suave—. Ruinas.

—Pero aún están aquí, Hoyt. Una parte aún está aquí. Y tú recordándolos. Lo que estamos haciendo, lo que tenemos que hacer, ¿no significará acaso que ellos tuvieron la mejor posibilidad de vivir una vida larga y plena? ¿De cultivar esta tierra y caminar por ella? ¿De vivir?

—Ellos vinieron al funeral de mi hermano. —Dejó caer la mano—. No sé cómo sentirme.

—No puedo imaginar lo duro que debe de ser esto para ti cada día, Hoyt. —Apoyó las manos en su brazo, esperando hasta que sus ojos la miraron—. Parte de ello aún sigue en pie, lo que tú eres. Y está con lo que yo soy. Creo que eso es importante. Creo que necesitamos encontrar esperanza en ello. Fuerza en ello. ¿Quieres quedarte solo aquí durante un momento? Puedo esperarte en la camioneta.

—No. Cada vez que desfallezco, o pienso que no puedo soportar lo que me han pedido que haga, tú estás ahí. —Se inclinó y arrancó una de las pequeñas flores blancas—. Estas flores también crecían en mi época. —La hizo girar y luego la lanzó al aire—. Llevaremos la esperanza con nosotros.

—Sí, lo haremos —dijo ella, y levantó la cámara—. Es un lugar que pide a gritos una foto. Y la luz es magnífica.

Glenna se alejó para buscar el mejor ángulo. Le regalaría a Hoyt una de las fotos, decidió. Algo suyo para que se llevase con él. Y haría una copia de la misma foto para colocarla en su *loft*.

Lo imaginó contemplando la imagen mientras ella hacía lo propio con su copia. Cada uno de ellos recordando ese momento en que ambos estaban allí, en una tarde de verano, con flores silvestres agitando en medio de una alfombra de hierba.

Pero esa idea le provocó más dolor que consuelo, de modo que volvió la cámara hacia él.

—Sólo tienes que mirarme —le dijo—. No tienes que sonreír. De hecho... —Apretó el obturador—. Bien, muy bien.

Se sintió inspirada y bajó la cámara.

—Activaré el automático y tomaré una foto de los dos juntos.

Buscó un lugar donde poder colocar la cámara y deseó haber traído un trípode.

—Bueno, tendremos que recurrir a algunas cosas. —Fijó el encuadre. Hombre y piedra y campo —. Aire permanece inmóvil y atiende mi voluntad. Sólido ahora debajo de mi mano, fijo como una piedra sobre la tierra. Mantén allí lo que pido de ti. Mientras lo hago, que así sea.

Glenna colocó la cámara en la bandeja de aire y puso en funcionamiento el automático. Luego corrió a reunirse con Hoyt.

—Sólo tienes que mirar a la cámara. —Deslizó el brazo alrededor de su cintura, encantada cuando él imitó su gesto—. Y si puedes sonreír un poco... uno, dos...

Glenna vio que la luz de la cámara parpadeaba.

—Ya está. Para la posteridad.

Él la acompañó cuando fue a recoger la cámara.

—¿Cómo sabes qué aspecto tendrá cuando lo saques de esa caja?

—No lo sé al cien por cien. Creo que podrías decir que se trata de otra clase de esperanza.

Ella echó una ojeada a las ruinas.

—¿Necesitas más tiempo?

—No. —Tiempo, pensó él, nunca habría suficiente tiempo—. Deberíamos regresar. Tenemos otros trabajos que hacer.

—¿La amabas? —preguntó Glenna mientras atravesaban el campo, de regreso a la camioneta.

—¿A quién?

—A esa chica. A la hija de la familia que vivía aquí.

—No, no la amaba. Para mi madre fue una gran decepción, pero no para la chica, creo. Yo no buscaba a una mujer de ese modo, para casarme y formar una familia. Me parecía... Me parecía que mi don, mi trabajo, exigían soledad. Las mujeres requieren tiempo y atención.

—Así es. Teóricamente, ellas también los proporcionan.

—Yo quería estar solo. Durante toda mi vida he sentido que no tenía suficiente, soledad y silencio. Y ahora, ahora temo tener demasiado de ambos.

—Eso dependerá de ti. —Glenna se detuvo para mirar las ruinas por última vez—. ¿Qué les dirás a ellos cuando regreses?

Incluso el simple hecho de pronunciar esas palabras le destrozaba el corazón.

—No lo sé. —Hoyt la cogió de la mano, de modo que ambos permanecieron juntos contemplando lo que era, imaginando lo que había sido—. No lo sé. ¿Qué les dirás a tu gente cuando todo esto haya acabado?

—Creo que probablemente no les diré nada. Dejaré que piensen, como les dije cuando los llamé antes de marcharme, que decidí viajar impulsivamente a Europa. ¿Por qué habrían de vivir con el miedo de lo que nosotros sabemos? —dijo Glenna cuando él la miró—. Sabemos que lo que corretea por ahí al caer la noche es real, ahora lo sabemos, y es una carga muy pesada. De modo que les diré que los quiero y nada más.

—¿No es ésa otra clase de soledad?

—En todo caso, una que puedo manejar.

Esta vez ella se colocó detrás del volante. Cuando Hoyt se instaló en el asiento del acompañante echó una última mirada a las ruinas.

Y pensó que, sin Glenna, la soledad podría tragárselo por completo.

La idea de regresar a su mundo lo atormentaba. La idea de morir en éste. De no volver a ver nunca más su hogar. Y también la de vivir allí durante el resto de su vida sin la mujer que le había dado un nuevo sentido a la misma.

Si una guerra iba a librarse con lanza y espada, otra tenía ya lugar en su interior, golpeando con fuerza un corazón que él jamás imaginó que pudiera sentir tanto anhelo.

Observó a Glenna desde la ventana de la torre mientras ésta tomaba fotos de Larkin y Moira practicando boxeo o haciéndolos posar en posturas menos belicosas.

Sus heridas habían curado lo suficiente como para que ya no se moviese con rigidez o se cansara con facilidad. Pero él recordaría siempre el aspecto que tenía tendida sobre la hierba y sangrando.

Su manera de vestir ya no le resultaba extraña, sino adecuada y propia de lo que Glenna era. La forma en que ella se movía, enfundada en unos pantalones negros y una camisa blanca, con el pelo rojo y rebelde sujeto en la nuca, era para él la esencia de la gracia.

En el rostro de Glenna había encontrado belleza y vida. En su mente, inteligencia y curiosidad. Y en su corazón, compasión y valor.

Comprendió que en ella había todo lo que él deseaba, sin sentir siquiera que nada le faltara.

No tenía ningún derecho sobre Glenna, por supuesto. Ellos no tenían ningún derecho el uno sobre el otro más allá del tiempo que durase la tarea que les habían encomendado. Si conseguían salir con vida, si los mundos sobrevivían, él regresaría al suyo mientras que Glenna permanecería en el de ella.

Ni siquiera el amor podía abarcar mil años.

Amor. El corazón le dolía ante esa palabra, de modo que se llevó la mano al pecho. Aquello era el amor entonces. El vacío en el estómago, la quemadura. La luz y la sombra.

No sólo piel cálida y murmullos a la luz de las velas, sino dolor y conciencia a la luz del día. En las profundidades de la noche, sentir tanto por una persona que eclipsaba todo lo demás.

Y era aterrador.

Él no era un cobarde, se recordó Hoyt. Era un hechicero de nacimiento y un guerrero por las circunstancias. Él había sostenido el rayo en la palma de la mano y convocado al viento para lanzarlo. Había matado demonios y, por dos veces, se había enfrentado a la reina de éstos.

Podía hacer frente al amor, por supuesto. El amor no podía balcarlo ni matarlo, tampoco despojarle de su poder. ¿Qué clase de cobardía era entonces la que hacía que un hombre se encogiera ante él?

Salió de la habitación de la torre y bajó de prisa la escalera. Al pasar junto a la puerta de su hermano oyó música, una melodía suave y triste. Sabía que era la música de la aflicción.

Y supo también que si su hermano estaba inquieto, también lo estarían otros de la especie de Cian. La hora del crepúsculo estaba cerca.

Se movió rápidamente a través de la casa, entró en la cocina, donde había algo hirviendo a fuego lento, y salió por la parte de atrás.

Larkin se estaba divirtiendo convirtiéndose en un lobo dorado mientras Glenna mostraba su júbilo ante el prodigio y se movía a su alrededor con la pequeña máquina de las fotografías. La cámara, se recordó.

Larkin volvió a recuperar su forma humana y, blandiendo la espada, asumió una postura

arrogante.

—Tenías mejor aspecto como lobo —dijo Moira.

Larkin alzó la espada fingiendo un ataque y corrió tras ella. Sus gritos y risas eran tan opuestos a la música que estaba escuchando su hermano, que Hoyt sólo pudo quedarse allí, maravillado.

Aún había risas en el mundo. Todavía había tiempo, y necesidad de jugar y divertirse. Aún había luz a pesar de que la oscuridad se acercaba.

—Glenna.

Ella se volvió con el brillo del júbilo todavía en los ojos.

—¡Oh, perfecto! No te muevas. Ahí mismo, con la casa detrás de ti...

—Quiero que...

—Chis. Pronto me quedaré sin luz. Sí, sí, justo así. Distante y retraído. ¡Es maravilloso! Me gustaría que aún hubiese tiempo para que fueses a buscar tu capa. Fuiste concebido para llevar una.

Ella cambió de ángulo, se agachó, disparó varias veces con la cámara.

—No, no me mires. Mira más allá, por encima de mi cabeza, piensa en algo profundo. Mira hacia los árboles.

—No importa hacia dónde mire, sólo te veo a ti.

Ella bajó la cámara un momento y el placer le sonrojó las mejillas.

—Estás tratando de distraerme. Dame esa mirada Hoyt, sólo un instante. Mirando hacia los árboles, el hechicero serio.

—Quiero hablar contigo.

—Dos minutos. —Glenna cambió de ángulo, disparó dos o tres fotos más y se irguió al tiempo que examinaba las armas que había encima de la mesa.

—Glenna, ¿volverías conmigo?

—En dos minutos —contestó ella, dudando entre la espada de dos filos y la daga—. De todos modos debo ir a la cocina para echarle un vistazo a la sopa.

—No estoy hablando de volver a la maldita cocina. ¿Vendrás conmigo?

Glenna alzó la vista, levantando automáticamente la cámara, encuadrando el rostro de Hoyt y capturando la intensidad de su expresión. Una buena comida, pensó, otra buena noche y estaría preparada para entrenar a tope a la mañana siguiente.

—¿Adónde?

—A casa. A mi casa.

—¿Qué? —Ella bajó la cámara y sintió que el corazón le daba un vuelco dentro del pecho—. ¿Qué?

—Cuando todo esto haya acabado. —Hoyt mantuvo los ojos fijos en los de Glenna mientras acortaba la distancia que les separaba—. ¿Vendrás conmigo? ¿Estarás conmigo? ¿Me pertenecerás?

—¿Volver contigo? ¿Al siglo doce?

—Sí.

Ella dejó la cámara lentamente sobre la mesa.

—¿Por qué me quieres a mí?

—Porque eres lo único que ven mis ojos, porque tú eres todo lo que quiero. Creo que si tuviese que vivir cinco minutos en un mundo en el que tú no estuvieses, sería para mí una eternidad. Y no puedo hacer frente a la eternidad sin ver tu rostro. —Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos

—. Sin escuchar tu voz, sin tocarte. Creo que si fui enviado aquí para librar esta guerra, también fue para que te encontrase. No sólo para que lucharas a mi lado sino para que me abrieses, Glenna.

Él cogió las manos de ella entre las suyas y se las llevó a los labios.

—En medio de todo este miedo y aflicción y pérdida, te veo a ti.

Mientras Hoyt hablaba, Glenna no apartaba la mirada de él, buscando. Cuando se acabaron las palabras, apoyó la mano sobre el corazón del hombre.

—Hay tantas cosas aquí dentro —dijo suavemente—. Tantas cosas, y me siento muy afortunada de formar parte de ellas. Iré contigo. Iré contigo a donde sea.

La alegría de esa confirmación se extendió dentro de él y lo inundó de calor mientras sus dedos volvían a acariciar sus mejillas.

—Significaría renunciar a tu mundo, a todo lo que conoces. ¿Por qué lo harías?

—Porque también yo he pensado lo que sería vivir cinco minutos sin ti, e incluso eso es una eternidad. Porque te amo. —Glenna vio cómo los ojos de él cambiaban—. Ésas son las palabras más poderosas en cualquier magia. Te amo. Con ese conjuro ya te pertenezco.

—Una vez que lo he expresado, está vivo. Nada puede matarlo jamás. —Ahora Hoyt cogió su rostro entre las manos—. ¿Me aceptarías si yo me quedase aquí contigo?

—Pero tú has dicho...

—¿Me aceptarías, Glenna?

—Sí, por supuesto que sí.

—Entonces, cuando todo esto haya acabado, veremos cuál es nuestro mundo. Cuando quiera que sea, dondequiera que sea, yo te amaré allí. A ti. —Acercó sus labios a los de ella—. Y sólo a ti.

—Hoyt. —Lo enlazó con sus brazos—. Si tenemos esto puedo hacer cualquier cosa.

—Aún no lo he dicho.

Ella se echó a reír y le cubrió las mejillas de besos.

—Has estado bastante cerca.

—Espera. —Él la apartó unos centímetros. Fijó aquellos ojos azules e intensos en los de ella—. Te amo —dijo.

Un rayo de sol llegó desde el cielo y los bañó con su luz, rodeándolos con un círculo blanco.

—Entonces ya está —murmuró él—. En esta vida y en todas las que vendrán, soy tuyo y tú eres mía. Todo lo que yo soy, Glenna.

—Todo lo que seré. Te lo prometo —respondió ella. Se acercó a él y apretó su mejilla contra la suya—. Pase lo que pase, esto es nuestro.

Ella echó la cabeza ligeramente hacia atrás para que sus labios pudieran encontrarse.

—Sabía que serías tú —dijo suavemente— desde el mismo momento en que entré en tu sueño.

Se abrazaron en el círculo de luz, se estrecharon con fuerza mientras el sol les envolvía con su calor. Cuando la luz se debilitó y la penumbra comenzó a filtrarse en el día, recogieron el resto de las armas y las llevaron a la casa.

Cian los estaba observando desde la ventana de su habitación. El amor había brillado alrededor de ellos con una luz que le había quemado la piel y secado los ojos.

Y había estremecido un corazón que no había latido desde hacía casi mil años.

De modo, pensó, que su hermano había caído ante el único golpe contra el que no había escudo alguno. Ahora ellos vivirían sus cortas y dolorosas vidas dentro de esa luz.

Tal vez mereciera la pena.

Luego retrocedió hacia las sombras de su habitación y la fría oscuridad.

Cuando bajó ya era completamente de noche y ella estaba sola en la cocina. Cantando junto al fregadero, según observó Cian, con una voz feliz y ausente. La clase de voz, decidió, que una persona romántica diría que surgía de sus labios con pequeños corazones rosados junto con la melodía.

Ella estaba cargando el lavavajillas... una tarea doméstica. Y la cocina olía a hierbas y flores. Llevaba el pelo recogido en una cola y sus caderas se movían al ritmo de la canción.

¿Habría tenido él una mujer como ella si hubiese vivido?, se preguntó. ¿Una mujer que cantara en la cocina, o que permaneciera bajo la luz mirándolo con una expresión de amor en el rostro?

Cian había tenido muchas mujeres, por supuesto. Cientos de ellas. Y algunas lo habían amado... para su perdición, supuso. Pero si sus rostros habían expresado ese amor, ahora esos rostros no eran más que una mancha borrosa para él.

Y el amor era una opción que había eliminado de su vida.

O se había dicho a sí mismo que así era. Pero el hecho era que había amado a King, como un padre ama a un hijo, o un hermano a un hermano. La pequeña reina había tenido razón en eso, y maldita fuese por ello.

Él había entregado su amor y su confianza a un humano y, tal como sucede con los humanos, todo eso había muerto con él.

Pensando en eso, miraba a Glenna colocar los platos en su sitio después de haberlos secado. Otra cosa que los humanos tenían la costumbre de hacer era sacrificarse por otros seres humanos.

Era, o había sido, un rasgo que lo había intrigado con frecuencia. Dadas sus circunstancias, era más fácil entender su hábito totalmente contrapuesto... matarse unos a otros.

En ese momento, Glenna se volvió y se sobresaltó. El plato que sostenía entre las manos cayó al suelo y se hizo pedazos contra las baldosas.

—Dios. Lo siento. Me has asustado.

Ella se movió de prisa y bruscamente, advirtió él, para ser una mujer con su gracia natural. Cogió la escoba y el recogedor del armario y comenzó a barrer los trozos del plato.

Cian no le había hablado —tampoco a ninguno de los demás—, desde la noche de la muerte de King. Los había dejado que entrenasen solos o hicieran lo que les viniese en gana.

—No te he oído llegar. Los otros ya han terminado de cenar. Se... se han marchado arriba a entrenar un poco. Yo he salido con Hoyt alrededor de una hora. Lecciones de conducir. He pensado... —Volcó los trozos del plato en el cubo de la basura y se volvió—. Oh, Dios, di *algo*.

—Aunque consiguierais sobrevivir, pertenecéis a dos mundos diferentes. ¿Cómo pensáis resolverlo?

—¿Hoyt ha hablado contigo?

—No tenía necesidad de hacerlo. Tengo ojos.

—No sé cómo haremos para resolverlo. —Dejó la escoba en su sitio—. Encontraremos una manera. ¿A ti te importa?

—En lo más mínimo. Simplemente me produce curiosidad. —Cogió una botella de la encimera y estudió la etiqueta—. He vivido entre vosotros durante una cantidad de tiempo considerable. Sin interés por lo que hacíais me habría muerto de aburrimiento hace siglos.

Ella se relajó.

—Amarnos nos vuelve más fuertes. Eso creo al menos, y necesitamos ser más fuertes. Hasta ahora no lo hemos hecho muy bien que digamos.

Cian descorchó la botella y se sirvió un poco de vino en un vaso.

—No, no lo habéis hecho precisamente bien.

—Cian —lo llamó ella cuando él se volvió para marcharse—. Sé que me culpas por lo que le pasó a King. Tienes todo el derecho a hacerlo, a culparme y odiarme por ello, pero si no encontramos alguna manera de trabajar juntos, de encajar, King no será el único de nosotros que morirá. Sólo habrá sido el primero.

—Yo me adelanté a él por unos cuantos cientos de años.

Inclinó el vaso hacia ella a modo de saludo y luego se marchó llevándose la botella.

—Bueno, ha sido inútil —musitó Glenna y se volvió para acabar de lavar los platos.

Cian no dejaría de odiarla, pensó, y probablemente también debía de odiar a Hoyt porque Hoyt la amaba. Su equipo estaba fracturado antes incluso de haber tenido una oportunidad real de convertirse en una unidad.

Si tuviesen tiempo, mucho tiempo, ella lo dejaría correr, y esperaría a que el resentimiento de Cian se hubiese enfriado, a que comenzara a desaparecer. Pero ellos no podían permitirse el lujo de perder un segundo más del precioso y escaso periodo que se les había otorgado. Tenía que encontrar la manera de solucionar ese problema.

Se secó las manos y dejó el paño sobre la encimera.

En ese momento, se oyó un golpe fuera, en la puerta trasera de la casa, como si algo pesado hubiese caído al suelo. Retrocedió instintivamente y buscó la espada que estaba apoyada en la encimera y una de las estacas de madera que había sobre ella.

—Ellos no pueden entrar —susurró para sí, e incluso el susurro la sobresaltó—. Pero ¿y si quieren espiarme mientras ordeno la cocina?

Deseó que Hoyt y ella hubiesen tenido más suerte creando un conjuro para establecer una área protegida alrededor de la casa.

No obstante, no podía permitir que la atemorizaran, no lo haría.

Obviamente, no tenía la menor intención de abrir otra vez la puerta y mantener una charla con algo que quería cortarle el cuello, pero entonces oyó como si alguien estuviese rascando ligeramente la puerta. Y un gemido. Y la mano que aferraba la empuñadura de la espada se mojó con su sudor.

—Ayúdame. Por favor.

La voz era muy débil, apenas audible a través de la madera. Pero a ella le pareció...

—Déjame entrar. ¿Glenna? ¿Glenna? Por el amor de Dios, déjame entrar antes de que lleguen.

—¿King?

Dejó caer la espada al suelo cuando corrió hacia la puerta. Sin embargo, la estaca la mantuvo firmemente aferrada en la mano.

«Ya me habéis engañado una vez», pensó ella, y se mantuvo fuera de alcance mientras abría la puerta.

King estaba tendido sobre las losas de piedra de delante de la puerta, con las ropas desgarradas y cubiertas de sangre. Había más sangre seca en un costado de la cara y su respiración era una brisa leve.

«Está vivo», fue lo único que pudo pensar.

Comenzó a agacharse para arrastrarle dentro de la casa, pero Cian estaba ya junto a ella. La apartó y se inclinó hacia King, apoyando una mano sobre la maltrecha mejilla de su amigo.

—Tenemos que entrarle en la casa. ¡De prisa, Cian! Tengo algunas cosas que pueden ayudarle.

—Están cerca. Me siguen. —Buscó a tientas la mano de Cian—. No pensé que lo conseguiría.

—Pero lo has hecho. Ven, entremos en la casa. —Cogió a King por debajo de los brazos y le arrastró hacia la cocina—. ¿Cómo lograste escapar?

—No lo sé. —King se quedó tendido en el suelo, con los ojos cerrados—. Conseguí caer sin golpearme con las rocas. Pensé que me ahogaría en el mar, pero... logré salir del agua. Me dolía todo el cuerpo. Perdí el conocimiento no sé durante cuánto tiempo. Caminé. Caminaba todo el día. Me escondía al llegar la noche. Ellos aparecían con la oscuridad.

—Déjame ver lo que puedo hacer por él —dijo Glenna.

—Cierra la puerta —le ordenó Cian.

—Todos lo hacían. Todos estaban... sedientos.

—Sí, lo sé. —Cian le cogió la mano y le miró a los ojos—. Lo sé.

—Comenzaremos con esto. —Glenna mezcló algo y lo agitó en una taza—. Cian, si pudieras ir a buscar a los demás. Hoyt y Moira podrían ayudarme. Tenemos que llevar a King a su cama y ponerle cómodo.

Glenna se inclinó sobre él mientras hablaba y la cruz que llevaba colgada del cuello se balanceó hacia el rostro de King.

El enorme negro siseó como una serpiente, descubrió los colmillos y retrocedió. Luego, ante la mirada horrorizada de Glenna, se puso de pie y sonrió.

—Nunca me dijiste lo que se sentía —le dijo a Cian.

—Las palabras no pueden describirlo. Es necesario experimentarlo personalmente.

—No. —Glenna sólo podía sacudir la cabeza—. Oh, Dios, no.

—Podrías haberme convertido en esto hace mucho tiempo, pero me alegra que no lo hicieras. Me alegra que haya sido ahora, cuando estoy en mi mejor forma.

King caminaba en círculos mientras hablaba, bloqueando la puerta de la cocina.

—Ellos primero me hirieron. Lilith conoce maneras asombrosas de causar dolor. Sabes que ante ella no tienes ninguna posibilidad.

—Lo siento —musitó Glenna—. Lo siento.

—No debes sentirlo. Ella me dijo que podía tenerte. Comerte o bien transformarte. Lo dejó a mi elección.

—Pero tú no quieres hacerme daño, King —dijo Glenna.

—Oh, sí, ya lo creo que quiere —lo contradijo Cian—. Quiere que sientas dolor casi tanto como desea sentir tu sangre en su garganta. Está hecho así. ¿Ella ya te había entregado el don antes de que te lanzaran por el acantilado?

—No. Pero sin embargo estaba herido, muy malherido. Apenas podía tenerme en pie. Cuando me lanzaron al vacío me tenían sujeto con una cuerda alrededor de la cintura. Si conseguía sobrevivir, ella me concedería el don. Y sobreviví. Lilith te llevará de regreso —le dijo a Cian.

—Sí, sé que lo hará.

Glenna los miró a uno y otro. Estaba atrapada entre ambos. Él lo sabía, ahora lo veía claro. Cian sabía lo que King era antes de entrarlo en la casa.

—No hagas esto. ¿Cómo puedes hacer esto? ¿A tu propio hermano?

—Yo no puedo tenerlo —le dijo King a Cian ignorando a Glenna—. Y tú tampoco. Lilith quiere a Hoyt para ella. Quiere beberse al hechicero. Con su sangre ascenderá incluso más alto. Todos los mundos que existan serán nuestros.

La espada estaba demasiado lejos y ella ya no tenía la estaca en su poder. No tenía nada.

—Tenemos que llevarle a Lilith a Hoyt y a la otra mujer, vivos. Ésta y el muchacho son nuestros si los queremos.

—Hace mucho tiempo que no bebo sangre humana. —Cian extendió la mano y pasó un dedo por el cuello de Glenna—. Pero yo diría que ésta tiene que ser embriagadora.

King se humedeció los labios.

—Podemos compartirla.

—Sí, ¿por qué no? —Cian intensificó la presión sobre el cuello de Glenna, y cuando ella comenzó a debatirse, cuando empezó a respirar con dificultad, se echó a reír—. Oh, sí, grita pidiendo ayuda. Llama a los otros para que acudan a salvarte. Eso nos ahorrará tener que subir.

—Así os podréis en el infierno. Lamento lo que te sucedió —le dijo a King cuando comenzó a acercarse hacia ella—. Lo siento por la parte que yo haya podido tener en ello, pero no te lo pondré fácil.

Glenna utilizó a Cian como punto de apoyo, alzó las piernas y las lanzó hacia adelante. Alcanzó a King en el pecho y consiguió que retrocediera unos pasos; sin embargo, él se echó a reír y avanzó nuevamente hacia ella.

—Ellos los dejan huir por las cuevas. Para que así podamos cazarlos. Me gusta cuando huyen. Cuando gritan.

—Yo no gritaré.

Glenna se defendió con los codos y las piernas.

Oyó rápidas pisadas que se acercaban a la cocina y sólo atinó a pensar «¡No!», de modo que, después de todo, gritó mientras continuaba luchando y lanzando patadas.

—La cruz. No puedo pasar más allá de la jodida cruz. ¡Golpéala para que pierda el sentido! —exigió King—. Quitasela. Estoy hambriento.

—Yo me encargo.

Cian apartó a Glenna de un empujón en el momento en que los otros entraban en la cocina y, mirando a King fijamente a los ojos, hundió en el corazón de su amigo la estaca que llevaba oculta a la espalda.

—Es lo único que podía hacer por ti —le dijo y lanzó la estaca a un lado.

—King. King no. —Moira cayó de rodillas junto al montón de polvo. Luego apoyó las manos sobre él y habló con voz entrecortada por las lágrimas—: Permitid que lo que él era, su alma y su corazón, sean bienvenidos nuevamente en algún mundo. El demonio que se lo ha llevado está muerto. Permitid que tenga luz para encontrar el camino de regreso.

—No podrás conseguir que un hombre se levante de una pila de cenizas.

Moira alzó la vista hacia Cian.

—No, pero quizá pueda liberar su alma para que pueda renacer. Tú no mataste a tu amigo, Cian.

—No. Lilith lo hizo.

—Yo creía... —Glenna seguía temblando mientras Hoyt la ayudaba a levantarse del suelo.

—Sé lo que creíste. ¿Por qué no ibas a hacerlo?

—Porque tendría que haber confiado en ti. Yo dije que no éramos una unidad, pero no me daba cuenta de que yo era tan culpable de ello como todos los demás. No confié en ti. Pensé que me matarías, y sin embargo elegiste salvarme.

—Te equivocas. Elegí salvarle a él.

—Cian. —Glenna se le acercó—. Yo provoqué esto. No puedo...

—No, tú no hiciste nada. Tú no le mataste, tú no lo convertiste en lo que era ahora. Lilith lo hizo. Y luego lo envié aquí para que muriese otra vez. King era nuevo y aún no se había acostumbrado a su piel. Además, estaba herido. Él no habría podido con todos nosotros y ella lo sabía.

—Lilith sabía lo que tú harías. —Hoyt se acercó a su hermano y apoyó una mano sobre su hombro—. Y lo que eso te costaría.

—Ella no podía perder. De modo que debió de pensar, no lo mato, él se carga al menos a uno de ellos... quizá a todos si yo lo ayudaba. Pero si yo reaccionaba de otro modo lo destruía, y eso... oh, eso me cuesta mucho, realmente mucho.

—La muerte de un amigo —dijo Larkin— es una muerte muy dura. Todos la sentimos.

—Y yo os creo. —Bajó la vista hacia donde Moira aún estaba arrodillada en el suelo—. Pero ha venido a mí primero porque él primero fue mío. Ella no le ha hecho esto por vosotros —le dijo a Glenna—, Lilith lo ha hecho por mí. Yo podría haberte culpado a ti, y lo hice, si ella sólo lo hubiese matado. Pero ahora, con lo que ha ocurrido, no se trata de ti. Se trata de Lilith y de mí.

Cian recogió la estaca que había empleado para matar a King y examinó la punta mortal.

—Y cuando llegue el momento, cuando nos enfrentemos a ella, Lilith es mía. Si cualquiera de vosotros da un paso para asestar el golpe mortal, yo le detendré. De modo que ya veis, Lilith ha calculado mal. Me debe lo que ha hecho hoy y la mataré por ello.

Glenna entrenó formando pareja con Larkin, espada contra espada. Cian había juntado a Moira con Hoyt, y retrocedía o se movía alrededor de ellos mientras entrechocaban las hojas de acero. Lanzaba insultos, algo que Glenna interpretó que era su forma de estimularles.

El brazo aún le dolía y tenía sensible la zona de las costillas donde la habían golpeado, pero mientras el sudor le corría por la espalda y le entraba en los ojos, continuó luchando y lanzando golpes. El dolor y el esfuerzo la ayudaban a bloquear el recuerdo de King en la cocina, avanzando hacia ella con los colmillos al descubierto.

—Mantén los brazos levantados —le gritó Cian—. Si no eres capaz de sostener correctamente una espada no durarás ni cinco minutos. Y tú, Larkin, deja de bailar con ella, por el amor de Dios, esto no es una jodida discoteca.

—Glenna aún no está totalmente curada de sus heridas —replicó Larkin—. ¿Y qué demonios es una discoteca?

—Necesito parar —dijo Moira, bajando la espada y enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano libre—. Descansar un momento.

—Pues no lo harás. —Cian se volvió hacia ella—. ¿Crees acaso que le haces un favor a Glenna pidiendo un descanso? ¿Crees que ellos accederán a un jodido tiempo muerto porque tu amiga necesite recobrar el aliento?

—Estoy bien. No es necesario que le chilles. —Glenna hizo un esfuerzo para recuperarse, para devolver un poco de fuerza a sus piernas—. Estoy bien. Y tú deja de retroceder —le dijo a Larkin—.

No necesito que me mimen.

—Sí, ella necesita que la cuiden. —Hoyt hizo un gesto para que Larkin se apartase—. Es demasiado pronto para que entrene con esta intensidad.

—Eso no debes decirlo tú —señaló Cian.

—Pues lo estoy diciendo. Está exhausta y dolorida. Ya es suficiente.

—Y yo he dicho que estoy bien; puedo hablar por mí misma. Que es lo que tu hermano ha señalado, aunque le encante comportarse como un cabrón. No necesito ni quiero que hables por mí.

—Entonces tendrás que ir acostumbrándote a ello, porque lo haré siempre que lo necesites.

—Yo sé lo que necesito y cuándo lo necesito.

—Vosotros dos podríais plantearos matar al enemigo con vuestra charla —dijo Cian secamente.

Glenna perdió la paciencia y apuntó a Cian con su espada.

—Venga. Venga entonces, tú y yo. Tú no retrocederás.

—No. —Cian alzó la espada hacia ella—. No lo haré.

—He dicho que ya es suficiente.

Hoyt colocó la hoja de su espada entre ambos y su furia envió una llamarada de fuego sobre el acero.

—¿Quién de vosotros quiere encargarse del trabajo?

Ahora el tono de Cian era suave, y sus ojos se oscurecieron con un peligroso placer cuando Hoyt se volvió hacia él.

—Esto será interesante —comentó Larkin, pero su prima se interpuso entre ellos.

—Esperad —dijo—. Esperad un momento. Estamos alterados, todos nosotros. Agotados y además sobreexcitados, como caballos después de un largo galope. No tiene ningún sentido que nos causemos daño mutuamente. Si no vamos a tomarnos un descanso, al menos abramos las puertas para que entre un poco de aire.

—¿Quieres que abramos las puertas? —Cian alzó la cabeza, súbitamente cordial—. ¿Un poco de aire fresco es lo que queréis? Pues entonces eso es lo que tendremos.

Se dirigió hacia las puertas de la terraza y las abrió de par en par. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, se perdió en la oscuridad.

—Entrad, por favor —dijo, y arrastró consigo a dos vampiros a través de las puertas—. Aquí hay un montón de comida. —Fue hasta la mesa mientras los dos vampiros sacaban sus espadas. En la punta de la suya ensartó una de las manzanas que había en un bol. Luego se apoyó contra la pared mientras le daba un mordisco.

—Veamos lo que podéis hacer con estos dos —sugirió—. Son dos contra uno, después de todo. Es posible que tengáis una oportunidad de sobrevivir.

Hoyt giró sobre sí mismo colocando a Glenna detrás de él. Larkin ya se estaba moviendo con la espada en la mano. Su oponente bloqueó la estocada con facilidad y le asestó un golpe que envió a Larkin volando al otro lado de la habitación.

Entonces se volvió y atacó a Moira. El primer golpe alcanzó de lleno su espada y la fuerza la derribó, haciendo que se deslizara por el suelo. Moira buscó desesperadamente su estaca mientras aquella cosa volaba por el aire hacia ella.

Glenna enterró su miedo y sacó su furia. Disparó su poder —el primero aprendido, el último perdido— e hizo aparecer el fuego. El vampiro ardió en el aire.

—Buen tiro, pelirroja —comentó Cian y vio a su hermano luchando por su vida.

—Ayúdale. Ayúdame —pidió Glenna.

—¿Por qué no le ayudas tú?

—Están demasiado cerca el uno del otro para usar el fuego.

—Prueba con esto.

Cian le lanzó una estaca y continuó mordisqueando la manzana.

Ella no pensó, no podía pensar, mientras corría hacia ellos, mientras clavaba la estaca de madera en la espalda del vampiro que tenía a Hoyt de rodillas.

No le alcanzó en el corazón.

El vampiro lanzó un aullido, pero en ese grito parecía haber más placer que dolor. Se volvió y levantó la espada. Larkin y Moira cargaron contra él, pero Glenna se vio muerta. Estaban demasiado lejos y ella no tenía nada con qué defenderse.

Entonces Hoyt le cortó el cuello con la espada. La sangre salpicó el rostro de Glenna antes de que el vampiro se convirtiese en cenizas.

—Bastante dramático pero eficaz en general. —Cian se limpió las manos—. Ahora formad parejas. La hora del recreo ha terminado.

—Tú sabías que esos dos vampiros estaban ahí fuera. —La mano de Moira temblaba, con la estaca aún entre los dedos—. Tú lo sabías.

—Por supuesto que lo sabía. Y si tú utilizaras el cerebro, o al menos algunos de tus sentidos, también lo habrías sabido.

—Habrías dejado que nos matasen.

—Para ser más exactos, *vosotros* habéis dejado que os matasen. Vosotros. —Hizo un gesto hacia Moira—. Tú te has quedado allí inmóvil, dejando que el miedo te empapase, te perfumase. Y tú —y ahora le tocó el turno a Larkin—, tú atacaste sin usar la cabeza, por lo que estuviste a punto de perderla. En cuanto a ti —le dijo a Hoyt—, proteger a las mujeres puede ser un gesto propio de caballeros, pero con esa actitud ambos moriréis... con tu honor intacto, por supuesto. Mientras que la pelirroja, al menos al principio ha usado la cabeza, y el poder que vuestros jodidos dioses le concedieron, pero luego se ha caído a pedazos y ha esperado mansamente a que le llegase la muerte.

Cian avanzó un par de pasos.

—De modo que trabajaremos vuestros puntos débiles. Que son legión.

—Yo ya he tenido suficiente. —La voz de Glenna era poco más que un susurro—. Suficiente de sangre y de muerte, suficiente por una noche. Suficiente.

Dejó caer la estaca y abandonó la habitación.

—Deja que se marche. —Cian agitó una mano al ver que Hoyt se volvía para seguirla—. Por el amor de Dios, si tuvieses un gramo de cerebro te darías cuenta de que ella quiere estar sola... Y además un mutis potente y dramático como el de Glenna merece ser respetado. Dejemos que lo tenga.

—Cian tiene razón. —Moira habló de prisa—. Aunque me duela decirlo, ella ahora necesita silencio. —Se acercó para recoger la espada que el vampiro le había hecho saltar de la mano—. Puntos débiles. —Asintió, y se enfrentó a Cian—. Muy bien. Enséñame.

Cuando entró en la habitación, Hoyt esperaba encontrarla en la cama. Había esperado que ella estuviese durmiendo, de modo que él pudiese trabajar en sus heridas.

Pero Glenna estaba junto a la ventana, en la oscuridad.

—No enciendas la luz —dijo sin volverse—. Cian tenía razón, hay aún más de ellos ahí fuera. Si prestas atención puedes sentirlos. Se mueven como sombras, pero hay movimiento... más bien una sensación de movimiento. Pronto se marcharán, creo. Al agujero donde permanecen enterrados durante el día.

—Deberías descansar.

—Sé que lo dices porque estás preocupado por mí y porque ahora estoy lo bastante calmada como para no cortarte la cabeza por ello. Sé que mi actuación no ha sido muy buena allí arriba. Y realmente no me importa.

—Estás cansada, lo mismo que yo. Quiero lavarme y quiero dormir.

—Bien. Tienes tu propia habitación. Y lo que has hecho ha sido inapropiado —continuó Glenna antes de que él pudiese contestar. Ahora se volvió. Su rostro parecía muy pálido en la oscuridad, blanco contra la bata oscura que llevaba puesta—. No estoy tan tranquila como creía. No tenías ningún derecho, ningún derecho, a colocarte delante de mí cuando entraron los vampiros.

—Tengo todo el derecho del mundo. El amor me da ese derecho. E incluso sin ello, si un hombre no protege a una mujer del peligro...

—No sigas hablando. —Ella alzó la mano con la palma hacia afuera, como si quisiera bloquear sus palabras—. Ésta no es una cuestión de hombres y mujeres. Se trata de seres humanos. Los segundos que empleaste en pensar en mí, en preocuparte por mí podrían haberte costado la vida. Y no podemos desperdiciarla, ninguno de los dos. Ninguno de nosotros. Si no confías en que puedo defenderme a mí misma, que todos nosotros podemos, no estamos yendo a ninguna parte.

El hecho de que sus palabras tuvieran sentido no importaba en absoluto en lo que a él concernía. Aún podía ver cómo aquel monstruo saltaba sobre ella.

—¿Y dónde estarías en este momento si yo no hubiese destruido a esa criatura?

—Eso es diferente. Ésa es una cuestión diferente.

Ahora Glenna se acercó a él, de modo que Hoyt pudo oler su perfume, las lociones que se ponía en la piel. Tan absolutamente femenino.

—Esto es una tontería y una pérdida de tiempo.

—Esto no es ninguna tontería para mí, de modo que escúchame bien. Luchar codo con codo con tus compañeros y protegerles es una cosa, algo realmente vital. Todos tenemos que ser capaces de contar con el otro. Pero apartarme de una batalla es completamente diferente. Tienes que entender y aceptar la diferencia.

—¿Cómo podría hacerlo cuando se trata de ti, Glenna? Si te perdiera...

—Hoyt. —Ella lo cogió de ambos brazos con fuerza, una especie de impaciente consuelo—. Cualquiera de nosotros o todos podemos morir en esta guerra. Estoy luchando para entenderlo y aceptarlo. Pero si tú mueres, no quiero vivir el resto de mi vida con la responsabilidad de saber que ha sido por mí. No lo haré.

Glenna se sentó en el borde de la cama.

—Esta noche he matado. Ya sé lo que se siente al acabar con algo. Usar mi poder para hacerlo, algo que jamás pensé que haría, que necesitaría hacer. —Levantó las manos para examinarlas—. Lo he hecho para salvar a otro ser humano y aun así todavía me pesa. Sé que si lo hubiese hecho valiéndome de una espada o de una estaca lo aceptaría más fácilmente. Pero he utilizado la magia para destruir.

Glenna alzó el rostro hacia él y en sus ojos había un enorme pesar.

—Este don siempre fue tan luminoso y ahora en él hay oscuridad. Tengo que entender y aceptar eso también. Y tienes que dejar que lo haga.

—Yo acepto tu poder, Glenna, y todo lo que puedes y quieres hacer con ese poder. Y creo que todos nosotros estaríamos mejor asistidos por ese poder si trabajases solamente con los conjuros.

—¿Y dejaras a vosotros el trabajo sangriento? ¿Lejos de la línea del frente, a salvo del peligro, revolviendo mi caldero?

—Esta noche he estado a punto de perderte dos veces. De modo que harás lo que te digo.

A Glenna le llevó un momento encontrar su voz.

—Bueno, eso jamás. Esta noche me he enfrentado dos veces a la muerte y he conseguido sobrevivir.

—Mañana seguiremos hablando de esto.

—Oh, no, oh, no, no lo haremos.

Glenna agitó la mano y la puerta del baño se cerró con estrépito un segundo antes de que Hoyt llegase a ella.

Se volvió al borde de su paciencia.

—No me lances tu poder encima.

—Y tú no me lances tu virilidad. Y además eso de la puerta no me ha salido como yo pretendía. —Respiró profundamente porque sentía que la risa le tintineaba en el fondo de la garganta junto con su enfado—. Hoyt, yo no haré lo que tú me ordenes, y espero que intentes entenderlo. Estás asustado por mí, y lo entiendo, porque yo también estaba asustada por mí. Y por ti, por todos nosotros. Pero tenemos que superarlo.

—¿Cómo? —preguntó él—. ¿Cómo se hace eso? Este amor es nuevo para mí, esta necesidad y este terror que lo acompañan. Cuando fuimos convocados para este trabajo, pensé que sería lo más difícil que había hecho nunca en la vida, pero estaba equivocado. Amarte es más difícil aún, amarte y saber que podría perderte.

Durante toda su vida, pensó Glenna, había esperado que alguien la amase de ese modo. ¿Qué ser humano no lo esperaba?

—Yo no sabía que pudiese sentir algo así por nadie —replicó ella—. Esta sensación también es nueva para mí, difícil, alarmante y nueva. Y me gustaría poder decir que no me perderás. Me gustaría poder decirlo. Pero sé que cuanto más fuerte sea, más posibilidades tengo de seguir viva. Cuanto más fuertes seamos todos nosotros, más probabilidades tenemos de sobrevivir. De ganar.

Glenna se levantó de la cama.

—Esta noche he visto a King, un hombre al que había llegado a apreciar. He visto lo que habían hecho con él. Esa cosa en la que lo habían convertido quería mi sangre, mi muerte; se habría recreado en ella. Ver eso, saber eso, duele más allá de lo concebible. Era un amigo. Se había convertido rápidamente en nuestro amigo.

Su voz temblaba, de modo que tuvo que darse la vuelta y regresar a la ventana y la oscuridad.

—Había una parte de mí —prosiguió—, incluso mientras luchaba contra él para salvarme, que veía lo que él había sido, el hombre que había cocinado conmigo, que se había sentado a mi lado y que se había reído conmigo. No podía usar mis poderes contra él, no podía sacarlos de dentro de mí para hacerlo. Si Cian no hubiese... —Ahora se volvió, erguida y pálida—. No volveré a ser débil. No volveré a dudar una segunda vez. Tienes que confiar en que lo haré.

—Tú me gritaste entonces que huyese. ¿Dirías que eso no fue ponerte delante de mí en la batalla?

Glenna abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla. Se aclaró la garganta.

—En ese momento creí que era lo que debía hacer. Está bien, está bien, mensaje recibido y aceptado. Ambos trabajaremos en ello. Y tengo algunas ideas acerca del armamento que podrían resultarnos útiles. Pero antes de que acabemos con esto y nos vayamos a la cama, quiero que aclaremos otro punto.

—No me sorprende en absoluto.

—Que te pelees con tu hermano por mí no es algo que aprecie o considere halagador.

—No se trataba solamente de ti.

—Lo sé. Pero yo fui el catalizador. Y también hablaré con Moira sobre este asunto. Su idea de apartar la atención de Cian de nosotros lo desencadenó todo.

—Fue una locura por parte de mi hermano hacer que esas cosas entrasen en la casa. Su propio temperamento y su arrogancia podrían habernos costado varias vidas.

—No. —Ella habló con tono tranquilo y con absoluta convicción—. Estuvo muy acertado al hacerlo.

Hoyt la miró azorado.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes defenderle?

—Cian nos ha dado una lección grande y luminosa, algo que no seremos capaces de olvidar. No siempre sabremos cuándo aparecerán esas cosas, por lo que tenemos que estar preparados para matar o morir cada minuto, cada día. Y realmente no lo estábamos. Incluso después del episodio de King, no lo estábamos. Si hubiese habido más de esos monstruos, si las fuerzas hubiesen estado más equilibradas, podría haber sido una historia completamente diferente.

—Cian se quedó a un lado, no hizo nada.

—Sí lo hizo. Otra cuestión. Cian es el más fuerte de nosotros y el más listo en estas circunstancias. De nosotros depende que trabajemos para reducir esa diferencia. Tengo algunas ideas, al menos para nosotros dos. —Glenna se acercó a él, se puso de puntillas para rozar su mejilla con los labios—. Adelante, ve a lavarte. Quiero dejar este asunto para mañana. Quiero dormir contigo.

Esa noche soñó con la diosa, soñó que caminaba a través de un mundo de jardines, donde los pájaros eran tan brillantes como las flores, y las flores parecían diamantes.

Desde un alto acantilado negro, el agua del color del zafiro líquido se precipitaba sobre un estanque transparente como el cristal donde nadaban peces dorados y rojos.

El aire era cálido y estaba preñado de fragancias.

Más allá de los jardines se extendía una playa plateada donde el agua turquesa lamía suavemente la orilla como un amante. Había niños que construían castillos de arena o jugaban entre la espuma de las olas. Sus risas eran transportadas por el aire como el canto de los pájaros.

De la playa se elevaban escaleras de un blanco intenso con diamantes rojos a los costados. En lo

alto había casas pintadas de color pastel, bordeadas por más flores, con árboles cubiertos de brotes.

Ella podía escuchar la música que llegaba desde la elevada colina, las arpas y flautas que cantaban de alegría.

—¿Dónde estamos?

—Hay muchos mundos —le dijo Morrigan mientras caminaban—. Éste es sólo uno de ellos. Pensé que debías ver que luchas por algo más que el tuyo, o el de él, o el mundo de tus amigos.

—Es hermoso. Parece... feliz.

—Algunos mundos lo son, otros no. Algunos exigen una vida dura, llena de dolor y esfuerzo. Pero sigue siendo la vida. Este mundo es viejo —prosiguió la diosa, y sus ropas se agitaron cuando abrió los brazos—. Esta belleza, esta paz, se han ganado a través del dolor y el esfuerzo.

—Podrías detener lo que se aproxima. Detener a Lilith.

Morrigan se volvió hacia Glenna con su pelo brillante ondeando al viento.

—He hecho lo que he podido para detenerla. Te he escogido a ti.

—No es suficiente. Ya hemos perdido a uno de los nuestros. Era un buen hombre.

—Muchos lo son.

—¿Es así como actúa el destino? ¿Los sumos poderes? ¿De un modo tan frío?

—Los sumos poderes llevan la risa a esos niños, traen el sol y las flores. Amor y placeres. Y, sí, también dolor y muerte. Así es como debe ser.

—¿Por qué?

Morrigan se volvió hacia ella con una sonrisa en los labios.

—De lo contrario, todo significaría muy poco. Eres una muchacha dotada. Pero el don tiene un peso.

—He utilizado ese don para causar destrucción. Durante toda mi vida he creído, me han enseñado, he *sabido* que lo que tenía, lo que era, nunca podía hacer daño. Pero lo he utilizado para causarlo.

Morrigan acarició el pelo de Glenna.

—Éste es el peso y debes llevarlo. Te han encomendado que golpees al mal con él.

—Ya no volverá a ser lo mismo —dijo Glenna mirando hacia el mar.

—No, no será lo mismo. Y aún no estás preparada. Ninguno de vosotros lo está. Aún no sois una unidad.

—Hemos perdido a King

—Él no está perdido. Sólo se ha trasladado a un mundo diferente.

—Nosotros no somos dioses, nosotros sufrimos por la pérdida de un amigo. Por la crueldad que ello significa.

—Habrá más muerte, más sufrimiento.

Glenna cerró los ojos. Era más duro, mucho más duro, hablar de la muerte cuando estaba contemplando semejante belleza.

—Hoy tenemos buenas noticias. Quiero regresar.

—Sí, deberías estar allí. Ella traerá sangre y otra clase de poder.

—¿Quién lo traerá? —El miedo hizo retroceder a Glenna—. ¿Lilith? ¿Viene?

—Mira hacia allí. —Morrigan señaló el oeste—. Cuando aparezca el rayo.

El cielo se puso negro y el rayo salió desde el cielo para alcanzar el corazón del mar.

Cuando Glenna gimió y se volvió en la cama, los brazos de Hoyt la envolvieron.

—Está oscuro.

—Pronto amanecerá.

Rozó su pelo con los labios.

—Se acerca una tormenta. Y Lilita viene con ella.

—¿Has tenido un sueño?

—Morrigan me llevó. —Glenna se apretó contra su cuerpo. Hoyt estaba caliente. Era real—. A un lugar hermoso. Perfecto y hermoso. Luego llegó la oscuridad y el rayo golpeó el agua. Pude oírles gruñendo en la oscuridad.

—Ahora estás aquí. A salvo.

—Ninguno de nosotros lo está. —Su boca se alzó y se unió a la de él con desesperación—. Hoyt. Se colocó encima de él, bella y fragante. La piel blanca, perlada, contra las sombras. Cogió sus manos y las apretó contra sus pechos. Sintió que sus dedos se cerraban en torno a ellos.

Reales y cálidos.

Cuando sus latidos se aceleraron, las llamas de las velas comenzaron a titilar. En el hogar, el fuego se avivó.

—Hay poder en nosotros. —Se inclinó sobre él y sus labios recorrieron su rostro, su cuello—. Míralo. Siéntelo. Es lo que hemos conseguido juntos.

La vida era en lo único en que ella podía pensar. Allí estaba la vida, caliente y humana. Allí había un poder que podía rechazar los dedos helados de la muerte.

Glenna volvió a erguirse, haciendo que Hoyt entrase en ella, fuerte y profundo. Luego echó el cuerpo hacia atrás mientras la excitación la recorría como un río de vino.

Él la abrazó, atrayéndola de modo que sus labios llegaran a sus pechos, de modo que pudiese saborear los latidos de su corazón. La vida, pensó él también. Allí estaba la vida.

—Todo lo que soy. —Casi sin aliento, él se deleitó con ella—. Esto es más. Desde el primer momento, para siempre.

Ella cogió su rostro entre las manos y se miró en sus ojos.

—En cualquier mundo. En todos ellos.

Hoyt se derramó a través de ella, tan de prisa, tan caliente, que ella lanzó un grito.

El amanecer llegó en silencio mientras su pasión rugía.

—Es el fuego —le dijo Glenna.

Estaban en la torre, sentados delante de unas tazas de café y de unos bollos. Ella había atrancado la puerta y añadido un conjuro para asegurarse de que nada ni nadie pudiese entrar hasta que ella no hubiese acabado.

—Es excitante.

Hoyt aún tenía los ojos soñolientos y el cuerpo relajado.

El sexo, pensó Glenna, podía obrar milagros. Ella también se sentía estupendamente bien.

—El sexo en mitad de la noche, cuando estamos medio dormidos, está de acuerdo contigo, pero no estoy hablando de esa clase de fuego. O no exclusivamente. El fuego es una arma, una arma poderosa, contra la que estamos luchando.

—Tú mataste a una de esas criaturas anoche con él. —Hoyt se sirvió más café. Se dio cuenta de que estaba desarrollando una notable predilección por ese brebaje—. Eficaz, y rápido, pero

también...

—Un tanto impredecible, es verdad. Si la mira está desviada o si uno de nosotros se encuentra demasiado cerca... o tropieza, o es empujado, en medio de la trayectoria, podría resultar extremadamente trágico. Pero... —Glenna hizo tamborilear los dedos contra la taza—. Aprendamos a controlarlo, a canalizarlo. Eso es lo que hacemos después de todo. Practicar, practicar. Y más aún, podemos utilizarlo para mejorar las otras armas. Como hiciste tú anoche, con el fuego en la espada.

—¿Perdón?

—El fuego que apareció en tu espada cuando te enfrentaste a Cian. —Ella enarcó las cejas al ver la expresión desconcertada de Hoyt—. No lo llamaste, simplemente vino. Pasión... ira, en ese caso. Pasión, cuando estamos haciendo el amor. Anoche una llama recorrió la hoja de tu espada por un instante, convirtiéndola en una espada flamígera.

Glenna se levantó de la mesa y comenzó a pasearse por la habitación.

—No hemos sido capaces de hacer nada para crear una zona de protección alrededor de la casa.

—Aún debemos encontrar la manera de hacerlo.

—No será fácil, ya que tenemos a un vampiro viviendo en la casa. No podemos crear un conjuro para repeler a los vampiros sin repeler también a Cian. Pero sí, con el tiempo, si tenemos ese tiempo, podremos encontrar la manera de conseguirlo. Mientras tanto, el fuego no sólo es eficaz sino que es hermosamente simbólico. Y puedes apostar tu magnífico culo a que haré que nuestros enemigos teman a los dioses.

—El fuego requiere una gran concentración. Y eso es un poco difícil cuando estás luchando por tu vida.

—Trabajaremos juntos en ello hasta que no sea tan difícil. Tu querías que yo trabajase más con la magia y, en este caso, estoy deseando hacerlo. Es hora de que nos proveamos de un arsenal importante.

Glenna volvió a sentarse a la mesa.

—Cuando llegue el momento de llevar esta guerra a Geall, iremos bien pertrechados.

Glenna dedicó el día a ese cometido, con Hoyt y sin él. Se enterró en sus propios libros y en los que había cogido de la biblioteca de Cian.

Cuando el sol se ocultó, encendió velas para trabajar con luz e ignoró los golpes de Cian en la puerta. Hizo oídos sordos a sus insultos y sus gritos de que ya era la jodida hora de entrenar.

Ella *estaba* entrenando.

Y saldría de la habitación cuando estuviese completamente preparada.

La mujer era joven y fresca. Y estaba muy, muy sola.

Lora vigilaba desde las sombras, encantada con su suerte. Y pensar que se había sentido molesta cuando Lilith la había enviado en compañía de un trío de soldados de infantería a una simple misión de exploración. Ella habría querido atacar uno de los pubs de las afueras, divertirse un rato, darse un festín. ¿Cuánto tiempo esperaba Lilith que permanecieran en las cuevas, ocultos, cayendo sobre algún turista ocasional?

La mayor diversión que había tenido en *semanas* había sido machacar a aquella bruja, y llevarse al hombre negro ante las mismas narices de aquella aburrida brigada sagrada.

Deseó que hubiesen establecido su base de operaciones en cualquier parte menos en aquel horrible lugar. En París o Praga. En un lugar donde hubiese tanta gente que ella pudiese arrancarlas

como si fuesen ciruelas de un árbol. Un lugar lleno de sonidos y latidos, y del olor de la carne.

Juraría que en aquel estúpido país había más vacas y ovejas que personas.

Era aburrido.

Pero ahora se había presentado una interesante posibilidad.

Tan guapa. Tan desafortunada.

Sería una buena candidata para una transformación, y también un rápido tentempié. Sería divertido tener una nueva compañera, especialmente una mujer. Una a la que pudiese entrenar y con la que pudiese jugar.

Un juguete nuevo, decidió, para combatir su aburrimiento infinito; al menos hasta que comenzara la verdadera diversión.

¿Adónde, se preguntó, habría ido aquella preciosidad en su pequeño coche después del anochecer? Había sido una auténtica mala suerte que tuviese un pinchazo en aquella tranquila carretera rural.

Un bonito abrigo, también, pensó Lora mientras observaba cómo la mujer sacaba del maletero el gato y el neumático de recambio. Ambas eran casi de la misma talla, y Lora podría tener tanto el abrigo como lo que había debajo del mismo.

Toda aquella sangre maravillosa y cálida.

—Traédmela.

Hizo una seña a los tres vampiros que la acompañaban.

—Lilith dijo que no debíamos alimentarnos hasta que...

Ella se volvió con los colmillos brillando a la luz de la luna y los ojos rojos, y el vampiro que una vez había sido un hombre de ciento veinte kilos de músculo cuando estaba vivo retrocedió rápidamente.

—¿Me estás cuestionando?

—No.

Ella, después de todo, estaba allí... y él podía oler su hambre. Lilith no.

—Traédmela —repitió Lora, golpeándole el pecho con el dedo y luego sacudiendo ese dedo burlantemente ante sus narices—. Y nada de probarla. La quiero viva. Ya es hora de que tenga una nueva compañera de juegos. —Sus labios se movieron sobre los colmillos haciendo pucheros—. Y tratad de no estropear el abrigo. Me gusta.

Los tres salieron de entre las sombras en dirección a la carretera, tres hombres que habían sido normales y corrientes en vida.

Ellos olían a un humano. Y a una mujer.

Su hambre, siempre insatisfecha, se despertó... y solamente el miedo a las represalias de Lora impidió que atacasen como una manada de lobos.

La mujer alzó la vista cuando se acercaron al coche. Sonrió amistosamente mientras se ponía de pie junto a la rueda trasera y se pasaba la mano por el pelo oscuro y corto, dejando expuestos el cuello y la garganta bajo la escasa luz.

—Esperaba que alguien viniera a ayudarme.

—Pues debe de ser su noche de suerte —dijo con una sonrisa el vampiro al que Lora había advertido.

—Yo diría que sí. De noche y en una carretera desierta como ésta en medio de ninguna parte.

¡Vaya! Es para alarmarse un poco.

—Y aún puede ponerse peor.

Los tres se desplegaron formando un triángulo para acorralarla con el coche a su espalda. Ella retrocedió un paso abriendo mucho los ojos, y los tres emitieron un leve gruñido.

—Oh, Dios. ¿Vais a hacerme daño? No tengo mucho dinero, pero...

—No es dinero lo que buscamos, pero también nos lo llevaremos.

Ella aún tenía en la mano el aflojador de tuercas y, cuando lo levantó, el que estaba más cerca de ella se echó a reír.

—Atrás. No os acerquéis a mí.

—El metal no es un gran problema para nosotros.

El vampiro se abalanzó sobre ella con la manos extendidas hacia su cuello. Y al instante explotó en una nube de polvo.

—No, pero el extremo afilado de esto sí lo es.

La mujer sacudió ligeramente la estaca que había mantenido oculta a la espalda.

Se lanzó hacia adelante y apartó a otro de ellos asestándole una violenta patada en el estómago, bloqueando un golpe con el antebrazo y luego clavándole la estaca. Dejó que el último viniese a por ella, permitió que el impulso de su furia y su hambre lo lanzaran hacia adelante. Hizo girar el aflojador de tuercas y le asestó un golpe en pleno rostro. Cayó encima de él cuando aterrizó en el pavimento.

—Parece que, después de todo, el metal sí es un problema para vosotros —dijo—. Pero acabaremos ahora con ello.

Le clavó la estaca en el corazón y se levantó. Se quitó el polvo del abrigo.

—Jodidos vampiros.

Echó a andar de regreso al coche, luego se detuvo y alzó la cabeza como un perro que olfatea el aire.

Abrió las piernas y aferró con fuerza la estaca y el aflojador de tuercas.

—¿No quieres salir y jugar un rato? —gritó—. Puedo olerte. Esos tres no me han dado trabajo y estoy acelerada.

El olor comenzó a disiparse. Un momento después, el aire volvía a estar limpio. La mujer se quedó vigilando y esperando, luego se encogió de hombros y guardó la estaca en la vaina que llevaba en el cinturón. Cuando terminó de cambiar el neumático, alzó la vista hacia el cielo.

Las nubes habían ocultado la luna y, en el oeste, se oyeron los primeros truenos.

—Se acerca una tormenta —musitó.

En la sala de entrenamiento, Hoyt cayó pesadamente sobre su espalda. Sintió que se le sacudían todos los huesos del cuerpo. Larkin se abalanzó sobre él y luego apoyó la estaca roma sobre el corazón de Hoyt.

—Esta noche ya te he matado seis veces. No estás en forma.

Larkin maldijo por lo bajo al sentir el acero apoyado en su garganta.

Moira apartó la espada y luego se inclinó para mirarlo de arriba abajo y sonreír.

—Hoyt estaría convertido en polvo, eso seguro, pero tú estarías desangrándote sobre lo que quedase de él.

—Bueno, si vas a acercarte a un hombre por detrás...

—Ellos lo harán —le recordó Cian, ofreciéndole a Moira uno de sus raros gestos de aprobación—. Y más de uno. Matas a uno y sigues adelante. Jodidamente de prisa.

Colocó las manos sobre la cabeza de Moira y fingió que la retorcia.

—Ahora los tres estáis muertos porque habéis perdido demasiado tiempo hablando. Tenéis que hacer frente a múltiples adversarios, y a sea con una espada, una estaca o con las manos desnudas.

Hoyt se levantó y se sacudió el polvo.

—¿Por qué no nos haces una demostración?

Cian enarcó las cejas ante el irritante desafío.

—De acuerdo. Todos vosotros, atacadme. Intentaré no haceros más daño del necesario.

—Estás fanfarroneando. Y además estás perdiendo el tiempo hablando, ¿no crees?

Larkin se agazapó adoptando una postura de combate.

—En este caso no sería nada más que confirmar lo obvio. —Cogió la estaca de punta roma y se la lanzó a Moira—. Lo que tenéis que hacer es anticiparos a los movimientos de cada uno, y también a los míos. Luego... Veo que has decidido unirme a la fiesta.

—He estado trabajando en algo. He hecho algunos progresos. —Glenna tocó la empuñadura de la daga que llevaba sujeta a la cintura—. Necesitaba alejarme durante un rato de esto. ¿Cuál es el ejercicio que estáis practicando?

—Vamos a patearle el culo a Cian —le dijo Larkin.

—Oh. Yo también juego. ¿Armas?

—A tu elección. —Cian hizo un gesto hacia la daga—. Parece que ya tienes la tuya.

—No, no es para esto. —Se acercó a la mesa y eligió otra de las estacas con punta roma—. ¿Reglas?

Por toda respuesta, Cian lanzó un golpe y envió a Larkin tambaleándose hasta que cayó sobre uno de los cojines.

—Ganar. Ésa es la única regla.

Cuando Hoyt le atacó, Cian aprovechó el impulso del golpe para alzarlo en el aire. Luego se volvió y usó el cuerpo de Hoyt para golpear a Moira, derribándolos a ambos.

—Hay que anticiparse al enemigo —repitió y lanzó una patada casi con indiferencia para enviar a Larkin por el aire.

Glenna cogió una cruz y la alzó delante de ella al tiempo que avanzaba.

—Ah, eres muy lista. —Los ojos de Cian se pusieron rojos en los bordes. Fuera de la casa se oyeron los primeros truenos—. Escudos y armas ponen al enemigo en retirada. Excepto... —Golpeó el antebrazo de Glenna con el suyo e hizo saltar la cruz de su mano. Pero cuando se dio la vuelta para quitarle la estaca, Glenna se agachó, pasando por debajo de él.

»Ha sido un movimiento muy inteligente. —Cian asintió aprobando la acción de Glenna y, por un momento, su rostro quedó iluminado por la luz de un relámpago contra el cristal—. Ella utiliza su cabeza, sus instintos, al menos cuando las apuestas son muy bajas —añadió, echándose a reír.

Ahora todos lo rodearon, un movimiento que Cian consideró como un progreso en su estrategia. No eran un equipo, aún no eran una máquina aceitada, pero era un paso.

Mientras se acercaban, pudo ver la necesidad de atacar en los ojos de Larkin.

Cian eligió lo que él consideraba el eslabón más débil, giró sobre sí mismo y usando sólo una mano levantó a Moira del suelo. Cuando la empujó, Larkin se movió instintivamente para cogerla. Lo

único que Cian tuvo que hacer fue darle a Larkin una patada y mandarlos a ambos al suelo en una confusión de brazos y piernas.

Luego se volvió para bloquear el golpe lanzado por su hermano y cogió a Hoyt por la camisa. El violento empujón mandó a Hoyt trastabillando hacia atrás, dándole a Cian el tiempo que necesitaba para quitarle la estaca a Glenna.

La sujetó de espaldas contra él y le rodeó el cuello con el brazo.

—¿Y ahora qué? —preguntó al resto de ellos—. Tengo a vuestra chica. ¿Os retiráis y me la dejáis a mí? ¿Me atacáis y os arriesgáis a que la parta por la mitad? Es un dilema.

—¿O dejan que yo cuide de mí misma?

Glenna cogió la cadena de su cuello e hizo girar la cruz hacia el rostro de Cian.

Éste la soltó inmediatamente y se elevó hasta el techo. Permaneció colgado allí un instante antes de caer suavemente sobre sus pies.

—No está mal. Pero sin embargo, los cuatro aún tenéis que derribarme. Y si tuviese que...

Se produjo un estallido de luz cuando su mano, a la velocidad del rayo, detuvo la estaca a escasos centímetros de su corazón. El extremo estaba afilado con una punta mortal.

—Nosotros a esto lo llamaríamos hacer trampas —dijo Cian suavemente.

—Apartaos de él.

Todos se volvieron hacia la mujer que había entrado por las puertas de la terraza mientras otro rayo desgarraba el cielo detrás de ella. Llevaba un abrigo de cuero negro hasta las rodillas, el pelo oscuro y corto, y tenía una frente ancha y unos enormes ojos de un azul intenso.

Dejó caer al suelo el gran saco que llevaba y, con otra estaca en una mano y un cuchillo de doble filo en la otra, se acercó al círculo de luz.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó Larkin.

—Murphy. Blair Murphy. Y esta noche os salvaré la vida. ¿Cómo coño habéis dejado que una de esas cosas entrase en la casa?

—Da la casualidad de que es mía —respondió Cian—. Ésta es mi casa.

—Genial. Tus herederos muy pronto lo estarán celebrando. He dicho que os apartéis de él —dijo ella mientras Hoyt y Larkin se colocaban delante de Cian.

—Yo sería su heredero, puesto que él es mi hermano.

—Es uno de nosotros —añadió Larkin.

—No. En realidad no lo es.

—Pero sí lo es. —Moira alzó las manos para mostrar que estaban vacías y se acercó lentamente a la intrusa—. No podemos permitir que le hagais daño.

—Cuando he entrado me ha dado la impresión de que estabais haciendo un trabajo muy pobre tratando de herirle.

—Estábamos practicando. Él ha sido elegido para que nos ayude.

—¿Un vampiro ayudando a los humanos? —Sus grandes ojos azules se entrecerraron con un gesto de interés y lo que podría haber sido una muestra de humor—. Bueno, siempre se aprende algo nuevo.

Blair bajó lentamente la estaca.

Cian dejó a un lado sus escudos.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has llegado?

—¿Cómo? Aer Lingus. ¿Qué? Matar a todos los que pueda de tu especie. La presente compañía temporalmente excluida.

—¿Cómo conoces a los de su especie? —preguntó Larkin.

—Es una larga historia. —Hizo una pausa para examinar la habitación y enarcó las cejas con una expresión pensativa al ver la provisión de armas—. Un buen escondite. Hay algo en el hacha de batalla que me calienta el corazón.

—Morrigan. Morrigan dijo que ella llegaría con el rayo. —Glenna tocó el brazo de Hoyt y luego se acercó a Blair—. Morrigan te ha enviado.

—Ella dijo que habría cinco de vosotros. Pero no mencionó a ningún vampiro en el equipo. —Un momento después envainó el cuchillo y se aseguró la estaca en el cinturón—. Pero ella es una diosa para vosotros. Le tocaba mostrarse críptica. Escuchad, he tenido un viaje muy largo. —Cogió su saco y se lo colgó del hombro—. ¿Tenéis algo de comer por aquí?

—Tenemos un montón de preguntas que hacerte.

Blair asintió mirando a Glenna mientras probaba el estofado.

—Apuesto a que sí, y yo también. Esto está muy bueno. —Se sirvió un poco más—. Gracias y mis felicitaciones al chef y todo eso.

—No hay de qué. Comenzaré con las preguntas, ¿os parece bien? —Glenna escudriñó los rostros de sus compañeros—. ¿De donde vienen?

—¿Últimamente? Chicago.

—¿El Chicago de aquí y ahora?

Una sonrisa apareció en la boca grande de Blair. Cogió la hogaza de pan que Glenna había colocado en la mesa y la partió en dos con unas uñas pintadas de rosa intenso.

—Así es. En Estados Unidos, planeta Tierra. ¿Tú?

—Nueva York. Ésta es Moira, y su primo Larkin. Ellos son de Geall.

—¡Anda ya! —Blair los estudió mientras comía—. Siempre pensé que eso era un mito.

—No parece especialmente sorprendida por el hecho de que no lo sea.

—Ya no hay muchas cosas que me sorprendan, y menos después de la visita de la diosa. Muy fuerte.

—Él es Hoyt. Es un hechicero de Irlanda. De la Irlanda del siglo doce.

Blair lo observó mientras Glenna cogía la mano de Hoyt por detrás de su espalda y sus dedos se entrelazaban.

—¿Vosotros dos sois pareja?

—Podría decirse que sí.

Blair levantó su copa y bebió un poco de vino.

—Eso significa llevar a nuevas cotas la preferencia por los hombres mayores, pero ¿quien puede culparte?

—Tu anfitrión es su hermano, Cian, quien fue convertido en vampiro hace mucho tiempo.

—¿Siglo doce? —Blair se apoyó en el respaldo de la silla y lo miró largamente, con todo el interés pero nada de la diversión que había mostrado cuando estudió a Hoyt—. ¿Tienes casi mil años? Nunca había conocido a un vampiro que durase tanto tiempo. El más viejo con el que me he topado tenía poco menos de quinientos.

—Una buena vida —dijo Cian.

—Sí, ya lo creo.

—Él no bebe sangre humana —explicó Larkin. Y, ya que estaban en la cocina, buscó un plato y se sirvió una generosa ración de estofado—. Lucha con nosotros. Somos un ejército.

—¿Un ejército? Caray con los delirios de grandeza. ¿Y tú qué eres? —le preguntó a Glenna.

—Una bruja.

—De modo que tenemos una bruja, un hechicero, un par de refugiados de Geall y un vampiro. ¡Vaya ejército!

—Una bruja poderosa. —Hoyt habló por primera vez—. Una estudiosa de notable habilidad y coraje, un hombre que puede cambiar de forma y un vampiro que hace muchos siglos que fue convertido en lo que es por la reina de los vampiros.

—¿Lilith? —Blair dejó la cuchara en el plato—. ¿Ella fue quien te convirtió en un vampiro?

Cian se apoyó en la encimera y cruzó los tobillos.

—Entonces era joven y estúpido.

—Y tuviste realmente muy mala suerte.

—¿Y tú qué eres? —preguntó Larkin.

—¿Yo? Cazadora de vampiros. —Cogió la cuchara para continuar comiendo—. He pasado la mayor parte de mi vida siguiendo la pista de los de su especie para convertirlos en polvo.

Glenna ladeó la cabeza.

—¿Qué, como Buffy?^[10]

Blair se echó a reír y engulló otra cucharada de estofado.

—No. Primero, no soy la única; sólo la mejor.

—O sea que hay más como tú.

En ese punto, Larkin decidió que también podría beber una copa de vino.

—Es una cosa de familia y lo ha sido durante siglos. No todos nosotros, pero en cada generación aparecen uno o dos. Mi padre es uno de ellos, y mi tía. Su tío también lo era... y así sucesivamente. Ahora tengo dos primos trabajando en esto. Libramos la batalla.

—Y Morrihan te envió aquí —dijo Glenna—. Sólo a ti.

—Tendría que decir que sí, puesto que soy la única que está aquí. Muy bien, las cosas han sido un tanto extrañas en las últimas semanas. Más actividad de la habitual por parte de los vampiros, como si estuviesen formando un ejército. Y tuve esos sueños. Los sueños portentosos vienen con el paquete, pero ahora los tengo cada vez que cierro los ojos. Y a veces, también cuando estoy completamente despierta. Es inquietante.

—¿Lilith? —preguntó Glenna.

—Ella se dedicó a hacer algunas apariciones... *cameos* podríamos decir. Hasta entonces yo pensaba que ella formaba parte de otro mito. En cualquier caso, en el sueño yo pensaba que estaba aquí, en Irlanda. Tenía ese aspecto al menos. Yo ya había estado antes en Irlanda, otra tradición familiar. Pero en los sueños estoy en un terreno elevado. Un paisaje desierto, una tierra dura, profundos abismos, rocas traicioneras.

—El Valle del Silencio —la interrumpió Moira.

—Así es como lo llamó ella. Morrihan. Dijo que me necesitabais. —Blair vaciló un momento y miró a su alrededor—. Probablemente no tenga que daros todos los detalles puesto que todos estáis aquí. Una gran batalla, un posible Apocalipsis. Una reina vampira que está reuniendo un ejército para acabar con la humanidad. Habría cinco personas esperándome. Tendríamos hasta Samhain para prepararnos. No es mucho tiempo si tenemos en cuenta, ya sabéis... diosa, eternidad. Pero así es como se planearon las cosas.

—Y entonces decidiste venir —dijo Glenna—. ¿Así como así?

—¿No hiciste tú lo mismo? —Blair se encogió de hombros—. Yo nací para esto. He soñado con ese lugar hasta donde soy capaz de recordar. Yo de pie en esa elevación contemplando la batalla. La luna, la niebla, los gritos. Siempre supe que acabaría en este lugar. —Siempre supuso que moriría allí—. Sólo esperaba contar con un poco más de apoyo.

—En tres semanas hemos liquidado a más de una docena de ellos —dijo Larkin con un cierto fastidio.

—Me alegro por vosotros. Yo no llevo la cuenta de los vampiros que me he cargado desde que maté al primero hace trece años. Pero esta noche he matado a otros tres en la carretera, cuando venía hacia aquí.

—¿Tres? —Larkin levantó la cuchara—. ¿Tú sola?

—Había otro. Se quedó escondido entre los árboles. Ir en su busca no me pareció una manera inteligente de seguir con vida, que es la primera regla en el manual de la familia. Tal vez había más de ellos, pero sólo conseguí percibir el olor de uno. Tenéis más estacionados en el perímetro de la casa. Tuve que escabullirme entre ellos para poder entrar.

Empujó el plato vacío.

—Eso estaba realmente bueno. Gracias otra vez.

—No hay de qué otra vez. —Glenna llevó el plato al fregadero—. Hoyt, ¿podemos hablar un momento? Perdonanos, sólo será un minuto.

Glenna lo llevó fuera de la cocina, hacia la parte delantera de la casa.

—Hoyt, ella es...

—El guerrero —acabó él la frase—. Ella es la última de los seis.

—El guerrero nunca fue King. —Se llevó los dedos a los labios al tiempo que se volvía—. Él nunca formó parte de los seis, y lo que le pasó...

—Le pasó. —Hoyt apoyó las manos sobre sus hombros y le hizo volver la cara hacia él—. Eso no se puede cambiar. Ella es el guerrero y completa el círculo.

—Tenemos que confiar en ella. No sé cómo comenzar a hacerlo. Casi mata a tu hermano antes siquiera de molestarse en saludar.

—Y sólo tenemos su palabra de que es quien dice ser.

—Bueno, evidentemente no es un vampiro. Ha entrado directamente en la casa. Y, además, Cian lo habría descubierto.

—Los vampiros pueden tener sirvientes humanos.

—¿Y cómo podemos saberlo? ¿Creemos en lo que nos ha dicho sólo por una cuestión de fe? Si ella es la que dice ser, entonces es la última de nosotros.

—Tenemos que estar seguros.

—No es como comprobar su documento de identidad.

Hoyt meneó la cabeza, sin preocuparse por averiguar qué había querido decir Glenna.

—Tenemos que someterla a una prueba. Arriba, en la torre. Trazaremos el círculo y nos aseguraremos.

Cuando estuvieron reunidos en la habitación de la torre, Blair miró a su alrededor.

—Un lugar estrecho. Me gustan los espacios más grandes. Querrás mantenerte a distancia —le advirtió a Cian—. Podría clavarte la estaca, sólo como una reacción instintiva.

—Puedes intentarlo.

Ella acarició la estaca que tenía en el cinturón. En el pulgar derecho llevaba un anillo, una cinta acanalada de plata.

—Y bien, ¿de qué va todo esto?

—No recibimos ninguna señal de que venías —comenzó Glenna—. No tú específicamente.

—¿Pensáis que soy un caballo de Troya?

—Es una posibilidad que no podemos descartar sin tener una prueba.

—No —convino Blair—, sería una estupidez de vuestra parte que sólo confiarais en mi palabra. Y, de hecho, me siento mejor sabiendo que no sois estúpidos. ¿Qué queréis de mí? ¿Mi licencia de cazavampiros?

—¿Realmente tienes...?

—No. —Blair apoyó firmemente los pies, como un guerrero que se prepara para la batalla—. Pero si estáis pensando en practicar alguna clase de brujería que incluya mi sangre o algún otro fluido corporal, no estáis de suerte. Por ahí no paso.

—Nada de eso. Bueno, brujería sí, pero nada que requiera sangre. Nosotros cinco estamos unidos. Por fe, por necesidad. Y algunos, sí, por sangre. Nosotros somos el círculo. Nosotros somos los elegidos. Si tú no eres el último eslabón de ese círculo, lo sabremos.

—¿Y si no es así?

—No podemos hacerte daño. —Hoyt apoyó la mano sobre el hombro de Glenna—. Va contra todo lo que somos usar el poder contra un ser humano.

Blair echó un vistazo a la pesada espada de dos filos que estaba apoyada contra la pared de la torre.

—¿Hay algo en el reglamento acerca de los objetos afilados y puntiagudos?

—No te haremos daño. Si eres una sirviente de Lilith, simplemente te haremos prisionera.

Ella sonrió, levantando primero un costado de la boca y luego el otro.

—Buena suerte con ello. De acuerdo, vamos allá. Como ya he dicho, si os hubieseis tragado todo sin siquiera un *hum*, yo estaría más preocupada por el lugar donde me he metido. ¿Vosotros alrededor de este círculo blanco y yo dentro de él?

—¿Sabes de brujería? —preguntó Glenna.

—Algo.

Blair entró en el círculo.

—Uno de nosotros en cada punta —dijo Glenna— para formar un pentágono. Hoyt se encargará del registro.

—¿Registro?

—De tu mente —dijo Glenna, tranquilizando a Blair.

—Ahí tengo también algunas cosas privadas. —Blair movió los hombros con un gesto de incomodidad y miró a Hoyt frunciendo el cejo—. ¿Debo pensar en ti como en mi brujo personal?

—No soy un brujo. Iré más de prisa y no sentirás ninguna molestia si te abres a ello. —Levantó ambas manos y encendió las velas—. ¿Glenna?

—Éste es el círculo de la luz y el conocimiento, formado por mentes semejantes y corazones semejantes. Dentro de este círculo de luz y conocimiento no se causará ningún dolor. Buscamos unir para saber, dentro de este círculo sólo cabe la verdad. Con mente a mente en el destino, que así sea.

El aire se agitó y las llamas de las velas se alzaron como si fuesen flechas. Hoyt extendió las manos hacia Blair.

—Ningún daño, ningún dolor. Sólo pensamientos dentro de pensamientos. Tu mente a mi mente, tu mente a nuestras mentes.

Los ojos de Blair se hundieron profundamente en los de Hoyt. Él tenía algo que aleteaba en su cabeza. Luego se volvieron negros y él pudo ver.

Todos ellos pudieron ver.

Una niña luchando contra un monstruo que la doblaba en tamaño. Había sangre en su rostro y tenía la camisa desgarrada. Todos podían oír su respiración agitada. Había un hombre a un costado y observaba el combate.

La niña cayó al suelo derribada por un poderoso revés y se levantó de un salto. Volvió a caer. Cuando esa cosa se abalanzó sobre ella, rodó sobre la tierra y le clavó una estaca en la espalda atravesándole el corazón.

—Muy lenta —dijo el hombre—. Descuidada, incluso para tratarse de una primera muerte. Necesitarás hacerlo mejor.

Ella no dijo nada, pero la mente dentro de su mente pensó «Lo haré mejor. Lo haré mejor que nadie».

Ahora era mayor y luchaba junto al hombre. Con ferocidad, salvajemente. Eran cinco contra dos, pero el combate acabó pronto. Y, una vez que todo hubo terminado, el hombre meneó la cabeza.

—*Más control, menos pasión. La pasión te matará.*

Ella estaba desnuda en la cama con un hombre joven, moviéndose junto con él bajo la tenue luz de una lámpara. Ella sonrió mientras arqueaba el cuerpo debajo del suyo y mordisqueaba sus labios. Un diamante brillaba intensamente en su dedo. Su mente estaba llena de pasión, de amor, de felicidad.

Y también de desesperación y tristeza mientras permanecía sentada en la oscuridad, sola, llorando, con el corazón hecho pedazos. Su dedo estaba desnudo.

Ahora estaba en la cima de la colina, sobre el campo de batalla, con la diosa como una sombra blanca a su lado.

—Tú fuiste la primera en ser llamada, y la última —le dijo Morrigan—. Ellos te están esperando. Los mundos están en tus manos. Toma el de ellos y lucha.

Ella pensó «He estado dirigiendo mis pasos hacia esto durante toda mi vida. ¿Será el final de todo?».

Hoyt bajó las manos y la trajo lentamente de regreso mientras cerraba el círculo. Los ojos de Blair se aclararon y parpadeó varias veces.

—¿Y bien? ¿He superado la prueba?

Glenna le sonrió, luego se acercó a la mesa y cogió una de las cruces de plata.

—Esto ahora es tuyo.

Blair cogió la cruz y la miró.

—Es bonita. Una hermosa muestra de artesanía y aprecio el gesto. Pero tengo la mía. —Se sacó una cadena de debajo de la camisa—. También es un objeto de familia. Como una reliquia heredada.

—Es hermosa, pero si tú...

—Espera. —Hoyt cogió la cruz y la examinó en la palma de la mano—. ¿De dónde la has sacado? ¿De dónde viene?

—Ya lo he dicho, es una reliquia familiar. Tenemos siete de estas cruces. Han ido pasando de generación en generación.

Cuando Hoyt volvió a mirarla a los ojos, ella los entrecerró.

—¿Cuál es el problema?

—La diosa me entregó siete cruces la noche que me dijo que debía venir aquí. Pedí protección para mi familia, la familia que ella me ordenó abandonar y dejar atrás. Y ésta es una de las cruces que recibí aquella noche.

—¿Eso ocurrió cuándo, hace novecientos años? No significa que...

—Es de Nola. —Hoyt miró a Cian—. Puedo sentirlo. Ésta es la cruz de Nola.

—¿Nola?

—Nuestra hermana. La más pequeña. —Su voz se quebró mientras Cian se acercaba para echar un vistazo a la cruz—. Y aquí, en la parte de atrás, grabé su nombre. Ella dijo que volvería a verla. Y, por los dioses, es verdad. Ella está en esta mujer. Sangre con sangre. Nuestra sangre.

—¿No hay ninguna duda? —preguntó Cian.

—Yo mismo se la coloqué alrededor del cuello. Mírala, Cian.

—Sí. Bueno.

Cian apartó la vista y regresó junto a la ventana.

—Forjada en el fuego de los dioses, entregada por la mano de un hechicero. —Blair respiró profundamente—. Una leyenda familiar. Mi segundo nombre es Nola. Blair Nola Bridgit Murphy.

—Hoyt. —Glenna le tocó el brazo—, ella es tu familia.

—Supongo que tú debes de ser mi tío, transferido mil veces o comoquiera que eso funcione. —Miró a Cian—. ¿Y no tiene gracia? Estoy emparentada con un vampiro.

A la mañana siguiente, bajo un sol débil y vacilante, Glenna se encontraba con Hoyt en el cementerio familiar. La tormenta había empapado la hierba y las gotas de lluvia seguían cayendo de los pétalos de las rosas que trepaban sobre la tumba de su madre.

—No sé cómo confortarte.

Él le cogió la mano.

—Estás aquí, conmigo. Nunca pensé que necesitaría que alguien estuviese conmigo, no de la manera en que te necesito. Todo está sucediendo tan de prisa, todo esto. Pérdidas y encuentros, descubrimientos, preguntas. Vida y muerte.

—Háblame de tu hermana. De Nola.

—Era una niña inteligente y hermosa, y dotada. Tenía visión. Amaba a los animales y creo que tenía una afinidad especial con ellos. Antes de marcharme, la galgo hembra de mi padre había tenido crías. Nola se pasaba las horas en el establo, jugando con los cachorros. Y mientras el mundo giraba, ella se convirtió en una mujer y tuvo hijos.

Se volvió y apoyó la frente contra la de Glenna.

—Veo a Nola en esta mujer, esta guerrera que ahora está con nosotros. Y dentro de mí hoy se está librando otra guerra.

—¿Traerás aquí a Blair?

—Sería justo que lo hiciera.

—Siempre haces lo que es justo. —Alzó la cabeza de modo que sus labios se rozaron—. Por eso te amo.

—Si nos casáramos...

Glenna retrocedió bruscamente.

—¿Casarnos?

—Estoy seguro de que eso no ha cambiado a lo largo de los siglos. Un hombre y una mujer se aman, pronuncian votos, hacen promesas. Matrimonio o compromiso, un lazo que nos una.

—Sé lo que es el matrimonio.

—¿Y eso te molesta?

—No me molesta, y no sonrías de esa manera, como si yo fuese encantadoramente estúpida. Sólo dame un minuto. —Miró por encima de las lápidas hacia las brillantes colinas que se alzaban a lo lejos—. Sí, las personas aún se casan si lo desean. Algunas viven juntas sin pasar por ese ritual.

—Tú y yo, Glenna Ward, somos criaturas de ritual.

Ella le miró y sintió mariposas en el estómago.

—Sí, lo somos.

—Si nos casáramos, ¿vivirías aquí conmigo?

Glenna dio otro respingo.

—¿Aquí? ¿En este lugar, en *este* mundo?

—En este lugar, en este mundo.

—Pero... ¿no quieres regresar? ¿No necesitas volver?

—No creo que pueda regresar. Mágicamente, sí, creo que es posible —explicó antes de que ella pudiese contestar—, pero no creo que pueda regresar a lo que era. A lo que era mi hogar. No sabiendo cuándo morirá mi familia. Sabiendo que Cian está aquí... esa otra mitad de mí mismo. No creo que pudiese volver sabiendo que irías conmigo pero anhelarías lo que has dejado aquí.

—Te dije que iría contigo.

—Sin dudar —convino él—. Sin embargo, has dudado ante el rito del matrimonio.

—Me has cogido desprevenida. Y, en realidad, no me lo has pedido —dijo con cierto fastidio—. Ha sido más bien como una hipótesis.

—Si nos casáramos —dijo él por tercera vez y el tono de su voz hizo que ella combatiese su enfado—, ¿vivirías aquí conmigo?

—¿En Irlanda?

—Sí, aquí. Y en este lugar. Sería como si combinásemos nuestros mundos, nuestras necesidades. Yo le pediría a Cian que nos permitiese vivir en la casa, cuidar de ella. La casa necesita gente, una familia, los hijos que tendremos juntos.

—A pasos agigantados —musitó ella.

Luego se tomó un momento para tranquilizarse, para buscarse a sí misma. Su tiempo, su lugar, pensó. Sí, era un compromiso amoroso, podía ser —sería— una combinación de espíritus.

—Siempre he sido una persona segura, incluso cuando era niña. Sabía lo que quería, trabajaba para conseguirlo, luego lo valoraba una vez que lo tenía. Durante toda mi vida he tratado de no dar nada por sentado, o no demasiado. Mi familia, mi don, mi estilo de vida.

Extendió la mano y pasó levemente los dedos sobre una de las rosas de su madre. Belleza simple. Vida milagrosa.

—Pero me he dado cuenta de que daba el mundo por sentado, que creía que siempre sería como era... y que seguiría rodando sin mi ayuda. Ahora he aprendido algo diferente, y eso me ha dado otra cosa por la que trabajar, otra cosa que valorar.

—¿Es una manera de decir que éste no es el momento de hablar de matrimonio y de hijos?

—No. Es una manera de decir que comprendo que las pequeñas cosas, y las grandes, las cosas normales, la vida, sólo se vuelven más importantes cuando todo está en juego. De modo que... Hoyt el Hechicero —lo besó en una mejilla y luego en la otra—, si nos casáramos, yo viviría aquí contigo, y cuidaría de esta casa contigo, y tendría hijos contigo. Y trabajaría duramente para valorar todo eso.

Hoyt la miró y alzó una mano con la palma hacia ella. Cuando la de Glenna se unió a la suya, los

dedos se entrelazaron, firmes y fuertes. Y la luz brotó de sus manos unidas.

—¿Quieres casarte conmigo, Glenna?

—Sí.

Hoyt apoyó la otra mano en la nuca de ella y la acercó hacia él. El beso les unió, lleno de promesas y posibilidades. Lleno de esperanza. Cuando ella le rodeó con los brazos, Glenna supo que había encontrado la parte más fuerte de su destino.

—Ahora tenemos algo más por lo que luchar. —Hoyt apoyó el rostro en su pelo—. Más por lo que ser.

—Entonces lo seremos. Ven conmigo. Te enseñaré en lo que estoy trabajando.

Glenna lo llevó cerca de la casa, donde habían colocado blancos para la práctica con arco. El ruido de unos cascos hizo que levantara la vista justo a tiempo de ver a Larkin que entraba cabalgando en el bosque.

—Me gustaría que no cabalgase por el bosque. Hay demasiadas sombras.

—Dudo que ellos pudieran cogerle si estuviesen esperando entre los árboles. Pero si tú se lo pidieras —añadió Hoyt acariciando el pelo de Glenna— estoy seguro de que Larkin cabalgaría sólo por los campos.

Glenna enarcó las cejas en un gesto de desconcierto.

—¿Si yo se lo pidiera?

—Si Larkin supiera que estabas preocupada, lo haría por ti. Está agradecido por lo que has hecho por él. Lo has alimentado —dijo Hoyt cuando ella frunció el ceño.

—Oh, no cabe hay duda de que a Larkin le encanta comer.

Glenna miró hacia la casa. Moira, imaginó, estaba dedicada a su sesión matinal con sus libros, y Cian estaría durmiendo. En cuanto a Blair, llevaría un tiempo antes de que Glenna supiese cuál era la rutina de la recién llegada.

—Creo que tendremos lasaña para la cena. No te preocupes. —Glenna le palmeó la mano—. Te gustará... y se me ocurre que yo ya estoy cuidando la casa y a la gente que vive en ella. Nunca me he considerado una persona particularmente doméstica. Y ahora.

Sacó la daga y se dio cuenta de que pasaba con absoluta facilidad del arte culinario a las armas.

La de cosas que se llega a aprender.

—Ayer trabajé en ella.

—En la daga —aventuró Hoyt.

—En encantar la daga. Pensé que sería mejor empezar por una arma pequeña y, finalmente, llegar a una espada. Hablamos de hacer algo con respecto a las armas, pero entre una cosa y otra, en realidad no hemos puesto manos a la obra. Entonces pensé en esto.

Hoyt cogió la daga y pasó un dedo por el filo.

—¿Encantarla de qué modo?

—Piensa en el fuego. —Hoyt la miró—. No, literalmente —dijo ella al tiempo que retrocedía un paso—. Piensa en el fuego. Visualízalo cuando deslices los dedos sobre la hoja.

Hoyt hizo girar la daga en la mano y luego la empuñó como si fuese a combatir con ella. Imaginó el fuego, lo vio cubriendo el acero. Pero la hoja permaneció fría.

—¿Y debo pronunciar algunas palabras? —le preguntó él.

—No, sólo tienes que desearlo, tienes que verlo. Inténtalo otra vez.

Hoyt se concentró pero no consiguió nada.

—Muy bien, quizá sólo funcione conmigo... por ahora. Puedo mejorarlo.

Cogió la daga de manos de Hoyt, visualizó la imagen y apuntó la daga hacia el blanco.

Sólo se produjo un pequeño chisporroteo.

—Maldita sea, ayer funcionaba. —Examinó detenidamente el arma para asegurarse de que había cogido la daga correcta—. Es ésta, grabé un pentágono en la empuñadura, ¿lo ves?

—Sí, lo veo. Quizá el encantamiento sea limitado. Se gaste.

—No veo cómo. Tendría que haber roto el hechizo y no lo hice. Dedicué un montón de tiempo y energía a esto, de modo que...

—¿Qué ocurre? —Blair salió de la casa con una mano metida en el bolsillo delantero de su tejano y la otra sosteniendo una taza de café humeante. En la cadera llevaba un cuchillo en una funda y pendientes brillando en las orejas—. ¿Practicáis el lanzamiento con cuchillos?

—No. Buenos días.

Blair enarcó una ceja ante el tono irritado de Glenna.

—Para algunos de nosotros en cualquier caso. Bonita daga.

—No funciona.

—Veamos. —Blair cogió la daga de manos de Glenna y la sopesó. Y, mientras bebía un trago de café, la lanzó hacia el blanco. El arma se clavó en la diana—. Funciona para mí.

—Genial, de modo que la daga tiene un extremo puntiagudo y tú tienes una excelente puntería. —Glenna fue hasta el blanco y extrajo el puñal—. ¿Qué ha pasado con la magia?

—Regístrame. Es sólo un cuchillo, un bonito cuchillo. Con él puedes apuñalar, cortar y picar. Cumple con su trabajo. Empiezas a depender de la magia y te vuelves descuidada. Luego alguien te clava a ti ese extremo puntiagudo.

—Tú llevas la magia en las venas —dijo Hoyt señalándola—. Tendrías que mostrar respeto por ella.

—No he dicho lo contrario. Sólo que me siento más cómoda con los instrumentos afilados que con el vudú.

—El vudú es algo completamente diferente —replicó Glenna—. Sólo porque sepas cómo lanzar un cuchillo no significa que no necesites lo que Hoyt y yo podemos ofrecerte.

—Sin ánimo de ofender... en serio. Pero primero cuento conmigo. Y si no puedes luchar con ese cuchillo, será mejor que dejes el combate para los que sí pueden hacerlo.

—¿Crees acaso que no puedo darle a ese estúpido blanco?

Blair bebió otro trago de café.

—No lo sé. ¿Puedes hacerlo?

Azuzada por el insulto, Glenna se volvió y lanzó el cuchillo mientras mil maldiciones cruzaban por su cabeza.

La daga se clavó en el círculo exterior. Y comenzó a arder.

—Excelente. —Blair bajó la taza de café—. Quiero decir que tu puntería es una mierda, pero el espectáculo del fuego ha sido genial. —Señaló el blanco con la taza—. Sin embargo, es probable que necesitemos un blanco nuevo.

—Estaba cabreada —musitó Glenna—. Ira. —Volvió su rostro excitado hacia Hoyt—. Adrenalina. Antes no estábamos furiosos. Yo estaba feliz. Ha sido ella la que me ha hecho enfadar.

—Siempre me alegra poder echar una mano.

—Es un buen encantamiento, una arma muy buena —dijo Hoyt, apoyando una mano sobre el hombro de Glenna mientras el blanco seguía ardiendo—. ¿Cuánto tiempo durarán las llamas?

—¡Oh! Espera.

Glenna se apartó unos pasos y se concentró. Una vez calmada, visualizó el fuego en su mente. Las llamas se convirtieron en humo.

—Necesito perfeccionarlo, obviamente, pero... —Se acercó nuevamente al blanco y tocó con cuidado la empuñadura del cuchillo. Estaba caliente, pero no demasiado como para no poder cogerlo

—. Esto podría darnos una ventaja real.

—Jodidamente cierto —convino Blair—. Siento lo que he dicho acerca del vudú.

—Aceptado. —Glenna guardó la daga en su funda—. Voy a pedirte un favor, Blair.

—Dispara.

—Hoyt y yo tenemos que trabajar en esto, pero más tarde... Mientras, ¿podrías enseñarme a lanzar un cuchillo como tú?

—Tal vez no como yo. —Blair sonrió—. Pero puedo enseñarte a lanzarlo mejor de lo que lo haces ahora, que es como si estuvieses espantando palomas.

—Hay algo más —dijo Hoyt—. Cian se hace cargo del entrenamiento después de que se haya puesto el sol.

—Un vampiro entrenando a humanos para matar vampiros. —Blair meneó la cabeza—. En eso hay una especie de lógica extraña. Muy bien, ¿y?

—También acostumbramos a entrenar durante el día... un par de horas. Fuera, si hay sol.

—Por lo que pude ver anoche, necesitáis todo el entrenamiento que podáis conseguir. Y no lo toméis como un insulto —añadió Blair—. Yo también entreno un par de horas cada día.

—El que se encargaba del entrenamiento durante el día... le perdimos. Lilith.

—Es duro. Lo siento, siempre es duro.

—Creo que tú serías la mejor para encargarte ahora del entrenamiento diario.

—¿Daros órdenes, haceros sudar? —El placer se dibujó en su rostro—. Suena divertido. Sólo recordad que fuisteis vosotros quienes me lo pedisteis cuando comencéis a odiarme. Por cierto, ¿dónde están los demás? No habría que desaprovechar la luz del día.

—Imagino que Moira debe de estar en la biblioteca —dijo Glenna—. Larkin ha salido a cabalgar hace un rato. En cuanto a Cian...

—Esa parte ya la conozco. Muy bien, iré a explorar por los alrededores, un reconocimiento del terreno. Comenzaremos la fiesta cuando regrese.

—Los árboles son frondosos. —Glenna señaló con la cabeza hacia la curva del bosque—. No deberías adentrarte demasiado, ni siquiera de día.

—No te preocupes.

A Blair le gustaban los bosques. Le gustaba cómo oían, el aspecto de los árboles de gruesos troncos, el juego de luces y sombras que, para ella, formaban una especie de música visual. El suelo del bosque estaba cubierto con las hojas que habían caído durante incontables años, y con el verde legendario del musgo. El arroyo que discurría lanzando destellos a través de él no hacía sino aumentar esa cualidad mágica del lugar. Era estrecho y sinuoso, y aportaba el sonido del agua que cantaba sobre las rocas.

Ella ya había estado antes en Clare, había vagado por campos y bosques y colinas, y se preguntó cómo se había perdido ese lugar, si es que realmente tenía relación con sus comienzos. Supuso que es que no estaba destinada a encontrarlo antes, a caminar por aquel bosque. A saber.

Era ahora, con aquella gente, en aquel lugar.

La bruja y el hechicero, reflexionó. Estaban tan llenos de amor, tan resplandeciente y nuevo; ellos casi brillaban con él.

Si eso era una ventaja o una desventaja, era algo que debía esperar a ver.

Pero había algo que sí sabía. Quería que Glenna hiciera de ella una lanzadora de cuchillos de fuego.

La bruja estaba bien. Tenía un pelo hermoso, y un sentido urbano del estilo que se podía ver incluso cuando llevaba un pantalón y una camisa sencillos. Y era una tía muy inteligente, sí, Blair sabía juzgar a las personas. La noche anterior, había dejado de hacer sus cosas para mostrarse hospitalaria. Había preparado la cena y ordenado la habitación que había dispuesto para Blair.

Era mucho más de a lo que ella estaba acostumbrada. Y era muy agradable.

El hechicero parecía ser un tío muy intenso. Observaba mucho y hablaba poco. Ella podía respetar eso. Del mismo modo en que podía, y lo hacía, respetar el poder que él llevaba como una segunda piel.

En cuanto al vampiro, Blair aún se mantenía a la expectativa. Podía ser un aliado o un enemigo formidable y, hasta la fecha, ella jamás había considerado a un vampiro como un aliado. No obstante, había visto algo en su rostro cuando su hermano había hablado de Nola. Dolor.

La otra mujer era callada como un ratón. Atenta, eso sí, y un poco blanda. No se había decidido acerca de Blair más de lo que Blair lo había hecho con respecto a ella.

¿Y el tío? Larkin. Serio y atractivo. Tenía una constitución sana y atlética que seguramente le confería ventaja en el combate. Rebosante de energía también, pensó. Esa habilidad para cambiar de forma podría resultar muy beneficiosa, si es que era realmente bueno para ello. Tendría que pedirle que le hiciera una demostración.

Había mucho que poner en forma en muy poco tiempo. Ella tendría que ser más que competente si alguno de ellos quería salir con vida de aquella misión.

Pero por el momento, era agradable dar un paseo matutino entre los árboles, escuchando el canto del agua y contemplando la danza de la luz.

Rodeó una gran roca y estiró la cabeza para ver lo que estaba acurrucado, durmiendo a su sombra.

—Ésta es tu llamada para que te despiertes —dijo y apretó el gatillo de la ballesta que llevaba consigo.

El vampiro apenas tuvo tiempo de abrir los ojos.

Extrajo la flecha y volvió a montar la ballesta.

Acabó con otros tres, poniendo en fuga a un cuarto que se alejó a toda velocidad por el sendero,

esquivando los finos rayos de sol. No disponiendo de un disparo limpio y no queriendo desperdiciar una flecha, Blair se lanzó tras él.

El caballo apareció en el sendero, una bestia negra y reluciente, con un dios dorado en su lomo. Larkin dio un mandoble con su espada y decapitó al vampiro que huía.

—¡Buen trabajo! —gritó ella.

Larkin se acercó al trote con su caballo a través de los rayos de luz.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Matando vampiros. ¿Y tú?

—El caballo necesitaba correr un poco. No deberías estar aquí fuera sola, tan lejos de la casa.

—Tú lo estás.

—Ellos no pueden coger a éste. —Dio unas palmadas en el cuello de *Vlad*—. Él es el viento. Y bien, ¿a cuántos has visto?

—A los cuatro que maté y con el tuyo cinco. Probablemente haya más.

—¿Otros cuatro has dicho? Por lo visto has estado ocupada. ¿Quieres seguir cazándoles ahora?

Larkin sí quería seguir la cacería, pero ella no estaba segura. Trabajar con un compañero desconocido era una buena manera de morir, aunque ese compañero exhibiera una habilidad feroz con la espada.

—Eso debería bastar por ahora. Uno de ellos, al menos, regresará junto a su mamita y le informará de que les estamos sacando de sus nidos durante el día. Eso le joderá.

—¿Joderá?

—Fastidiará.

—Ah, sí, entiendo.

—De todos modos necesitamos un poco de entrenamiento para que yo pueda ver de qué estás hecho.

—¿Que tú puedas ver?

—Soy vuestro nuevo sargento. —Ella pudo ver que Larkin no estaba precisamente entusiasmado con la noticia. ¿Quién podía culparle? Pero alzó una mano—. ¿Puedes llevarme, vaquero?

Larkin se inclinó y, con un apretón de manos y antebrazos, Blair subió a lomos del caballo, detrás de él.

—¿A qué velocidad se mueve este tío? —preguntó ella.

—Será mejor que te sujetes y con fuerza.

Larkin tocó ligeramente los costados del caballo y éste salió volando.

Glenna frotó el pulgar y el índice sobre el caldero para añadir otra pizca de azufre a la mezcla.

—Un poco cada vez —le dijo a Hoyt con aire ausente—. No queremos excedernos en la cantidad y acabar...

Glenna se echó hacia atrás cuando el líquido lanzó un destello.

—Cuidado con el pelo —le advirtió Hoyt.

Ella cogió unas horquillas y se sujetó el pelo en la coronilla y preguntó:

—¿Cómo va eso?

Dentro del recipiente de metal, la daga continuaba ardiendo.

—El fuego aún es inestable. Tenemos que domarlo o nos quemaremos junto con los vampiros —contestó Hoyt.

—Funcionará.

Glenna cogió una espada y la metió dentro del líquido. Dio un paso atrás, extendió las manos dentro del humo y comenzó a entonar un cántico.

Hoyt dejó lo que estaba haciendo para observarla, para contemplar la belleza que la inundaba con la magia. ¿Cómo había sido su vida antes de que Glenna entrase en ella? ¿Con nadie con quien poder compartir completamente lo que él era, ni siquiera con Cian? ¿Con nadie que le mirase a los ojos de un modo que hiciera que se le acelerase el corazón?

Las llamas lamían el borde del caldero, se deslizaban sobre la hoja de la espada y ella permaneció donde estaba, en medio del humo y las llamas. Su voz era como una música, su poder como una danza.

Cuando se extinguieron finalmente, Glenna retiró la espada con unas pinzas y la dejó a un lado para que reposara y se enfriase.

—Cada una debe hacerse por separado. Sé que esto nos llevará tiempo, días, pero al final... ¿Qué? —preguntó Glenna cuando lo sorprendió mirándola fijamente—. ¿Acaso tengo monos mágicos en la cara?

—No. Eres hermosa. ¿Cuándo te casarás conmigo?

Ella parpadeó sorprendida.

—Pensaba que después, cuando todo hubiese acabado.

—No, no quiero esperar. Cada día que pasa es un día menos, y cada día es precioso. Quiero que nos casemos aquí, en esta casa. Dentro de poco viajaremos a Geall, y entonces... Tendría que ser aquí, Glenna, en el hogar que construiremos entre los dos.

—Por supuesto, tendría que ser aquí. Sé que tu familia no puede estar presente, excepto Cian y Blair. Y tampoco la mía. Pero cuando todo esto haya acabado, Hoyt, cuando todo el mundo esté a salvo otra vez, me gustaría celebrar otro ritual aquí, y entonces sí me gustaría que me acompañara mi familia.

—Un compromiso ahora y una ceremonia matrimonial después. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Yo... ¿ahora? ¿Como *ahora*? No estoy preparada. Tengo que... hacer algunas cosas primero. Necesito un vestido.

—Pensé que preferirías tu desnudez ritual.

—Muy gracioso. Sólo unos días. Digamos en la próxima luna llena.

—Al final del primer mes. —Hoyt asintió—. Me parece bien. Quiero que... ¿qué son esos gritos?

Ambos se acercaron a la ventana para ver a Blair y Larkin en pose de boxeo. Moira les observaba con los puños apoyados en las caderas.

—Hablando de rituales —comentó Glenna—. Parece que la parte de cabezazos del entrenamiento diario ha comenzado sin nosotros. Será mejor que bajemos.

—Ella es lenta y es torpe, y la lentitud y la torpeza consiguen que te maten.

—Ella no es nada de eso —le replicó Larkin a Blair bruscamente—. Sus puntos fuertes se encuentran en su arco y en su mente.

—Genial, entonces puede matar a un vampiro con el pensamiento. Cuéntame cómo funciona eso. En cuanto al arco, sí, tiene vista de águila, pero no siempre puedes matar a distancia.

—Yo puedo hablar por mí misma, Larkin. Y tú... —Moira agitó un dedo delante del rostro de

Blair—. No me preocupa que me hablen como si no tuviese cerebro.

—No tengo ningún problema con tu cerebro, pero sí tengo uno y muy grave con la forma en que manejas la espada. Luchas como una mujer.

—Es que eso es lo que soy.

—No durante el entrenamiento, no durante la batalla. Entonces eres un soldado y al enemigo le importa un carajo por dónde meas.

—King estaba haciendo que perfeccionase sus puntos fuertes.

—King está muerto.

Se produjo un momento de absoluto silencio que podría haberse cortado con el hacha de Cian. Luego Blair suspiró. Eso, reconoció, había sido innecesariamente duro.

—Mira, lo que le pasó a tu amigo fue algo terrible. Estoy jodidamente segura de que no quiero que me pase a mí. Y si no quieres que te ocurra a ti, deberás trabajar en tus puntos débiles... y tienes muchos. Puedes dedicarte a tus puntos fuertes en tus horas libres.

Blair afirmó los pies en el suelo cuando Hoyt y Glenna se unieron a ellos.

—¿Tú me pusiste a cargo de esto? —preguntó Blair.

—Así es —confirmó Hoyt.

—¿Y nosotros no tenemos nada que decir al respecto? —La furia tensó las facciones de Larkin—. ¿Absolutamente nada?

—No, no tenéis nada que decir. Ella es la mejor para este trabajo.

—Porque ella es de tu sangre.

Blair caminó alrededor de Larkin.

—Porque puedo sentarte de culo en el suelo en cinco segundos.

—¿Estás segura de eso?

Larkin brilló con una luz trémula y se transformó en un lobo, que se agazapó y lanzó un gruñido.

—Excelente —dijo Blair con un susurro, el enfado atenuado por la pura admiración.

—Oh, Larkin, déjalo ya, ¿quieres?

Moir, obviamente impaciente, le dio una palmada.

—Sólo está enfadado porque has sido dura conmigo. Realmente no tienes ningún motivo para mostrarte tan insultante. Da la casualidad de que coincido contigo en que debo trabajar mis puntos débiles. —Cian le había dicho lo mismo, recordó Moira—. Estoy deseando practicar, pero no lo haré si me maltratan todo el tiempo mientras estoy haciéndolo.

—¿Puedes coger más moscas con miel que con vinagre? —preguntó Blair—. Siempre me he preguntado para qué coño querría nadie coger moscas. Mira, tú y yo podemos pintarnos las uñas de los pies y hablar de chicos cuando no estemos practicando. Pero mientras te estoy entrenando, yo soy la zorra, porque quiero que vivas. ¿Te duele cuando haces eso? —le preguntó a Larkin cuando él volvió a su forma humana—. ¿Cambiar los huesos y los órganos y todo eso?

—Algunas veces. —No recordaba que nadie le hubiese hecho nunca esa pregunta. Su ira se disipó tan rápidamente como había aparecido—. Pero es divertido, de modo que no me importa mucho.

Pasó el brazo alrededor de los hombros de Moira y le frotó el brazo mientras hablaba con Hoyt y Glenna.

—Aquí vuestra chica ha liquidado a cuatro de ellos en el bosque. Yo he matado a otro.

—¿Esta mañana? ¿Cinco? —Glenna miró a Blair—. ¿Estaban muy cerca de la casa?

—Bastante cerca. —Blair miró hacia el bosque—. Eran centinelas, supongo, y no muy buenos. Les sorprendí durmiendo. Lilith se enterará de lo que ha pasado. Y la noticia no la pondrá muy contenta.

No era una simple cuestión de matar al mensajero; no, al menos, en la milenaria opinión de Lilith. Era una cuestión de matarle de la manera más dolorosa posible.

El joven vampiro que estúpidamente había regresado al nido después de la incursión de Blair aquella mañana, se estaba asando ahora, boca abajo, a fuego lento. El olor no era particularmente agradable, pero Lilith entendía que el mando exigía algunos sacrificios.

Caminó alrededor de su víctima cuidando de mantener el borde de su vestido rojo alejado de las llamas.

—¿Por qué no lo repasamos otra vez? —Su voz era melodiosa, como la de una maestra devota que hablara con su alumno preferido—. Ese humano, la mujer, acabó con todos los centinelas excepto contigo.

—El hombre. —El dolor convertía las palabras en jadeos guturales—. El caballo.

—Sí, sí. Sigo olvidándome del hombre y del caballo. —Hizo una breve pausa para examinar los anillos que llevaba—. El que llegó después de que ella ya se hubiese cargado a cuántos, ¿a cuatro de vosotros?

Lilith se agachó, una araña de asombrosa belleza, para mirar al vampiro a los ojos rojos que giraban en sus órbitas.

—¿Y esa mujer fue capaz de hacer eso porque...? Espera, espera, ahora lo recuerdo. ¿Porque estabais *durmiendo*?

—Ellos estaban durmiendo. Los otros. Yo estaba en mi puesto, majestad. Lo juro.

—En tu puesto y, sin embargo, esa mujer humana está viva. Y sigue con vida porque... ¿este detalle es correcto? ¿Porque tú huiste?

—Regresé aquí... para informar de lo que había ocurrido. —Las gotas de sudor caían sobre el fuego y chisporroteaban—. Los otros huyeron. Ellos echaron a correr. Yo vine a vos.

—Así es. —Le palmeó burlonamente la nariz con cada palabra y luego se levantó—. Supongo que debería recompensar tu lealtad.

—Piedad. Majestad, piedad.

Lilith se volvió haciendo crujir la seda de su vestido y sonrió al chico que estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la cueva, arrancando sistemáticamente las cabezas de una pila de figuras de *La guerra de las galaxias*.

—Davey, si rompes todos tus juguetes, ¿con qué jugarás?

Davey frunció los labios mientras decapitaba a Anikin Skywalker.

—Son muy aburridos.

—Sí, lo sé. —Pasó la mano sobre el pelo rubio del niño—. Y has estado encerrado demasiado tiempo, ¿verdad?

—¿Podemos salir fuera ahora? —Davey dio un salto y sus ojos se abrieron como platos ante la perspectiva de un placer prometido—. ¿Podemos salir a jugar? ¡*Por favor!*

—Todavía no. Y ahora no te enfades. —Le alzó la barbilla para besarle en los labios—. ¿Qué te parece, mi dulce niño, si te regalo un flamante juguete?

Con las mejillas redondas sonrosadas por la ira, el niño partió a Han Solo por la mitad.

—Estoy cansado de juguetes.

—Pero éste será nuevo. Algo que nunca has tenido antes.

Lilith volvió la cabeza y, con sus dedos aún en la barbilla del niño, le hizo girar el rostro hasta que ambos miraron al vampiro sobre el fuego.

Y en ese instante, al ver sus ojos, el vampiro comenzó a luchar y revolverse. Y a llorar.

—¿Para mí? —preguntó Davey con los ojos brillantes.

—Todo para ti, mi pequeño. Pero debes prometerle a mamá que no te acercarás demasiado al fuego. Lo quiero que te quemes, querido.

Besó sus pequeños dedos antes de levantarse.

—¡Majestad, os lo imploro! Majestad, volví para avisaros.

—No me gusta el fracaso. Sé un buen chico, Davey. Oh, y no echas a perder tu cena.

Le hizo una seña a Lora, quien permanecía en silencio junto a la puerta.

Los gritos comenzaron antes incluso de que hubiesen cerrado la puerta tras ellas. Con llave.

—La Cazadora —comenzó a decir Lora—. Tenía que ser ella. Ninguna de las otras mujeres tiene esa habilidad para...

Una simple mirada de Lilith fue suficiente para silenciarla.

—No te he dado permiso para que hables. Mi afecto hacia ti es lo único que te separa en este momento de esa hoguera. Y mis afectos llegan sólo hasta donde llegan.

Lora inclinó la cabeza en señal de respeto y siguió a Lilith a la cámara contigua.

—Perdiste a tres de mis buenos hombres. ¿Qué puedes decir a eso?

—No tengo excusa.

Lilith asintió ligeramente y comenzó a pasearse por la habitación, cogiendo ociosamente un collar de rubíes de un cofre. Los espejos eran lo único que echaba de menos de la vida. Ella anhelaba verse reflejada en un cristal aun después de dos milenios. Ser cortejada por su belleza. A lo largo de los siglos, había contratado —y se había comido— a innumerables hechiceros, brujas y magos para conseguirlo.

Era su mayor fracaso.

—Eres lista al no ofrecerme ninguna. Soy una mujer paciente, Lora, tú lo sabes. He esperado más de mil años para lo que se avecina. Pero no permitiré que se me insulte. Me disgusta profundamente que esa gente nos elimine como si fuésemos moscas.

Se dejó caer en un sillón e hizo tamborilear sus largas uñas rojas sobre los brazos del mismo.

—Habla, entonces. Háblame de esta nueva mujer. De esa Cazadora.

—Como lo profetizaron los videntes, mi señora. El guerrero de antigua sangre. Uno de los cazadores que han asediado a nuestra especie durante cientos de años.

—¿Y cómo sabes que es una de ellos?

—Esa mujer era demasiado rápida para ser una simple humana. Demasiado fuerte. Aquella noche, ella supo lo que ellos eran antes de que se acercasen, y estaba preparada. Ha llegado para completar su grupo. La primera etapa ha concluido.

—Mis sabios dijeron que el hombre negro era su guerrero.

—Se equivocaron.

—Entonces, ¿qué valor tienen? —Lilith levantó el collar con el que aún jugaba mientras se paseaba por la habitación—. ¿Cómo puedo gobernar si estoy rodeada de incompetentes? Quiero lo

que me corresponde. Quiero sangre y muerte y un maravilloso caos. ¿Es acaso demasiado pedir que aquellos que me sirven se muestren precisos en sus detalles?

Lora llevaba casi cuatrocientos años al lado de Lilith. Amiga, amante, sirviente. Estaba segura de que nadie conocía a la reina mejor que ella. Sirvió un poco de vino en una copa y se lo ofreció a Lilith.

—Lilith —le dijo amablemente, ofreciéndole la copa y un beso—, no hemos perdido nada importante.

—Prestigio.

—No, ni siquiera eso. Ellos creen que sólo importa lo que han conseguido en estas últimas semanas. Y está bien que así sea, porque eso hará que se confíen en exceso. Y matamos al chico de Cian, ¿verdad?

—Es verdad. —Lilith frunció los labios un momento y luego bebió un trago de vino—. Eso estuvo bien.

—Y el hecho de haberle enviado a la casa sólo demostró vuestra inteligencia y vuestra fuerza. Dejemos que acaben con docenas de insignificantes soldados de infantería. Nosotros comeremos su corazón.

—Eres un consuelo para mí, Lora. —Lilith acarició la mano de Lora mientras bebía un poco más de vino—. Y tienes razón, por supuesto, tienes razón. Me siento decepcionada, lo admito. Yo quería dejar incompleto su número, frustrar la profecía.

—Pero es mejor de esta manera, ¿verdad? Y será aún más dulce cuando los hayáis cogido a todos ellos.

—Mejor, sí, mejor. Y, sin embargo... creo que necesitamos hacer una demostración de fuerza. Eso mejoraría mi estado de ánimo, y también mi moral. Tengo una idea. Meditaré acerca de ello. —Miró el vino que giraba dentro de la copa—. Un día, muy pronto, ésta será la sangre de ese hechicero. Y la beberé en una copa de plata acompañada de bombones entre sorbo y sorbo. Todo lo que él es estará en mí, y todo lo que yo soy hará que hasta los dioses se echen a temblar. Ahora vete, necesito trazar mis planes.

Cuando Lora se levantó para dirigirse a la puerta, Lilith golpeó ligeramente la copa con las uñas.

—Ah, todo este irritante asunto me ha dado hambre. ¿Puedes traerme a alguien para comer?

—Ahora mismo.

—Asegúrate de que está fresco.

Cuando se quedó a solas, Lilith cerró los ojos y comenzó a urdir su plan. Mientras lo hacía, los alaridos que llegaban de la cámara contigua rebotaban contra las paredes de la cueva.

Sus labios se curvaron. ¿Quién podía estar triste, pensó, con la risa de un niño resonando en el aire?

Moira estaba sentada en la cama de Glenna con las piernas cruzadas, y la observaba mientras ella trabajaba con la pequeña máquina mágica que llamaba ordenador portátil. Moira estaba desesperada por ponerle las manos encima. Dentro de aquel instrumento había verdaderos mundos de conocimiento y, hasta el momento, sólo había podido echarle un vistazo.

Glenna le había prometido que le daría unas lecciones, pero en ese instante parecía tan concentrada en lo que estaba haciendo... y sólo tenían una hora libre.

De modo que se aclaró la garganta.

—¿Qué te parece éste? —le preguntó Glenna señalando la imagen de una mujer que llevaba un

largo vestido blanco.

Inclinando la cabeza para poder ver mejor, Moira estudió la pantalla.

—Es encantadora. Me preguntaba...

—No, no me refiero a la modelo sino al vestido. —Glenna se volvió hacia ella—. Necesito un vestido.

—Oh, ¿le ha ocurrido algo al tuyo?

—No. —Con una pequeña sonrisa, Glenna jugueteó con el colgante que llevaba al cuello—. Necesito un vestido muy especial. Un vestido de boda. Moira, Hoyt y yo vamos a casarnos. A comprometernos. Nos decidimos por el compromiso, y más tarde celebraremos una ceremonia matrimonial. Después.

—¿Estás prometida a Hoyt? No lo sabía.

—Simplemente sucedió. Sé que puede parecer precipitado, y el momento no es...

—¡Oh, pero si es maravilloso! —Moira se levantó de un salto y, en un estallido de entusiasmo, abrazó a Glenna—. Me siento tan feliz por vosotros. Por todos nosotros.

—Gracias. ¿Por todos nosotros?

—Las bodas son luminosas, ¿verdad? Brillantes y felices y humanas. Oh, cómo me gustaría estar en casa para hacer que os preparasen un festín. No puedes cocinar tu propio banquete de bodas y yo aún no soy muy buena con los fogones.

—Por ahora no nos preocuparemos de eso. Sí, las bodas son brillantes... y felices y humanas. Y yo soy lo bastante humana como para desear el vestido perfecto.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué habrías de desear menos?

Glenna dejó escapar un largo suspiro de felicidad.

—Gracias a Dios. Me he estado sintiendo un tanto deprimida. Debí darme cuenta de que lo que necesitaba era a otra chica. Ayúdame, ¿quieres? He escogido algunos y necesito reducir la lista.

—Me encantaría. —Moira tocó suavemente el costado de la pantalla—. Pero... ¿cómo haces para sacar el vestido de esta caja?

—Ya llegaremos a eso. Tendré que tomar algunos atajos, pero más tarde te enseñaré a comprar *online* a la manera convencional. Quiero algo, creo, de este estilo.

Mientras ambas estaban contemplando la pantalla, Blair golpeó el quicio de la puerta.

—Lo siento. ¿Tienes un minuto, Glenna? Quería hablar contigo sobre los pedidos y los suministros. Imaginé que tú serías la encargada. Eh, bonito chisme.

—Uno de mis favoritos. Cian y yo somos los únicos que estamos conectados, de modo que si necesitas usar...

—He traído el mío, pero te lo agradezco. ¿De compras? Neiman's —dijo, cuando estuvo lo bastante cerca como para ver la pantalla—. Una ropa muy elegante para la guerra.

—Hoyt y yo vamos a casarnos.

—¿Bromeas? Eso es genial. —Le propinó a Glenna un golpe amistoso en el hombro—. Felicidades. ¿Y cuándo es el gran día?

—Mañana por la noche.

Cuando Blair se limitó a pestañear, Glenna se apresuró a añadir:

—Sé lo que debe de parecer, pero...

—Creo que es fantástico. Creo que es excelente. La vida no puede detenerse. No podemos

permitir que lo haga. No podemos permitir que ellos la detengan; de eso se trata todo esto. Además, creo que es maravilloso, verdaderamente maravilloso, que vosotros dos hayáis podido encontrar lo que estabais buscando cuando todo es tan extremo. Es una de las cosas por las que estamos luchando, ¿no es así?

—Sí. Sí, lo es.

—¿Vestido de novia?

—Un posible vestido de novia. Blair, gracias.

Blair apoyó una mano en el hombro de Glenna en un gesto que bien podría haber sido de mujer a mujer o de soldado a soldado. Glenna supuso que ahora era lo mismo.

—He estado luchando durante trece años. Sé mejor que nadie que se necesita algo real, se necesitan cosas que realmente importen, y que te calienten por dentro, o pierdes la misión. Te dejaré que vuelvas a lo que estabas haciendo.

—¿Quieres ayudarnos en la compra?

—¿En serio? —Blair dio unos pasos de baile—. ¿Los vampiros son adictos a chupar la sangre? Pues claro que quiero. Una cosa, no es mi intención desanimarte pero ¿cómo conseguirás tener el vestido para mañana por la noche?

—Tengo mis medios. Y será mejor que ponga ya manos a la obra. ¿Te importaría cerrar la puerta? No quiero que Hoyt entre cuando me esté probando los vestidos.

—Probádotelos... Claro.

Blair obedeció mientras Glenna colocaba varios cristales encima y alrededor del ordenador. Luego encendió algunas velas, retrocedió unos pasos y extendió los brazos a ambos lados.

—Madre diosa, pido tu gracia para traer este vestido aquí. A través del aire, desde allí hasta aquí, en la luz hasta mi vista, un símbolo de mi destino. Que así sea.

Con un súbito resplandor, los tejanos y la camiseta de Glenna fueron reemplazados por el vestido blanco.

—¡Uau! Un tipo de robo completamente nuevo.

—No lo estoy robando. —Glenna miró a Blair con el cejo fruncido—. Jamás utilizaría mis poderes para eso. Sólo me los probaré y, cuando encuentre el que estoy buscando, tengo otro conjuro para comprarlo. Es sólo para ahorrar tiempo, algo que no tengo.

—No te enfades. Sólo estaba bromeando. —En cierto modo—. ¿Eso también funcionaría con las armas si necesitamos más?

—Supongo que sí —dijo Glenna.

—Es bueno saberlo. En cualquier caso, es un vestido hermoso.

—Es encantador —convino Moira—. Simplemente encantador.

Glenna se volvió y estudió su imagen reflejada en el antiguo espejo de cuerpo entero.

—Gracias a Dios que Cian no quitó todos los espejos de la casa. Es hermoso, ¿verdad? Me encanta el modelo, pero...

—No es el vestido que tú quieres. —Blair acabó la frase por ella y se sentó en la cama, junto a Moira para contemplar el espectáculo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Glenna.

—Ese vestido no te ilumina. Esa luz, en las entrañas, en el corazón, que se extiende hasta las puntas de los dedos. Te pones el vestido de novia, te miras al espejo y lo sabes. Los otros son sólo

una prueba.

De modo que había llegado tan lejos, pensó Glenna, recordando la visión de Blair y el anillo de compromiso en su dedo. Y la imagen de ella llorando en la oscuridad, el dedo desnudo.

Fue a hacer un comentario y luego se calló. Un tema sensible como ése requería algo más que camaradería. Necesitaba una amistad genuina y aún no habían llegado a ese punto.

—Tienes razón, éste no es el vestido que estoy buscando. He seleccionado otros cuatro, de modo que ahora probaremos con el número dos.

Dio en el blanco con el tercero y, en efecto, sintió el brillo de la luz. Lo oyó en el largo y anhelante suspiro de Moira.

—Ya tenemos un ganador. —Blair hizo girar el dedo—. Date la vuelta. Oh, sí, ése es el tuyo.

Era un vestido romántico y sencillo, pensó Glenna. Lo que ella quería. La larga falda tenía un leve vuelo, y la suave línea del escote estaba enmarcada por dos cintas finas que dejaban los hombros desnudos y luego bajaban sobre los omóplatos para realzar la espalda.

—Es tan exactamente adecuado... —Echó un vistazo otra vez al precio y dio un respingo—. Bueno, supongo que agotar la tarjeta de crédito no es algo muy grave teniendo en cuenta el inminente Apocalipsis.

—Disfruta del presente —convino Blair—. ¿Piensas llevar velo, un tocado?

—Los compromisos tradicionales celtas requieren un velo, pero en este caso... Sólo un ramo de flores, creo.

—Mucho mejor. Sutil, mundano, romántico y sexy todo en uno. Cierra el trato.

—¿Moira? —Glenna se volvió hacia ella y vio que tenía los ojos húmedos y soñadores—. Veo que también cuento con tu aprobación.

—Creo que serás la más hermosa de las novias.

—Bien, ésta ha sido una diversión seria. —Blair se levantó de la cama—. Y estoy de acuerdo con la experta... estás deslumbrante. Pero hay que ir acabando. —Señaló su reloj—. Las dos debéis bajar a entrenar. Toca practicar la lucha cuerpo a cuerpo. ¿Por qué no vienes conmigo ahora? —le dijo a Moira—. Podemos ir empezando.

—Yo iré en unos minutos —les dijo Glenna, y luego se volvió para estudiar de nuevo su imagen en el espejo.

De la compra de un vestido de novia al combate, pensó. Su vida se había convertido en un viaje muy extraño.

Hoyt oyó música dentro de la habitación de Cian poco antes del crepúsculo y se decidió a llamar a la puerta. Recordó que había habido un tiempo en que no se le habría ocurrido llamar, en que no le habría sido necesario pedir permiso para entrar en la habitación de su hermano.

Un tiempo, pensó, en el que no habría tenido necesidad de preguntarle si podía vivir con su esposa en su propia casa.

Los cerrojos se abrieron. Cian llevaba unos pantalones holgados y tenía una expresión soñolienta cuando le abrió la puerta.

—Es un poco temprano para mí, para recibir visitas, quiero decir.

—Tengo que hablar contigo en privado.

—Algo que, por supuesto, no puede esperar a mi conveniencia. Adelante entonces.

Hoyt entró en una habitación oscura como boca de lobo.

—¿Tenemos que hablar en la oscuridad?

—Yo puedo ver bastante bien. —Cian, no obstante, encendió una lámpara baja que había junto a una cama grande. El edredón brillaba como si fuese una joya bajo aquella luz y las sábanas tenían el brillo de la seda. Su hermano se acercó a una pequeña nevera y sacó una bolsa de plástico con sangre —. Aún no he desayunado. —Metió la bolsa dentro del microondas que había encima de la nevera—.

¿Qué es lo que quieres?

—Cuando todo esto haya acabado, ¿qué piensas hacer?

—Lo que me apetezca, como siempre.

—¿Vivir aquí?

—Creo que no —contestó Cian con media sonrisa, y cogió un vaso de cristal de una estantería.

—Mañana por la noche... Glenna y yo pensamos comprometernos.

En el movimiento de Cian se produjo una leve vacilación y luego dejó el vaso.

—Eso es muy interesante. Supongo que debo felicitarte. Y, por supuesto, piensas llevarla de regreso, presentarla a la familia. Mamá, papá, ésta es mi prometida. Una pequeña bruja que encontré unos cuantos siglos en el futuro.

—Cian.

—Lo siento. Lo absurdo de este asunto me divierte. —Sacó la bolsa de sangre del microondas y volcó el contenido caliente en el vaso—. Bien, de todos modos, ¡sláinte!

—No puedo regresar.

Después del primer trago, de la primera y larga mirada por encima del borde, Cian bajó el recipiente.

—Esto se pone cada vez más interesante.

—Ya no es mi lugar, sabiendo lo que ahora sé. Esperando que llegue el día en que sé que ellos morirán. Si tú pudieses regresar, ¿lo harías?

Cian miró el vaso con el cejo fruncido y luego se sentó.

—No. Por miles de razones. Pero ésa sería una de ellas. Pero aparte de eso, tú trajiste esta guerra hasta mí. ¿Y ahora encuentras tiempo para comprometerte?

—Cuando aparece la amenaza del fin de los días, las necesidades humanas no se detienen. Sólo se vuelven más intensas al parecer.

—Eso es verdad. Lo he visto cientos de veces. Y también lo es que las novias de guerra no siempre son esposas de fiar.

—¿Eso va por mí y por Glenna?

—Sin duda así es. —Alzó el vaso y bebió un poco más de sangre—. Bueno, sea como sea, buena suerte a ambos.

—Queremos vivir aquí, en esta casa.

—¿En mi casa?

—En la casa que era nuestra. Dejando a un lado mis derechos, y nuestro parentesco, tú eres un hombre de negocios. Le pagas a un cuidador cuando no estás aquí. Podrás ahorrarte ese gasto. Glenna y yo nos encargaremos de cuidar la casa y las tierras sin que te cueste un centavo.

—¿Y cómo pensáis ganáros la vida? En estos días no hay mucha demanda de hechiceros. Espera, ya lo tengo. —Cian se echó a reír y acabó de beber el contenido del vaso—. Podrías conseguir una jodida fortuna en televisión, o por Internet. Te consigues una línea novecientos y un sitio web, y

adelante. Aunque no es tu estilo.

—Encontraré mi camino.

Cian apartó el vaso y miró hacia las sombras.

—Espero que lo hagas; siempre que sobrevivas, por supuesto. No tengo ningún problema en que os quedéis en esta casa.

—Te lo agradezco.

Cian se encogió de hombros.

—La que has elegido es una vida muy complicada.

—Y tengo intención de vivirla. Te dejaré para que te vistas.

«Una vida complicada», pensó Cian nuevamente cuando estuvo solo. Y le sorprendía y fastidiaba que pudiera envidiarla.

Glenna imaginaba que la mayoría de las novias estaban un poco estresadas y muy ocupadas el día de su boda. Pero la mayoría de ellas no tenían que insertar el entrenamiento con la espada y los conjuros entre sus tratamientos faciales y la visita al pedicuro.

Al menos, el ritmo impuesto por las circunstancias reducía el tiempo para el estado de nervios que nunca imaginó que tendría. Entre la preocupación por los arreglos florales, una iluminación romántica y la forma más adecuada de decapitar a un vampiro, no le quedaba tiempo para sufrir un ataque de ansiedad.

—Prueba con esto. —Blair empezó a blandir el arma, luego obviamente cambió de parecer al ver que Glenna se quedaba boquiabierta—. Una hacha de combate. Más pesada que una espada, algo que creo que te irá mejor. Tienes bastante fuerza en la parte superior del cuerpo, pero podrías hacer más daño con esto que con una espada. Tienes que acostumbrarte a su peso y equilibrio. Vas a ver.

Blair volvió sobre sus pasos y cogió su propia espada.

—Bloquea mi golpe con el hacha.

—No estoy acostumbrada a usarla. Podría hacer un mal movimiento y herirte.

—Créeme, no me herirás. ¡Bloquea!

Blair atacó con la espada y Glenna, más por instinto que por obediencia, bloqueó el golpe con el hacha haciendo resonar los metales.

—Verás, yo ahora podría atravesarte alegremente la espalda mientras tú intentabas darte la vuelta.

—Es demasiado pesada —se quejó Glenna.

—No lo es. Tienes que separar las manos para coger mejor el mango. Muy bien, así; y debes mantenerte de frente después del primer golpe. El hacha tiene que caer sobre la espada, haciendo que vuelva hacia mí. Despacio. Uno —dijo y lanzó el golpe—, dos. Otra vez, sigue avanzando hacia mí. Quieres responder a mis golpes, por supuesto, pero lo que tienes que hacer es desequilibrarme, obligarme a que yo conteste a los tuyos, obligarme a que siga tus movimientos. Piensa en ello como en una rutina de baile en la que no sólo quieres ser la que dirija los movimientos sino también matar a tu pareja.

Blair levantó una mano y retrocedió.

—Permíteme que te lo enseñe. Eh, Larkin, ven y haz de muñeco de prácticas. —Blair le lanzó su espada, con la empuñadura por delante, y luego cogió el hacha de combate—. Tómatelo con calma —le dijo—. No es más que una demostración.

Larkin asintió.

—Ataca.

Cuando éste avanzó hacia ella, Blair contó los pasos en voz alta.

—Golpe, golpe, giro. Ataque, bloqueo, golpe. Larkin es bueno, ¿lo ves? —dijo, dirigiéndose a Glenna—. De modo que él me empuja al tiempo que yo le empujo a él. Y cuando sea necesario puedes improvisar. Giro, golpe, golpe, giro. ¡Cortar!

Blair sacó el cuchillo que llevaba sujeto a la cintura y lo agitó a pocos centímetros del estómago de Larkin.

—Cuando sus intestinos se estén derramando, tú...

Y retrocedió para esquivar el manotazo de lo que parecía una enorme garra de oso.

—¡Uau! —Colocó la cabeza del hacha en el suelo y se apoyó en el mango. Sólo el brazo de Larkin había cambiado de forma—. ¿Puedes hacer eso? ¿Cambiar sólo algunas partes de tu cuerpo?

—Si lo deseo.

—Apuesto a que en Geall las chicas están locas por ti.

A Larkin le llevó un momento —Blair ya se había dado la vuelta para regresar junto a Glenna—, pero luego estalló en una carcajada encantada.

—Eso es verdad —confirmó—. Pero no por lo que estás insinuando. Prefiero mi propia forma para esa clase de entretenimiento.

—Estoy segura de ello. Glenna, sigue practicando con Larkin, yo trabajaré un rato con la pequeña.

—No me llames así —dijo Moira en tono cortante.

—Relájate. No he querido decir nada ofensivo.

Moira abrió la boca para decir algo y luego meneó la cabeza.

—Lo siento. Eso no ha estado bien.

—King la llamaba así —explicó Glenna.

—Oh. Lo entiendo. Moira, entrenamiento de resistencia. Vamos a sacudirte un poco.

—Lamento haberte hablado de esa manera.

—Escucha, todos vamos a cabrearnos mucho unos con otros antes de que esto haya terminado. A mí no es fácil herirme... ni literalmente ni en sentido figurado. Moira, tendrás que endurecerte. Pesas de dos kilos. Para cuando haya acabado contigo estarás en forma.

Moira entrecerró los ojos.

—Ya te he dicho que siento haberte hablado como lo he hecho, pero no pienso permitir que me cortes.^[11]

—No, no me has entendido, se trata sólo de una expresión. Significa... —Pero cualquier otro término que a Blair se le pudiese ocurrir resultaría igualmente confuso. En vez de hablar, dobló un brazo y flexionó el bíceps.

—Ah. —Una sonrisa bailó en los ojos de Moira—. Eso me gustaría. Muy bien, entonces puedes ponerte en forma.

Las dos trabajaron durante toda la mañana. Cuando Blair hizo una pausa para beber un poco de agua de una botella le hizo una seña a Glenna con la cabeza.

—Estás progresando. ¿Clases de ballet?

—Ocho años. Nunca pensé que realizaría las piruetas con una hacha de combate, pero la vida está llena de sorpresas.

—¿Puedes hacer un triple?

—Hasta ahora no.

—Mira.

Blair, sin soltar la botella, hizo girar el cuerpo tres veces y luego extendió la pierna hacia un lado, alzándola hasta un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Esa clase de impulso carga de potencia una patada. Necesitas dar un golpe sólido para repeler a uno de esos monstruos. Tienes que practicar. Ya lo tienes dentro. —Blair dio otro giro—. ¿Dónde está el novio?

—¿Hoyt? En la torre. Todavía hay muchas cosas pendientes. Tan importantes como las que estamos haciendo aquí, Blair —añadió al percibir su desaprobación.

—Tal vez. Muy bien, tal vez. Siempre que aparezcáis con más cosas como esa daga flamígera.

—Hemos encantado con fuego varias armas. —Glenna se dirigió a otra zona de la habitación, cogió una de las espadas y regresó donde estaba Blair—. Hemos hecho una marca en las que están encantadas. ¿Lo ves?

En la hoja de la espada, cerca de la empuñadura, había una pequeña llama grabada en el acero.

—Muy bonita. En serio. ¿Puedo probarla?

—Será mejor hacerlo fuera.

—Bien observado. De todos modos, había pensado hacer un descanso de una hora de todos modos. Comer algo. Arcos y ballestas, chicos y chicas.

—Iré contigo —dijo Glenna—. Por si acaso.

Blair salió por las puertas de la terraza y bajó al jardín. Una vez allí se fijó en el muñeco de prácticas que Larkin había colgado de un poste. Había que reconocer que el tío tenía sentido del humor. Le había dibujado colmillos en la cara rellena y un corazón rojo brillante en el pecho.

Sería divertido probar en el muñeco la espada flamígera... y desperdiciar un buen material. No tenía sentido quemar al Muñeco Vampiro.

De modo que se colocó en posición de combate, el brazo doblado detrás de la cabeza y la espada apuntando hacia adelante.

—Es importante que lo controles —le explicó Glenna—. Que proyectes el fuego cuando lo necesites. Si sólo estás dando golpes con la espada, podrías quemarte tú o a alguno de nosotros.

—No te preocupes.

Glenna comenzó a decir algo, pero luego se encogió de hombros. No había nada ni a nadie a quien Blair pudiese perjudicar en esos momentos con el fuego, sólo el aire.

Luego la observó mientras comenzaba a moverse, lentamente, con la fluidez del agua, la espada como una extensión de su brazo. Sí, una especie de ballet, pensó, un ballet mortal. Y, no obstante, preciso. La hoja brilló cuando el sol incidió en su filo, pero permaneció fría. Justo cuando Glenna pensaba que Blair necesitaba que le diese algunas instrucciones sobre cómo manejar la espada, ella hizo un movimiento y las llamas brotaron de la hoja.

—Estás tostado. Dios, *amo* esta cosa. ¿Me harás una con alguna de mis armas personales?

—Por supuesto. —Glenna enarcó las cejas mientras Blair movía la espada en el aire y el fuego se extinguía—. Aprendes de prisa.

—Sí, así es. —Blair frunció el cejo mientras examinaba el cielo—. Se están formando nubes por el oeste. Me parece que tendremos más lluvia.

—Menos mal que he planeado una boda bajo techo.

—Menos mal. Ahora vayamos a comer algo.

Hoyt no bajó de la torre hasta bien entrada la tarde y, para entonces, Glenna se había permitido tomarse un tiempo para ella. No quería hacer un conjuro rápido para lucir espléndida. Quería mimarse un poco.

Necesitaba flores para la corona que llevaría en la cabeza y para el ramo. Ella misma había preparado la crema facial usando diversas hierbas, y ahora se la estaba aplicando generosamente mientras contemplaba el cielo desde la ventana de su habitación.

Las nubes comenzaban a moverse. Si quería recoger algunas flores tendría que hacerlo antes de que el sol desapareciera y comenzara a llover. Pero cuando abrió la puerta para salir a buscarlas, se encontró a Moira y Larkin. Éste hizo un sonido raro mientras sus ojos se abrían como platos, recordándole la pasta verde que llevaba puesta en la cara.

—Es una cosa que usamos las mujeres, nada más. Voy con retraso. Aún no tengo las flores para el pelo.

—Nosotros... Bueno. —Moira sacó la mano de detrás de la espalda y le ofreció una corona de pequeñas rosas blancas con una cinta roja trenzada entre ellas—. Espero que te guste, que sea lo que querías. Sé que llevar algo rojo es tradicional en un compromiso. Larkin y yo queríamos hacerte un regalo, y no teníamos nada, de modo que hemos confeccionado esto. Pero si tú preferías...

—Oh, es perfecto. Es absolutamente hermoso. ¡Oh, gracias!

Abrazó con fuerza a Moira y luego le brindó a Larkin una sonrisa luminosa.

—Pensé que no sería tan difícil conseguir que me besaras —dijo él, pero en este momento...

—No te preocupes. Ya te cogeré más tarde.

—También te hemos traído esto. —Y le entregó un ramillete de rosas multicolores unido con más cinta roja—. Para que lo lleses, dice Moira.

—Oh, Dios, ésta es la cosa más dulce del mundo. —Las lágrimas le resbalaban sobre la crema verde—. Pensaba que sería muy duro sin tener a mi familia aquí. Pero, después de todo, tengo una familia. Gracias, gracias a los dos.

Tomó un baño, se perfumó el pelo con esencias y se untó la piel con crema. Las velas blancas ardían en la habitación mientras ella celebraba el ritual femenino de prepararse para un hombre. Para su boda, y para su noche de bodas.

Llevaba puesta sólo la bata, y rozando con las puntas de los dedos la falda del vestido que colgaba fuera del armario, cuando alguien llamó a la puerta.

—Pasa. A menos que seas Hoyt.

—No soy Hoyt.

Un momento después, Blair entró en la habitación llevando una botella de champán dentro de un cubo con hielo. Detrás de ella entró Moira con tres copas altas y finas.

—Con las felicitaciones de nuestro anfitrión —dijo Blair—. Debo decir que es un vampiro con mucha clase. Éste es un champán de primera.

—¿Cian ha enviado el champán?

—Sí. Y yo descorcharé la botella antes de que te ayudemos a vestirtte.

—Tengo una fiesta de despedida. Oh, vosotras deberíais tener vestidos adecuados. Tendría que haber pensado en ello.

—Nosotras estamos bien. Es tu noche.

—Nunca he bebido champán —dijo Moira—. Blair dice que me gustará.

—Te lo garantizo. —Blair le guiñó un ojo a Glenna y luego hizo saltar el corcho de la botella—. Por cierto, tengo algo para ti. No es mucho, considerando que no tengo tu estilo con las compras por Internet. —Metió la mano en el bolsillo—. Tampoco tenía una caja.

Blair puso un pequeño broche en la mano de Glenna.

—Es un *claddagh*. Un símbolo tradicional irlandés. Amistad, amor, lealtad. Hubiese buscado la tostadora o la ensaladera, pero tenía el tiempo justo. Y no sabía en qué tiendas habíais abierto listas

de boda.

Otro círculo, pensó Glenna. Otro símbolo.

—Es hermoso. Gracias. —Se volvió y colocó el broche en la cinta roja que colgaba del ramo de flores—. Así llevaré vuestros regalos conmigo.

—Me encanta el romanticismo. Especialmente cuando va acompañado de champán. —Blair sirvió tres copas y las repartió—. Por la novia.

—Y su felicidad —añadió Moira.

—Y por la continuidad representada por lo que hacemos esta noche. Por la promesa de futuro que representa. Procuraré derramar todas las lágrimas antes de maquillarme —dijo Glenna.

—Es un buen plan —convino Blair.

—Sé que lo que he encontrado con Hoyt es bueno, es mío. Sé que lo que nos estamos prometiendo esta noche es bueno, es nuestro. Pero teneros aquí conmigo, eso también es bueno. Y es especial. Quiero que sepáis que es muy especial para mí poder compartir este momento con vosotras.

Chocaron levemente las copas, bebieron y Moira cerró los ojos.

—Blair tenía razón. Me gusta.

—Te lo dije. Muy bien, Moira, ahora veamos cómo luce una novia.

Fuera de la casa, la lluvia caía torrencialmente y la niebla cubría los campos. Pero dentro de la casa había velas encendidas y perfume de flores en el aire.

Glenna se apartó del espejo.

—¿Y bien?

—Pareces un sueño —afirmó Moira—. Como una diosa en un sueño.

—Me tiemblan las rodillas —dijo Glenna—. Apuesto a que a las diosas no les pasa.

—Inspira hondo un par de veces. Ahora Moira y yo bajaremos para asegurarnos de que todo esté preparado. Incluso el tío afortunado. Lo vas a dejar mudo.

—¿Por qué iba Glenna a...?

—¿Sabes, querida? —le dijo Blair a Moira mientras ambas se dirigían hacia la puerta—, te tomas las cosas demasiado al pie de la letra. Mientras estás enterrada entre tus libros podrías estudiar un poco de jerga contemporánea. —Abrió la puerta y se detuvo en seco al ver a Cian—. Éste es territorio femenino.

—Me gustaría hablar un momento con mi... futura cuñada.

—Está bien, Blair —dijo Glenna—. Pasa, Cian.

Cian entró en la habitación, miró a Blair por encima del hombro y luego le cerró la puerta en las narices. Después de eso se volvió y dedicó a Glenna una larga mirada.

—Vaya, vaya, eres como una visión. Realmente, la suerte de mi hermano crece a pasos agigantados.

—Probablemente pienses que esto es una locura.

—Te equivocas. Aunque sea una cosa que yo considere particularmente humana, no es algo que laificaría de locura. Pese a la abundancia de las mismas.

—Amo a tu hermano.

—Sí, hasta un ciego sería capaz de verlo.

—Gracias por el champán. Por pensar en ello.

—Ha sido un placer. Hoyt está preparado para ti.

—Oh, Dios. —Se llevó la mano al estómago para tranquilizarse—. Espero que sí.

Cian sonrió ante ese comentario y se acercó a ella.

—Quiero darte una cosa. Un regalo de bodas. He pensado en que lo tengas tú ya que, al menos por ahora, supongo que serás tú quien se haga cargo del papeleo.

—¿Papeleo?

Cian le entregó una pequeña cartera de cuero. Después de abrirla, Glenna le miró desconcertada.

—No lo entiendo.

—Debería estar bastante claro. Es la escritura de esta casa, de la tierra. Es vuestra.

—Oh, pero no podemos aceptarla. Cuando Hoyt te preguntó si podíamos quedarnos aquí, él sólo pretendía...

—Glenna, yo sólo hago grandes gestos una vez cada varias décadas, si me asalta el capricho. Tómalo cuando te lo ofrecen. Esta casa significa para Hoyt mucho más de lo que nunca significará para mí.

Glenna tenía un nudo en la garganta, de modo que tuvo que esperar unos segundos para poder hablar.

—Sé lo que significa para mí. Y significará mucho más para él. Me gustaría que tú le dices estos documentos a Hoyt.

—Cógelos.

Fue todo lo que Cian dijo, y luego se volvió hacia la puerta.

—Cian. —Glenna dejó la cartera a un lado y cogió su ramo de flores—. ¿Me acompañarías hasta abajo? ¿Me entregarías a Hoyt?

Cian dudó un instante y luego abrió la puerta y le tendió la mano.

Cuando comenzaron a bajar, Glenna oyó música.

—Tus damas de honor han estado muy ocupadas. Lo esperaba de la pequeña reina... hay mucho sentimiento en ella. Pero en la cazadora me sorprendió.

—¿Estoy temblando? Siento como si me temblase todo el cuerpo.

—No. —Cian metió la mano de Glenna debajo de su brazo—. Estás firme como una roca.

Cuando entraron en el salón lleno de velas y flores, y vio a Hoyt de pie delante de las llamas doradas del hogar, se sintió completamente relajada.

Fueron el uno hacia el otro a través del salón.

—Te he estado esperando —susurró Hoyt.

—Y yo a ti —dijo ella.

Ella cogió su mano y examinó el salón. Estaba lleno de flores, siguiendo la tradición. El círculo estaba formado y las velas estaban encendidas, excepto las que ellos encenderían durante la ceremonia. La vara de sauce reposaba encima de la mesa que hacía las veces de altar.

—Te he hecho esto.

Hoyt le mostró un grueso anillo de plata profusamente grabado.

—Una sola mente —dijo ella, y se quitó del pulgar el anillo que había hecho para él.

Ambos caminaron hacia el altar cogidos de las manos. Encendieron las velas tocando los pabilos con los dedos. Después de deslizar los anillos en la vara de sauce, se volvieron para mirar a los demás.

—Os pedimos que seáis nuestros testigos en este rito sagrado —comenzó Hoyt.
—Que seáis nuestra familia mientras nos convertimos en uno.
—Que este lugar sea consagrado a los dioses. Estamos todos aquí reunidos en un ritual de amor...
—Criaturas del Aire, acompañadnos en este momento y con vuestros dedos juiciosos estrechad con fuerza los vínculos entre nosotros.

Glenna miró fijamente a Hoyt al tiempo que pronunciaba estas palabras.

—Criaturas del Fuego, acompañadnos en este momento.

Y ambos continuaron con el Agua, con la Tierra, con la diosa bienaventurada y el dios risueño. El rostro de Glenna estaba radiante mientras pronunciaban las palabras sagradas, mientras encendían el incienso y luego una vela roja. Bebieron vino y esparcieron sal.

Hoyt y ella sostuvieron la vara con los brillantes anillos entre ellos.

La luz se volvió más cálida, más brillante mientras se hablaban el uno al otro, los anillos centelleando intensamente bajo sus manos.

—Es mi deseo convertirme en una con este hombre.

Glenna deslizó el anillo de la vara en el dedo de Hoyt.

—Es mi deseo convertirme en uno con esta mujer.

Hoyt imitó el gesto de Glenna.

Ambos cogieron la cuerda que había encima del altar y la colocaron sobre sus manos unidas.

—Y así queda sellada esta unión —dijeron—. Luego, mientras la diosa y el dios y los antiguos...

Un grito procedente del exterior de la casa hizo trizas el momento como una piedra que rompe un cristal.

Blair corrió a una ventana y recorrió la cortina. Incluso sus nervios se tensaron al ver el rostro del vampiro a escasos centímetros detrás del cristal. Pero no fue eso lo que le heló la sangre en las venas; sino lo que vio detrás del monstruo.

Blair miró a los demás por encima del hombro y dijo:

—Mierda.

Había al menos cincuenta de ellos, probablemente más aún en el bosque o escondidos cerca de la casa. En la hierba, a pocos metros del edificio, había tres jaulas ocupadas por otras tantas personas golpeadas y cubiertas de sangre... y que ahora gritaban con desesperación mientras eran arrastradas fuera de ellas.

Glenna se acercó a la ventana para ver qué ocurría y luego buscó la mano de Hoyt.

—La chica rubia. Ella es la que vino a la puerta. Cuando King...

—Lora —dijo Cian—. Una de las favoritas de Lilith. En una ocasión tuve... un incidente con ella.
—Se echó a reír al ver que Lora enarbolaba una bandera blanca—. Y si creéis en eso, tengo toda clase de puentes para venderos.

—Hay gente ahí fuera —añadió Moira—. Personas heridas.

—Armas —comenzó a decir Blair.

—Conviene esperar y ver el mejor uso que podemos darles. —Cian se apartó de la ventana y fue hacia la puerta principal. El viento y la lluvia entraron cuando la abrió—. Lora —llamó con familiaridad—. Vaya, estás empapada. Os invitaría a ti y a tus amigos a que entraseis en la casa, pero aún conservo mi cordura y mis reglas.

—Cian, ha pasado mucho tiempo. Por cierto, ¿te gustó mi regalo? No tuve tiempo de envolverlo.

—¿Te estás atribuyendo el mérito del trabajo de Lilith? Eso es muy triste. Y deberías decirle que pagará caro lo que hizo.

—Puedes decirselo tú mismo. Tú y tus humanos tenéis diez minutos para rendiros.

—¡Oh! ¿Los diez minutos completos?

—En diez minutos mataremos al primero de éstos. —Cogió del pelo a uno de los prisioneros—. Es guapa, ¿verdad? Sólo tiene dieciséis años. Bastante mayor como para saber que no debe caminar sola por carreteras oscuras.

—Por favor. —La chica se echó a llorar y la sangre que tenía en el cuello mostraba a las claras que uno de los monstruos ya la había probado—. Por favor, Dios.

—Siempre están llamando a Dios. —Con una carcajada, Lora lanzó de bruces a la chica sobre la hierba mojada por la lluvia—. Pero él nunca acude a la llamada. Diez minutos.

—Cierra la puerta —dijo Blair detrás de él—. Ciérrala. Muy bien, ahora dadme un minuto. Un minuto para pensar.

—Ellos los matarán hagamos nosotros lo que hagamos —observó Cian—. No son más que cebos.

—Ésa no es la cuestión —intervino Glenna—. Tenemos que hacer algo.

—Lucharemos.

Larkin cogió una de las espadas que habían dejado en un paragüero junto a la puerta.

—Espera un momento —ordenó Blair.

—Nosotros no nos rendimos, no ante ellos.

—Nosotros luchamos —convino Hoyt—. Pero no según sus términos. Glenna, los grilletes.

—Sí, puedo hacer eso. Estoy segura de que puedo hacerlo.

—Necesitamos más armas de la sala de arriba —dijo Hoyt.

—He dicho que esperéis. —Blair le cogió con fuerza del brazo—. Habéis tenido un par de escaramuzas con los vampiros, y eso no os sirve como preparación. No vamos a salir ahí fuera para que nos corten como a trozos de carne. ¿Puedes hacer lo de los grilletes?

Glenna suspiró.

—Sí.

—Bien. Moira, tú arriba con los arcos. Cian, es probable que tengan guardias alrededor de la casa. Elige una puerta y comienza a hablar con ellos tan tranquilamente como puedas. Hoyt contigo.

—Espera.

—Sé cómo hacer esto —le dijo a Glenna—. ¿Estás preparada para usar el hacha?

—Creo que pronto lo averiguaremos.

—Ve a buscarla. Estarás arriba, con Moira. Ellos también tendrán arqueros, y pueden ver jodidamente mejor que nosotros en la oscuridad. Larkin, tú y yo llevaremos a cabo una maniobra de diversión. Moira, no empieces a cargártelos hasta que no hayas recibido la señal.

—¿Qué señal?

—La reconocerás. Una cosa más. Esos tres prisioneros de ahí fuera, ya están muertos. Lo único que podemos hacer es una declaración de intenciones. Debemos aceptar que las posibilidades son de escasas a nulas cuando hablamos de salvar a alguno de ellos.

—Pero debemos intentarlo —insistió Moira.

—Sí, bueno, para eso estamos aquí. Vamos allá.

—¿Es ésa una de vuestras espadas encantadas? —le preguntó Cian a Hoyt cuando se acercaban a

la puerta del este.

—Sí.

—Entonces trata de mantenerla bien alejada de mí.

Se llevó un dedo a los labios y abrió la puerta con mucho cuidado. De momento no se oyó ningún sonido, ningún movimiento, excepto la lluvia. Luego Cian abandonó la casa, una mancha oscura en la oscuridad.

Cuando Hoyt salió para seguirle vio que le rompía el cuello a dos monstruos y decapitaba a un tercero.

—A tu izquierda —dijo Cian.

Hoyt se volvió para enfrentarse a su enemigo con acero y con fuego.

En el piso superior, Glenna estaba arrodillada y cantaba dentro del círculo que había trazado en el suelo. La plata alrededor de su cuello y en su dedo aumentaba la intensidad de su brillo con cada latido. Moira estaba agazapada junto a la puerta abierta de la habitación, con una aljaba de flechas a la espalda y un arco entre las manos.

Moira miró a Glenna por encima del hombro.

—Los grilletas.

—No, eso era para otra cosa. Comenzaré el conjuro ahora.

—¿Para qué...? Oh. —Moira volvió a mirar hacia la oscuridad pero ahora, gracias a Glenna, con la visión de un gato—. Oh, sí, es perfecto. Tienen arqueros escondidos entre los árboles. Sólo veo a seis de ellos. Puedo acabar con los seis.

—No salgas. No salgas fuera hasta que yo haya acabado aquí.

Glenna se esforzó por aclarar su mente, apaciguar su corazón y convocar la magia.

De la oscuridad salió un caballo dorado como si fuese la representación de la venganza. Y el jinete que lo montaba empuñaba la muerte.

Con Larkin lanzado al galope, Blair hizo girar la antorcha, golpeando a tres vampiros que estallaron en llamas y acabaron con otros dos al ser alcanzados por el fuego. Luego lanzó la antorcha, llevando la destrucción a través del aire, y sacó una espada flamígera.

—¡Ahora es el momento, Glenna! —Moira lanzó la primera flecha—. ¡Ahora!

—Sí, ya lo tengo —contestó ella.

Luego Glenna cogió el hacha de combate y un cuchillo a la carrera.

Las flechas de Moira ya volaban por el aire cuando las dos salieron corriendo de la casa, bajo la lluvia. Y las criaturas que las estaban esperando salieron tras ellas.

Glenna no pensaba, sólo actuaba, sólo sentía. Ella dejaba que su cuerpo realizara esa danza de vida y muerte, golpeando, bloqueando, embistiendo. El fuego se agitaba sobre las hojas de acero mientras las hacía girar en el aire.

Se oían gritos, unos gritos verdaderamente horribles. Gritos de los humanos, de los vampiros, ¿cómo podía saberlo? Pudo oler la sangre, la probó; sabía que parte de ella era suya. Su corazón latía como si fuese un tambor de guerra dentro de su pecho, de modo que apenas reparó en la flecha que pasó rozándole la cabeza mientras lanzaba un chorro de fuego contra el vampiro que saltaba sobre ella.

—Han alcanzado a Larkin. Está herido.

Al oír los gritos de Moira, Glenna se volvió y vio la flecha clavada en una de las patas delanteras

del caballo. Pero aun así seguía corriendo como una exhalación con Blair sembrando la destrucción desde su lomo.

Entonces vio a Hoyt luchando denodadamente contra colmillos y espadas en su intento de llegar a donde estaba uno de los prisioneros.

—Tengo que ir a ayudarlo. Moira, hay demasiados de ellos allí.

—Ve. Yo me encargo de éstos. Reduciré la desventaja, te lo prometo.

Glenna atacó con furia al tiempo que profería un grito para distraer a algunos de los vampiros que rodeaban a Hoyt y Cian.

Ella pensó que sólo sería un borrón nebuloso, sólo locura precipitándose sobre ella y a través de ella. Pero era claro en todos y cada uno de los detalles. Los rostros, los sonidos, los olores, la sensación de la sangre tibia y la lluvia fría que bañaba su cuerpo. Los ojos rojos, el hambre terrible en los monstruos. Y el resplandor y los gritos espantosos cuando el fuego los envolvía.

Vio que Cian rompía el extremo de una flecha que tenía clavada en el muslo y la hundía en el corazón de un enemigo. Vio que el anillo que había colocado en el dedo de Hoyt ardía como una pequeña hoguera cuando liquidó a dos vampiros de un solo golpe.

—Llévalos dentro de la casa —le gritó Hoyt—. Trata de llevarlos a la casa.

Glenna rodó sobre la hierba empapada hacia la chica que Lora había torturado. Casi esperaba encontrarla muerta. En cambio, la encontró viva y exhibiendo los colmillos con una sonrisa malvada.

—Oh, Dios.

—¿Acaso no has oído lo que dijo ella? Dios nunca responde.

La chica golpeó a Glenna y la lanzó de espaldas. Luego echó la cabeza hacia atrás con la alegría de la muerte inminente de su presa. La espada de Blair se la separó del cuerpo.

—Te sorprenderías —replicó Glenna.

—¡Adentro! —gritó Blair—. Regresemos a la casa. Ya está bien como jodida declaración de intenciones.

Extendió el brazo para ayudar a Glenna a montar a lomos del caballo.

Abandonaron el campo de batalla cubierto de llamas y polvo.

—¿A cuántos hemos matado? —preguntó Larkin mientras se derrumbaba en el suelo. La sangre corría por su pierna formando un pequeño charco.

—Al menos a treinta... Un porcentaje jodidamente bueno. Eres muy veloz, Chico de Oro. —Blair le miró directamente a los ojos—. Tienes una pequeña herida.

—No ha estado mal. Es sólo... —Larkin no gritó cuando ella le arrancó la flecha. No le quedaba aliento para gritar. Cuando lo recuperó, lo único que pudo proferir fue una temblorosa catarata de insultos.

—Ahora tú —le dijo Blair a Cian, señalando la flecha rota que sobresalía de su muslo derecho.

Cian se limitó a coger el extremo de la flecha y extraerla de su pierna.

—Gracias de todos modos.

—Iré a buscar algunas cosas. Estás sangrando —le dijo Glenna a Blair.

—Todos estamos un poco maltrechos —contestó ésta—. Pero no estamos muertos. Bueno —le brindó a Cian una sonrisa arrogante— la mayoría de nosotros.

—Nunca te cansas, ¿verdad? —dijo Cian y fue en busca del brandy.

—Los que estaban en las jaulas no eran seres humanos.

Moir se sostenía el hombro donde le había rozado la punta de una flecha.

—No. Aunque no pude descubrirlo desde aquí. Había demasiados de ellos como para que pudiese discernir los olores. Ha sido una jugada inteligente. —Blair asintió, un reconocimiento sombrío—. Una buena manera de luchar contra nosotros sin desperdiciar su suministro de comida. Esa zorra tiene cerebro.

—No conseguimos liquidar a Lora. —Con la respiración aún agitada por el esfuerzo, Hoyt se relajó lentamente. Tenía un corte en el costado y otro en un brazo—. Alcancé a verla cuando nos abríamos paso para regresar a la casa. No pudimos acabar con ella.

—Ella será mía. Mi amiga especial. —Blair frunció los labios cuando Cian le ofreció una copa de brandy—. Gracias.

De pie entre ellos y con las rodillas temblorosas, Glenna evaluó la situación.

—Blair, ayuda a Larkin a quitarse la túnica. Necesito verle la herida. Moira, ¿es muy grave tu herida?

—En realidad no es más que un rasguño.

—Entonces ve arriba a buscar unas mantas y algunas toallas. Hoyt. —Glenna se acercó a él, se arrodilló, cogió sus manos y ocultó la cara entre ellas. No importaba cuánto deseara caerse a pedazos, no era el momento. Aún no era el momento—. Te sentí junto a mí. Te sentí junto a mí constantemente.

—Lo sé. Estabas conmigo. *A ghrá*.

Le alzó la cabeza y la besó en los labios.

—No sentí miedo, no mientras todo estaba sucediendo. No podía pensar en sentir miedo. Entonces llegué a donde estaba esa chica, esa adolescente y vi lo que era. No podía siquiera moverme.

—Ya ha terminado. Por esta noche todo ha terminado. Y les hemos demostrado que somos dignos rivales para ellos. —Volvió a besarla, un beso largo y profundo—. Has estado magnífica.

Glenna apoyó una mano sobre la herida que él tenía en el costado.

—Yo diría que todos hemos estado magníficos. Y hemos demostrado que podemos hacer algo más que mantenernos firmes y no ceder terreno. Ahora somos una unidad.

—El círculo está cerrado.

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Bueno, no ha sido la ceremonia de compromiso matrimonial que yo habría esperado. —Hizo un esfuerzo para sonreír—. Pero al menos nosotros... No, no, maldita sea, no lo hicimos. No acabamos la ceremonia. Dejadlo todo. —Se pasó la mano por el pelo mojado—. No permitiré que esos monstruos nos estropeen esto. —Cogió con fuerza la mano de Hoyt cuando Moira volvió a aparecer trayendo mantas y toallas—. ¿Me estáis escuchando? Aún sois los testigos de la ceremonia.

—Lo hemos entendido —dijo Blair mientras limpiaba la herida de Larkin.

—Te sangra la cabeza. —Cian le pasó a Moira un paño mojado—. Adelante —le dijo a Glenna.

—Pero, Glenna, tu vestido.

Glenna le sonrió a Moira.

—No tiene importancia. Ahora, esto es lo único que importa. —Apretó la mano de Hoyt y le miró fijamente a los ojos—. Mientras la diosa y el dios y los antiguos...

La voz de Hoyt se unió a la de ella.

—Son testigos de este rito. Ahora declaramos que somos marido y mujer.

Hoyt se inclinó y cogió el rostro de Glenna entre sus manos.

—Te amaré más allá del fin de los tiempos.

Ahora, pensó ella, ahora el círculo estaba realmente cerrado, poderoso y brillante.

Y la luz se volvió más cálida, un baño de oro cuando sus labios se unieron, cuando sus labios se fundieron en la esperanza y la promesa, y en el amor.

—De modo que —dijo el anciano— una vez celebrado el compromiso, ellos cuidaron sus heridas y comenzaron la curación. Y brindaron por el amor, por la auténtica magia, que había salido de la oscuridad y de la muerte.

»Mientras fuera la lluvia seguía cayendo, dentro de la casa los valientes descansaban y se preparaban para la siguiente batalla.

El anciano se apoyó en el respaldo del sillón y cogió la taza de té caliente que un criado había dejado junto a él.

—Ésa es por hoy toda la historia.

Las protestas de los niños fueron inmediatas y apasionadas. Pero el anciano se limitó a sonreír y menear la cabeza.

—Mañana habrá más, os lo prometo, porque la historia aún no ha terminado. Sólo acaba de empezar. Pero ahora el sol se ha puesto y vosotros debéis acostaros. ¿Acaso no habéis aprendido desde el comienzo de la historia que debemos guardar la luz como si fuese un tesoro? Venga, marchaos. Cuando haya acabado mi té, iré a veros.

Solo, bebió su té mientras contemplaba el fuego que ardía en el hogar. Y pensó en la historia que les contaría a los niños al día siguiente.

Glosario de términos, personajes y lugares irlandeses

a chroi (ah-REE), término cariñoso gaélico que significa «mi corazón», «amado de mi corazón», «querido mio».

a ghrá (ah-GHRA), término cariñoso gaélico que significa «amor mío», «querido».

a stór (ah-STOR), término cariñoso gaélico que significa «querido mío».

Aideen (Ae-DEEN), prima joven de Moira.

Alice McKenna, descendiente de Cian y Hoyt Mac Cionaoith.

An Clar (Ahn-CLAR), el actual de Clare.

Baile de los Dioses, el Baile, lugar en el que el círculo de seis pasa del mundo real al mundo fantástico de Geall.

Ballycloon (ba-LU-klun).

Blair Nola Bridgit Murphy, uno de los miembros del círculo de seis, el «guerrero»; una cazadora de vampiros, descendiente de Nola Mac Cionaoith (la hermana pequeña de Cian y Hoyt).

Burren, una región rocosa de piedra caliza en el condado de Clare que presenta cuevas y corrientes de agua subterráneas.

cara (karu), término gaélico para «amigo, pariente».

Ceara, una de las mujeres de la aldea.

Cian (KEI-an) **Mac Cionaoith/McKenna**, hermano gemelo de Hoyt, un vampiro, Señor de Oiche, uno de los miembros del círculo de seis, «el que se ha perdido».

Cirio, el amante humano de Lilith.

ciunas (CYOON-as), término gaélico para «silencio»; la batalla se libra en el Valle de Ciunas, el Valle del Silencio.

claddaugh, el símbolo celta de amor, amistad y lealtad.

Conn, cachorro de Larkin cuando era pequeño.

Davey, el hijo de Lilith, la Reina Vampira, un niño vampiro.

Deirdre (DAIR-dhra) **Riddock**, madre de Larkin.

Dervil (DAR-vel), una de las mujeres de la aldea.

Eire (AIR-reh), término gaélico para «Irlanda».

Eogan (O-en), esposo de Ceara.

Eoin (OAN), cuñado de Hoyt.

Eternity, nombre del club nocturno de Cian en la ciudad de Nueva York.

Faerie Falls, lugar imaginario en Geall.

faílte à Geall (FALL-che ah GY-al), expresión gaélica que significa «Bienvenido a Geall».

Fearghus (FARE-gus), cuñado de Hoyt.

Gaillimh (GALL-yuv), la ciudad actual de Galway, capital del oeste de Irlanda.

Geall (GY-al), en gaélico significa «promesa»; la tierra de donde proceden Moira y Larkin; la ciudad que un día

gobernará Moira.

Glenna Ward, uno de los miembros del círculo de seis, la «bruja»; vive en la actual ciudad de Nueva York.

Hoyt Mac Cionaoith/McKenna (mac KHEE-nee), uno de los miembros del círculo de seis, el «hechicero».

Isleen (Is-LEEN), un sirviente del castillo de Geall.

Jarl (Yarl), el amo de Lilith, el vampiro que la convirtió a ella en un vampiro.

Jeremy Hilton, ex prometido de Blair Murphy.

King, nombre del mejor amigo de Cian, a quien éste protegió cuando era pequeño; el gerente del Eternity.

Larkin Riddock, uno de los miembros del círculo de seis, «el que adopta diferentes formas», primo de Moira, reina de Geall.

Lilith, la Reina Vampira, alias la Reina de los Demonios; líder de la guerra contra la humanidad; ama de Cian, y es la vampira que convirtió a Cian de humano en vampiro.

Lora, una vampira; la amante de Lilith.

Lucius, el vampiro masculino amante de Lora.

Malvin, aldeano, soldado en el ejército de Geall.

Manhattan, distrito de la ciudad de Nueva York en donde viven Cian McKenna y Glenna Ward.

mathair (maahir), término gaélico para «madre».

Michael Thomas McKenna, descendiente de Cian y Hoyt Mac Cionaoith.

Mick Murphy, hermano pequeño de Blair Murphy.

Midir (mee-DEER), lagarto vampiro de Lilith, Reina de los Vampiros.

miurnín (también *miurneach* [mornukh]), palabra cariñosa gaélica para «amor/querido/querida».

Moira (MWA-ra), uno de los miembros del círculo de seis, el «erudito»; una princesa y futura reina de Geall.

Morrigan (Mo-ree-ghan), diosa de la batalla.

Niall (Nile), un guerrero en el ejército de Geall.

Nola Mac Cionaoith, hermana pequeña de Cian y Hoyt.

ogham (ä-gem) (deletreado también ogam), alfabeto irlandés de los siglos V/VI.

oiche (EE-heh), término gaélico para «noche».

Oran (O-ren), hijo pequeño de Riddock, hermano pequeño de Larkin.

Phelan (FA-len), cuñado de Larkin.

Pozo de Bridget, cementerio en el condado de Clare, llamado así por **Príncipe Riddock**, padre de Larkin, regente de Geall, tío materno de Moira.

Región de Chiarrai (kee-U-ree), el actual condado de Kerry, situado en el extremo sudoccidental de Irlanda, nombrado a veces como «el Reino».

Riscos de Mohr (también Moher), nombre dado a las ruinas de fuertes en el sur de Irlanda, en un risco próximo a Hag's Head «Moher O'Ruan».

Samhain (SAM-en), final del verano (festival celta); la batalla tiene lugar durante la Festividad de Samhain, la celebración del final del verano.

Sean (Shawn) **Murphy**, padre de Blair Murphy, un cazador de vampiros.

Shop Street, centro cultural de Galway.

Sinann (shih-NAWN), hermana de Larkin.

sláinte (slawn-che), término gaélico que significa «¡salud!».

slán agat (shlahn u-gut), término gaélico que significa «adiós» y que se dice a la persona que se queda.

slán leat (shlahn ly-aht), término gaélico que significa «adiós» y que se dice a la persona que se marcha.

Tuatha de Danaan (TOO-aha dai DON-nan), dioses galeses ***Tynan*** (Ti-nin), guardián del castillo de Geall.

Vlad, caballo de Cian.



NORA ROBERTS, la autora número 1 en ventas de *The New York Times* y «la escritora favorita de América», como la describió la revista *The New Yorker*, comentó en una ocasión: «Yo no escribo sobre Cenicientas que esperan sentadas a que venga a salvarlas su príncipe azul. Ellas se bastan y se sobran para salir adelante solas. El “príncipe” es como la paga extra, un complemento, algo más... pero no la única respuesta a sus problemas».

Más de cuatrocientos millones de ejemplares impresos de sus libros avalan la complicidad que Nora Roberts consigue establecer con las mujeres de todo el mundo. El éxito de sus novelas es indudable, y quienes la leen una vez, repiten. Sabe hablar a las mujeres de hoy sobre sí mismas: sus lectoras son profesionales, fuertes e independientes, como los personajes que crea en sus libros, y sus historias llegan a un público femenino amplio porque son mucho más que historias de amor.

Las cifras son fenomenales: Nora Roberts ha escrito más de 180 novelas que se publican en 34 países, se venden unas 27 novelas suyas cada minuto y 42 han debutado en la primera semana de ventas en el codiciado número 1 de *The New York Times*.

Notas

^[1] Diosa de la tierra y el infierno relacionada con los actos de brujería. (*N. del t.*) <<

[2] El alfabeto que utilizaban los antiguos habitantes de Irlanda no guarda relación alguna con el que emplean ahora. El sistema de escritura que usaban, conocido como ogham, tuvo vigencia desde el siglo III al siglo VI d. C. Se han encontrado inscripciones en este alfabeto en Irlanda y Gales grabadas en piedra. *(N. del t.)* <<

[3] Internal Revenue Service, organismo estatal homólogo de la Dirección General de Hacienda en España. (*N. del t.*) <<

^[4] *King* es rey en inglés. (*N. del t.*) <<

[5] Malentendido que se produce porque el verbo *to fire* significa incendiar, prender fuego, pero también despedir, echar a alguien de un trabajo. (*N. del t.*) <<

[6] En español en el original. (*N. del t.*) <<

[7] Wicca es una religión neopagana y un movimiento religioso que se pueden encontrar en numerosos países. Esta religión fue creada en 1954 por un funcionario público británico llamado Gerald Gardner después de que fuese abolida la Ley de Brujería británica. Afirmaba que esta religión, de la que era un iniciado, era una reliquia moderna de una antigua práctica relacionada con la brujería que había existido en secreto durante cientos de años y que había tenido su origen en el paganismo precristiano de Europa. *(N. del t.)* <<

[8] En la mitología irlandesa, la diosa Airmed era una de los Tuatha Dé Danann. Junto con su padre Dian Cecht y su hermano Miach curaba a los heridos en la Segunda Batalla de Magh Tuiredh. Ella recogía y organizaba las hierbas que crecían en la tumba de Miach, y por esa razón se la asocia con los herbolarios. Junto con Dian Cecht, Ochtriullach y Miach, ella era uno de los hechiceros cuyo conjuro, entonado sobre el pozo de Sláine, era capaz de resucitar a los muertos. (*N. del t.*) <<

[9] Famosos grandes almacenes de la ciudad de Nueva York. (*N. del t.*) <<

[10] *Buffy, la cazavampiros*, película escrita y producida en 1992 por Joss Whedon. El argumento gira en torno a la vida de Buffy Summers, una estudiante de instituto (y posteriormente universitaria) que es escogida por el destino para luchar contra las fuerzas del mal. (N. del t.) <<

[11] Cortar es *to cut*, que es también una expresión que significa dar forma a algo. (*N. del t.*) <<